

Maximiliano Orioli

Colección

Libro I

Las obras más
representativas

Editorial
MCMXLI

Maximiliano Orioli

Colección

Libro I

Las obras más representativas

Orioli, Maximiliano

Colección (Libro I) : Las obras más representativas / Maximiliano Orioli.

- 1a ed - Remedios de Escalada : 1941, 2022.

Memoria USB, PDF

ISBN 978-987-48440-5-7

1. Cuentos. 2. Relatos. 3. Guión Cinematográfico. I. Título.

CDD A860

Edición original (libro físico): Abril de 2019

Protegido por el Centro de Administración de Derechos Reprográficos de la República Argentina. (www.cadra.org.ar)

Contacto con el autor: maximiliano_orioli@live.com.ar
www.maximilianoorioli.wordpress.com
www.maximilianoorioli.wix.com/sade

Diseño de tapa: Editorial MXMXCI

Correctores de los libros de los cuales provienen las obras: Fernando Roperto, Diego Arbit, Matías Orta, María Florencia Taboada, María Eugenia Cavallo

Diseño de interiores: Editorial MCMXCI

Maximiliano Orioli

Colección

Libro I

Las obras más representativas

Editorial
MCMXCI

Cortometraje garboso

En 1931, un grupo de laicos fundó la Acción Católica Argentina. Con el tiempo, la institución fue sufriendo fuertes divisiones ideológicas, y durante la última dictadura militar, el sector más modernista se independizó, teniendo que manejarse en la clandestinidad y siendo perseguidos por el sector conservador. Tras esto, tomaron represalia con una serie de asesinatos. Este relato cuenta la historia del que resultó ser el más sospechoso de todos.

La situación siguiente tuvo lugar en el interior de una amplia oficina. De un lado del escritorio, estaban sentados Hugo, un hombre de poco más de cuarenta años, y Roberto, un hombre de algún año más. Ambos vestían de traje y corbata. Del otro lado del escritorio, estaban sentados Melina, una joven de poco menos de treinta años, y Oscar, un joven de algún año más. Ambos vestían informalmente. La charla se llevaba a cabo entre Melina y Hugo. En un determinado momento, ella le dijo:

- Yo le pido por favor, como miembro de esta institución. Esta persecución se tiene que terminar. Ya hubo muchos casos de compañeros que fueron arrestados en las calles y que se llevaron detenidos sin haber hecho absolutamente nada. Yo sé que tenemos nuestras diferencias, pero todos somos miembros de esta institución y todos tenemos derecho a reunirnos sin ser perseguidos. Y cuando nuestros compañeros decidieron tomar represalia, hubo muchos que nos fuimos porque creemos que esa no es la manera de solucionarlo, sino hablándolo, por eso le pido por favor que la persecución se tiene que terminar.

- En primer lugar, vos no sos miembro de esta institución, - Respondió firmemente Hugo – ni vos ni tus compañeros. Dejaron de serlo el día que vinieron a plantearme que querían independizarse. En segundo lugar, no les bastó haber hecho eso sino que decidieron reunirse clandestinamente usando el nombre de nuestra institución. Ni siquiera tuvieron la decencia de crear una institución propia para promover los pseudo-valores que dicen que tienen. Lo siguieron haciendo en nombre de la institución y en nombre de los valores de la Iglesia. Eso es algo imperdonable. Y han salido a decir barbaridades de mí. No les importó el nombre que tengo en esta institución, ni el hecho de ser un hombre con una trayectoria intachable. En ese momento nunca te vi preocupada por la institución y por lo que se podía llegar a generar con la división que ustedes propusieron.

- Nosotros nunca propusimos ninguna división, fue usted cuando se hizo cargo del Consejo Nacional. Usted nos excluyó y generó una división que terminó siendo irremontable.

- Es mentira. – Saltó Hugo subiendo el tono y apuntándole con el dedo índice – Yo llevé a la institución a tener los valores que había tenido siempre y que personas como ustedes se habían encargado de hacerle perder. Y te vuelvo a repetir, en ese momento no te vi preocupada por la institución. Ahora como ven que la cosa se les hace insostenible me venís a decir: “Yo sé que tenemos nuestras diferencias” y a pedir armonía. Hubieran pensado en eso antes de hacer lo que hicieron. Ahora los que no queremos armonía somos nosotros porque nuestro nombre y nuestro escudo están siendo utilizados para promover valores que son radicalmente opuestos. Y la persecución se va a terminar cuando yo lo diga.

- Se lo pido por favor.

- Se va a terminar cuando yo lo diga, ¿me entendiste? No voy a parar absolutamente nada. Así que no se molesten en volver a intentar convencerme, porque no va a parar absolutamente nada hasta que yo lo decida. ¿Les quedó claro?

Melina asintió y se levantó de la silla, Oscar se levantó también viendo seriamente a Hugo y a Roberto. Finalmente se retiraron.

Algunos meses después, en el interior de lo que parecía ser la sala de espera de algún consultorio, se encontraba Hugo, vestido de traje y corbata, sentado en una de las sillas, cruzado de piernas y pensativo. La puerta se hallaba abierta, por allí ingresó un hombre de más edad y vestido más informalmente, que mientras se dirigía a la puerta ubicada en la pared opuesta a la entrada, saludó al único residente del lugar, diciéndole:

- Buenas tardes, Rivoldi.

A lo que Hugo respondió:

- Buenas tardes, Doctor.

Aproximadamente dos horas después, en el interior del hall de un edificio se encontraba Maricel, una mujer de treinta y pico de años, y Carlos, un hombre de aproximadamente la misma edad, vestidos formalmente. Ambos dialogaban con Melina. Esta última les decía:

- Me acuerdo de todo perfectamente. La división que se había marcado en el final era algo... irremontable. Siempre hubo dos grupos marcados en la institución, pero se profundizó de una manera increíble cuando Rivoldi se hizo cargo del Consejo. Era increíble las cosas que empezó a decir. En ese momento el sector conservador se volvió ultraconservador y nuestro sector quedó excluido totalmente. Llegó un momento en que fue imposible toda convivencia.

- ¿Qué fue lo que produjo la ruptura? – Preguntó Maricel.

- Bueno, un día pasó algo que fue la gota que rebalsó el vaso. Se me ocurrió venir con una pollera más corta de lo habitual a la reunión. Bueno... me dijo que las personas que hacían eso eran desvergonzadas que no tenían respeto de sí mismas, que una persona que no tenía respeto por sí misma no podía ser parte de la institución y no sé qué otras cosas. Al otro día nuestro sector decidió reunirse para ver qué hacíamos. Decidimos que lo mejor era cortar relaciones e independizarnos. La reunión siguiente del Consejo, les hicimos saber la noticia, y fue el momento más tenso

de mi vida. Rivoldi se enojó mal, pero mal. Dijo que iba a hablar con las autoridades nacionales de la Iglesia para que ninguna nos diera un espacio para reunirnos. Efectivamente pasó eso, ninguna Iglesia nos quiso recibir. Fue ahí cuando nuestro sector se volvió a reunir y de ahí se tomó la decisión de hacer reuniones en otros lugares, de forma clandestina.

- ¿Cuánto tiempo pudieron manejarse así? – Preguntó Carlos.

- Algunos meses. No sé cómo fue que se enteraron, pero se enteraron y no les bastó con habernos sacado de la Iglesia sino que muchos de nuestros compañeros empezaron a ser arrestados. Los paraban en las calles y aunque tenían todo en regla, se los llevaban detenidos. Cuando se supo que detrás de todo estaban ellos, muchos compañeros tomaron la decisión de tomar represalia de forma violenta. Ahí hubo un grupo que no estuvimos de acuerdo y nos terminamos alejando.

- ¿Y cómo siguieron? – Volvió a preguntar Maricel.

- Fue difícil... porque nos habíamos tenido que alejar del grupo y fue como estar en el exilio. Cuando nos enteramos que habían aparecido muertos algunos miembros del Consejo, fui con Oscar, un compañero, a hablar con Rivoldi. No sirvió de nada. Estaba más enojado que antes. Y bueno... todo siguió igual unos meses hasta que hace unas semanas nos enteramos de que había recapacitado y que el Consejo había decidido mandarnos un comunicado donde la persecución terminaba. Fue la noticia más feliz que habíamos recibido. Estábamos todos esperando el comunicado ansiosamente... y ahora nos terminamos encontrando con esta noticia.

Posteriormente a la charla con Melina, en el mismo hall, Maricel y Carlos dialogaban con Roberto. Esto les decía:

- Nos siguen mandando cartas, modifican el contenido pero el mensaje es siempre el mismo, que dejemos en paz a sus grupos o van a seguir atacándonos.

- ¿Cómo modifican el contenido? – Preguntó Maricel

- Cada vez son más fuertes, parecería que trataran de asustarnos.

- Sin embargo, nos informaron que Rivoldi había redactado un comunicado para enviarle a estos grupos informando que la persecución terminaba.

- Es cierto. Yo le hice saber todo el tiempo que estaba de acuerdo con la decisión que había tomado y que lo apoyaba.

- ¿Hace cuánto conocía a la víctima?

- Ya iban a ser dos años, fue cuando entré al Consejo Nacional, él ya estaba hacía un tiempo.

- ¿Lo estaban acompañando otros miembros ahora?

- No, todavía no.

- ¿Con quién hablaba cuando llegamos? – Preguntó Carlos.

- Con el doctor Raiker, el podólogo. En el primer piso está el consultorio.

Carlos miró a Maricel y ésta lo miró a él, por lo que le preguntó:

- ¿Subimos?

- Dale.

Ambos subieron por las escaleras y Roberto se quedó esperándolos en el hall. Cuando llegaron al primer piso, caminaron por el pasillo hasta el departamento que tenía la puerta entreabierta. Ella que iba adelante, la empujó y ambos ingresaron. Se encontraron con la sala de espera, continuaron caminando hasta la puerta del otro extremo, que también estaba entreabierta, ella la empujó e ingresaron. Se encontraron con el consultorio, allí se detuvieron enseguida al ver la imagen que éste presentaba: Un sillón de espaldas a ellos, con alguien sentado sobre el mismo, vestido de traje y corbata pero descalzo y con los pies sobre el respaldo de una silla ubicada frente al sillón. Los dos se miraron sorprendidos y se acercaron. Se trataba de Hugo sin vida. Ambos analizaron la escena y Carlos comentó:

- No hay ningún rastro de sangre.

- No, no parece tener heridas de ningún tipo de armas – Agregó Maricel.

- ¿No?

- No, el asesino lo debe haber seguido y cuando encontró el

momento actuó con eficacia.

Carlos se puso a observar detalladamente las paredes y luego dijo:

- No creas que este sea otro crimen de esos grupos.

- ¿Por qué lo decís?

- Porque en los crímenes anteriores dejaron pegado el escudo de la institución en alguna pared, y acá no veo ninguno.

Tras esto, Maricel se puso también a observar detalladamente las paredes, y luego dijo:

- Tenés razón.

Hubo un silencio de unos segundos hasta que Maricel dijo señalando el cuello de la víctima:

- Mirá, tiene una marca en el cuello, parece que lo hubieran estrangulado con una especie de tanza.

- Fue algo que duró segundos.

Un hombre de aproximadamente la misma edad, también vestido formalmente, y sosteniendo una hoja de papel, se ubicó bajo el marco de la entrada del consultorio, dándole unos golpes a la puerta abierta. Los dos lo vieron y se le acercaron. Maricel le preguntó:

- ¿Alguna novedad?

- Tengo el informe de la víctima. Hugo Rivoldi, cuarenta y dos años, era miembro del Consejo Nacional de Acción Católica. Ya llegaron otros miembros.

- Bueno.

Los tres se retiraron del lugar. Unos segundos después, ingresó Roberto. Observó que no hubiera nadie, sacó del bolsillo interno de su saco un pedazo de papel con el escudo de la institución y lo pegó en una de las paredes. Volvió a mirar a su alrededor con una sonrisa macabra y se retiró también.

Arquitectura

Una pequeña introducción a “La campaña Lombardini”

Nos ubicamos en el comedor de una casa particular. Se podía ver una escena en donde dos jóvenes, una mujer y un varón, mantenían una tranquila charla. Ella, de nombre Viviana, iba caminando lentamente por la sala; y él, de nombre Rodrigo, estaba sentado relajadamente en el sillón. Viviana tenía veinte años, era medianamente alta y esbelta, de cabello castaño oscuro ondulado, apenas pasando sus hombros, y ojos marrones. Rodrigo tenía un año más, era medianamente alto y de contextura normal, de cabello castaño claro más o menos largo, no muy peinado, y ojos marrones. Ambos eran personas que dejaban ver una gran confianza en sí mismos. Vestían informalmente, Viviana estaba con remera, jean y zapatillas, y Rodrigo con remera y bermudas. Podía vérselos, además, bastante bronceados como si hubieran regresado hacía poco de vacaciones. En determinado momento de la charla, ella dijo:

- Creo que fue ése el boliche que cerraron el año pasado.
- Seguro que sí, no estaba bueno, no sé por qué a vos te gustaba tanto.
- Fue donde empecé a ir con mis amigas, nos encantaba. ¿Vos no tenías un boliche que te gustara?
- Ya te dije, creo que nunca debo haber ido al mismo lugar dos fines de semana corridos.
- No sé qué pensar de eso.
- Bueno ¿y a dónde te gustaría ir?
- A mí me gustaría ir a Olivos.
- ¿A Olivos? – Preguntó Rodrigo sin mucho entusiasmo.

- Sí, ¿qué tiene?
 - Siempre querés ir a esos boliches que son un embole.
 - Ah bueno... está bien, elegí vos.
 - Hace un montón que quiero conocer el que pusieron hace unos meses, Colet, y no vamos nunca.
 - Ya me hablaron mis amigas de ése y dicen que no está bueno. Que pasan música horrible.
 - No importa, hace un montón que quiero ir. Lo quiero conocer.
 - Estás empecinado con ese boliche y ahora no te lo podés sacar de la cabeza.
 - No, cuando vayamos ya me voy a quedar tranquilo.
- Viviana respiró profundo e intentó confirmar desanimada:
- No hay forma de hacerte cambiar de opinión.
 - No, soy terco.
 - ¿Y por qué tenés que ser tan terco?
- Rodrigo se levantó y caminó lentamente hacia ella, con aire creído, y al estar enfrente, le dijo:
- Porque sí.
- Viviana no lo miraba con mucho agrado, pero él la tomó de la cintura y comenzó a besarla. Finalmente ella respondió al beso.
- Esa misma noche, dentro de un boliche amplio y bastante habitado, se la podía ver a Viviana hablando con Camila, otra joven de aproximadamente su misma edad. En un momento, la primera comentó:
- La verdad que nunca me interesó venir a este boliche. Vine porque Rodrigo estaba obsesionado. Hace no sé cuánto que quería venir.
 - A mí, te soy sincera, mucho tampoco. Yo ya lo conocía y no me había parecido gran cosa. En realidad, no tenía muchas ganas de salir hoy, vine a acompañar a Andrés, un amigo que hoy tuvo un día complicado.
 - ¿Qué le pasó?

- Y... se están decidiendo muchas cosas en la organización con las tesis nuevas... y él está peleando por eso. Necesita más gente que lo ayude.

- ¿En serio?

- Sí, es un tema.

Mientras tanto, en otro sector del boliche, se lo podía ver a Rodrigo hablando con quien parecía ser un amigo de él. Cada uno sostenía un vaso lleno de alguna bebida alcohólica. Por ese sector, había un joven de la edad de ambos que iba caminando solo y que parecía, por sus movimientos, estar con algunas copas de más. Estando a un metro de los dos, trastabilló y empujó de atrás al otro joven, haciendo que éste volcara el contenido de su vaso en el jean de Rodrigo, justo debajo la cintura. El joven les pidió disculpas y enseguida se hizo a un costado. Rodrigo, enojado y tratando de pensar rápido, miró para distintos lados a ver si veía a Viviana, y al no verla, le dijo a su amigo que iría al baño a limpiarse. Salió rápidamente hacia allí y su amigo se retiró para otro lado. Por su parte, Viviana y Camila iban caminando justo en dirección al lugar donde había ocurrido esto, ya que allí se había quedado Rodrigo al encontrar a su amigo. Sin embargo, cuando llegaron al lugar, estaba solo el joven que había producido el accidente. Camila lo reconoció. Era un joven medianamente alto, de contextura normal, cabello castaño oscuro, corto, y ojos café. Enseguida Camila le dijo:

- Andrés, ella es Viviana, una amiga.

Andrés, que ahora se veía como una persona completamente sobria, saludó con un beso a Viviana y le dijo:

- ¿Querés que te traiga algo?

- No, no, está bien.

- Le estaba contando que hoy tuviste un día complicado y necesitabas esta distracción – Le comentó Camila.

- La verdad que sí.

A partir de ese momento comenzaron una charla los tres bastante extensa. Pasado un rato, Camila les mostró su vaso vacío

y se retiró dejándolos solos, donde la charla continuó otro rato ya con una soltura mutua y varias risas de por medio.

La situación siguiente se iba a dar algunos días después en otro amplio departamento, tanto en el comedor como en la cocina, de casi el mismo tamaño y separados por una arcada. En la última se la podía ver a Viviana cocinando sobre la mesada y a Rodrigo caminando mientras hablaba por el teléfono inalámbrico. Ambos estaban con remeras de verano, pantalones cortos y descalzos. A Rodrigo se lo escuchaba decir:

- No importa lo que te haya dicho ese tipo, es obvio que te va a decir eso. Cada uno vende su mercadería... No, por eso, no podés tener en cuenta lo que te diga él porque está tratando de venderte algo... Y sí... y es lo que te estoy diciendo.

En ese momento, Viviana metió algunas de las fuentes con comida dentro de la heladera y continuó preparando el resto, mientras Rodrigo continuaba diciendo:

- Por eso te digo, no cambies de un día para el otro los planes por lo que te dice ese tipo. En ese lugar que te digo nos deben mercadería todavía,... y no, pero que no se hagan los boludos.

Mientras decía esto último, iba ingresando de a poco en el comedor.

- No es la primera vez que hacen este tipo de cosas, seguimos trabajando con ellos porque dentro de todo en el rubro son los que mejor mercadería tienen.

Para entonces, sonó el timbre. Viviana dejó lo que hacía y abrió la puerta. Se trataba de Andrés que sostenía unas botellas. Viviana se mostró contenta de verlo. Se saludaron con un beso y él le dijo que venía a traer las bebidas. Viviana lo hizo pasar y cerró la puerta, se dirigieron a la cocina. En el camino, Andrés saludó con un gesto a Rodrigo y viceversa. En la cocina, Andrés colocó las botellas en la heladera y Viviana continuó preparando las fuentes. Andrés le preguntó:

- ¿Vos? ¿Cómo va?

- Bien, terminando de preparar esto.

De fondo se escuchaba la voz de Rodrigo desde el comedor diciendo:

- Lamentablemente sí, son los que mejor mercadería tienen, nosotros quisimos cambiar varias veces y terminamos volviendo con ellos, porque a fin de cuentas...Y sí.

Andrés se puso a un costado de Viviana y le dijo con mímica:

- Tenía ganas de verte.

Viviana sonrió, y Andrés le preguntó:

- ¿Vos?

Viviana respondió con mímica:

- Ya te dije que no podemos.

- Sí que podemos, no puedo aceptar un no.

Andrés le puso su mano en la cintura. Viviana giró la cabeza mirando disimuladamente hacia el comedor, viendo que Rodrigo estaba de espaldas a ellos, y le dijo a Andrés:

- No, acá no.

- Sí, tiene que ser acá.

- Te pido por favor.

Andrés vio que Rodrigo se dio vuelta, por lo que sacó la mano de la cintura de Viviana. Rodrigo fue caminando de a poco hacia la cocina e ingresó, agarró un vaso de agua sobre la mesada. Andrés le hizo un gesto de saludo a lo que Rodrigo respondió de la misma manera. Tras esto, volvió a ir de a poco hacia el comedor, mientras decía:

- Bueno, lo que estás diciendo fue lo mismo que le dije yo a este tipo. Que sigamos trabajando con ellos no quiere decir que hay que dejarlos solos, hay que insistirles porque si no se duermen.

Andrés volvió a poner su mano en la cintura de Viviana, que le dijo:

- No, basta, basta.

- No voy a aguantar hasta la noche sin un beso.

- No, en serio Andrés, acá no, basta.

- Un beso... solamente.

Viviana volvió a girar la cabeza mirando disimuladamente al comedor, viendo que Rodrigo estaba de espaldas, y le dio un beso corto en la boca a Andrés. Mientras Rodrigo decía:

- Por eso hasta ahora viene más o menos tranquila la cosa, porque a veces le estamos encima. Y bueno, justamente hay que estarles encima a ellos, no escuchando lo que te dice este otro tipo. Listo... quedamos así.

Andrés le preguntó a Viviana:

- ¿A la noche nos vamos a ver?

- Sí – Respondió ella sonriendo.

- ¿Sí? ¿En serio?

- Sí, en serio – Respondió ahora ya sin poder evitar reírse.

- Mirá que a la noche voy a insistirte mucho más. No vas a poder esconderte en ningún lado.

Viviana continuó riéndose en silencio hasta que escuchó el ruido del inalámbrico, poniéndose seria miró hacia el comedor y vio que Rodrigo había terminado de hablar e iba hacia la cocina. Viviana puso una fuente más dentro de la heladera. Rodrigo, al entrar, le preguntó a Andrés:

- ¿Cómo va? ¿Todo tranquilo?

- Todo tranquilo, pasé a dejar las bebidas.

- Ah buenísimo, ¿nos vemos esta noche entonces?

- Nos vemos esta noche, sí. Me voy a ir yendo así termino algunas cosas que me quedaron. Chau Vivi, nos vemos.

- Chau, nos vemos.

Rodrigo lo acompañó a la puerta y le abrió. Luego de eso, volvió a la cocina donde Viviana le preguntó:

- ¿El negocio? ¿Todo bien?

- Cada vez más complicado, hay que estar buscando ideas a cada rato.

- Y sí.

- Voy a terminar algunas cosas antes de la noche.

Tras decir esto, se retiró al comedor.

Algunas horas después, aproximadamente a las nueve de la noche, en el mismo lugar, se lo podía ver en el comedor a Rodrigo

y a Andrés, junto a Rubén y a Natalia, otros amigos de su edad. La puerta de entrada se encontraba abierta. En la cocina, estaba Viviana con Camila, dejando listas algunas fuentes. Cuando terminaron, cada una llevó una fuente al comedor y se quedaron charlando con el resto. Allí algunos estaban sentados, otros parados, estaban con ropa informal de verano y descalzos, a excepción de Rubén y Camila. Esta última comentó:

- Falta muy poco para el cumpleaños de Julieta.

- Sí, vos sabés que yo me acostumbré a la idea de que era otra fecha. – Respondió Natalia – Nosotras nos conocimos en un curso que hicimos, y nos habíamos pasado la lista de cumpleaños entre todos.

- No me digas que le pifiaron... - Adelantó Rodrigo.

- Tal cual, había algunos mal anotados, el de Julieta era uno.

- No, no te lo puedo creer – Exclamó Rubén.

- Sí, encima cuando se dieron cuenta había pasado bastante tiempo.

- ¿Quién la hizo esa lista?

Todos se rieron del comentario. En ese momento, Viviana y Andrés cruzaron miradas cómplices. Camila, disimuladamente los vio y sonrió. Rodrigo vio disimuladamente a Camila y, por tal, les prestó más atención a Viviana y a Andrés pudiendo ver lo mismo. Ante esto, se quedó sin hacer nada pero claramente su rostro tomó una expresión de furia reprimida. La sutil situación ya no le escapaba a nadie de los presentes. Mientras tanto, Natalia continuaba diciendo:

- No sé, nunca saltaron los responsables.

- ¿Qué es, en quince días, no? El verdadero cumpleaños – Preguntó Rubén.

Camila y Natalia le respondieron riéndose que sí. Viviana volvió a la cocina y Andrés agregó:

- No hay que decir nada entonces, ya debe estar por llegar Julieta.

- Sí, viene demorada – Respondió Camila.

- No le va a quedar bebida como siga así la cosa.

Andrés tomó la botella y vertió el poco contenido que quedaba, en su vaso. Luego dijo:

- Esperá que voy a buscar otra.

Fue hacia la cocina. Viviana sonrió al verlo entrar. Andrés tomó otra botella de cerveza de la heladera y se le acercó diciendo:

- Mirá que te había dicho que a la noche iba a insistirte más.

- No, en serio, basta – Le dijo ella sin poder evitar reírse.

- No tardes mucho en volver.

Tras decir esto le dio un beso rápido en la boca. En el comedor, Rodrigo se paró y comenzó a caminar a la cocina viendo a Andrés salir con la botella en la mano. Se cruzaron sin decirse nada. Rodrigo entró en la cocina preguntándole a Viviana:

- ¿Y? ¿Todo bien?

- Todo bien, sí, me faltaba llevar esto.

Viviana tomó la fuente y comenzó a salir, pero Rodrigo se puso frente a ella tapándole el camino, acto seguido le puso las manos en la cintura e intentó darle un beso. Viviana movió la cabeza diciéndole:

- Ahora no, Rodrigo. Tengo que llevar esto. Estoy en otra.

Rodrigo se hizo a un costado y Viviana terminó de salir. Él se quedó mirando la pared con las manos en los costados de su cintura y la misma expresión de furia reprimida de antes. Unos segundos después, ingresó Natalia a la cocina intentando abrir un cajón de la mesada, mirando a Rodrigo desde atrás disimuladamente. Cuando lo abrió, Rodrigo escuchó el ruido y se dio vuelta.

- Faltaban un par de cubiertos – Le dijo Natalia.

- Ah.

- ¿Te llevo para vos?

- No, no, yo todavía no voy a comer.

- OK.

Natalia agarró un par de cubiertos, cerró el cajón y volvió a retirarse. Rodrigo se quedó unos segundos más como estaba, hasta que abrió la heladera, vio su interior y acto seguido entró enojado al comedor diciendo:

- ¿Qué pasó que no tocaron las bebidas que traje yo?

Todos se sorprendieron y el lugar quedó en silencio. Viviana lo rompió diciendo:

- No, preferimos tomar éstas ahora y dejar esas para otro momento.

- ¿Por qué? Yo las compré para esta noche. ¿Por qué no me dijeron que no las iban a tomar? No las hubiera comprado.

- Bueno, qué sé yo, no sabíamos.

- ¿No sabían? Listo, no hay problema. – Continuó enojado – Yo fui y compré varias cosas para hoy, nadie las tocó. Tomen las otras bebidas tranquilos, yo me voy.

Rodrigo fue hasta la otra sala, agarró sus zapatillas, se las puso y salió. Las miradas del grupo se encontraron disimuladamente y con expresión de sorpresa. Mientras cruzaba la puerta de entrada, justo ingresaba Julieta, otra chica de la edad de todos, con un pote de helado en la mano. Rodrigo salió enojado sin decir nada. Julieta sorprendida lo miró, giró la cabeza sin entender lo que pasaba y luego volvió a mirar al grupo que le hizo un gesto de que no pasaba nada. Julieta exclamó:

- Ah bueno... Traje el helado, chicos.

Viviana se levantó y lo llevó al freezer.

La situación siguiente ocurrió quince días después en una especie de salón de fiestas con varias mesas. La gente vestía de manera casual y había colgado un cartel con la inscripción:

FELIZ CUMPLE JULIETA

En una de las mesas estaban sentadas Viviana y Camila junto a otras personas. En una más alejada, estaba sentado Rodrigo junto a otras personas. Algunas mesas estaban casi vacías y había gente que estaba parada en grupos dialogando, también había alguna que se iba retirando. En un momento, Viviana se levantó de su mesa junto a más gente con la que se quedó hablando unos minutos. Posteriormente, esa gente se retiró, Viviana se puso la campera, y en ese momento Rodrigo se le acercó diciéndole:

- Hola.
 - Hola.
 - No me atendiste al final el otro día.
 - No estuve en mi casa al final, después te iba a llamar pero estaba muy cansada.
 - ¿Y cómo estás? ¿Todo bien?
 - Sí, todo bien, ¿vos?
 - Bien, todo bien por suerte.
- Se produjo un silencio de unos segundos que Rodrigo rompió diciendo:
- Yo quería hablar con vos el otro día para saber cómo estabas.
 - Ah...
 - ¿Te puedo llamar otros días?
 - ¿Para qué me vas a llamar?
 - Para hablar con vos...
 - Pero... Rodrigo, ya está, nosotros ya terminamos... no hay vuelta atrás.
 - No, ya sé, eso ya lo sé, pero no quisiera ahora de golpe perder el contacto con vos.
 - ¿Y pero para qué vas a pasar por eso?
 - Y a mí me hace bien seguir hablando con vos. Aunque sea cada tanto ¿no puedo llamarte?
 - Yo no te voy a cortar si me llamás, pero no entiendo el por qué...
 - Porque me encantaría que aunque sea, sigamos siendo amigos.
 - No Rodrigo...
 - A mí me haría muy bien, yo ya sé que terminamos y lo acepto, pero por favor Vivi, no me prives de tu amistad.
- Al decir esto último, puso su mano en el hombro de ella. Viviana la agarró y la sacó sutilmente, diciendo:
- Bueno. Está bien.
 - Lo que te quería decir también el otro día es que cualquier cosa que necesites, podés contar conmigo.
 - Bueno, OK.

- Yo voy a estar siempre.

Desde la mesa donde estaba, Camila charlaba con las personas que quedaban, y cuando terminó pudo ver la situación en la que se hallaba Viviana y la expresión de su rostro. Por lo que se levantó y se acercó a ambos, diciéndole a ella:

- Bueno Vivi ¿vamos yendo?

- OK, vamos. – Respondió ella, luego le dijo a Rodrigo: - Bueno, me tengo que ir... Chau.

- Chau.

Las dos salieron del salón y se dirigieron a la recepción donde había varias personas, entre ellas Julieta. En la pared opuesta a la entrada, había colgado otro cartel con la inscripción:

LA ORGANIZACIÓN YA TIENE SUS NUEVAS TESIS FUNCIONANDO

Julieta la miró a Viviana y le señaló la puerta ubicada junto al cartel, diciéndole:

- Te está esperando en el otro salón.

Viviana miró a Camila y ambas se sonrieron, luego la primera se dirigió a aquella puerta. Cuando la abrió, Andrés estaba en el medio del mismo viendo hacia la entrada. Ella entró y cerró la puerta, comenzaron a caminar hacia el otro y se abrazaron, se dieron el beso más largo de su vida y se quedaron mirando perdidos en el otro juntando frente con frente.

Ocultos y dominantes

Martínez Rigueira, un hombre de cincuenta y pico de años, vestido formalmente, seguía mirando la tapa del diario, sentado en su escritorio con una expresión que mezclaba la bronca y la preocupación.

- Te preocupaste demasiado, yo te dije, era algo que iba a pasar desapercibido y terminó pasando desapercibido – Dijo Sara, la mujer de treinta y pico de años que estaba del otro lado del escritorio.

- No es eso. Este diario hasta hace un año no era nada. Lo que fue creciendo en los últimos meses es increíble. Empezó siendo una agenda cultural y mirá ahora... tienen una postura muy marcada. Nos quieren destruir, me quieren destruir. En poco tiempo van a ser un terrible dolor de cabeza, ya puedo sentirlo.

- Vos lo dijiste, empezó siendo una agenda cultural, y hoy no son mucho más que eso.

En ese momento, se escuchó que se abría la puerta. Se trataba de un joven de veintipico de años, con una carpeta en la mano y también vestido formalmente, que golpeó y pasó acercándose al escritorio.

- Disculpe, me había dicho que pasara a esta hora para redondear lo de mi entrada al partido – Comenzó diciendo sacando unas hojas de la carpeta.

- Sí, disculpame no es tan buen momento. Estoy con la cabeza en quinientas cosas – Dijo Martínez Rigueira sin dejar de mirar el diario.

- Sí, pero ¿se acuerda que habíamos arreglado para hoy, porque la semana que viene ya tenía que empezar a hacer un informe?

- Bueno, no es problema mío eso, ahora no es un buen momento.

El joven se quedó mirándolo con algo de bronca que empezó a brotar en su mirada.

- Disculpame, yo tuve que cancelar la reunión que tenía, lo hice porque me había dicho que hoy terminábamos todo.

- Me importa tres carajos si cancelaste la reunión. – Saltó con un grito de enojo Martínez Rigueira – Te dije que ahora no puedo, no me rompás más las pelotas, tomátele.

El joven volvió a poner las hojas dentro de la carpeta y se retiró furioso con paso acelerado. Sara continuaba mirando el escritorio con una sonrisa que implicaba conocer la situación en la que estaba Martínez Rigueira. Lo miró y le dijo:

- Estás dejando que te afecte demasiado lo de este diario, al Martínez Rigueira que conozco no le movería un pelo lo que pudieran hacer diarios así.

- Este Martínez Rigueira no es el mismo de antes, la sociedad no es la misma de antes, el país no es el mismo de antes. Hoy esta gente tiene mucho apoyo y le quieren hacer creer a la gente que le van a hacer vivir una epopeya.

- La sociedad y el país cambiaron siempre, y siempre la gente se adaptó al verso de turno. Vos te has tenido que enfrentar con toda clase de enemigos, jamás le tuviste miedo a ninguno.

Martínez Rigueira sonrió.

- Siempre existe algo de miedo.

Sara sonrió nuevamente y se levantó pasando del otro lado del escritorio, poniéndose atrás de él y comenzando a hacerle unos masajes en los hombros.

- No dejes que te afecte, vas a ver que todo va a salir bien.

Martínez Rigueira realizó un gesto de relax y satisfacción y giró la cabeza hacia ella, ella se agachó un poco y se besaron.

Horas después, dentro de la misma oficina, Martínez Rigueira estaba sentado del mismo lado del escritorio dialogando con Javier y Guillermo, dos jóvenes de veintipico de años, que estaban

sentados del otro lado. Ambos mostraban actitudes seguras. En cierto momento de la charla, Javier comentaba:

- Es un momento complicadísimo. A mí el alquiler se me ajusta cada seis meses, y el mes que viene empieza el último semestre. Ya estuve hablando con otros inquilinos del edificio que están en un dos ambientes como el mío y que entraron hace poco, más que nada como referencia, para saber lo que me pueden llegar a subir. Y por lo que me dijeron...

- Me imagino. ¿Vos tenés un contrato de dos años? – Preguntó Martínez Rigueira.

- Sí.

- Y sí. Fue en el último año que se disparó todo.

- Sí, porque por más que en los números oficiales no haya subido tanto el dólar, el tema es que sí subió el dólar clandestino, y ese es el único que se consigue.

- Exacto.

- Y es la historia de siempre en este país, la suba del dólar se traspasa a los precios – Intervino Guillermo.

- Ese es el tema. ¿Tu caso cómo es?

- Yo estoy hace un año. Cuando entré todavía no había empezado la devaluación fuerte.

- Fue justo.

- Sí, ahí. Igual, en mi caso, le estoy alquilando a un conocido y eso ayudó mucho. Es amigo de un amigo. Me hizo zafar de muchas cosas que hay que poner cuando entrás.

- Qué bueno eso.

- Pero también hay otras situaciones que son todavía peores. Conozco gente que para ese momento había comprado, se endeudó con créditos y ahora la tienen complicada en serio.

- Sí, esos casos son los peores.

- Claro, porque encima los sueldos no suben, - Explicó Javier – o, por lo menos, no en la medida que sube todo. A mí hace unos meses me subieron el sueldo en el trabajo, pero prácticamente lo comió la inflación.

- Sí, a mí me pasó igual, - Afirmó Guillermo – y en realidad los precios de los servicios también deberían estar mucho más altos, pero con todo el subsidio que están poniendo, lo vienen piloteando hasta ahora. No sé cuánto tiempo más lo van a poder hacer.

- Hasta que explote todo por los aires.

- Y... sí, eso no se puede mantener mucho tiempo. – Explicó Martínez Rigueira – Es todo irreal. Nosotros desde este espacio tratamos de aportar. Lo hacemos a nuestra manera pero siempre lo hacemos, y que gente joven se quiera sumar, para nosotros es muy positivo. Si les parece, yo lo que voy a hacer es acomodar todo para que les hagan las entrevistas de ingreso. En algunos días se van a comunicar con ustedes para arreglar la fecha y el lugar de la entrevista, ¿les parece?

- A mí sí – Respondió Javier.

- A mí también – Respondió Guillermo.

- Perfecto, entonces hacemos así – Acotó Martínez Rigueira como una señal de finalización del encuentro.

Ambos se levantaron, le dieron la mano y se retiraron. Ya en los pasillos, ambos se saludaron y tomaron diferentes caminos para salir del lugar.

La jornada siguiente, Sara caminaba por la vía pública hasta que se detuvo en la entrada de un elegante edificio. Tocó el timbre del portero y la atendió una voz femenina, ella contestó:

- Hola, la estoy buscando a la licenciada Aquino.

- Sí, cómo no.

Se escuchó la chicharra, Sara empujó la puerta y entró, atravesó el hall y subió por la escalera hasta el primer piso. Allí estaba la puerta abierta, por lo que ingresó a la sala de espera donde estaba la secretaria en un escritorio.

- Hola, la licenciada ya se desocupa, está terminando una sesión.

- Bárbaro, la espero.

Transcurridos poco menos de cinco minutos empezó a escucharse la voz de una mujer del otro lado de la puerta más

cercana. Sara se fue acercando a la misma. La puerta se abrió, se vio a Verónica, una mujer más o menos de la edad de ella, hablándole a un joven de veintipico de años.

- Haceme caso, vos tenés que ser como sos, y tener paciencia, tenés que seguir intentando siempre, y ya vas a ver que las mujeres van a empezar a aparecer.

El joven escuchaba con una sonrisa optimista, preocupado por quedar bien. Finalmente se saludaron con un beso y de esa forma se retiró sin dejar de sonreír. Sara y Verónica también se saludaron con un beso, la primera le dijo:

- Me comentaron de los dos nuevos aspirantes.

- Sí, el otro día me llamó por teléfono Martínez Rigueira. Lo noté distinto, parece más entusiasmado que la última vez. Se ve que lo que él llegó a ver fue bastante positivo.

- Seguro, es que hace bastante que no se da un ingreso.

- Bueno... en realidad se trató, el tema del rito fue lo que terminó cancelando todo.

- Y sí. ¿Cuándo les hacés la entrevista?

- Este jueves.

- Bueno, no dejes de tenernos al tanto. Yo ahora me voy a ver con gente del partido, nos seguimos hablando.

- Dale, el viernes les paso la noticia.

- Dale.

Se volvieron a saludar con un beso y de esa manera Sara se retiró, mientras que Verónica se acercó a hablar a la secretaria para chequear sus próximos pacientes.

Ese jueves, Verónica llegó al lugar en cuestión. Se debían ver en la entrada del edificio donde estaba su consultorio. Allí ya la estaba esperando Javier, que vestía de forma distinta a la última vez, tenía una remera y un bermudas, lo único que también llevaba la última vez eran unas zapatillas bastante modernas de color gris que llamaban la atención por tener el símbolo de un rayo blanco en las partes externas, representando a la marca. Éste se presentó, se saludaron y ella comenzó con las preguntas que iban a hacerle

decir al aspirante su postura en algunos temas de actualidad. Las preguntas fueron cinco. La última fue la siguiente:

- Y decime ¿Cómo pensás que podés cooperar con nuestro partido?

- Con militancia, con dedicación, porque quiero cambiar la situación que se vive en este país y sé que con lucha se puede lograr, estoy convencido y tengo las ganas de hacerlo.

- Muy bien. Te aclaro algo en caso de que se dé tu ingreso: adentro vas a notar que la dinámica no es muy distinta a la de ningún otro partido, pero que por razones que también vas a ir conociendo, nos mantenemos más ocultos. Aunque... hay una parte, y ésta es la parte que hace arrepentir a la mayoría o que los hace dudar y que hacemos por la misma razón por la que nos mantenemos ocultos, que es el rito de iniciación.

Acá Javier cambió efectivamente su expresión de seguridad por una de duda.

- ¿Qué rito de iniciación?

- Un rito de iniciación que tienen que hacer todos aquellos que quieren entrar al partido, para probar que realmente quieren hacerlo y que tienen la misma visión que nosotros. Pero básicamente para probar que el partido va a estar por encima del resto de sus actividades. Es algo para alejar a los que no están verdaderamente comprometidos y que hasta ahora ha funcionado y ha sido cien por ciento útil.

Javier no pudo evitar poner una cara de preocupación.

- ¿Y en qué consiste?

- Eso no te lo podemos decir nosotros, vas a tener que descubrirlo vos, vos vas a tener que mostrarnos qué es lo que podés hacer para probar todas estas cosas. Si estás de acuerdo, yo ahora te voy a dar los formularios finales para que los llenes.

Javier asintió haciendo un gran esfuerzo para disimular la duda, lo que no consiguió lograr del todo. Verónica al notar esto, le dijo:

- Si no te parece, está todo bien.

- No, no, no hay ningún problema.

- ¿Seguro?

- Seguro, no hay ningún problema. Yo ya te dije, quiero ser miembro del partido.

En ese momento a Verónica le sonó su celular, lo sacó del bolsillo y vio el número. Le dijo a Javier que la disculpara un momento y atendió alejándose lentamente hacia la esquina, doblando apenas en ésta. Javier se quedó esperando. Poco más de transcurrido un minuto, dos jóvenes se le acercaron y uno de ellos le dijo:

- ¿Qué hacés, che? Están buenas esas zapatillas.

Javier empezó a mirar para distintos lados, presintiendo lo que estaba pasando. Efectivamente, el otro joven le dijo enojado:

- Vení con nosotros.

- ¿Qué?

- Que vengas con nosotros – Le repitió el primero de ellos.

- No, ahora no puedo, capo.

Verónica, por su parte, acababa de guardar su celular y se dirigía a volver a donde la estaba esperando Javier, cuando se le acercó Guillermo diciéndole:

- Disculpá ¿Vos sos la licenciada Aquino?

- Sí.

- ¿Qué tal? Mi nombre es Guillermo. Tenía que pasar a verte hoy por el posible ingreso al partido.

- Ah sí, yo ahora estoy terminando la entrevista con el otro chico. En cinco minutos estoy con vos.

Mientras tanto, los dos jóvenes estaban atacando físicamente a Javier. Éste se resistía pero los dos jóvenes parecían superarlo en fuerza. Guillermo, por su parte, retuvo a Verónica preguntándole:

- Disculpame, te hago una consulta solamente: me comentaron algo de una especie de rito de iniciación.

- Sí, en realidad es algo que los que quieren entrar tienen que hacer como forma de probar que realmente quieren entrar al partido y de que tienen la misma visión del partido.

Mientras tanto, Javier estaba casi inconsciente y descalzo. Los dos jóvenes lo cargaron en hombros doblando por la esquina opuesta a la que se había ido Verónica. Miraron hacia ambos lados.

Al no ver gente cerca, siguieron caminando hasta un contenedor ubicado junto al cordón, éste tenía la tapa abierta y lo arrojaron adentro. Acto seguido, volvieron a mirar a ambos lados y salieron caminando disimuladamente pero a paso acelerado. Guillermo, por su parte, volvió a retener a Verónica diciéndole:

- Yo el otro día tuve una charla con Martínez Rigueira y de alguna manera me dio confianza, porque tenemos una visión de las cosas muy parecida.

- Eso es lo que él quiere, él es el que se encarga de eso. Vení, acompaña me que termino la entrevista con el otro chico.

Los dos caminaron hacia el lugar donde supuestamente Javier estaba esperando. Al llegar, Verónica preguntó, confundida:

- ¿Y Javier?

Chequeó mirando la entrada del edificio para confirmar que era el lugar donde lo había dejado. Miró para ambos lados y para la vereda de enfrente.

- Qué raro. Le dije que me esperara. Le tenía que dar los formularios finales.

- Ah, pero tengo entendido que hay gente que cuando le dicen lo del rito... le agarra la duda.

- Sí, pero él me había dicho que no, que quería entrar de todas formas.

- ¿No le agarró duda en algún momento?

- Sí, en un momento sí, parecía que no iba a agarrar, pero después se lo vio decidido.

- Y esa es la típica. Yo el otro día no lo vi tan seguro. ¿Qué te parece si me hacés la entrevista a mí?

- Dale.

Verónica realizó el mismo procedimiento con Guillermo. En la última pregunta, Guillermo respondió:

- Siento que puedo darle mucho al partido. El otro día lo sentí cuando hablaba con Martínez Rigueira. Sentí que tenemos una visión muy parecida de las cosas y que éste va a ser mi lugar.

- Bárbaro, en caso de que se dé tu ingreso vas a notar que la movilización del partido es muy similar a la de otros. Pero, por razones que vas a ir conociendo, nos mantenemos ocultos.

- Sí, lo sé, así como sabía lo del rito de iniciación. Hace tiempo que quiero entrar a este partido y he tratado de conocer lo que más se pudiera.

- Entonces te puedo dar los formularios finales...

- Sí, ningún problema.

De esa forma, Guillermo realizó la parte final del trámite.

Finalizado el proceso, los dos se retiraron para el mismo lado, el lado opuesto al que habían venido. Doblaron en la esquina, y cerca de la mitad de cuadra, estaba el contenedor. Guillermo, que iba del lado opuesto del cordón, vio a lo lejos que sobresalían las plantas de dos pies descalzos apoyados con los tobillos en el borde. Ante esto, intentó hablarle a Verónica:

- La verdad que me tiene muy entusiasmado el tema de militar en el partido.

- Seguro va a salir todo bien, te veo convencido y eso es lo principal para poder entrar y para hacer un buen trabajo.

Mientras decía esto, dejaban atrás el contenedor. Por lo que Guillermo respondió, relajado:

- La verdad que sí, lo estoy.

La jornada siguiente, Verónica llamó a Sara para informarle lo que había sucedido, y luego llamó a Martínez Rigueira. Esto es algo de lo que se dijo en la última charla:

- De las dos personas quedó una nada más, Guillermo. Lo de Javier fue muy raro. Parecía marchar todo bien pero cuando se enteró de lo del rito desapareció.

- Y sí, es obvio, para eso está el rito.

- Guillermo lo aceptó, ahora tenés que esperar a ver qué rito decide hacer.

- Sí, en realidad... Guillermo ya lo realizó el rito.

- ¿Cómo que ya lo realizó?

- Sí, él me comentó el otro día lo que quería hacer y... me pareció más que interesante, me pareció una actitud muy digna del

partido. Lo estoy esperando ahora para que me traiga la prueba de que efectivamente lo hizo.

- Ah bárbaro, ¿ya se puede decir que es parte del partido?

- Todavía no, pero en cuanto llegue te llamo para confirmarte.

- OK.

En un lapso no superior a veinte minutos, alguien golpeó la puerta de la oficina. Martínez Rigueira lo hizo pasar, la puerta se abrió y el que se vio fue a Guillermo sosteniendo una bolsa. Martínez Rigueira sonrió y dejó lo que hacía. Guillermo ingresó, cerró la puerta y se acercó al escritorio diciendo:

- Vine para cumplir con mi parte final del rito. Acá está la prueba. Una nueva donación para que quede a nombre de nuestro partido.

Guillermo sacó de la bolsa un par de zapatillas. Estas zapatillas eran grises y tenían una seña particular: ambas tenían en su parte externa el símbolo de la marca, el símbolo de un rayo blanco. Cuando Martínez Rigueira notó este símbolo, volvió a sonreír, levantó el teléfono, marcó un número, y cuando lo atendieron, dijo:

- Verónica, confirmado: Guillermo es parte del partido.

Final alternativo

La escena transcurre en el salón de una empresa. En una de las paredes se veía un cartel que decía: “Línea 63”. Allí estaba Javier hablando con tres personas de algunos años más. Todos formaban una pequeña ronda.

- Esta línea de colectivo dejó de tener el buen servicio que tenía cuando yo era chico. Eso lo sabe todo el mundo. – Comenzó explicando Javier firme y decidido – Es una de las más importantes del barrio porque pasa cerca de la esquina donde se reúnen la mayoría de los adolescentes que hacen la previa con amigos antes de ir a bailar. Y me acuerdo que en la esquina de Avenida San Martín y Juan Agustín García era la parada en la que se subía

medio mundo, porque se iban a los boliches de Flores. Esto dejó de ser así gracias al nuevo director de la empresa que parecería no tener en cuenta para nada si las unidades llegan o no a tiempo. Yo trabajo cerca de esa esquina los días de semana, y salgo tarde, salgo poco antes de las nueve de la noche y es prácticamente un desierto. Cuando empecé a trabajar ahí, el colectivo estaba todos los días, como un reloj, ahí a las nueve. Esto también dejó de ser así gracias al nuevo director de la empresa. Hace unos meses les hice la primera visita, una visita totalmente informal, con el objetivo de que tuvieran más en cuenta el horario de las paradas, se comprometieron a cambiar las cosas y al final no hicieron absolutamente nada, no solo no están llegando a horario sino que pareciera que llegan cada vez más tarde, y finalmente la semana pasada, mientras esperaba el colectivo en esa esquina para volver, llevando ya casi cuarenta minutos de retraso, me asaltaron. Estoy harto, lo intenté por las buenas y no me dieron bola, así que ahora es personal. Yo no voy a permitir que en la comuna en donde soy miembro del consejo, haya gente que no cumpla con las responsabilidades que tiene y que no haga su trabajo como lo tiene que hacer. Si para la semana que viene los colectivos no están funcionando en horario, voy a realizar la denuncia correspondiente para que el director de la empresa sea removido inmediatamente de su cargo. ¿Les quedó claro?

Los tres hombres no encontraron forma de refutar lo dicho y asintieron con la cabeza.

Días después, en un salón amplio y bastante moderno, estaban reunidos siete jóvenes, cuatro varones y tres mujeres, de unos veintipico de años. Dos de los varones estaban sentados un poco más aislados del grupo, estos eran Guillermo y Javier. Una de las mujeres comentó:

- Esta mina va a causar dolores de cabeza, estoy segura de eso. Hay montones de personas que la quieren parar ahora.

- Yo no me la banco ni un poquito – Acotó otra mujer.

- Yo nunca la entendí ni a ella ni a todas esas mujeres de la política que se hacen las revolucionarias y que luchan por los derechos de los pobres – Agregó uno de los hombres.

- ¿Por qué no las entendés?

- Porque todas luchan por los pobres, pero están casadas con un tipo de guita. Me causa gracia que hagan de todo para defender los derechos de los pobres, para darles una mejor calidad de vida, pero a la hora de elegir pareja jamás se meterían con uno. No se dan cuenta que están luchando por incluirlos en la sociedad y al mismo tiempo son ellas mismas las que los están excluyendo. No se dan cuenta que nada los ayudaría más que darles el mensaje de que una chica linda y de buena posición económica los puede llegar a tener en cuenta como hombres a la hora de elegir pareja y hasta de formar una familia.

- ¿A vos alguna vez una chica linda y de buena posición económica te tuvo en cuenta a la hora de elegir pareja?

Las otras dos mujeres que estaban ahí no pudieron evitar realizar una ligera risa por lo bajo. El joven la miró enojado y comenzó a decir:

- No entiendo por qué decís...

- Bueno, vamos a seguir con esto, si no se va a pasar el día y no vamos a haber adelantado nada. – Interrumpió una de las otras dos mujeres – Definitivamente, el diario donde está la mina está creciendo y eso es también lo que la pone en ese lugar.

- Ese diario empezó siendo una agenda cultural, ¿no? – Preguntó Javier.

- Sí, eso es lo que lo hizo más impresionante el asunto.

- Eso no lo hizo impresionante. – Aclaró Guillermo – Hubo un cambio de ciento ochenta grados en ese diario, se empezaron a meter en política y en temas de actualidad, por eso fueron creciendo.

- No, obvio.

- Jamás habrían dado el salto que dieron si hubieran seguido siendo siempre lo mismo.

- Tampoco me parece que haya sido un cambio de ciento ochenta grados – Respondió con tono irónico Javier.

En ese momento, Martínez Rigueira ingresó al salón y dijo:

- Bueno... Javier y Guillermo, pueden pasar.

Ambos se levantaron y se retiraron mientras el resto del grupo les deseó suerte. Los tres ingresaron a la oficina principal, Rigueira se sentó de su lado, mientras que Javier y Guillermo se sentaron del otro. Martínez Rigueira comenzó diciendo:

- ¿Me parece a mí o estaban hablando sobre este famoso diario del que está hablando todo el mundo?

- Estábamos hablando de ese diario – Respondió sonriendo Javier.

- ¿Y qué opinión les merece?

- Valoro el crecimiento que tuvieron, fieles a sus ideales.

Martínez Rigueira giró la cabeza hacia Guillermo, y éste dijo:

- A mí no me parece que hayan sido tan fieles a sus ideales. Creo que hubo una cierta adaptación a los tiempos que se corren y eso me parece que es lo más valorable.

- No fue tan así. Ni siquiera tienen esa intención de ser el primer poder, saben que como periodistas son el cuarto.

- ¿Cómo es eso del primer poder? – Preguntó intrigado Martínez Rigueira.

- Claro, los diarios más grandes de hoy quieren tener más poder que el gobierno. Son extorsionadores. “Hacé lo que yo quiero que hagas o te destruyo ante la sociedad, y puedo hacerlo porque mi llegada es masiva”. Todo el mundo les tiene miedo porque saben que si no les das entrevistas o vas en contra de sus intereses, manipulan cualquier información para dejarte fuera de carrera, y pueden hacerlo porque nadie influencia la opinión pública como ellos, ni siquiera un gobierno, por más apoyo popular que tenga.

- Ellos van a terminar actuando de la misma manera. El poder corrompe a cualquiera – Aseguró Guillermo.

- No, no van a actuar de la misma manera. ¿Sabés por qué? Ellos vienen sosteniendo hace tiempo la idea de que el periodista

es un informador. Tiene que informar lo que pasa y nada más, no tiene que andar dando opiniones. No tiene que ser ni objetivo ni subjetivo porque no tiene que opinar. Hoy la sociedad dejó de creer en el periodismo como informador de la verdad, porque todos se venden al mejor postor, de esa forma la gente va a volver a creer. Hasta con su agenda cultural son así, nunca te dicen nada sobre las obras que se presentan, te dicen el nombre, el creador, el director, el elenco, el lugar y fecha de exhibición y una sinopsis, no hay críticos que den opiniones. El criterio es: “Trabaja esta gente y trata sobre esto. Si te gusta, se exhibe acá, a esta hora.” No hay críticos porque son solo una agenda de obras no comerciales, y ellos saben muy bien que las obras de arte son expresiones internas del que las creó, de alguien que necesitaba expresar lo que le pasaba por dentro en forma de arte, por supuesto, que son seis, y eso no lo hace ni bueno ni malo porque es lo que le pasaba por dentro, y no te lo puede venir a juzgar nadie. Si tienen que adaptar lo que les pasa a lo que quieren los críticos, no es arte.

- Está bien, todo lo que vos quieras, hayan cambiado o no, igual me parece que se los está inflando mucho.

Tras ese comentario, Martínez Rigueira volvió a girar la cabeza hacia Guillermo, con expresión de interés.

- Y no creo que duren mucho. No informan lo que quiere la gente. No se preocupan en ver qué le resulta interesante a la gente. Me da esa sensación. En mi caso particular, yo tengo un amigo que está dando sus primeros pasos en el periodismo, tiene muchas ganas de entrevistar a Héctor Rivas, el narcotraficante. Ya tuvo una experiencia parecida como periodista y me la contó. Ese momento en que sabés que estás entrevistando a un hijo de puta y que tenés que tener la misma frialdad de siempre.

- Pará, pará, pará. – Saltó Javier - ¿Por qué querés entrevistar a un hijo de puta?

- ¿Cómo por qué? Porque es una nota sumamente interesante.

- ¿Sumamente interesante? ¿Me estás hablando en serio?... Yo te hago una pregunta: si tu amigo hubiera vivido en la época de la Segunda Guerra Mundial, ¿lo hubiera...?

- ¿Si lo hubiera entrevistado a Hitler? – Interrumpió Guillermo
– Por supuesto.

- O sea que Hitler te parece una persona interesante.

- Claro que es interesante, el tipo fue un reverendo hijo de puta pero es interesante.

- ¿Vos te das cuenta del mensaje que le estás mandando a la sociedad haciendo eso?... Sean hijos de puta porque de esa forma van a ser personas interesantes.

- Es una noticia interesante, Javier, no entiendo tu queja.

- Los periodistas son personas públicas con una llegada masiva que influencia terriblemente la opinión pública. Si vos elegís darle ese espacio masivo a un asesino en vez de dárselo, no sé... a un artista independiente, el mensaje es que no se molesten en trabajar decentemente, porque siendo un hijo de puta vas a resultar más interesante.

- No, los periodistas no hacen eso, los periodistas de verdad, y no como los del diario ése que te gusta tanto, le dan a la gente lo que quiere, es la gente la que considera mucho más interesante a un hijo de puta.

- No, estás completamente equivocado. ¿Sabés por qué...?

- Bueno, bueno. – Interrumpió Martínez Rigueira – Más o menos los he podido seguir a los dos. Pueden retirarse. Antes del fin de semana nos vamos a estar comunicando con ustedes.

Ambos agradecieron moviendo la cabeza, se levantaron y se retiraron. Durante la semana siguiente se realizaron las entrevistas a cargo de Verónica, ocurriendo lo que ya fue contado previamente.

Luego de presentar su prueba del ritual, Guillermo se retiró del partido con la satisfacción de la tarea cumplida. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que todavía no estaba todo dicho. En la parte final de su trayecto, ya de noche, ingresó a la Avenida San Martín para regresar a su casa. Realizó algunas cuadras hasta que, aproximadamente en la mitad de una de ellas, comenzó a sentirse observado. Continuó caminando unos metros más, la sensación persistía, por lo que finalmente se detuvo, giró la cabeza hacia el

lado de la calle, no vio a nadie, giró un poco más hacia atrás y lo vio,... era Javier, de pie y mirando hacia él. Estaba con la respiración más que exaltada, con el semblante blanco y la mirada desencajada por la bronca. Además, tenía varios hematomas, estaba con la ropa bastante en mal estado, y descalzo. Guillermo no podía creer lo que estaba viendo. Se produjo un silencio de unos segundos que no se animó a romper. Sí lo hizo Javier estallando en un grito de furia con el que empezó a correr hacia él a toda velocidad. Guillermo, ante esto, salió corriendo inmediatamente. Se desató una persecución por la Avenida, que estaba prácticamente desértica. Corrieron algunas cuadras, ambos a una increíble velocidad, aunque Javier era un poco más rápido, porque en el trayecto la distancia había logrado reducirse algo. Nadie quería ceder. Los dos estaban decididos. Los dos continuaban en una carrera de increíbles proporciones. Exactamente a las nueve de la noche en punto, Guillermo llegó a la esquina de Avenida San Martín y Juan Agustín García, realizó el cruce sin ceder en la velocidad. Apenas dos segundos después, realizó el cruce Javier, y fue en ese preciso momento en que el colectivo sesenta y tres pasó por allí y lo llevó puesto. No había nadie en la parada. El mismo logró detenerse por completo en la mitad de la Avenida San Martín. Eran justo las nueve de la noche, y las pocas personas que andaban por allí de a poco se fueron acercando. Todo lo que podía verse era una de las piernas de Javier saliendo por debajo de la parte trasera del colectivo. Y todo lo que podía sentirse era que ahora sí... estaba todo dicho.

La reforma

Acto I

Nos ubicamos en el interior de una gran obra arquitectónica, que si bien se ubica algo aislada, tampoco lo está de gran manera. Juliana, una joven de veintidós años, está parada en el interior de uno de los amplios salones, observándolo detenidamente, con una mochila colgada en su hombro. El salón tiene piso de cerámica y varios cuadros costosos que pueden verse a lo largo de las cuatro paredes. Algunos de ellos son retratos y otros son dibujos con simbologías distintas. En la pared opuesta a la puerta de entrada, los cuadros sobresalen por ser de mayor tamaño que el resto. Acercándose a esa pared, hay una mesa de gran tamaño y de forma ovalada con algunas sillas en derredor. Está ubicado en diagonal, con una punta hacia esa pared y con la otra hacia una pared del costado donde puede verse un amplio mueble de vidrio con varias cosas de valor en su interior.

La puerta de entrada del salón está abierta y, algunos segundos después, ingresa por allí Micaela, otra joven de la misma edad, también con una mochila colgada del hombro, Juliana gira la cabeza en su dirección y la saluda con un hola. Micaela le responde el saludo y se acerca hacia ella para saludarla con un beso.

- Micaela – Dice presentándose la recién llegada.
- Juliana.
- ¿Vos estás para lo del proyecto?
- Sí. Me dijeron que nos iban a hablar en este salón.
- Sí, a mí también. No me lo imaginaba así.

- Yo tampoco. Me habían comentado que era una obra de no sé cuándo, pero... una se imagina algo más común.

- Pero me parece que es este salón nada más, las habitaciones, el comedor es todo distinto.

- Y sí, ya si eso es así también, me va a resultar un tanto raro.

Micaela se ríe tras el comentario y luego Juliana continúa diciendo:

- Me llaman mucho la atención las cosas que hay en ese mueble de vidrio.

Micaela ubica el mueble y dice:

- Parecen cerámicas.

- Sí, en realidad me llama la atención ese tubo con forma media rara.

- Ah, sí ¿sabés qué me parece que es?... Uno de esos tubos que usa la policía para detectar huellas digitales en un lugar.

- Ah, están bien equipados por lo que veo.

- Sí – Afirma sonriendo Micaela.

En ese momento ingresa Claudio, un joven de la misma edad, y también con una mochila colgando del hombro. Saluda a las dos con un hola, y ambas le contestan el saludo. Una vez que se acerca a ellas, las saluda con un beso.

- ¿Hace mucho que están?

- No, - Responde Micaela – hace un rato.

- Contemplábamos la obra por dentro – Agrega Juliana.

- ¿Ustedes son? – Les pregunta a ambas.

- Micaela.

- Juliana.

- Claudio. Yo no puedo creer que ya me hayan llamado, pensé que iba a tardar un poco más.

- Tardó un poco más en realidad de lo que esperaban todos.

- ¿Sí?

- Sí, pero siempre pasa eso, a los del último llamado, los hicieron esperar mal.

- Yo me esperaba un par de semanas más. Porque aparte siempre pasa mucho tiempo entre un llamado y otro. Y es como que los anteriores entraron hace re poco.

- Pero fue por esta demora que tuvieron.

- Claro.

- Con el último llamado tardaron un montón, no se sabe por qué.

Para cuando termina de decir esto, ingresa otro joven de veintidós años, también con una mochila colgando del hombro. Saluda con un hola a los tres presentes y todos le responden el saludo, cuando se acerca a ellos, los saluda con un beso. Mientras lo hace se presenta diciendo:

- Dante.

Los tres presentes también le dicen sus nombres y luego él continúa:

- Bueno, hacía bastante que en un llamado no quedaban cuatro.

- Creo que no pasó nunca – Acota Claudio a lo que Micaela agrega:

- Me parece que no, es un bajón.

- Sí, uno solo va a quedar afuera.

- Lo hace mucho más emocionante. – Interviene Juliana – Va a ser distinto a todos los llamados anteriores. Lo va a hacer especial.

- Por ahí después de algunos días alguno cambia de idea y quiere irse por voluntad propia – Acota Dante.

- Hablá por vos.

- ¿Por qué? ¿Qué sabés cómo va a ser todo? y si van a aparecer cosas que no te gustan.

- Se supone que los que venimos tenemos una idea de cómo va a ser todo. Si realmente te interesa esto, no vas a cambiar de opinión por algo malo que pueda aparecer.

- Bueno, yo digo para no descartarlo, por si le pasa a alguien.

- Espero que no, que no haya gente que viene para tomarse una semana de vacaciones.

- Igual, a cualquiera al que le pase eso y quiera hacer algún arreglo... vos por ahí, a vos no te veo mucho de arquitecta, te veo más para abogada.

Juliana realiza una ligera expresión de enojo, que no puede pasar desapercibida más allá de que dura poco menos de un segundo.

- Bueno, gracias, igual pretendo ser arquitecta.

Tras el último comentario, ingresa una mujer de aproximadamente treinta y pico de años, vestida formalmente.

- Hola chicos, mi nombre es Andrea. – Dice presentándose con cierta dulzura en su tono – Me imagino que todos conocen el proyecto que está realizando la organización.

Todos asienten con la cabeza.

- Bueno, no quiero entretenerlos con todo lo que ya deben saber. Les hago una breve síntesis, van a estar acá ocho días, hasta el domingo que viene, el sábado se les va a tomar lo que sería el test teórico, el test práctico se va a ver en el trabajo que realicen durante la semana. Si todo va bien, el mes que viene, a los tres que queden, se les va a adjudicar la beca entera para la facultad de nuestra organización. Siempre se nombran tres personas por llamado. Por lo general siempre hubo más de cinco personas en cada uno, esta vuelta quedaron cuatro así que solamente uno de ustedes va a quedar afuera. Vengan conmigo que les voy a mostrar sus habitaciones.

Tras decir esto, Andrea sale del salón y los cuatro van tras ella. Atraviesan unos pasillos al aire libre y llegan a una puerta que contrasta bastante con la del salón, Andrea la abre e ingresan.

- Bueno, acá tienen el comedor y la cocina.

De allí pasan a las cuatro habitaciones y a los dos baños. Vuelven a salir por donde entraron retomando los pasillos al aire libre y de allí pasan por una pequeña biblioteca que hace recordar al salón por su piso de cerámica. Acá Andrea les aclara:

- De acá van a tener que mantenerse alejados los ocho días. Tienen terminantemente prohibido pasar hasta que se les adjudique la beca. Esto es porque la organización entiende que al

presentarse acá ya tienen todo el aprendizaje requerido para conseguirla.

Luego de decir eso, continúan caminando por algunas oficinas vacías, excepto por la última donde está sentado escribiendo un hombre de aproximadamente cincuenta años.

- Bueno, él es Daniel, el encargado de nombrar a los nuevos miembros.

Se trata de un hombre robusto, con cara de enojado y una voz con un timbre muy grave. Luego de la presentación de Andrea, dice:

- Espero que hagan un buen trabajo y demuestren ser dignos de estudiar en nuestra organización, que viene de siglos haciendo este trabajo.

Tras esto, acaban el recorrido y Andrea les dice:

- Bueno chicos, pueden irse a instalar. Les deseo mucha suerte a todos y espero que puedan disfrutar el tiempo que estén acá.

- Gracias – Dicen todos retirándose nuevamente a la casa.

En el comedor, dejan salir sus tensiones y dicen algunas cosas.

- Ese tipo me da un miedo terrible - Acota Juliana.

- A mí también - Responde riéndose Micaela.

- No, fue tremendo, la voz que tenía... – Agrega Dante.

- Sí, parecía que vibraba la oficina.

- ¿Viste que al final la casa no tenía nada que ver con el salón?

- No, eso seguro – Interviene Claudio, a lo que Dante continúa:

- El salón daba tanto miedo como ese tipo.

Todos se ríen del comentario.

Acto II

Los días de la semana comenzaron a pasar y los cuatro residentes cumplieron con todas las cosas que debían hacerse, asistían a las reuniones presididas por Daniel, conocían más de la sede donde estaban viviendo, escribían propuestas para su

modificación o ampliación y evaluaban planos y proyectos que la organización venía tratando. Acorde a todo eso, se adaptaban a la casa perfectamente. Micaela iba seguido a la habitación de Juliana y viceversa para contarse todo lo que les iba pasando. Esto es algo de lo que se registró en las charlas:

- Por ahora zafa.

- Sí, por ahora sí, - Reflexiona Juliana – imagino que los últimos días se van a poner más estresantes.

- Puede ser eso.

- Tengo una bronca por lo que me dijo Dante el primer día...

- ¿Qué cosa?

- Que me veía más como abogada que como arquitecta. Mis viejos me vienen diciendo desde que era chica que me veían como abogada. Primero que no sé si eso es bueno o malo, y después qué me tiene que venir a decir eso.

- No te hagas historia con eso, por ahora venís lo más bien con esto.

- Por ahora sí, pero quisiera asegurarme la beca... y hay algo que me la aseguraría.

- ¿Qué?

- Un libro... que solamente tienen acá, La reforma se llama.

- Pero no podemos entrar en la biblioteca.

- Ya sé. Pero con ese libro tendría un dato con el que definiría todo.

- ¿Por qué? ¿De qué es el libro?

- Habla de cuáles fueron los trabajos que hicieron los cambios más importantes en la organización.

- Pero no tiene sentido, si te llegan a agarrar te echan.

- Vale la pena correr el riesgo. Si tengo esos datos entro seguro.

Micaela realiza una sonrisa cómplice y dice:

- ¿Podemos hacerlo en equipo?

Juliana realiza un festejo eufórico y se abrazan.

- No nos puede fallar, hice todo el seguimiento – Explica Juliana.

- ¿Hiciste todo el seguimiento?

- Todo. Mirá... la biblioteca está abierta de lunes a viernes de cuatro a ocho. Alejandro se llama el bibliotecario, cada vez que abre se va a hablar no sé qué cosa con Daniel y tarda como quince minutos en volver, tenemos que sacarlo en ese hueco de quince minutos.

- Bárbaro.

- Después no se va en toda la tarde hasta las siete y media que vuelve a hablar no sé qué cosa con Daniel y está también quince minutos. Después vuelve y hace el control general de los libros que se sacaron y los que quedaron. Lo tenemos que devolver en esos quince minutos.

- Pero dos días nada más se manejó así, ¿y si hoy cambia todo?

- No va a cambiar. Falta una hora para que abra hoy... ¿lo hacemos?

- ...Sí.

Las chicas se prepararon y a las cuatro menos diez bajaron. Alejandro llegó a las cuatro menos cinco, abrió la biblioteca y entró, saliendo de sus vistas. Así estuvo unos diez minutos, hasta que salió, cerró la puerta sin llave y se dirigió a la oficina de Daniel. Decidieron esperar dos o tres minutos por si llegaba a volver y, como no lo hizo, pusieron manos a la obra. Micaela se paró en la mitad del pasillo simulando que hablaba por celular y Juliana entró a la biblioteca. Buscó en el cajón de índices y cuando lo encontró se dirigió al estante indicado, lo tomó y salió precavidamente. Al no ver moros en la costa cerró la puerta. Micaela se dio vuelta sin sacarse el celular de la oreja y de esa forma se fueron para la casa.

Cuando entraron en la habitación de Juliana dejaron salir su euforia y alegría, poniéndose a trabajar luego en la propuesta. Esto les llevó poco más de dos horas. Se sintieron conformes con el trabajo realizado, por lo cual decidieron ir a tomar aire dejando las hojas sobre la cama y el libro sobre la mesa de luz ubicada junto a esta. Hablando de sus vidas lograron olvidarse de todo hasta unos minutos antes de las siete y media, momento en que volvieron a la

habitación de Juliana riéndose. Ésta se dirige a la mesa de luz, deteniéndose sorprendida a un metro de la misma.

- ¿Qué pasó? – Pregunta Micaela.

- El libro, estaba acá arriba.

Hace un paneo general por la habitación, pero solo encuentra las hojas sobre la cama. Abre los muebles y hasta se fija debajo de la cama.

- No está el libro.

- ¿No lo dejaste en otro lado?

- No, lo había dejado arriba la mesa de luz, y de última lo dejé en la habitación, pero no está por ningún lado.

- Vayamos a la mía, por ahí lo dejamos ahí sin darnos cuenta.

- Dale.

Ambas salen de la habitación e ingresan en la de Micaela, realizan el mismo procedimiento, nuevamente sin tener éxito.

- No puede ser, ¿habrá entrado Andrea o algún otro y se lo llevaron? – Pregunta preocupada Juliana.

- La verdad que no tengo idea.

- Vayamos a ver a las oficinas si hay alguien, para ver si se lo llevaron ellos o si no saben nada. Hacete la boluda.

Las dos salen ahora de esta habitación y luego de la casa. Comienzan a recorrer los pasillos hablando entre ellas y dando vistazos disimulados a las personas que trabajan dentro de las oficinas. Así están un rato, empezando a ver que nadie parece saber nada. Para cuando eso pasa, aparece Claudio que va caminando en dirección opuesta. Se detienen y se saludan.

- ¿Cómo están? – Dice él – No saben lo bueno que estuvo el retiro.

- ¿Qué retiro? – Pregunta Juliana.

- ¿No les dijeron a ustedes? Hay un día que Dante y yo vamos al parque de la organización y un día que van ustedes dos.

- Ah sí, no sabía que les tocaba a ustedes hoy. ¿Y recién llegaste?

- No, hace como dos horas más o menos. ¿Por?

- ¿Vos no viste un libro gordo, viejo?

- No. ¿Qué libro era?

- No, ninguno, dejá, no te preocupes.

Juliana enfila hacia la casa nuevamente a paso acelerado y Micaela va tras ella. Se detienen en la puerta de la habitación de Dante. Juliana golpea y al no obtener respuesta entra. La primera imagen que les aparece es la del libro encima de la mesa luz y junto a algunas hojas escritas a mano.

- No lo puedo creer, pendejo de mierda... – Exclama Juliana.

Se acerca a la misma y les echa un vistazo a las hojas comprobando que es un trabajo con la misma propuesta que ellas habían hecho.

- Hizo la misma propuesta, no lo puedo creer.

- Me estás jodiendo.

- No, hizo exactamente lo mismo.

En ese instante, Dante ingresa y se detiene sorprendido. Las chicas giran la cabeza en su dirección.

- Bueno, ¿a qué debo la visita? – Pregunta él con un tono arrogante.

- ¿Se puede saber por qué está este libro acá? – Responde preguntando enojada Juliana.

- No, en todo caso ¿qué estaba haciendo en tu habitación?

- Eso no es asunto tuyo, nene. Te metiste en mi habitación para robarme el libro y hacer la misma propuesta que estaba haciendo yo.

- Quise hacerte una visita y vi el libro de casualidad. Me pareció que a mí también podía ayudarme. Ahora estamos otra vez sin ventajas sobre el otro.

- Me parece que no entendés lo grave de la situación. Nosotras sacamos el libro apenas abrió la biblioteca, en el momento que el tipo no está, y pensábamos devolverlo hoy antes que cierre. Lo cual va a ser un poco complicado porque cerró hace media hora.

- Se devuelve mañana ¿qué problema hay?

- No, chabón. Había que devolverlo hoy para que no registraran en ningún momento que el libro no estaba. El tipo hace

un control general antes de cerrar así que ya saben que el libro no está.

Dante realiza una expresión de comprender ahora la situación.

- Bueno, si no nos vinieron a decir nada es porque estarán buscando por otro lado primero, lo devolvemos mañana a primera hora en ese hueco, y chau.

- Sí, el problema es que mañana tenemos nosotras dos el retiro.

- Bueno, lo devuelvo yo, está bien.

- Perfecto. Espero que no te olvides – Intenta finalizar la charla Juliana comenzando a retirarse, haciéndolo Micaela tras ella que cierra la puerta.

Ya afuera, ésta le dice:

- Mañana no tenemos el retiro. Es pasado, el viernes.

- No te preocupes, tengo un plan que nos va a dar la ventaja otra vez.

Acto III

Ya es la mañana del día siguiente. Juliana y Micaela ingresan al amplio salón donde se conocieron. Hacen un ligero paneo tratando de ubicar el vidrio donde está guardado el tubo y una vez logrado, se dirigen hacia éste, Juliana lo toma y contenta hace algunos malabares con él.

El paso siguiente lo realizan un par de horas después de almorzar. Juliana se dirige a la habitación de Dante y abre lentamente la puerta asomando la cabeza, Dante está recostado boca arriba durmiendo, con la ropa puesta, excepto por las zapatillas que están tiradas a un costado de la cama. Tiene puestas unas medias cortas que no llegan a la pierna. Juliana termina de entrar, cierra la puerta haciendo el menor ruido posible y camina lentamente hacia la cama. En la mesa de luz, junto al libro y la propuesta, hay un reloj despertador. Se detiene al ver esto y lo toma viendo que está indicado para sonar a las cuatro menos cinco. Lo vuelve a dejar y se sienta en la esquina de la cama, le

toma el talón izquierdo con una mano, levantándole apenas el pie suavemente, y con la otra comienza a sacarle la media, una vez que está casi salida, la toma de la punta, chequea que siga dormido, y la retira dejándola a un costado. Vuelve a bajarle el pie, y le toma el otro realizando el mismo procedimiento. Toma las medias, se levanta, toma las zapatillas y comienza a retirarse lentamente, abriendo y cerrando la puerta con el menor ruido posible.

Algunos minutos más tarde, tal cual había quedado, fue con Micaela a la oficina de Andrea para hablar del retiro. Esto se registró:

- Sí, nos contó uno de los chicos ayer – Explica Micaela.

- Sí, la verdad que la pasaron re bien, se hizo todo lo que se tenía que hacer. – Responde Andrea - ¿Ustedes cómo se preparan para el suyo?

- Bien, la verdad que intrigadas.

- Sí, - Acota Juliana – igual tratamos que no nos distraiga de los trabajos que hacemos y de las propuestas.

- Sí, obvio. – Aclara Andrea – No tienen que dejar de lado eso. Esto es importante pero lo otro es lo que más se va a tener en cuenta.

- Sí, lo sabemos eso. Igual con la actividad que se va a hacer mañana nos vamos a distraer un poco, y eso viene bien.

- Sí, no tengas duda de eso. De hecho es un poco la idea del retiro, si bien se acomodan en un día que trunque la semana, es como distracción.

- Claro – Asiente Micaela.

- Tiene que ayudarlos esto a lo otro y no perjudicarlos en absoluto.

- Va a venir bien – Intenta finalizar Juliana la charla.

La misma siguió algunos minutos más, solo confirmando cosas y posteriormente, faltando algunos minutos para las cuatro, ambas se fueron a quedar en un lugar estratégico dentro de los pasillos para seguir lo que hacía Dante.

A las cuatro en punto, Dante llega a la puerta de la biblioteca descalzo y sosteniendo el libro. Chequea que no haya nadie y abre

la puerta dejándolo sobre la primera mesa que encuentra, vuelve a salir chequeando nuevamente y cierra la puerta retirándose. En el camino a la casa, se topa con Juliana y Micaela. Por lo que se detiene y les pregunta:

- ¿Ustedes no tenían el retiro hoy?

- No, te mentimos, es mañana – Responde muy tranquila Juliana.

- Ah, muy bien... hicieron que me expulsara yo solo.

Ambas asienten con la cabeza.

- Lamento informarles que les salió mal, porque no me vio nadie. Si nos vienen a decir a nosotros va a ser mi palabra contra la de ustedes.

- Puede ser, pero dejaste una prueba en tu contra.

- ¿Cuál?

- No habrás ido a devolverlo descalzo, ¿no?

- ¿Por qué?

- ¿Cómo por qué? No te dijeron del tubo que tienen, con eso van a poder ver todas tus huellas por el piso.

Dante abre aún más los ojos. Juliana mira su reloj y le dice:

- Todavía faltan unos minutos para y cuarto. Todavía estás a tiempo para sacar el libro de nuevo. Andá rápido porque ya está volviendo. Dale andá.

Dante comienza a correr a toda velocidad nuevamente hacia la biblioteca, que ya tiene la puerta abierta, ingresa y se detiene enseguida asustado al ver a Daniel con el libro en la mano. Los gritos de éste se escuchan casi por todo el lugar diciendo:

- Entrás igual, te importa tres carajos que te dijimos que estaba terminantemente prohibido. Sabiendo del conflicto que vivió la organización, con gente que quiso perjudicarla, y te importa tres carajos. Hacen lo que se les canta, no terminan los trabajos y perjudican a la organización.

Juliana y Micaela no pueden parar de reírse. En ese instante viene caminando Andrea y se detiene:

- ¿Qué pasó?

Ambas realizan una expresión de no saberlo.

- Bueno, las estaba buscando chicas para darles unos papeles del retiro de mañana que me olvidé de darles. Acompañenme.

Las tres se retiran hacia una de las oficinas.

Ya es domingo a la noche. Dentro de una de las oficinas hay una mujer, de treinta y pico de años, vestida formalmente, sentada tras el escritorio y leyendo unos artículos, de lo que parece ser una constitución, en voz alta. Del otro lado del escritorio, están sentados Juliana, Micaela y Claudio. Una vez que la lectura es terminada continúa diciendo:

- Es por eso que cumplieron con todo lo establecido por la organización, aprobando el test teórico y aprobando el test práctico al realizar un muy buen desempeño durante sus estadías. La verdad que se han hecho merecedores de la beca para nuestra universidad. Felicitaciones chicos. El mes que viene va a ser la reunión para entregarles oficialmente la beca y ser inscriptos con la gente que quedó en los llamados anteriores. (Sonriendo) Les deseo toda la suerte del mundo.

- Gracias – Responden todos y comienzan a levantarse.

- Y cualquier cosa no duden en consultarnos o en pedirnos ayuda.

Todos vuelven a agradecer, Claudio abre la puerta y empiezan a retirarse.

- Ah, chicas esperen un segundo. – Salta la mujer – Quería hablar algo con ustedes.

Ninguna de las dos puede disimular una expresión de preocupación. Juliana cierra la puerta.

- Los últimos trabajos de ustedes mostraron propuestas increíbles. Les quería aclarar eso particularmente porque la verdad que hicieron un trabajo excelente. Es como si conocieran el estilo y la forma de trabajo que se habla en uno de los libros que forma parte de la organización y que se llama La reforma, lo que me hizo pensar.

Acá, ambas parecen ser invadidas por la preocupación.

- Y lo que quiero hacer es... felicitarlas otra vez. Va a ser un honor darles las becas porque la verdad que se las han ganado.

Ambas vuelven a sonreír y a exhalar relajadamente. Abren la puerta, salen y la cierran mirándose con una sonrisa de tranquilidad y satisfacción.

El escudo de aerosol

Algunos días después, Alfredo iba a compartir nuevamente otro caso con Dolores. Era la zona de Lanús, metiéndose algunas cuadras para dentro en referencia a la gran avenida Hipólito Yrigoyen, mejor conocida como Pavón. Eran casi las doce de la noche. Dolores y Alfredo llegaban al lugar, poca gente era la que había en la vía pública y supuesta escena del crimen. De la ventana de la casa sobresalían las dos piernas extendidas de un hombre que yacía boca abajo. Estaban con un bermudas y los pies descalzos. Cuando llegaron pudieron ver el resto del cuerpo del lado de adentro de la casa. Raúl se acercó y saludó a los detectives diciéndoles luego:

- Aparentemente quiso meterse en la casa y el dueño se defendió. Está allá con los policías. – Dijo señalando con la cabeza el costado opuesto a por el cual los detectives habían llegado – Todavía en estado de shock.

Dolores y Alfredo miraron al hombre en cuestión e ingresaron a la casa. Allí se ubicaron frente a la víctima. Desde afuera se vio que la expresión de Dolores se modificó por la sorpresa, abriendo más sus ojos, aunque manteniéndose firme. Alfredo, por su parte, giró la cabeza de la impresión, cerrando sus ojos. Acto seguido, salieron de la casa y Raúl los guió al hombre en cuestión. Tras la presentación de los detectives, éste dijo con un alto nivel de nerviosismo:

- Yo estaba en mi casa, estaba terminando algunas cosas de trabajo, porque a mí me gusta adelantar cosas a la noche. Me suelo acostar tarde. Igual, ya casi había terminado, quise entrar al comedor para tomar un poco de agua y escuché como unos gritos,

y... no sé... antes de que pudiera ponerme a escuchar qué pasaba, de la nada apareció este tipo intentando meterse por la ventana. Así de la nada. Y... no sé, entré en pánico enseguida. No podía entender qué estaba pasando. Lo primero que atiné a hacer fue cerrar la ventana para que no pudiera pasar. Pero él seguía haciendo fuerza para entrar, estaba como desesperado. Fue todo muy rápido encima. Fue algo... Y por más que cerraba la ventana, lograba meterse cada vez un poco más. Me di cuenta que no iba a poder evitar que entrara. Entonces, fue en un segundo que vi eso... - Dijo señalando un martillo maza en el interior de su casa – y bueno... No pensé que podía haber otros tipos con él al principio, me quedé en estado de shock y después de unos minutos me di cuenta y salí pero no había nadie.

Los detectives le agradecieron al hombre y volvieron al encuentro con Raúl que les dijo:

- Hubo un vecino de la zona que llegó a reconocerlo por la ropa que tiene puesta, dijo que el tipo vive acá a una cuadra. En una casa que tiene una ventana como ésta junto a la puerta.

- OK, - Dijo Dolores – vayamos.

Raúl le avisó a un oficial y los cuatro caminaron hasta el lugar. Cuando llegaron, vieron que la casa estaba cerrada, aunque la ventana estaba abierta, y por allí pudieron ver el interior del lugar, que no era muy amplio.

- En principio vivía solo – Acotó Alfredo.

- En principio, sí.

- ¿La puerta está cerrada con llave? – Preguntó Dolores.

Raúl intentó abrir y luego dijo:

- Sí. Pero no se encontró un juego de llaves con la víctima.

- O sea que salió por la ventana.

- Eso parece – Agregó Alfredo.

Le pidieron al oficial si podía ingresar a la casa por la ventana y buscar la llave para abrirles la puerta desde adentro. El oficial hizo lo propio. No tardó mucho en encontrarla, por lo que abrió la puerta y, a la vez, le dio a Raúl un documento. Éste lo abrió y dijo:

- Sebastián Amino, veintitrés años.

Los detectives ingresaron y analizaron la casa de la víctima, una casa de un ambiente. La habitación que tenía la ventana en cuestión tenía una computadora en la pared de la izquierda, siendo vista desde la pared que contenía la ventana y la puerta de entrada, además de tener un pequeño mueble con tazas, vasos y demás cosas y una pequeña mesa con una silla de cada lado. La computadora estaba encendida y en uso.

- Bueno, es obvio que la víctima estaba acá usando la computadora, el tema es qué fue lo que lo hizo salir así de su casa – Planteó Dolores.

- Qué lo hizo salir o qué lo sacó a la fuerza – Agregó Alfredo.

- En ese caso, hay que ver si lo sacó desde afuera o si entró y lo hizo salir desde adentro.

- Si el que lo sacó estuvo adentro, tuvo que haber cerrado con la llave de la víctima y de última no tendría que estar.

- Si estaba en el piso, la pudo tirar desde afuera hacía adentro una vez que cerró para irse.

Tras decir esto, Dolores le preguntó al oficial:

- ¿Dónde encontraste el juego de llaves?

- En la mesa de luz, junto a la cama.

- Entonces no estuvo dentro de la casa. Hay que ver de qué forma hizo que la víctima se acercara a la ventana.

Una vez que salieron, se pudo ver del lado de afuera, en la pared debajo de la ventana, que había un pequeño dibujo hecho en aerosol. Se trataba de un cuadrado con medio círculo superponiéndosele, lo cual llamó la atención porque no se veían inscripciones en aerosol en ningún lado más, y no podía descartarse como una marca del que sacó a la víctima de su casa.

Para la semana siguiente, se había llegado a un hallazgo que había hecho un oficial uniformado de la zona, había encontrado a dos chicos aproximadamente de diez años escribiendo las paredes con aerosol. Cuando el oficial se acercó un poco, sin que ellos lo notaran, vio que el chico que usaba la lata estaba formando dos figuras geométricas, un círculo sobreponiéndose a la mitad de un cuadrado. Luego de notar esto, el oficial se hizo ver y, de manera

muy tranquila, les dijo que no podían hacer eso, que iba a tener que pedirles la lata de aerosol; el chico, sin ningún tipo de reproches, se la entregó, y el oficial les dijo que se fueran a sus casas. Luego de tener la lata en su poder, el oficial también se retiró y, estando ya a casi una cuadra de distancia, dio vuelta la cabeza para ver si seguía viendo a los chicos, estos estaban en la esquina hablando con un joven de aproximadamente veinte, veintipico de años. El oficial llevó la lata de aerosol al departamento de policía para compararlo con el encontrado en la pared de la casa de la víctima, ya que además se trataba del mismo color, el verde; efectivamente era el mismo. Una vez que les comunicaron este resultado a Dolores y a Alfredo, estos quisieron ir a hablar con los dos chicos, pero debían esperar a que el oficial los encontrara de vuelta por la zona. Esto pasó solo unos días después, aunque no iban a ser los dos chicos, sino solo uno, el que no estaba usando la lata la vez que habían sido detectados. El oficial se acercó a él y le solicitó que lo llevara a su casa que quería hablar con él sobre algo. En la casa estaban los padres del chico y el oficial les explicó el porqué de lo que estaba haciendo y de lo que los detectives tenían que hablar con él. Los padres entendieron. Dolores y Alfredo fueron avisados y llegaron al poco tiempo. Ella comenzó hablándole al chico de esta manera:

- Queremos preguntarte por algo que vimos, por una especie de símbolo pintado con aerosol en distintas paredes. Eso es algo que vos estuviste haciendo con algún amigo tuyo, ¿no?

El chico se mostraba incómodo y miraba a sus padres, estos le asentían con la cabeza para que se animara a decir la verdad. De manera que el chico respondió:

- Sí, con un amigo del colegio, él tuvo la idea de hacer un escudo.

- ¿Un escudo de qué?

- De nuestro equipo. Estamos formando un equipo de fútbol y nuestro escudo tiene esa forma. El equipo rival nuestro había hecho el propio y con aerosol lo pintaban por las paredes. Entonces él tuvo la idea de hacer lo mismo.

- Ahora quiero que nos digas algo, ¿qué pasó esa noche cuando fueron a pintar el escudo a una casa de la calle Zuloaga y no pudieron terminarlo?

El chico volvió a mostrarse incómodo y volvió a mirar a sus padres. Estos volvieron a asentirle con la cabeza y el chico tragó saliva, luego respondió:

- Germán estaba pintando y en un momento se corrió el vidrio de la ventana y salió un tipo que vio lo que estaba haciendo, que le gritó enojado: “¿Qué hacés, pendejo?”, “Ah disculpá” le dijo Germán e hicimos que nos fuimos. El tipo se metió y volvió a cerrar el vidrio. Yo le dije que nos fuéramos, pero él dijo: “No, vamos a terminarlo, ya lo empezamos, lo tenemos que terminar”. Esperamos unos segundos y volvimos. Al rato, se volvió a abrir la ventana y volvió a salir al tipo más enojado que antes. Ahí le dijo: “¿Vos me estás jodiendo, pendejo?”, y Germán le contestó: “Bueno, estamos haciendo algo, loco; nosotros no te estamos jodiendo a vos”. “Sí, me estás jodiendo, estás pintando la pared de mi casa” le dijo el tipo. Y Germán le contestó: “Y bueno chabón, pero no te estamos haciendo nada a vos, no nos rompás las bolas”. Justo para ese momento, llegaba Armando, el hermano mayor de Germán, y el tipo después de que Germán le dijo esto, se re calentó, sacó la mano por la ventana y lo empujó a Germán por la cabeza, lo hizo caer al piso. Armando vio esto y se acercó, se le quedó viendo al tipo, lo agarró de la remera y lo sacó a la fuerza por la ventana. El tipo cayó al piso, Armando le empezó a pegar y empezaron a pelearse hasta que el tipo salió corriendo y Armando lo siguió. No supimos qué hacer, nos vimos con Germán, y justo antes de perderlos de vista los seguimos. De lejos llegamos a ver que el tipo se estaba metiendo a una casa por la ventana, movía las piernas y parecía que gritaba algo, pero enseguida se escuchó un ruido tremendo y las piernas quedaron quietas. Ahí, Armando también dejó de correr, se quedó mirando, se dio vuelta, nos hizo la seña y los tres salimos corriendo.

Arquitectura II

Un pequeño epílogo a “La campaña Lombardini”

La situación transcurría en el salón principal de un pequeño pero imponente edificio. Allí había cinco jóvenes, de aproximadamente veinte años, dialogando sentados en derredor de una mesa. Dos de ellos eran Andrés y Norberto, que estaban ubicados frente a frente. El primero era el que le hablaba al resto diciéndoles:

- Los encuentros que se hagan estos días en la logia van a tener mucha importancia, va a influir en la continuidad, y todos tenemos que aportar nuestra ayuda en lo que podamos. Es un momento donde los compañeros tienen que estar unidos, y no hay que cortarse solo.

Esto último lo dijo mirando a Norberto, que le contestó:

- Y ya lo sabía eso, por eso presenté los afiches estos, no termino de entender por qué esta gente se hace la boluda y no me contesta los llamados.

- Porque no te quieren decir que no.

- O sea que vos decís que no les interesan los afiches.

- Obvio que no, boludo, son cualquier cosa.

El joven ubicado junto a Andrés no pudo evitar reírse. Norberto, sin disimular su asombro, quiso continuar la charla.

- ¿Me estás hablando en serio?

- Son cualquier cosa, ninguna logia puede tomar en serio eso. Disculpame que te lo diga así, pero alguien te lo tiene que decir.

- Ah, y vos la tenés re clara.

- Más clara que vos no tengas duda, boludo.

Los tres jóvenes restantes de la mesa se rieron cómplices de Andrés. Norberto, ya alterado, insistía en continuar la charla:

- ¿Y los trabajos que hacés vos? ¿Vos los viste bien?

- No sé, a mí me responden siempre.

- Si te responden es porque no tienen identificador de llamadas. Es la única forma de que te respondan.

Otro de los jóvenes realizó un gesto de descalificación al comentario. Andrés contraatacó:

- No te tenés que enojar, capo, te estoy tratando de ayudar. Hacé cosas como la gente y te van a contestar las llamadas.

- Obvio – Intervino uno de los jóvenes.

- No, pero no te estoy pidiendo consejos, chabón – Aclaró Norberto.

- Bueno, yo te los doy porque después el que llora porque no le dan bola sos vos – Explicó Andrés.

- No, yo no lloro, yo simplemente te dije que me parecía raro lo que hacen.

- Y bueno, él te está explicando por qué – Intervino otro de los jóvenes.

- No lo dije para que me explicara por qué. – Le explicó Norberto – No tiene que ver con los trabajos que cada uno hace. Si al que maneja no le gusta mi cara, no los va a tener en cuenta.

- Y vos también con la cara que tenés, ¿qué querés? – Comentó Andrés.

Los tres jóvenes dejaron salir la carcajada, Norberto contestó enseguida:

- Ah, porque vos sos Brad Pitt, por lo menos yo no traigo todo el tiempo remeras con boludeces estampadas.

- No, pero con la ropa que traés vos, menos bola te van a dar – Intervino el joven anterior.

- ¿Vos qué mierda te metés? – Le contestó furioso Norberto.

- Me meto todo lo que quiero.

- Si la ropa tuviera algo que ver, con la remera que trajo el otro día, lo hubieran echado de acá para toda la vida.

Los tres jóvenes realizaron un gesto de descalificación y de desentendimiento. Andrés intentó finalizar la charla diciendo:

- No te preocupes, capo, igual no te rindas. Dale para adelante, quien te dice algún día te llaman para que traigas el café.

Los tres jóvenes volvieron a sacar la carcajada. Norberto se levantó diciendo:

- Listo, capo. Lo voy a tener en cuenta.

- Dale.

Tras esto, Norberto se retiró.

La situación nos traslada a algunos días después a uno de los departamentos de un PH, ubicado en un barrio tranquilo y con poca gente. Se trataba de una tarde calurosa y bastante despejada. En el comedor del departamento estaban sentados en distintos sillones Andrés, Viviana, Camila y Hugo, otro joven de más o menos la misma edad. Se los veía a los cuatro dialogar. En un determinado momento de la charla, Viviana dijo:

- Es increíble, terminó habiendo más gente de la que creíamos haciendo la reforma.

- Para mí siempre fueron más de los que se pensaban, si no nunca hubieran generado lo que generaron – Agregó Hugo.

- Sí, bueno, igual no les sirvió de mucho, lo importante es que en Mar del Plata se dé lo que te comentaron – Le dijo Camila a Andrés, que le contestó:

- Sí, se va a dar. No tengas dudas. No sé cómo pero los voy a terminar de convencer de que soy la persona que buscan.

- ¿Qué te dijeron del encuentro la última vez que hablaste?

- Que ya estaba todo listo, que tenían que organizarse para poner la fecha y que me comunicara mañana. Pero ¿sabés qué?, voy a intentar llamarlos ahora a ver si los encuentro.

Andrés sacó su celular del bolsillo, se levantó y salió del comedor. Tras esto, Camila la miró a Viviana y le preguntó:

- ¿Vos qué decís? ¿Se va a dar?

- Obvio, hace tiempo que lo están queriendo llamar.

- Además le va a hacer re bien a la logia porque es un líder nato. Tiene la personalidad de líder. Hay un montón de gente que lo sigue y lo escucha.

- Totalmente. Y siempre caen bien parados, si los otros están en duda, siempre termina pasando algo que los hace terminar de decidir.

En ese momento, Hugo se levantó del sillón y salió caminando tranquilamente del comedor pero por la otra puerta. Camila continuó diciendo:

- Y además, con lo que se viene de vivir con la reforma, ya sería muy raro que no se diera.

Viviana hizo un gesto de complicidad y ambas se quedaron esperando sin disimular la ansiedad. A los pocos segundos, ingresó nuevamente Andrés diciendo:

- Bueno, prepárense porque este fin de semana nos vamos a Mar del Plata.

- ¡Qué bueno! – Exclamó contenta Camila.

Viviana sonrió entusiasmada. Andrés se sentó y empezó a contarles la charla telefónica que había tenido. Minutos después, cuando les acabó de contar, Camila salió del comedor por la puerta que había salido Hugo, caminó por un estrecho pasillo, subió unas escaleras e ingresó a una especie de terraza. Allí lo vio a Hugo sentado de espaldas a ella, mirando hacia una ventana. Se había sacado las zapatillas y estaba con un pie arriba de otra silla. Camila se acercó hasta él y se quedó viéndolo. Hugo la vio y trató de sonreírle, aunque la sonrisa dejó relucir cierto desgano. Camila agarró otra silla libre que había, la ubicó frente a él y se sentó. Unos segundos después le dijo:

- Hacía mucho que no venía a esta terraza, está más arreglada.

- Sí, la estuve arreglando, me gusta venir acá. ¿Ya le confirmaron a Andrés?

- Sí, me imagino que venís.

- Sí. Los tenía que llamar a Andrés y a Viviana mañana después de que hablaran, pero como ya lo saben hoy...

- Vino bien, te salvaste de volver a interrumpirlos cuando estuvieran teniendo sexo – Le dijo irónicamente.

Hugo no pudo evitar reírse, pero enseguida le reprochó:

- Eso pasó una sola vez.

Y se levantó acercándose a la ventana. Camila se levantó también y se le quedó viendo unos segundos con cierta ternura. Después le dijo:

- No creas que no me enteré de cómo interviniste para encontrar a los que estaban con la reforma.

- Nah... traté de ayudar, nada más.

Camila se le acercó hasta estar al lado de él. Se puso en punta de pie, flexionó una pierna, le puso una mano en el costado de la cabeza acercándosele hacia ella y le dio un suave beso en la mejilla. Se notaba un gran esfuerzo en Hugo de no demostrar nada, aunque el pie opuesto a donde estaba ella empezó a levantarse lentamente con excepción del talón. Luego del beso, Hugo pareció sorprendido, la miró y le preguntó:

- ¿Y eso? ¿Por qué fue?

- Te lo merecés.

Acto seguido, salió de la terraza.

La semana siguiente, todos estaban en Mar de Plata. La reunión que habían conseguido era a un costado de la Avenida Peralta Ramos, en el bar que tiene la terraza del Torreón del Monje. Era otra tarde calurosa con muy pocas nubes en el cielo, y las playas parecían estar casi llenas. Los cuatro estaban en la primera fila de un tumulto de gente armado en determinado sector del bar viendo el espectáculo ofrecido. Se trataba de un joven vestido con ropa de calle y descalzo haciendo un baile callejero donde se movía con gran destreza sobre sus brazos. Todo esto era al ritmo de la canción “Titanium” del DJ David Guetta. Todos miraban interesados y aplaudiendo. Viviana daba algunos gritos manifestando su gusto por el espectáculo y al mismo tiempo para que se mantuviera el ambiente. Minutos después, el espectáculo terminó, el joven se despidió aplaudido y la gente de a poco volvió

a sus mesas correspondientes. Una vez que esto sucedió, podía verse que el bar también estaba casi lleno. La gente dialogaba tomando algo. Andrés, Viviana, Camila y Hugo estaban en una de las mesas casi llegando a la baranda de uno de los costados. Junto a la mesa de ellos había otra donde estaban sentados los tres jóvenes que acompañaban a Andrés y a Norberto al principio del relato. Todos vestían informalmente. Para entonces, Viviana le preguntó a Andrés:

- ¿Estás seguro que van a venir?

- Sí, el tipo me dijo que iban a estar en este bar. – Le respondió, luego miró hacia la barra y le dijo: - Ahí están. Son los dos que están en la punta de la barra. Estate preparada que cualquier cosa te llamo.

- Dale.

Andrés se levantó y se acercó a la barra. Viviana se levantó también, agarró su cartera, la apoyó sobre la mesa y se puso a buscar algo en ella. Por su parte, en otra de las mesas que también estaba llegando a la baranda de otro de los costados, había dos jóvenes sentados dialogando, también con ropa informal pero usando las modernas Crocs. Uno de ellos miró para el lado de Viviana y le dijo algo en voz baja al amigo. Se levantó y se acercó a la mesa. Cuando estuvo al lado de ella, el joven le dijo:

- Hola ¿te puedo invitar con algo?

Viviana lo vio y volvió su mirada a la cartera causándole gracia que manifestó con una sonrisa burlona. Luego volvió a levantar la mirada hacia él, diciéndole:

- No, te agradezco pero...

Viviana continuó con su búsqueda. El joven se quedó viéndola, notándosele un rasgo de bronca, e insistió:

- ¿Segura? Te invito algo y charlamos un rato.

Viviana volvió a dejar lo que hacía pero ahora con una expresión seria, diciéndole:

- ¿Qué parte no entendés, flaco? Tomátela.

- No, te entendí, solamente te preguntaba si estabas segura...

- Sí, estoy segura.

- Porque es una invitación para charlar un rato, no me parece que sea algo...

Viviana no pudo evitar ahora la expresión de fastidio. En ese momento se acercó Andrés y le puso la mano en el hombro al joven, diciéndole:

- Capo, te está diciendo que no.

El joven lo alejó un poco poniéndole la mano en el pecho, al tiempo que le dijo:

- No me jodas, capo, estoy hablando con ella.

Andrés volvió a acercarse, volvió a ponerle la mano en el hombro, ahora menos amablemente, e insistió:

- Ella te dijo que no.

El joven enojado volvió a empujar a Andrés ahora con mucha violencia, al tiempo que le dijo:

- ¿A vos qué mierda te importa lo que me dijo?

Tras esto, el joven se le abalanzó para seguir empujándolo, Andrés lo esquivó y lo agarró por atrás de los pelos, golpeándole la cabeza contra la mesa. Con eso, la gente de ese sector empezó a ver qué era lo que estaba pasando. Muchos se sorprendieron sin poder dejar de ver. El joven le tiró violentamente un golpe de puño, Andrés lo detuvo y le torció el brazo haciéndole poner una rodilla en el suelo. Acto seguido, le propinó dos golpes de puño y volvió a golpearle la cabeza en la mesa varias veces, lo cual dejó al joven aturdido y mareado. Esto sorprendió aún más a los espectadores, una joven parada a unos metros le preguntó asombrada a su amiga que estaba al lado de ella:

- ¿Viste eso, boluda?

Andrés volvió a poner al joven de pie, de espaldas a él, y lo llevó a patadas hasta cerca de la baranda, en donde lo volvió a poner de frente y le dio un fuerte empujón que lo hizo caer boca arriba dentro del alto tacho de basura saliéndoseles las Crocs. Allí quedó semiinconsciente. Todos siguieron mirando sorprendidos. Mientras, Andrés volvió a la mesa y le dijo a Viviana:

- Los del grupo te quieren conocer.

- OK – Le respondió ella sonriéndole.

De esa forma, Andrés le puso la mano en la espalda y se dirigieron a la barra. En el camino, Viviana giró la cabeza y miró por encima el hombro al joven en el tacho de basura. Llegando a la barra, los dos jóvenes que habían hablado con Andrés, se levantaron y saludaron a Viviana. Acto seguido, los cuatro se sentaron. Uno de los jóvenes empezó diciendo:

- Waw, eso de recién llamó la atención.

- Nos hizo terminar de decidir. – Agregó el otro – Miren... yo me uní a la logia hace tres meses, él ya estaba hacía más tiempo, y desde entonces nos hicimos cargo. Realmente estamos buscando a alguien que pueda liderar esta logia para hacerla crecer y para que llegue a ser tan grande como las otras que hay en provincia de Buenos Aires. Y la verdad que el trabajo que hiciste para luchar contra la reforma, nos hizo ver que sos esa persona.

- Bueno, la verdad que les agradezco muchísimo, - Respondió Andrés – con gusto me voy a hacer cargo y voy a tratar de hacerla crecer todo lo que se pueda. Desde ya que sigo siendo miembro de la logia de Capital y no puedo descuidarla.

- No, por supuesto.

- Pero voy a hacer todo lo que esté a mi alcance.

Tras esto, todos se saludaron estrechándose las manos a modo de hacer oficial el acuerdo. En el sector opuesto de la terraza, se encontraba sentado en otra mesa, Norberto. Era la única persona del lugar que estaba sentada sola. Se lo veía como analizando algo. Algunos segundos después, se levantó con su vaso y se dirigió a la mesa donde estaban sentados los tres jóvenes que estaban con él y con Andrés en el principio del relato. Finalmente se sentó con ellos y se sumó a la charla con risas de por medio.

Circo

El camino era bastante lúgubre. Se podía decir que era hasta gris, un lugar en el que no se podía sentir a gusto. Y al mismo tiempo la confusión que se generaba igualaba la intensidad de lo anterior. Sabían que al final del camino estaba el circo,... o mejor dicho, el proyecto de circo que aún no se concretaba. Quién podía llegar a saber en qué quedaría todo después de esto. La intriga generaba más confusión y eso era lo único que motivaba a seguir caminando en tan oscuro paisaje.

Ya era de noche, aunque aún era una noche muy joven, y ésta no terminaba de hacer desaparecer las nubes negras que parecían seguir a los que caminaban. Sin embargo, lejos parecía estar cualquier indicio de lluvia y lejos podía estar cualquier motivo que hiciera volver a Laura y su asistente, porque sabían que eso era lo que tenían que hacer. Sabían que estaban haciendo lo correcto. En la mitad del camino ya se sentían cansados y solo podían pensar en la idea de ingresar al último tramo, pero cuando llegaron al último tramo estaban el doble de cansados y solo podían pensar en la idea de estar ya en destino. Y como finalmente en la vida todo llega, Laura y su asistente llegaron al circo, a la inmensa carpa que cubría ese proyecto aún sin concretar.

Dentro del mismo, lo primero que se veía a causa de una vista ya perezosa, era el montón de oficiales uniformados. Estos, reconociendo al instante a los recién ingresados, se abrieron en dos y dejaron la facilidad para ver el lugar de los hechos a algunos metros de distancia. Sin embargo, no se podía ver a la víctima porque los artistas circenses formaban una especie de ronda sobre ésta. Laura caminó con su asistente hacia ellos que, cuando giraron

a verla, realizaron el mismo proceso que los oficiales, no por conocerla, sino por intuición, y no dijeron nada, parecían haberse puesto de acuerdo mentalmente para responder las preguntas de la fiscal una vez analizada la escena.

En el suelo yacía sin vida y boca abajo una joven de veintipico de años, vestía con su ropa de trabajo, estaba con la remera ajustada, el pantalón tres cuartos ajustado y descalza. Su cabello castaño oscuro cubría apenas el perfil visible de su rostro que mostraba su ojo a medias abierto. Solo un poco de sangre rodeaba su cabeza. A metros de ella casi llegando a otro tumulto de artistas circenses, se veía el trapecio. Cuando Laura reparó en él, enseguida miró hacia arriba y vio las cuerdas colgando. En ese momento, hizo el primer comentario una de las chicas:

- No sabemos qué fue lo que pasó.

Se produjo un silencio de unos segundos y continuó.

- Ya estaba todo armado. Estaba todo listo para que se pusiera todo en marcha.

- No se entiende, – Continuó uno de los chicos – jamás hubo ningún problema con nada, jamás falló nada. Y ahora en una tarde, pasan estas dos cosas.

Cuando Laura volvió a acercarse a la policía, éste le leyó los datos de la víctima. Se llamaba Carolina Kreutzberger, y tenía veintiséis años. Era parte del grupo formado por algunos de los artistas presentes que realizaban espectáculos en fiestas, ya que algunos otros trabajaban en la calle. El desconuelo de los presentes era inmenso, pero se debía esperar el resultado de los forenses. Mientras tanto, se debía emprender el camino de regreso para ir hasta el salón que otros artistas, integrantes del grupo mencionado anteriormente, alquilaban para realizar la práctica de sus actividades. No estaba muy lejos, pero se debía regresar, irse de aquel proyecto de circo.

La confusión se mantenía, tal vez había que completar el proceso y ver qué había pasado en el otro lugar, por lo que lo lúgubre ya no se sentía, o bien se sentía pero ya no importaba tanto, y además las nubes negras parecían desaparecer acercándose

a este nuevo lugar. Aquí los oficiales uniformados estaban en la vía pública y fue uno de ellos el que guió a la pareja hasta el nuevo lugar de los hechos. Lo primero que se vio fue sentado a un joven con la mirada perdida y los ojos llorosos, tenía puesto un chaleco y un moño mientras que tenía su galera apoyada sobre la silla de al lado. Se veía a los artistas diseminados en grupo hablando. Al entrar al salón ya no quedaba nadie ahí, solo la víctima. Lo que se presentaba llamaba mucho la atención. Era el cajón que usaba el mago para separar a su asistente en dos. El cajón estaba unido y dentro de ella había una joven, solo se veía la cabeza saliendo de un lado y los pies descalzos saliendo del otro. Laura se acercó con su asistente, mientras que el oficial se quedó en la puerta. La joven parecía tener la misma edad que Carolina. Ésta tenía el cabello rubio que colgaba suelto, sus ojos parecían abiertos con fuerza y tenía un pañuelo rojo hecho bollo metido en la boca. Por el otro lado, sus pies salían bastante y llegaban a verse sus pantorrillas con una herida muy marcada en línea en cada una de ellas. A unos metros y tirados por el suelo había dos zapatos de punta y taco color negro. Al cubículo se le veían marcas en los costados como si hubieran sido atravesados por algo filoso. Laura giró hacia el oficial en la entrada y éste atinó a decir:

- Se equivocaron de cubículo.

Sin poder entender, Laura salió del salón para buscar explicaciones. Esto fue lo que le dijo un chico:

- El truco consiste en clavar espadas por los dos costados de cada cubículo. Hay dos cubículos para el torso, uno que tiene la mitad de abajo maciza de plástico y deja el espacio que hay en la mitad de arriba para que se ubique la asistente. El otro tiene macizo de plástico en la mitad de arriba y el cuerpo de la asistente va abajo. El mago creyó que había agarrado el que tiene el plástico arriba.

El mago era el joven que Laura vio camino al lugar de los hechos, aún seguía con la mirada perdida pero pudo explicar lo siguiente:

- No entiendo, yo había agarrado el otro cubículo, no puede ser,... no puede ser...

- A ver... esperá, ¿no te diste cuenta que estabas clavando la espada en el torso de ella?

- No, por eso la otra parte del cubículo está maciza de plástico, porque hay que realizar el mismo esfuerzo que si clavaras la espada en el torso de alguien, y eso le da más efecto de realidad.

- Pero ella debe haber intentado gritar desesperada.

- Eso era parte del show, ella siempre grita desesperada, estábamos practicando eso porque queríamos que la actuación se viera lo más real posible... No, te juro que no lo puedo creer,... no lo puedo creer...

Tras decir esto, el joven rompió a llorar, Laura miró a su asistente como queriendo buscar más explicaciones, pero entendiendo al mismo tiempo que ya no las había. Cuando volvieron con el oficial que los había guiado, éste les pasó el informe de la nueva víctima. Se llamaba Mariela Tallianni y tenía también veintiséis años. Pertenece al mismo grupo de jóvenes circenses que Carolina. Y para sorpresa de Laura y su asistente formaba parte del proyecto de abrir el circo en Buenos Aires.

Todo parecía indicar que también habría que esperar la llegada de los forenses, por lo que empezaron a retirarse, y sin darse cuenta iban a enfilarse por un pasillo que llevaba a una salida diferente, esto los hizo toparse con una pequeña oficina que tenía clavado en una de sus paredes un enorme afiche, un afiche con fondo negro que mostraba a Carolina realizando una acrobacia en tela aérea y a un joven realizando malabares; sin embargo, lo llamativo fue el título del mismo; con letras inmensas estaba la inscripción:

Gran circo de la ciudad de Buenos Aires

Y abajo con letras un poco más chicas estaba la inscripción:

El circo que desafía la maldición

Era imposible que esta nueva información, hallada sin buscarla, no llamara poderosamente la atención de Laura. Al final de la oficina había una pequeña mesa que sostenía una caja de DVD con el afiche en la carátula. Laura la tomó, la abrió y vio el disco adentro que tenía la inscripción a mano: Video de presentación del Gran circo de Buenos Aires.

Estando ya en su oficina, Laura vio el DVD con su asistente, éste era prácticamente un videoclip de aproximadamente cinco minutos con una melodía de fondo bastante pegadiza e imágenes de los integrantes del circo realizando sus actividades, con un fondo negro detrás y un montaje impecable que coordinaba la música con las imágenes. Carolina aparecía en algunas ocasiones realizando acrobacias, algunas en trapecio, otras con tela aérea, también aparecía con acrobacias en el piso con la tela realizando paradas de manos. Siempre vestía el mismo modelo de ropa que usaba al momento que encontró la muerte, solo que con distintos colores. Por su parte, Mariela también aparecía como asistente del mago. Podía verse diseminado en el video el acto. El mago presentaba los dos cubículos sobre una extensa mesa rectangular, con una silla al costado, Mariela aparecía caminando, con un vestido de pollera corta, y sentándose en la silla de una forma sensual, le acercaba al mago sus pies uno por uno para que éste le sacara los zapatos y los dejara caer por otro lado. Al término de esto, el mago abría la puerta del costado visible del cubículo que iba a contener las piernas de la asistente, el cual no tenía divisiones. Ésta se levantaba de la silla, se soltaba el pelo, y el mago la llevaba de la mano hasta allí, donde ella se sentaba y se acomodaba para ingresar su cabeza y su torso al otro cubículo. Finalmente, sacaba la cabeza por un lado y los pies por el otro. Paso siguiente, el mago cerraba la puerta. Volvía a mostrarle al público cómo quedaban los

cubículos y se dirigía a tomar unas espadas filosas y un pañuelo de color rojo. Hacía un bollo el pañuelo poniéndoselo en la boca a su asistente, por lo que ésta comenzaba a moverse mostrando desesperación y como pidiendo ayuda. El mago comenzaba a clavar las espadas, realizando una gran fuerza para poder introducir las en su totalidad. Podía verse que las clavadas en el cubículo del torso estaban puestas de la mitad para abajo y las del cubículo de las piernas estaban puestas de la mitad para arriba. Luego de concluir, volvía a mostrarle al público el estado del cubículo y comenzaba a retirar una por una las espadas, también realizando una gran fuerza. Paso siguiente, volvía a abrir la puerta del costado del cubículo de las piernas y la asistente comenzaba a salir mostrándose luego sana y salva. Carolina y Mariela también aparecían en el video como integrantes del grupo de Clown realizando algunas escenas cómicas. El último fragmento de esto cerraba el video, aquí usaban una ropa muy elaborada y pelucas.

Laura había considerado esto como algo que debían detallar más los integrantes de dicho proyecto. Por diversos motivos, fue con uno solo con quien pudieron hablar, de nombre Ariel. Éste nos dijo:

- Yo puedo explicarles todo, pero no voy a poder hacerlo de una manera en que pueda dar los detalles que ustedes necesitan. Para eso, yo les puedo decir que hablen con Estela, la abuela de Carolina, que va a poder darles todos los detalles que necesitan.

- ¿Vos qué podés decirnos?

- Yo solamente puedo decirles que estaba en un grupo maravilloso donde me sentía totalmente a gusto. Carolina era fabulosa. Trabajaba mucho. Tenía como esa ira en la mirada... Me ayudaba en cada cosa que necesitaba. Cuando no sabía cómo seguir algo ella se encargaba de ayudarme. Pero no quiero decir nada más. Con Estela van a tener los detalles que buscan.

Laura decidió seguir la corriente y localizar a Estela. Cuando lo hizo, conoció la información de que era una sobreviviente del holocausto. Laura acabó yendo a la casa con su asistente. Era una mujer que pasaba los noventa años, pero más allá de eso se

conservaba muy bien. Y más allá de que se la veía dolida, parecía perderse por momentos y hablar muy lentamente, siempre mostró interés en querer contarles la historia que le solicitaban. Esto se registró de la misma:

- Mi nieta Carolina siempre quiso seguir los pasos de sus abuelos. Ella amaba el circo, tenía adoración y desde muy chiquita empezó a prepararse. Empezó a juntarse con gente que compartía la pasión de ella para poder hacer espectáculos en distintos lados. Ella ya de muy joven empezó a vivir de eso, de los espectáculos que hacía con su grupo. Los llamaban para todo tipo de fiestas. A mí me encantaba verla, era un placer, pero al mismo tiempo sentía esa angustia...

- ¿Angustia por qué?

- Porque ella siempre decía de chica, que su sueño era poder armar un circo con su grupo, el circo más grande del país. Como era muy chica, yo no quería decirle nada, esperaba a que ese sueño de a poco fuera desapareciendo.

- ¿Por qué?

- Por la maldición. La maldición que existe desde hace setenta años. La maldición que nosotros mismos creamos cuando quisimos poner nuestro circo en Buchenwald. Todavía no lo habíamos inaugurado cuando los nazis arrasaron con todo y con nosotros. Fuimos muy pocos los que pudimos escapar, mi marido dio su vida para que nosotros podamos escapar. Fui una bendecida y le estoy agradecida eternamente a Dios por haber podido irme con mis dos hijos. Pero el dolor es inmenso, todavía resuena en mi cabeza lo último que escuché antes de irme de Alemania, cuando un soldado Nazi le dijo a un compañero mío: “Donde un nazi haya pisado, ninguno de ustedes va a levantar ningún circo”.

Se produjo un silencio de unos segundos, la mujer respiró hondo, y exhaló dejando salir una gran angustia. Luego continuó:

- Bueno... después pasó el tiempo. En el año mil... novecientos setenta y cuatro, nos enteramos que un grupo de descendientes de aquel grupo, iba a intentar armar un circo en Buenos Aires. Nos pusimos muy contentos. Esperábamos la

inauguración muy ansiosos. Me acuerdo que se demoraba, se demoraba, que las cosas se atrasaban y cada vez faltaba más. Se llegaron a escuchar de algunos accidentes que hubo, ninguno fatal gracias a Dios. Cuando volvimos a preguntar un tiempo después... nadie sabía nada, parecía que habían dejado todo y nadie sabía por qué. Parecía algo que había quedado en el olvido. Al muy poco tiempo nos enteramos de otra cosa que nos dolió profundamente. Después de que terminó la guerra, los nazis sobrevivientes escaparon de Alemania y la mayoría vinieron a refugiarse a Buenos Aires. Algunos murieron acá no hará mucho. Y fue en ese momento que comprendimos que lo que ese soldado había dicho ese día iba a producirse, que nos habían dejado una maldición encima y que nunca íbamos a poder levantar nuestro circo en Buenos Aires. Era muy chica cuando Carolina hablaba de querer hacer el circo y mi hija siempre me decía: “mamá, tarde o temprano lo va a tener que saber y vamos a tener que dejar que ella tome la decisión que crea correcta”. Y bueno...

Se volvió a producir otro silencio de unos segundos, la mujer volvió a respirar hondo y a exhalar con gran angustia. Finalmente continuó:

- Ella tenía diecisiete, dieciocho años cuando le dijimos. Al principio pareció asustarse. En ese momento le estaba yendo tan bien con su grupo que no parecía estar en sus planes, por lo menos en ese momento. Estaba ganando muy bien. Y por un tiempo pareció no haber tenido mucha repercusión, pero bueno... estaba un poco más tranquila, la angustia era menos porque ya se lo había dicho y sentía que me había sacado un peso de encima, que había hecho lo que tenía que hacer; y como te dije, no parecía momentáneamente haber intención de hacer el circo. Pero bueno... hace dos años más o menos volvió la idea a nuestra vida. Carolina vino a decir segura y contenta que iba a crear un circo y que iba a desafiar la maldición. Yo la quise convencer de que no tenía que hacerlo pero no conté con la ayuda de mi hija, ella decía que si Carolina lo consideraba correcto, lo tenía que hacer. Traté, traté de convencerla pero ella trataba de convencerme más a mí de

que era algo que había que hacer. Y yo... yo le dije que estaba bien, que si sentía que había que hacerlo, que lo hiciera... y eso es algo que no me puedo perdonar y nunca me voy a poder perdonar.

La mujer no pudo evitar decir esto muy entrecortado producto de un llanto que de a poco se asomaba. Laura la tomó de la mano y la tranquilizó. Durante un rato intentó hacerla sentir mejor, y al lograrlo le pidió que continuara. La mujer con mucha dificultad reanudó con lo siguiente:

- Eran cinco los chicos que manejaban el grupo, Carolina, otras dos chicas y dos chicos, una de las otras dos chicas era Mariela. Ellos fueron los que empezaron a crear y a diseñar el proyecto. Nunca dejaron sus trabajos, era algo que iban a tomar con calma. Les empezó a ir bien, habían logrado conseguir todo lo que buscaban, por un momento parecía que todo iba a funcionar muy bien. Carolina fue la que tuvo la idea de poner el lema de desafiar la maldición. Y ya no les quedaba mucho, se decía que en dos meses el circo iba a estar levantado. Lo hablaban con un entusiasmo y una alegría que te terminaba contagiando.

Aquí la mujer volvió a entrecortar las últimas palabras, asomándose de a poco el llanto. Laura volvió a tomarla de la mano volviendo a tranquilizarla y de a poco fue cerrando el encuentro.

Con el resultado de los forenses, Laura no pudo sacar nada en concreto. Su visión nunca dejaba de ser la de una mano metida por alguien. Realizó algunos estudios, a través de testigos, informes y búsquedas que pudieran darle algo concreto. Jamás las pudo encontrar.

Hoy... a casi tres años de estos dos trágicos hechos, los casos siguen caratulados como accidentes. Ignacio Landes, el mago que fue parte del accidente de Mariela, y uno de los cinco organizadores del circo, decidió en su momento no seguir con el proyecto, de la misma forma que lo decidió la otra chica. Solamente el chico restante, Ariel, quiso mantenerlo... pero desde hace tiempo... parece ser algo que quedó en el olvido.

Crónica posmodernista

(o Un conflicto más a causa de los perros)

Su semblante se empezó a tornar rojizo y su mirada pareció perderse como si ingresara en un intenso y eterno conflicto dentro de su mente. Parecía que no podía terminar de llegar a un puerto, o a rendirse y golpear el escritorio con el puño o seguir intentando creerse que el problema no era tan grave y que no lo afectaba en una medida preocupante. Era como si necesitara tan solo unos segundos de silencio pero los dos perros de la casa de enfrente no daban tregua con los ladridos. Sin cambiar el semblante y casi sin poder pestañar, continuó escribiendo. Su postura se notaba mucho más tensa que antes. Parecía querer leer lo que había escrito, pero en cada oración bajaba la cabeza a modo de buscar la concentración fuera como fuera. Finalmente, llegó a un puerto y golpeó el puño contra el escritorio. Se apoyó en el respaldo y se pasó las manos por el rostro. No era una situación fácil para Mateo. Éste era un joven de veinticinco años que vivía en una zona tranquila de la localidad de Avellaneda, y que debía terminar de escribir la crónica de un caso policial que le había pedido un diario importante al cual aspiraba ingresar a trabajar. Sabía que no era una crónica más y que podía marcar el rumbo de su vida. En determinado momento, los dos perros parecieron callarse. Mateo abrió más sus ojos, como esperando, y al encontrar esos segundos de silencio, retomó la escritura. Comenzaba un segundo periodo que iba a ser interrumpido cuando los perros volvieron a ladrar. Volvió a intentar escribir sin cambiar su semblante y sin pestañar, pero seguía sin lograr la concentración por más de una oración. Se levantó y se asomó al ventanal que daba a las casas de enfrente,

como si ya le fuera rutina. La casa de enfrente tenía un pequeño patio adelante terminado por una reja y dos ovejeros alemanes medianos allí, que le ladraban a cada persona que pasaba. Ya estaba, ya había perdido la conexión con su trabajo. Se sentó en el sofá intentando relajar sus hombros, el ladrido de los perros iba y venía. Sentado allá pareció relajarse primero, pero luego pareció alterarse aún más regresando aquel semblante. Se paró, caminó de un lado para otro intentando tranquilizarse, y cuando logró hacerlo en cierta medida, tomó la llave, abrió la puerta y salió. Cruzó la calle y se acercó a la casa en cuestión. Antes de poder llegar, los perros ya estaban ladrándole violentamente. Sin embargo, se acercó a la puerta de la reja y tocó el timbre. La entrada no llegaba a verse desde donde estaba. Se ubicaba al costado de la casa a la que debía llegarse por un pasillo. Efectivamente por el mismo, apareció una mujer de treinta y cuatro años de nombre Mara. Enseguida calmó a los perros y les ordenó que salieran de la reja. Ella se acercó a Mateo, y con expresión amable le preguntó:

- ¿Sí?

- Qué tal, yo soy Mateo, soy el vecino de acá enfrente –
Respondió señalando su casa, también mostrando amabilidad.

- Ah, qué tal, esperame un segundo.

La mujer intentó nuevamente calmar a los perros, y para entonces, les ordenó que fueran para la casa. Los perros obedecieron y ella abrió la puerta.

- Sí, qué tal.

- Todo bien. Pasaba porque quería hacerte una consulta. Hace unos días que estoy terminando un artículo que tengo que entregar el viernes al diario donde trabajo, y te quería preguntar si no podías llevar a los perros adentro porque los ladridos no me permiten escribir. Son constantes y no puedo terminar de concentrarme para terminar el artículo.

Mientras decía esto, la mujer fue cambiando su expresión de amabilidad por una de cierto rechazo, y cuando Mateo acabó de hablar, ella, conservando el tono amable pero al mismo tiempo con una gran firmeza, le contestó:

- No, no, no. No. Disculpame pero no.
- Es que se hacen constantes y realmente traté de ignorarlos pero se me hace imposible.
- Y sí bueno... pero yo no los puedo encerrar.
- ¿Aunque sea no podría ser hasta el viernes?
- No, cómo los voy a encerrar hasta el viernes. No, no puedo.
- No, pero no todo el día, pero si por ahí arreglamos que a tal hora estén adentro y yo aprovechó a escribir...
- Y no, no porque yo a la tarde trabajo y los tengo que dejar acá afuera, ahora hace media hora que volví. Los perros tienen que estar afuera.

Se produjo un silencio de unos segundos. Mateo pensaba por qué otro lado podía encarar la conversación. Pero ella se le adelantó diciendo:

- La verdad que no te puedo ayudar. Yo trabajo desde antes del mediodía y vuelvo más o menos a esta hora. Y a los perros no los voy a dejar adentro, yo... soy animalista y no voy a hacer cosas que no les hagan bien.

Se produjo otro silencio de unos segundos. Esta vez Mateo atinó a decir:

- Es qué le ladran a cada persona que pasa.
- Y sí, son perros, los perros ladran.
- Sí, pero... qué sé yo...
- No sé qué más decirte.
- No, está bien. Bueno, gracias igual.
- No, está bien.

De esa forma, Mateo volvió para su casa mientras que Mara cerró la puerta y volvió a ingresar a la suya.

La mañana siguiente, Mara recibió la visita de una vecina y amiga, una mujer más o menos de su edad, que salía a trabajar a la misma hora de ella y que una vez por semana pasaba por allí antes de irse. Los perros le hicieron fiesta, ya que la reconocían, Mara salió y la hizo pasar. Se pusieron al tanto de distintas cosas. En un momento ella fue a buscar los zapatos al dormitorio y regresó con ellos en la mano diciendo:

- No sabés lo que pasó ayer cuando volví.

- ¿Qué?

- Me vino a tocar el timbre el flaco que vive acá enfrente.

- Sí.

- Me dice que tiene que terminar no sé qué cosa para el diario que trabaja y que si no puedo meter a los perros adentro porque los ladridos no lo dejan concentrarse.

- ¿En serio? Pará, ¿qué flaco? ¿El que vive justo acá enfrente? ¿Mateo?

- Ese. Mateo. Le dije que no. Que me disculpara pero que yo trabajaba toda la tarde y que no iba a dejar ni loca los perros adentro. Me dice que le ladran a cada persona que pasa. Y sí, boludo, son perros. Aparte, no entiendo como el ladrido de un perro te puede joder tanto, la verdad que no lo entiendo.

- ¿Pero vos no sabés cómo viene la mano con ese flaco?

- No, es la primera vez que cruzo palabra con él.

- Ese flaco, antes que vos vinieras, se había ido a vivir a Capital con la novia. Estuvo unos meses y se volvió. El rumor que se corrió dice que se pelearon porque adoptaron un perro y él no podía dormir por los ladridos que pegaba a la noche, que lo despertaban a cada rato. Porque encima era un departamento de un ambiente.

- Me estás jodiendo – Exclamó Mara sin poder evitar que le causara gracia.

- No, y dice que la novia, cuando tuvo que elegir entre el perro y él, lo terminó dejando a él.

Aquí Mara se echó a reír mientras decía:

- No, me estás jodiendo. Con razón.

- El tipo ve un perro y le da urticaria.

- No la sabía esa.

Esa misma tarde, Mateo volvió a intentar continuar con la escritura de la crónica. Al poco tiempo, los perros empezaron a ladrar nuevamente. No mostró ninguna expresión de molestia, pero los síntomas del día anterior volvían a invadirlo. Esto lo hacía parar de vez en cuando, pero luego de unos minutos volvía

resignado a la crónica escribiendo con todos esos síntomas dentro de él. Estuvo más o menos el mismo tiempo del día anterior y eventualmente logró llegar al final. La jornada siguiente, la previa a la entrega, hizo una especie de revisión no tan exhaustiva. Cuando llegó el viernes, se presentó en el diario y le entregó la crónica al jefe de redacción. El martes de la semana siguiente, debió volver para la entrevista donde se le haría la devolución. Allí el jefe de redacción le dijo que la crónica no se parecía a las vistas en los diarios pequeños donde había trabajado, sentía que su nivel en comparación a aquellos trabajos había bajado. Que con dicho nivel no iba a poder ser tomado, pero que con motivo de aquellos viejos trabajos, se le iba a dar una nueva oportunidad. Debía entregar el martes siguiente una nueva crónica y esa ya sería la definitiva. Mateo se lo agradeció y volvió a su casa pensando desesperadamente una solución a su problema. La tarde siguiente, se lo vio sentado en el sofá, descalzo y con las piernas en posición de yoga, pareciendo pensar algo intensamente. Minutos después, como tratando de creer que nada había ocurrido, se sentó nuevamente en la computadora y comenzó el trabajo. Al poco tiempo, los perros volvieron a empezar a ladrar. Volvió a hacer un intento de seguir escribiendo a pesar de que los síntomas lo habían vuelto a invadir, pero no podía seguir haciendo de cuenta que nada había pasado. La crónica escrita de esa manera había sido rechazada. Se detuvo y se volvió a sentar en el sofá intentando relajarse, lo cual como siempre era imposible, y después de estar sumergido un tiempo en ese conflicto mental, también era imposible para él no acabar en un nuevo estado de ira. Se paró frente a la ventana y miró a los perros con odio y con impotencia. Esos momentos lo hacían perder la noción del tiempo. Para entonces, vio a Mara caminar por el pasillo de la casa, ésta se acercó a la reja, la abrió y salió dejando que los perros salieran un rato sueltos mientras ella se quedaba allí viéndolos. Esto le dio a Mateo el impulso para realizar algo. Agarró sus zapatillas, se las puso y bajó. Salió de su casa y se fue caminando para la esquina. Allí cruzó y caminó en sentido opuesto por la vereda de enfrente.

Pocos segundos después de pasar por una casa ubicada cerca de la esquina, salió de ésta la amiga de Mara que, sin reparar en él, empezó a caminar en el mismo sentido. Mateo pasó por la casa de Mara sin mirarla, y para cuando ya la había dejado atrás, pasó por donde estaban los perros, que enseguida se le acercaron a ladrarle. Mara los llamó sin mucha autoridad para que volvieran con ella, pero estos no parecían obedecer. Ante esto, Mateo se detuvo y se dio vuelta mirando hacia ella con expresión de odio. Mara, sin inmutarse y con una ligera sonrisa, volvió a llamarlos. Para entonces, la amiga llegó al lugar y los perros dejaron de ladrarle a Mateo para ir a saludarla. Sin embargo, Mateo no se movía de su posición, por lo que Mara y su amiga le mantuvieron la mirada. Al ver que los perros no iban a volver a ladrarle, Mateo volvió a mirar hacia delante y continuó su camino. Mara y su amiga se miraron con una sonrisa. Mateo dio vuelta a la esquina, y en estado de gran furia, se quedó esperando allí. De a ratos asomaba la cabeza para ver si seguían hablando, y al ver que sí, continuaba esperando. De esa forma estuvo aproximadamente unos diez minutos. Cuando tras un nuevo intento, vio que ya no había nadie, volvió a cruzar y se dirigió a su casa.

La tarde siguiente, atravesando la misma situación sentado en el sofá y ya en un estado de trance, vio dentro de unos de los módulos de su living, que tenía la puerta abierta, aquel pequeño recipiente que había comprado unos meses atrás, un repelente de perros para rociar en la puerta de su casa, ya que por la zona donde él vivía solía andar algún que otro perro callejero que continuaban merodeando por la zona debido a que algunos vecinos de su cuadra le dejaban comida en la calle y la base de un recipiente con agua, y de vez en cuando, solía encontrar la puerta de su casa con una mancha líquida en la parte de abajo que chorreaba hasta el piso. En el estado en el que había entrado, se quedó viendo el recipiente un largo rato. Esa noche no comió y se quedó despierto. Aproximadamente a las once de la noche, se lo vio salir de su casa sosteniendo dos pequeños platos, uno de ellos contenía líquido y el otro, algunos bocaditos de carne. La zona parecía estar desierta.

Cruzó la calle lentamente. Los perros ya no estaban en la reja, pero al llegar se quedó allí esperando y viendo para ambos lados sin poder evitar su gran nerviosismo. Al final del pasillo que está en el costado de la casa se veía la puerta entornada. Mateo se quedó viendo de manera muy sigilosa si alguien pasaba por ese pequeño espacio que llegaba a verse del interior de la casa. Algunos minutos después se vio pasar a uno de los perros, éste se detuvo pareciendo mirar hacia fuera, y al ver a Mateo, pasó por el hueco y fue corriendo a la reja ladrando violentamente. Mateo aprovechó y se corrió para el costado donde ya no podía ser visto desde la casa, intentó calmar al perro haciéndole una caricia en la cabeza a través de la reja, y si bien no lo consiguió, la intensidad de los ladridos llegó a disminuir un poco. En ese instante, Mateo pasó por la reja el plato con los trozos de carne. El perro dejó de ladrar y empezó a comer. Luego, con mucho cuidado, pasó el plato con el líquido, el perro dejó de comer, olió el otro plato y continuó comiendo del otro. Mientras lo hacía, Mateo le seguía acariciando la cabeza. Inesperadamente ingresó al patio Mara diciendo:

- Vamos, entrá que ya está la comida.

Al instante de decirlo, vio la situación que se estaba desarrollando, y en un estado de sorpresa y furia, le preguntó:

- ¿Qué estás haciendo?

- No, nada, era algo para él – Atinó a decir Mateo casi tartamudeando.

Sin dejar pasar segundo, Mara corrió hacia el perro, le sacó los platos y le ordenó a los gritos que fuera para adentro. El perro obedeció. Luego de eso, abrió la puerta de la reja y le dijo furiosa:

- Sos un asesino, hijo de mil puta. Sos un asesino de mierda, te voy a hacer la denuncia.

- Si yo le traje comida nada más.

- ¿Qué es lo que querés? ¿Que meta a los perros cuando yo no estoy? No lo voy a hacer, eso no va a pasar, olvidate. ¿Me entendiste? Olvidate.

Tras ese comentario, Mateo cambió su expresión de nerviosismo por una de coraje.

- Entonces los vas a tener que cuidar mucho.

- No va a hacer falta, ¿ves ese lente que se ve ahí? – Le preguntó señalando hacia un rincón superior de la casa por debajo de las tejas – Eso es una cámara, boludo, está todo filmado y mañana mismo llevó los videos a la comisaría para que te vengan a meter en cana.

Mateo, ante este comentario, entró de lleno en un ataque de furia y le agarró el cuello con toda su fuerza. Mara intentó defenderse yendo hacia atrás. Ambos entraron al patio. Ella logró desacomodarle las manos, y ante esto, él le dio un fuerte empujón que la hizo caer al suelo. Sin dejar pasar segundo, se arrodilló frente a ella, le volvió a poner una mano en el cuello, puso el otro brazo en forma de escuadra y con puño cerrado a modo de tomar fuerza, y mientras lo hacía, exclamó desencajado:

- Hija de mil puta. Te voy a matar.

En ese preciso momento, el perro volvió a entrar corriendo al patio y ladrando violentamente directo hacia Mateo. Éste dio un grito de terror y el perro se le tiró encima dejándolo en el suelo donde continuó atacándolo. Mateo se resistió todo lo que pudo hasta que el perro le mordió el cuello y ahí poco a poco dejó de moverse. Acto seguido, varios vecinos, entre ellos la amiga de Mara, empezaron a acercarse al lugar, el cual se conmocionó al instante. Mateo había fallecido. Atendieron a Mara, que les contó toda la historia, y le llamaron una ambulancia para que pudiera ser atendida. Además, organizaron llamar a la policía para poder mostrarle todo lo que la cámara había tomado.

Para cuando los oficiales llegaron, la situación se mantenía bastante similar. Mara respondía las preguntas de sus vecinos, exhibiendo orgullosamente a su defensor, mientras que el perro seguía firme y altanero, con el cuerpo boca abajo de Mateo delante de él, exhibiendo orgullosamente a su presa.

El mensaje del retrato en la casa de Jazmín

(Segunda versión alternativa)

Esc. 1 Ext. Día. Vía pública.

Es una tarde soleada y calurosa en Villa Gesell. Mucha gente se va acercando a la playa y ya pueden verse algunas personas allí, entre ellas JAZMÍN, una joven de veintiún años, junto a DARÍO, un joven un par de años mayor. Ambos están sentados en sus reposeras viendo hacia el mar, vistiendo una remera y un short. En un determinado momento, DARÍO le dice algo a ella y se levanta. Camina hasta un puesto de bebidas atendido por un joven de su edad, llamado SEBASTIÁN, que también viste una remera y un short. Apenas se ven, se reconocen mutuamente, saludándose.

DARÍO

¿Cómo estás?

SEBASTIÁN

Todo bien, acá, con un pequeño trabajo para juntar algo en el verano.

DARÍO

Está muy bien.

SEBASTIÁN

Sí, hay que rebuscársela. ¿Vos?

DARÍO

Bien, yo me tomé unos días con Jazmín y nos vinimos para acá.

SEBASTIÁN

¿La distribuidora cómo va?

DARÍO

La verdad que bien, por suerte. Este último semestre fue muy bueno, se facturó bastante.

SEBASTIÁN

Qué bueno.

DARÍO

Sí, desde que se blanqueó mejoró todo y ahora hay unos cuantos beneficios a los que vamos a poder acceder.

SEBASTIÁN

¿Qué tipo de beneficios?

DARÍO

Los que promueven los bancos, te cambian la vida por completo.

Existen un montón de paquetes para cualquier cosa que se te ocurra. Eso sí, siempre presentando las facturas de todo un año. Hace poco completamos uno y trajimos toda la facturación para acá. Yo te recomiendo totalmente si podés blanquear tu situación, hoy día conviene mucho, podrías acceder tranquilamente a los beneficios que hay.

SEBASTIÁN

Sí. ¿Y hasta cuándo se quedan?

DARÍO

Hasta mañana. Estuvimos la primera quincena de marzo.

SEBASTIÁN

Ah.

DARÍO

Escuchame, ¿tenés aguas saborizadas?

SEBASTIÁN

Sí.

DARÍO

Te pido dos chicas de pomelo.

SEBASTIÁN

Dale.

SEBASTIÁN toma dos botellas chicas de la heladerita.

DARÍO

¿Cuánto están?

SEBASTIÁN

Diez.

SEBASTIÁN se las entrega mientras DARÍO le pasa un billete de veinte pesos.

SEBASTIÁN

Que las disfruten.

DARÍO

Gracias. Bueno, nos vemos.

SEBASTIÁN

Nos vemos.

DARÍO vuelve al lugar donde estaba. SEBASTIÁN se queda viéndolo como si le molestara su altanería. DARÍO se sienta y le da una de las botellas a JAZMÍN. A la vez, SEBASTIÁN ve que JAZMÍN tiene su cartera al costado de su reposera, la cual parece estar abierta. Toma dos sorbetes del mostrador y se acerca a ellos.

SEBASTIÁN (*Alcanzándose los*)

Disculpen, me olvidé de ofrecerles sorbete.

DARÍO (*Recibiéndolos*)

Ah, bueno, gracias.

SEBASTIÁN

De nada.

Inmediatamente, SEBASTIÁN corre la cartera con el pie y se agacha tomando del interior un juego de llaves y una tarjeta para descuentos. Sin darse vuelta la empuja con el pie de nuevo donde estaba y comienza a caminar nuevamente hacia el puesto, guardándose las dos cosas en los bolsillos de su short. Sin embargo, antes de llegar se desvía unos metros a donde hay un joven algo mayor que él, se ve que le dice algo y se retira mientras este joven empieza a atender el puesto. Éste nos muestra una elipsis temporal con respecto a las nubes del cielo y con respecto a la cantidad de gente que se empieza a reducir. En un determinado momento, se lo ve a SEBASTIÁN regresando por donde se fue. Se aleja bastante del puesto y se detiene a una distancia prudencial de DARÍO y JAZMÍN, toma rápidamente puntería y arroja despacio el juego de llaves haciéndolo caer debajo de la reposera de ella casi junto con la

cartera. Acto seguido, regresa al puesto, se ve que le dice algo al joven y éste lo deja seguir atendiendo.

Esc. 2 Ext. Día. Vía pública.

La escena comienza con un plano general de la entrada de un edificio, con un pequeño descanso delante de la puerta y dos escalones a continuación. Puede verse a través del vidrio de la puerta que alguien viene caminando por el hall. Cuando ésta se abre, puede verse que se trata de SEBASTIÁN, con una remera y un short distintos a la escena anterior. En un estado tranquilo, como dejándose llevar, baja los escalones y echa un vistazo a ambos lados. Luego comienza a caminar hacia el lado de la playa, guarda las llaves en el bolsillo, y cuando llega a la esquina, se va deteniendo como si le hubiera agarrado una duda, sin embargo, continúa caminando aunque sin poder cambiar esa expresión. En la mitad de la cuadro siguiente, mira la hora en su reloj pulsera, y ante esto, vuelve a detenerse, ahora de manera más brusca. Se queda pensando un rato y pega la vuelta, volviendo a entrar a su edificio. Un minuto después, sale sosteniendo la tarjeta que sacó de la cartera de JAZMÍN. Baja los escalones, guarda la tarjeta en el bolsillo y enfila hacia el lado opuesto con expresión de tranquilidad.

Realiza un trayecto de tres cuadros y media y se detiene en un edificio de dos pisos, con solo un departamento en cada uno, se acerca al portero eléctrico y toca el timbre del departamento ubicado en el piso de arriba. No contesta nadie, vuelve a tocar el timbre, se queda esperando más tiempo pero consigue el mismo resultado. Vuelve a mirar la tarjeta, luego mira hacia ambos lados, la guarda en un bolsillo de su short y saca del otro una llave con la que abre la puerta. Ingresa al hall donde ve que en el centro de la pared opuesta a la entrada hay una puerta de ascensor común y corriente, y a su izquierda, una puerta de ascensor que tiene la mitad de la altura. La mira

con expresión de intriga pero finalmente se acerca al ascensor común que se encuentra en la planta baja, abre la puerta e ingresa. Oprime el botón del segundo piso. Al llegar, busca la puerta del ascensor de baja altura pero no la encuentra y camina por el pasillo hasta la puerta del departamento del fondo. Toca el timbre pero no contesta nadie, agudiza su audición para ver si escucha ruidos dentro del lugar, luego vuelve a tocar el timbre, espera más tiempo pero nadie responde, por lo que con la llave abre la puerta. Se detiene en la entrada y echa un ligero vistazo. Se trata de un pequeño departamento de dos ambientes. Un lento paneo nos va describiendo el lugar. Lo primero que se ve desde la entrada es el comedor, no muy amplio. Sobre la pared del costado izquierdo, viéndose desde la entrada, hay un extenso sofá, y a un costado de éste, una pequeña mesa de vidrio con un teléfono y varios papeles encima. Sobre la pared del costado derecho, hay un reloj colgado que marca las cinco menos diez, más abajo está el teléfono del portero eléctrico, y a un lado de éste, un almanaque colgado mostrando la hoja del mes de marzo. La pared ubicada enfrente de la puerta de entrada tiene un ancho y breve pasillo que conduce al dormitorio. Allí hay una cama de una plaza ubicada de forma paralela a esta pared, un alto mueble al costado contra esa misma pared, un televisor, sobre una pequeña mesa de madera, ubicado frente a la cama, y una pequeña mesa de luz sobre el otro costado de la cabecera. Sin ningún tipo de división, a continuación puede verse una pequeña cocina, y a continuación, un pequeño baño.

SEBASTIÁN ingresa a la casa y cierra la puerta con llave, camina lentamente y sin hacer ningún tipo de ruido, echa un vistazo al dormitorio, a la cocina y al baño, y vuelve a la entrada. Agudiza su audición para ver si vienen ruidos de afuera, y al no escuchar nada, con un poco más de tranquilidad, vuelve a contemplar cada habitación. Luego de ver suficiente, saca nuevamente la llave, abre la puerta y se retira. Llama el ascensor, cuando llega a su piso, abre la

puerta e ingresa. Oprime el botón de la planta baja. El ascensor comienza a bajar pero extrañamente no se detiene en la planta baja sino que sigue bajando. SEBASTIÁN cambia su expresión de tranquilidad por una de preocupación. Por la puerta se ve toda una pared extensa como si no hubiera ningún piso. Finalmente llega a un subsuelo donde se detiene. Se queda sin hacer nada y puede ver a través de la puerta a un hombre que dobla por un pasillo del fondo. Sin embargo, SEBASTIÁN comienza a sentir curiosidad, sale del ascensor, cierra la puerta sin hacer mucho ruido y camina lentamente por el lugar. Se trata de un subsuelo totalmente despoblado con diversas cosas almacenadas, y un pasillo al fondo que da a la izquierda. Al escuchar pasos, SEBASTIÁN se esconde enseguida entre dos grandes bolsas al costado junto a la pared. Ve al hombre que había visto desde el ascensor que camina hacia el mismo, entra y sube. Tras esto, SEBASTIÁN sale de entre las bolsas y camina por el pasillo del fondo. Allí encuentra más cosas almacenadas, entre ellas dos pilas de cuadros. El que está ubicado arriba de la primera pila muestra una pintura muy llamativa, parece ser el retrato de un hombre, tomado en un plano medio corto, con una expresión galante y soberbia, al mismo tiempo que la ropa que llega a verse remite a que la pintura fue hecha un siglo atrás. Sin embargo, no repara en él, sí en el cuadro que está arriba de la segunda pila, se queda viéndolo un rato, luego lo levanta y va echando vistazos a los que están abajo. Cuando termina los deja como estaban, camina unos pasos para llegar a ver si el ascensor está siendo usado, y al ver que no, vuelve a donde están los cuadros. Esta vez, se aleja un poco más y encuentra dos pilas de hojas bastante altas que parecen ser facturas de una distribuidora. Apoya una rodilla en el suelo y se queda mirándolas sin poder evitar cambiar a una expresión de cierta bronca. Les echa un vistazo y ve que la primera pila pertenece al último semestre, y que la segunda pertenece al anterior, luego mira hacia el costado afinando su audición, y al no escuchar nada, agarra

una pequeña pila de estas y comienza a romperlas. A veces la pila que agarra no es tan pequeña y se le dificulta romperla, por lo que la reduce y continúa el trabajo. Casi en la mitad del mismo, escucha un ruido proveniente de arriba y se detiene instantáneamente, volviendo a afinar su audición. Espera unos segundos, y como no se repite, vuelve a lo que hacía hasta finalmente romper toda la primera pila. Ve que más al costado hay un par de cajas vacías, toma una y comienza a meter las facturas rotas allí. Sin dejar pasar segundo, cierra la caja y se levanta cargándola, yendo nuevamente hacia el ascensor, pero esta vez repara en el cuadro que está arriba de la primera pila, se detiene sin poder dejar de verlo. Su expresión va tomando cada vez más bronca y rechazo al punto en que regresa, apoya la caja en el suelo y comienza a realizar el mismo procedimiento con las facturas del semestre anterior. Esta vez va a ir parando de a ratos para descansar y continuar, perdiendo en absoluto la noción del tiempo. Ya con más de la mitad de las facturas rotas, se escucha el ruido de un aplique proveniente de arriba y la luz disminuye un poco, se detiene sorprendido, por lo que rápidamente toma otra de las cajas vacías, pone las facturas rotas allí, así como el resto de las facturas sin romper, la cierra, la pone arriba de la otra y vuelve a levantarse cargándolas, retomando su camino hacia los ascensores. Allí ve que ninguno de los dos se mueve. Se acerca al común y lo llama, pero éste no baja. Insiste con el botón, y al ver que no baja, comienza a golpear la puerta gritando: "Ascensor, ascensor". Al no obtener ningún resultado, no puede evitar la expresión de preocupación. Ve que el ascensor de baja altura está allí. Parece analizarlo unos segundos y se decide, abre la puerta y pone las cajas adentro, estas llegan hasta un poco más arriba de la mitad de la altura del ascensor y apenas dejan un espacio en el costado, por lo que se pone de costado él bajando la espalda y la cabeza, e ingresa, queda completamente doblado, de pie al lado de las cajas, con el torso y la cabeza paralelos a estas. Cierra la puerta y oprime el

botón de planta baja. El ascensor empieza a subir. En voz muy baja SEBASTIÁN parece decir: “Por favor, por favor”. Continúa atravesando el trayecto de la pared extensa, pero faltando una cuarta parte del mismo, el ascensor se detiene de golpe y, al mismo tiempo, se apagan las luces. Un paneo nos lleva a la entrada del edificio donde se ve salir a DARÍO y a JAZMÍN, y al hombre que fue visto en el subsuelo, con otra mujer.

HOMBRE

Bueno, entonces a ustedes ya no los vemos hasta noviembre.

JAZMÍN

Sí, ya en noviembre pasamos de nuevo. ¿Ustedes vuelven ahora a mitad de año?

MUJER

Sí, en vacaciones de invierno, así ya terminamos los últimos detalles para poder ya ponerla en alquiler.

JAZMÍN

Bárbaro.

HOMBRE

Ya dejé en el pasillo por separado la pila de los cuadros que vamos a colgar. Eso va a ser lo primero que hagamos a la vuelta.

MUJER

Y sí, hay que dejarla linda.

En ese momento, un auto se detiene y estaciona frente a ellos. Los cuatro se suben, el hombre es el que se sienta en el asiento del acompañante.

HOMBRE

A la terminal.

Un nuevo paneo nos lleva nuevamente al sótano. La cámara se detiene en el retrato y realiza un lento zoom in hasta mostrarlo en plano detalle.

A flor de piel

Recuperado de los viejos borradores perdidos

Esc. 1 Int. Noche. Casa particular.

Un hombre y una mujer, de poco más de treinta años y vestidos formalmente, caminan por los pasillos de lo que parece ser una casa de alto estrato social. Cuando ingresan al comedor de la misma, esto se puede comprobar. Allí se ven algunos oficiales de policía trabajando, uno de ellos se acerca a recibir a los recién llegados.

POLICÍA

El vecino de al lado llamó, dijo que escuchó gritos.

El policía guía a la pareja hacia otro sector del amplio y lujoso comedor, allí se ve una mujer, de poco menos de treinta años, yaciendo boca arriba sin vida en el piso, tiene puesto un vestido gris que le llega un poco más arriba de las rodillas, por otro sector están tirados los zapatos de taco y punta del mismo color que el vestido. Tiene los ojos abiertos, un fuerte hematoma en el pómulo derecho y algo de sangre por abajo la nariz.

POLICÍA

Patricia Gutiérrez, veintisiete años. Faltan muchas pertenencias. Se cree que se trató de un robo. Y que ella, por cómo está vestida, venía de alguna fiesta.

MUJER

No tiene herida de arma. ¿Cuál fue la causa de muerte?

POLICÍA

Rotura de cuello, después de haber sido bastante golpeada. Un caso que va a tener repercusión.

MUJER

¿Por qué?

POLICÍA

Es la esposa del empresario Gustavo Lee.

MUJER

Ah sí... me suena ese empresario.

HOMBRE

Si no recuerdo mal se hizo famoso por ser amigo del senador ése que es conocido, no me acuerdo el nombre ahora...

POLICÍA

Adolfo Fierro.

HOMBRE

Ése...

MUJER

Sí, ahora los ubico, se decía que no venía muy bien ese matrimonio.

POLICÍA

Decían que no.

MUJER

¿Y dónde está ahora Gustavo Lee?

POLICÍA

Está de viaje de negocios en el interior. Vuelve el lunes. Los que la asaltaron debieron pensar que ella viajaba con él y que tenían la casa a disposición.

Tres horas antes...

Esc. 2 Int. Noche. Casa particular.

Nos ubicamos en el amplio y lujoso comedor de la escena anterior. Rasgos antiguos y cuadros costosos al igual que los muebles. Los sillones daban la sensación de estar siglos en el pasado y hacían un perfecto contraste con los aparatos tecnológicos.

De un momento para otro, empiezan a escucharse risas fuera de campo, una risa de hombre y una de mujer, que claramente parecen irse acercando al lugar en cuestión. Cuando parecen estar lo más cerca posible, se escucha el ruido de una llave

entrando en la cerradura. Acto seguido, se abre la puerta y por allí ingresan ADOLFO, un hombre de poco menos de cincuenta años, vestido de traje y corbata, y PATRICIA, una mujer de poco menos de treinta años, usando un vestido que le llega poco más arriba de las rodillas. Ambos parecen algo alcoholizados. PATRICIA cierra la puerta y deja la cartera sobre una pequeña mesa de vidrio que hay cerca.

PATRICIA

No te preocupes, no hay nadie.

Se acercan y empiezan a besarse hasta que ella se detiene.

PATRICIA

Ahora vuelvo.

PATRICIA sale del comedor. ADOLFO empieza a contemplar el lugar caminando lentamente, se quita el saco tirándolo en el piso, se pone delante de un espejo y se arregla la corbata. Segundos después, vuelve PATRICIA con el pelo suelto y se pone delante de él quien empieza a besarle el cuello. PATRICIA intenta relajarse y se da vuelta volviéndose así a besar. ADOLFO la va llevando hacia el sofá largo donde sigue besándola, le saca los zapatos y los arroja hacia atrás. PATRICIA se para en el sofá queriendo pasar del otro lado del respaldo, le toma la mano a ADOLFO y lo hace al tiempo que éste le da una palmada en la cola. PATRICIA camina con poca estabilidad hacia el minicomponente, toma el control remoto ubicado junto a éste y lo enciende. Un tema lento empieza a sonar. Vuelve a dejar el control donde estaba y camina hacia un pequeño barcito ubicado en un costado, llena dos vasos con whisky y se acerca otra vez a ADOLFO, le da un vaso y se quedan unos segundos bailando. De apoco van sentándose en el sofá. Ella pone sus piernas encima de las de él y pone su vaso en posición de brindis.

PATRICIA

Por tu candidatura.

ADOLFO

Por mi candidatura.

Brindan y toman un trago. Acto seguido, ella se arrodilla frente a él dejando el vaso en el piso y empieza a abrirle el cierre del pantalón. En ese preciso momento suena un celular. ADOLFO se sorprende y aleja a PATRICIA.

PATRICIA

No atiendas.

ADOLFO

A esta hora tiene que ser algo importante.

ADOLFO saca su celular del bolsillo, se fija el número, realiza un gesto de no conocerlo y atiende.

ADOLFO

Hola...

VOZ EN OFF

Hola Adolfo, ¿cómo estás, tanto tiempo?

ADOLFO

¿Quién habla?

VOZ EN OFF

Tranquilo, actuá naturalmente y no digas nada, soy Gustavo.

ADOLFO no puede evitar abrir aún más los ojos.

VOZ EN OFF

Lamento interrumpirte, solo quería decirte que sabía perfectamente que iba a pasar esto cuando me fuera de viaje, y que por eso en la semana hice instalar varias cámaras de seguridad en el comedor de mi casa. Y que los estoy viendo a los dos desde que entraron.

PATRICIA (*Susurrando intrigada*)

¿Quién es?

VOZ EN OFF

No me voy a poner a cuestionar tus motivos ni tratar de entender cómo se puede ser tan desagradecido, sabiendo que soy yo la persona que más plata le está aportando a tu campaña.

ADOLFO (*En un estado de alto estrés*)

Escuchame...

VOZ EN OFF

No, no, no quiero que digas nada ni que me des ningún tipo de explicación. Simplemente llamaba para decirte que voy a tratar de sacarle el lado bueno a todo esto y por eso quería proponerte un trato.

Se produce un silencio de unos segundos. PATRICIA le hace señas a ADOLFO con la mano, pero ADOLFO la ignora.

VOZ EN OFF

Hola...

ADOLFO

Sí, hola.

VOZ EN OFF

¿Escuchaste lo que dije?

ADOLFO

Sí.

VOZ EN OFF

Perfecto, el trato es el siguiente, las cámaras son muchas, son diminutas y están muy bien camufladas. Todos sabemos que hacer públicos los archivos de las grabaciones que tengo en la computadora sería la muerte de tu carrera. Para ser sincero, no quisiera hacer eso, no es ésa mi intención, mi intención es destruir todos los archivos, pero para que eso pase vos tenés que hacer algo por mí.

Se produce otro silencio de unos segundos.

VOZ EN OFF

Quiero que mates a Patricia.

PATRICIA *(Con voz bajita)*

¿Me podés decir quién es?

ADOLFO

No, no, yo no voy...

VOZ EN OFF

Ah, ah, no te apures en contestar. Yo ya sé que es una opción difícil, Adolfo, pero no creo que tengas alternativa. La matás, los archivos se borran y hacemos ver que un grupo de asaltantes entró a la casa pensando que ella venía de viaje conmigo y que por lo tanto estaba vacía. Si no la matás, todos y cada uno de los archivos

van a ir a parar a todos y cada uno de los medios de comunicación.

Y se terminó, se terminó tu carrera política, olvidate de lanzar tu candidatura a gobernador. Se termina todo acá.

Nuevamente se produce un silencio pero es un poco más extenso.

VOZ EN OFF

No quiero ser exigente, Adolfo, pero tenés que tomar la decisión ahora.

ADOLFO

Escuchame... te pido por favor...

VOZ EN OFF

Llegás a decir “por favor” otra vez y el lunes mismo mando todos los archivos a los medios.

ADOLFO cierra los ojos unos segundos y los abre lentamente.

ADOLFO

Está bien.

VOZ EN OFF

Bárbaro, no te molesto más entonces, no te olvides que cualquier cosa te estoy viendo.

ADOLFO corta la comunicación y tira el celular al piso.

PATRICIA (*Intrigada y molesta*)

¿Quién era, Adolfo?

ADOLFO empieza a transformar su estado de alto estrés por el de una gran ira.

ADOLFO

Vos sos una hija de puta, planeaste todo esto con él.

PATRICIA

¿Qué?

ADOLFO (*Gritando*)

¿Piensan que no soy capaz de hacerlo?

PATRICIA

¿De qué mierda estás hablando? ¿Quién era?

ADOLFO le da un fuerte golpe de revés en el pómulo tirándola al suelo. PATRICIA se queda viéndolo totalmente desentendida y tomándose el lugar golpeado. En ese instante

ADOLFO se levanta, ella empieza a correr desesperada hacia la puerta y él comienza a seguirla. Pocos metros después la alcanza, ella intenta zafarse y le da un puñetazo en la cara, a lo que ADOLFO le contesta con otro de mayor intensidad. PATRICIA cae al piso con sangre debajo de la nariz. Él vuelve a abalanzarse sobre ella que intenta escapar gateando, ADOLFO logra agarrarle un pie haciendo fuerza para llevarla hacia él, mientras que PATRICIA hace fuerza para seguir avanzando al mismo tiempo que intenta zafarse. Cerca de ella hay otra pequeña mesa de vidrio donde hay algunos adornos y un cuchillo, por lo que estira el brazo lo más que puede tratando de agarrarlo, con todas sus fuerzas logra arañar el borde de la mesa con sus uñas largas, pero finalmente él la termina alejando, cuando la tiene cerca de él, ella le mete un codazo en el estómago y vuelve a correr directo hacia la puerta, pero cuando ella logra abrirla un poco, él logra agarrarle el pelo llevándola hacia él y cerrando nuevamente la puerta. Allí se produce un intenso forcejeo durante algunos segundos que termina cuando él le rompe el cuello. PATRICIA se desploma y cae sin vida boca arriba sobre el suelo. ADOLFO se queda mirándola algunos segundos con la respiración exaltada. Segundos después vuelve a sonar el celular. ADOLFO gira la cabeza y se dirige al sofá, donde visualiza el celular en el suelo junto a éste, lo toma, se fija el número y atiende sin decir nada.

VOZ EN OFF

Muy bien, cumpliste tu parte del trato. Así me gusta.

ADOLFO

Borrá los archivos ahora y venite para acá.

VOZ EN OFF

Tranquilo, ahora estoy de viaje, vuelvo el lunes, vas a tener que esperar. Confía en mí, yo ahora borro los archivos. Ahora escuchame bien, para que el plan funcione necesito que hagas un par de cosas, agarra los dos vasos, vacíalos y volvélos a poner en el bar como estaban.

ADOLFO

OK.

ADOLFO deja el celular sobre el sofá sin cortar la comunicación, toma los vasos y los lleva al barcito, vuelve a meter el contenido en la botella y deja los vasos como estaban. Acto seguido, vuelve a agarrar el celular.

ADOLFO

Hola.

VOZ EN OFF

Bien, ahora necesito que agarres varias pertenencias de valor y te las lleves.

ADOLFO

¿Qué?

VOZ EN OFF

Rápido, Adolfo, hubo muchos gritos, los vecinos tuvieron que haber escuchado y va a llegar la policía en cualquier momento. Agarrá varias pertenencias de valor, metélas en un bolso y andate a tu casa.

ADOLFO

OK.

ADOLFO vuelve a dejar el celular sobre el sofá sin cortar la comunicación y se dirige a los muebles, del primero saca un bolso y del resto comienza a sacar pertenencias de valor que va metiendo en el mismo. Esto le lleva algunos minutos. Cuando finalmente termina, cierra el bolso, camina con éste hasta el sofá y agarra el celular.

ADOLFO

Ya está.

VOZ EN OFF

Perfecto, ahora andate.

ADOLFO

¿Pero los policías no se van a poner a buscar las cámaras?

VOZ EN OFF

Nadie sabe que hice instalar cámaras, quedate tranquilo, además ya te dije que son diminutas y están muy bien camufladas. Nadie las puede ver.

ADOLFO trata de relajarse y así transcurren algunos segundos.

ADOLFO

¿En serio vas a borrar todo?

VOZ EN OFF

Andá a tu casa ahora y confiá en mí, Adolfo... todo va a salir muy bien.

La ganadora del día (Primer caso)

El sol comienza a salir en la ciudad de Buenos Aires. Una mañana de lunes templada y más que agradable. La situación nos traslada al dormitorio de una casa particular. En la cama de dos plazas está Lucrecia, una joven de veintiocho años cumplidos no hace mucho, durmiendo boca arriba. Lentamente comienza a abrir sus ojos y a estirarse. En la cama junto a ella, durmiendo de costado y viendo hacia ella, está Bruno de dos años más. En la esquina de la cama, del lado de ella, está el perro, un golden mediano, que también comienza a despertarse. Lucrecia se sienta inclinándose hacia adelante y pone sus brazos alrededor del perro dándole un abrazo y algunos besos. Acto seguido vuelve a acostarse. En ese momento, Bruno pone su brazo alrededor de ella, llevándola hacia él. Lucrecia sonríe plácidamente y se deja llevar juntando su espalda con su pecho, allí él comienza a besarla.

En la siguiente escena, Lucrecia sale de su casa, el día se mantiene agradable y esto la predispone de otra manera. Cuando se dispone a cruzar la calle, ve a un joven artista circense, sobre la senda peatonal, realizando un pequeño acto con malabares para los autos. Al ver cruzar a Lucrecia, éste gira en su dirección y continúa haciendo el acto solo para ella. A los pocos segundos se le caen los objetos, Lucrecia sonríe y el joven al verla se saca la gorra satisfecho a modo de agradecimiento.

En una de las esquinas, se detiene esperando a alguien. Algunos minutos después, una combi se detiene y ella ingresa. El conductor la saluda de una manera informal ya que ambos se conocen, debido a que Lucrecia toma todos los días la combi para

ir a su trabajo, a la misma hora, y aunque no siempre coincide el mismo conductor, lo hace la mayor cantidad de veces. Lucrecia se sienta en el primer lugar, el cual estaba vacío más allá de que bastante gente estaba viajando en el vehículo, y se hacen algunos comentarios de sus vidas. En una nueva parada, sube un joven, vestido más informal y de verano, sosteniendo una bolsa en cada mano aparentemente con cosas pesadas en ellas. Visualiza un segundo a Lucrecia y comienza a caminar hacia los asientos de atrás con una actitud seria y de hacerse notar. El conductor lo mira a través del espejo retrovisor con una expresión algo hostil. Para cuando está por pasar por al lado de Lucrecia, el conductor arranca con el cambio puesto, la combi avanza unos centímetros haciendo un movimiento brusco y se detiene de esa misma forma, el joven que acababa de subir pierde el equilibrio, acto seguido, la combi arranca normalmente y el joven, por el peso de las bolsas y por la inercia, es empujado llevándose puesto con una pierna el apoyabrazos del asiento de Lucrecia y cayendo en el asiento vacío que estaba atrás, cabeza abajo y con los pies hacia arriba, sin las ojotas que se le habían salido por lo brusco de la maniobra. Todos miran hacia él, sorprendidos, y se levantan a ayudarlo. Lucrecia se mostraba algo tentada, lo mira el conductor a través del espejo retrovisor, que tenía una expresión de haber logrado lo que buscaba, por lo que Lucrecia no puede evitar reírse disimuladamente.

Algunos minutos después, la combi llega a la esquina en que Lucrecia debía bajarse. Saluda al conductor y baja caminando hasta su lugar de trabajo. Saluda a sus compañeros e ingresa a su oficina. Se sienta en su escritorio y enciende la computadora. En ese momento parece recordar algo y se levanta dirigiéndose hacia una sala llena de estantes que contienen biblioratos. Allí puede verse a una joven de aproximadamente su edad que estaba sentada descansando y se había sacado los zapatos. Lucrecia al verla se acerca a ella y le acaricia la cabeza preguntándole cómo estaba, la joven, de cara aniñada, contesta que todo bien. Lucrecia se dirige a uno de los estantes y la joven la retiene agarrándola del brazo y

haciendo un poco de fuerza hacia ella. Lucrecia se inclina y se saludan con un beso, aunque la joven lleva su boca hacia la boca de Lucrecia que sutilmente se la aleja negándole dulcemente con la cabeza a pesar de la súplica en la mirada de la joven. Acto seguido, retoma su trayecto al estante y toma el bibliorato que necesita retirándose de la sala.

Menos de una hora después, Lucrecia regresa a la sala sosteniendo aquel bibliorato retirado. Aquí la joven está sentada de una forma mucho más relajada y totalmente distinta en su apariencia. Está con una camisa, un bermudas y descalza, con un pie apoyado sobre una pequeña mesa. Tiene el pelo mojado y peinado hacia atrás, con una colita escondida dentro la camisa y se había pintado con lápiz de maquillaje una ligera barba y bigote. Lucrecia se detiene sorprendida y comienza a reírse. La joven le dice con voz masculina: “¿Qué hacés mamita?, vení, dame un beso, vení que si te agarro sabés las cosas que te hago...”. Lucrecia estalla en una inmensa carcajada de bastante tiempo. Ya estaba, la competencia ya estaba terminada. Esa carcajada final suele ser aquella que declara al ganador... o la ganadora del día.

El estado de disipación

Prólogo

La escena transcurre en un salón ubicado dentro de un centro cultural. El suelo está casi lleno de cartulinas con distintos contenidos una al lado de la otra. En la pared izquierda, viéndose desde la entrada, hay una salida hacia otros salones y, a un costado de ésta, hay una pequeña mesa con una silla de cada lado. Parado junto a ésta hay un joven de poco más de veinte años, con una remera de mangas cortas, un jean con la botamanga doblada hacia fuera y descalzo, pegando lo que parece ser un recorte de diario en una cartulina con un contenido diferente. Una vez hecho esto, la toma y camina hasta uno de los huecos libres del suelo, tratando de no pisar ninguna cartulina. Luego de eso, vuelve a la mesa acomodando restos de papeles. En ese momento ingresa, Hugo, un joven más o menos de su edad, que se detiene antes de las cartulinas. Enseguida se reconocen mutuamente y se saludan desde donde están. De esa forma, comienzan una charla en la que se ponen al tanto de sus cosas. Sin embargo, en un momento, Hugo le pregunta:

- ¿Vos estuviste hablando estos días del tema Maia con los que se encargan del caso?

- Estos días... sí, el otro día uno de los que vive cerca de mi casa le estuvo preguntando a varios, nos preguntó sobre el último contacto que habíamos tenido.

- Sí, y vos tenés la costumbre de dar datos que no son.

El joven lo mira algo sorprendido.

- ¿Por qué?

- A ese chico que viste hablando con Maia, ¿vos lo viste enojado y que la estaba apurando?

- Sí.

- ¿Estás seguro de eso?

- Sí, por eso fui a ver qué pasaba y ahí el tipo se calmó. Gabriel estaba conmigo y es testigo.

- No estaban peleando, Maia es amigo de ese chico. No es la primera vez que hacés esto, ya lo hiciste antes.

- No di un dato que no fue, por ahí lo exageré un poco.

- Exagerando las cosas podés entorpecer la investigación. Tenés que contar las cosas tal cual fueron para que no se genere ninguna confusión.

- Yo las conté tal cual fueron, lo que hice fue darle un punto de vista diferente... nada más.

- Está bien, entonces no hay problema. Hablé con el tipo que decís y me dijo que hoy lo iba a ir a ver a Gabriel. Es uno de los vecinos con los que le falta hablar.

- ¿Hoy? ¿En qué momento?

- No me dijo, así que puede ser en cualquiera.

El joven no puede evitar mostrar una fuerte preocupación, y sin dejar pasar segundo, deja lo que está haciendo y sale corriendo por la otra puerta del salón. Hugo sonríe. Dos segundos después se acerca a la entrada una joven de su edad que se detiene golpeando la puerta. Ésta le pregunta a Hugo:

- Disculpame, soy una de las encargadas de la investigación del tema Maia, me dijeron que acá había gente que podía darnos alguna información.

- Sí, ¿cómo estás?

Se saludan con un beso.

- Disculpá el desorden, están trabajando con las cartulinas para pegar en las escuelas.

- No hay problema.

Ambos se sientan a cada lado de la mesa y comienzan la charla.

Se trataba de una noche no tan oscura en la arquitectónica Buenos Aires. La vista siempre era bella desde un plano picado y a una altura en donde la cámara solo podía llevarse en un helicóptero. Los autos iban y venían, con sus luces encendidas, sobre las avenidas y sobre las autopistas. Los faroles encendidos uno al lado del otro mostraban aún más el sincronismo. Si bien ya había pasado la hora pico, no era tan tarde. Por su parte el cielo había despejado todas las nubes y solo podían verse estrellas con alguna que otra constelación si se prestaba demasiada atención. Ninguna de toda esa gente, que aunque no se veía se sabía que estaba allí, podía llegar a tener la idea de detenerse y pensar en todo eso.

Más específicamente, dentro de todo el panorama, otra maravillosa obra arquitectónica estaba concluyendo su proceso de creación, un trabajo largo y costoso que permitió a un grupo de cinco jóvenes arquitectos mostrar su talento y coordinación. Para esa noche se había establecido la inauguración de la misma y cientos de personas estaban invitadas. Se trataba de un alto y lujoso edificio en el barrio de Belgrano. Un edificio al que se lo llamó Edificio González Viera. En la puerta del mismo figuraba dicho nombre sobre el escudo, el cual era una esfera con una serpiente dentro.

Días antes, los cinco arquitectos se habían puesto de acuerdo en que algún integrante del grupo diera el discurso que representara el trabajo del equipo, el mismo fue pensando por todos ellos y hasta decidieron darle un desenlace festivo que desatara el comienzo de esta nueva construcción. Finalmente, la integrante que haría los honores sería Guillermina Loubbani, de veintisiete años.

La fiesta comenzó alrededor de las nueve de la noche. Se trataba de un lunch en lo que era el salón de eventos del edificio, donde para la ocasión se había montado un escenario con un tobogán acolchonado que desembocara en una pequeña colchoneta donde estaban los invitados. Alrededor de las diez y

media, Guillermina subió al mismo para empezar su discurso y así dejar paso a la segunda parte de la fiesta que incluiría el baile. Guillermina era una joven medianamente alta y algo esbelta, de cabello castaño oscuro un poco ondulado, pasando un poco sus hombros, y de ojos marrones. Usaba un vestido rojo que llegaba hasta un poco más arriba de la rodilla y zapatos con taco y punta del mismo color. Aproximadamente diez minutos fue lo que estuvo leyendo, luego procedió al desenlace. Una mujer se le acercó y le dio una esfera transparente de plástico con una serpiente adentro, ella la tomó y comenzó a hacer, seductivamente, algunos malabares con ésta para luego colocarla sobre la repisa bajo la placa conmemorativa, allí fue donde se desató el aplauso más fuerte. Luego de eso, se sacó los zapatos, se los dio a la mujer que le había alcanzado la esfera, y se tiró por el tobogán, cayendo sobre la colchoneta, haciendo redondo el final programado.

Esa noche, otra integrante del grupo de la misma edad, Paula Lucián, pareció estar distante a sus colegas ya que pasó hablando bastante tiempo con una mujer algunos años mayor a ella. Nadie sabía con exactitud qué era lo que hablaban, pero era algo que mantenía a Paula muy interesada. Eso se pudo saber algunos días después, para más exactitud, el viernes de la semana siguiente. Ese día, Paula salió de su casa con un bolso, se subió a su auto y partió hasta una casa en el barrio de Palermo, dejando su auto en un estacionamiento a dos cuadras de la misma. En dicha casa, una mujer le abrió la puerta y se saludaron informalmente como si ya se conocieran. La mujer la hizo pasar y Paula subió al piso de arriba donde se encontraba un amplio salón que parecía el de actividades aeróbicas de un gimnasio, hasta tenía el inmenso espejo en la pared opuesta a la entrada, solo que no se trataba de eso sino de un estudio de pole dance, o como mejor se lo conoce en Argentina, el baile del caño. Ya se encontraban algunas mujeres aproximadamente de la edad de Paula preparándose, a las que saludó una por una con la misma informalidad que con la mujer que le abrió la puerta. Paso siguiente, comenzó a prepararse también. Fue a los pocos minutos que ingresó al salón la mujer

con la que había hablado el día del evento, se saludaron y, de esa forma, dicha mujer comenzó a dictar la clase. Todas vestían con una musculosa y un pantaloncito corto ajustado, y mostraban un avance importante en sus coreografías.

Al finalizar la misma, cuando todas se estaban retirando, Paula se acercó a la mujer y ésta le dio una tarjeta con algunas indicaciones. Ella se la guardó en su cartera escuchando atentamente lo que la mujer le decía y, luego de responder a la charla con una mirada cómplice, se retiró también.

Al inicio de la siguiente semana laboral, sus compañeros, sorprendidos de que no se presentara al estudio, intentaron comunicarse con ella. El celular parecía estar apagado. En el teléfono de línea no contestaba nadie y cuando fueron a su departamento, nadie fue a abrir la puerta. Sin embargo, allí se encontraron con algunas vecinas, con quien se habían visto en ocasiones anteriores; aquí la preocupación pasó a mayores términos porque estas no solo habían realizado aquellos mismos procesos, sino que los habían realizado durante el fin de semana, además, todas afirmaban el hecho de que estarían enteradas si Paula hubiera realizado un viaje o algo que la mantuviera todo el fin de semana fuera de contacto. Decidieron, por tal, pasarse algunos contactos mutuamente para poder ir viendo entre todos como evolucionaba el asunto.

Efectivamente, al llegar la noche nada había cambiado, por lo que luego de analizar las ideas presentadas, se decidió dar parte a la policía. La misma aseguró, una vez recibidos todos los datos, que se encargarían de la investigación y que harían todo lo posible para encontrarla.

Durante el proceso de investigación, muchas personas del entorno de Paula quisieron ser parte de la misma, amigos cercanos, vecinos y ex compañeros de la facultad. Una de las vecinas, Romina, llamó a una reunión convocando a todos los miembros del edificio que tenían relación con Paula. Llegó a armarse un gran grupo, entre estos estaban Mauro, de veintisiete años, quien era novio de Romina; Ana Laura, de veinticuatro años; Luciana, de

veinticuatro y Oscar, de veintiséis. Romina les comunicó el motivo de la reunión y todos accedieron a contribuir en lo que fuera para encontrar a Paula. El primer paso consistió en visitar la administración del que fue el último proyecto de los arquitectos y pedir que se destine parte de los ingresos a la investigación, la administración no solo no tuvo problema sino que también prometió ser parte de la misma. Paso siguiente, Romina decidió comunicarse con amigas suyas, que si bien no residían en el edificio, conocían a Paula y se llevaban bien con ella, tuvo la idea de realizar una cadena telefónica, se comunicó con Silvina, de veintiséis años, quien estaba en la escuela trabajando, dando clases a un quinto grado de primaria. En el colegio la fueron a llamar en la mitad de una clase diciéndole que se trataba de una llamada urgente, por lo que dejó todo y fue a atender. Sin duda accedió a contribuir en lo que fuera para el caso y en continuar la cadena telefónica, de lo cual se iba a encargar al salir del trabajo; tras colgar, debió volver a meterse en la mentalidad de su trabajo para seguir con la actitud de siempre frente a los chicos el resto de la jornada, lo cual iba a ser algo costoso. Cuando comenzó la cadena telefónica, Silvina llamó a un joven llamado Felipe, de veinticinco años, quien también estaba en medio del trabajo, realizando una refacción de electricidad. Accedió a lo mismo que Silvina y, luego de su trabajo, llamó a un joven llamado Julián, de veintitrés años, quien ya había terminado de trabajar y estaba en su casa tirado en la cama aún con la ropa pero descalzo mirando televisión, más precisamente un concierto de gala de una joven cantante melódica. Julián no tenía ganas de dejar de ver para atender, pero tras la insistencia del timbre finalmente lo hizo, accedió a lo mismo que Silvina y Felipe, solo que ya no conocía más gente que cumpliera los requisitos para seguir la cadena.

Al día siguiente, Romina y su novio Mauro abrieron el videoclub como todos los días, ella era una joven que tenía una estatura mediana y una contextura delgada, tenía cabello lacio, castaño claro, pasando algo sus hombros, y ojos marrones, mientras que él era un joven algo alto y delgado, de pelo corto y

ondulado, castaño oscuro y ojos café. Ella recibió un mensaje de texto de Silvina informando de la cadena que se había hecho, no tenía mucha información pero al rato llegó Ana Laura quien comenzó a atender también el negocio y le dio los detalles de la cadena a Romina ya que los había hablado previamente con Silvina.

De esa forma fueron pasando los meses y lo que avanzaba en la investigación nunca llegaba a ser lo esperado, siempre estaba la sensación de ir atrasado con la misma acorde al tiempo que llevaba.

Seis meses después.

El lugar ya se había llenado de policías en las afueras de una vieja casona de la localidad de Bella Vista. La mayoría de ellos se comunicaban mediante sus celulares. Había expectativa de poder desbaratar a una banda de trata de personas.

En uno de los pasillos traseros de la casona, el cuerpo de Paula yacía como había caído al piso, con dos disparos en el pecho. Vestía solo una musculosa y un pantalón cortito, estaba de costado, con la pierna de abajo un poco más flexionada que la otra. Luis lo hacía a poco más de un metro de distancia, también con dos tiros en el pecho. Estaba con ropa más formal, y boca arriba. Ninguno de los oficiales presentes debía abandonar el lugar. No se podía descartar la posibilidad de encontrar escondido a algún miembro de la banda, ni de encontrar otra mujer secuestrada, viva o muerta. Sin embargo, los cuerpos fueron trasladados a la morgue, y una de las personas notificadas fue, sin duda, Romina, para que fuera a comprobar si se trataba de la mujer que estaba buscando, ya que permanecía como NN. Romina se encargó de notificarle la noticia a su grupo de trabajo y acudió. Allí se debió enfrentar con la angustiante situación de que su trabajo no había tenido un final feliz.

Dos semanas después, dos chicas de su grupo de trabajo, de poco más de veinte años, se encontraban en el Centro Cultural

donde se realizaban todos los afiches y carteles de difusión del caso e incluso de los eventos relacionados. Dentro de uno de los salones había un joven de la edad de ellas que se encontraba de pie junto a una mesa, con una remera de mangas cortas, un bermudas y descalzo, escribiendo y pegando recortes de diario sobre una cartulina. El piso estaba casi lleno de otras cartulinas con contenidos similares. Del lado opuesto de la mesa había dos sillas, y la entrada se encontraba en la pared opuesta a donde estaba la mesa. Las dos chicas se detuvieron en la entrada saludando al joven. Éste las reconoció, dejó lo que hacía y fue caminando hacia ellas cuidadosamente tratando de no pisar las cartulinas. La más chica de las dos no pudo evitar una ligera sonrisa por la situación. Cuando llegó donde estaban, las saludó dándoles un beso. Comenzaron a dialogar fuera del salón, y en un momento, la más grande le preguntó:

- ¿Es cierto que en un rato van a pasar por acá a preguntar por el tema de Paula?

- Sí, es cierto. ¿Por?

- No, por nada. No suelen venir a esta hora cuando vienen.

- Sí, ya deben estar por llegar.

- ¿Y tenés información para darles?

- Obvio, si no, no les hubiera dicho que sí. Ya sé que ustedes piensan que yo soy de los que inventan historias, pero por lo visto, los que vienen no piensan igual que ustedes.

- Puede ser, - Intervino la más chica – pero el tipo que vino las últimas veces se enojó mal hace poco porque comprobó que había datos que le habían pasado muchos supuestos testigos que no eran ciertos, y eso había complicado la investigación.

- Y bueno, eso lo tendrán que ver con los que pasaron esos datos.

- Ya lo están haciendo, - Dijo la más grande – hubo unos cuantos que terminaron semanas en la cárcel.

El joven abrió aún más los ojos, sin poder evitar el asombro.

- ¿En la cárcel?

- Obvio. Falso testimonio. Y lo interesante fue que los agarraron así. Los tipos dijeron que tenían nueva información, los otros fueron y ahí se los llevaron.

- ¿Y el que vino las últimas veces es el mismo que llevó preso a los tipos?

- Hasta donde yo sabía sí, ¿no? – Le preguntó a su amiga.

- Yo tengo entendido que sí – Respondió ésta.

- Sí, es el mismo.

- Bueno, pero yo no tengo nada que ocultar.

- Bárbaro, si no pasaste ningún dato falso, no vas a tener ningún problema.

El joven seguía sin poder quitar la cara de asombro. Parecía que buscaba otras preguntas para seguir haciendo, pero ninguna le venía a la cabeza, y la expresión de pánico fue la que entonces pasó a dominarlo. Dos segundos después, salió corriendo a toda velocidad por donde habían venido las chicas. Estas automáticamente se miraron con una sonrisa irónica y no pudieron evitar reírse. Las dos hicieron un camino en el medio separando las cartulinas y se sentaron en las dos sillas junto a la mesa a esperar la llegada de uno de los hombres encargados en la investigación. Esto se dio tan solo algunos minutos después. Un joven un tanto mayor se detuvo en la entrada del salón y saludó a las dos diciéndoles:

- Hola, ¿están al tanto de lo que le dijeron a Romina?

- No, ¿qué pasó? – Preguntó la más grande.

- La fueron a ver a la vieja, y parece que tiró el dato de que a dos cuadras de donde estaba Paula, hay otra casa antigua donde tienen a dos chicas más.

- Me estás jodiendo.

- No, están preparando todo un operativo ahora.

- ¿Ahora? Vayamos – Exclamó la más chica.

- Si me esperan un toque, vamos los tres. Tengo que hablar con un chico que dijo que tenía información.

- Sí, pero ya se fue. Se trataba de otro invento – Explicó la más grande levantándose.

Su amiga se levantó tras ella y fueron hasta la puerta, donde el joven seguía con cara de desentendimiento e indignación hasta que finalmente salió con ellas del salón.

Minutos después, la policía llegó a la casa indicada por la mujer, realizando el allanamiento correspondiente. Se había formado un gentío, en el cual se encontraba Romina con su novio y con su grupo de trabajo, al que enseguida se le sumaron los tres jóvenes de la situación previamente narrada. La casa era antigua, efectivamente, aunque pequeña, solo tenía dos habitaciones. Con sumo cuidado, la policía ingresó a la primera de ellas, ésta estaba en un estado bastante precario y totalmente vacía. Tenía una cama de dos plazas, y aproximadamente a dos metros y medio arriba de la cabecera, un hueco de ventilación. Se retiraron de la misma, y paso siguiente, ingresaron a la segunda con el mismo cuidado, encontrando lo que resultó ser otra escena de crimen. En la habitación, había otra puerta en la pared opuesta a la entrada usada por la policía. Allí se encontraba una mujer de poco menos de treinta años, arrodillada, de espaldas a ellos, con el torso apoyado en la pared, al igual que la cabeza inclinada hacia un costado, en la cual llegaba a verse el ojo abierto. Vestía solo una musculosa y un pantalón corto y tenía un tiro en la espalda a la altura del corazón. Lo más impresionante de todo fue que tenía un brazo levantado con la mano apretando el picaporte de la puerta, y que una línea de sangre pintaba la pared desde arriba de su cabeza hasta unos centímetros más arriba, aproximadamente donde estaría su pecho si estuviera de pie. Algunos oficiales se acercaron al cuerpo de la víctima, comprobando que aún estaba caliente. Para los más experimentados, era algo que no podía haber pasado hacía más de diez minutos. El panorama era definitivamente oscuro y desalentador. No había duda de que los integrantes de la banda habían logrado enterarse del inminente allanamiento y habían logrado escapar a tiempo. Por otro lado, la situación mostraba que antes de hacerlo se habrían encargado de acallar a las dos chicas secuestradas, aunque la segunda era un misterio, ya que la otra habitación de la casa estaba vacía. Debieron volver, pasando la

información a los encargados de la investigación, los cuales la difundieron en todo su grupo. Para cada uno fue un golpe duro que buscaba su consuelo en el hecho de que era lo más probable en suceder, aunque al mismo tiempo no dejaba de ser un grito perdido de desahogo. Poco tiempo después, se llevaron el cuerpo de la víctima a la morgue, pero la policía debía quedarse, aún estaba la posibilidad de desbaratar a una banda de trata de personas. Los encargados de la investigación y su grupo también quisieron quedarse para ayudar en lo que se necesitara.

Poco más de una hora después, Mauro, el novio de Romina se acercó a los oficiales que habían hecho el allanamiento y con actitud de decisión les preguntó:

- Loco, ¿pero qué onda? Ustedes estuvieron haciendo un allanamiento. ¿No encontraron en alguna de las dos habitaciones, o afuera, algo que les llamara mínimamente la atención?

- ¿Como qué?

- ¿Cómo como qué? No sé, alguna ventana interna, una puerta oculta, un hueco de aire...

- Sí, un hueco de aire sí. En la habitación vacía había uno.

- ¿Pero eso qué diferencia hace? – Preguntó otro oficial.

- Mucha. En actividades como las que tienen estos tipos, esos son detalles fundamentales. Son los que hay que observar con más cuidado. Porque seguro hay lugares ocultos y a esos lugares solo se pueden llegar a través de estas cosas. Háganme caso. Hace años que tengo un videoclub y miro muchas películas. Muéstrenme el hueco. Llénvenme a la habitación donde lo vieron.

El oficial lo miró con algo de duda, luego miró a sus compañeros y le dijo que sí. Romina enseguida se le acercó a Mauro para preguntarte si estaba seguro, y éste ratificó sin dudar su postura.

- Yo también quiero ir – Saltó la menor de las dos jóvenes que venían del Centro Cultural.

- ¿Estás loca? – Le reprochó la amiga por lo bajo.

- No, tiene razón, y me gustaría poder colaborar a mí también.

La amiga se le quedó mirando y finalmente le dijo:

- Bueno, pero vamos las dos.

El grupo de oficiales volvió a ingresar con el mismo cuidado a la casa y a la habitación en cuestión. Allí le mostraron a Mauro el hueco. Éste lo observó detalladamente, analizó la situación y se sacó las zapatillas, se subió arriba la cama y empezó a trepar lentamente por las hendiduras que había en la pared. Los oficiales se miraron entre ellos y uno fue a ayudarlo dándole impulso desde la espalda. Habiendo subido unos centímetros, Mauro llegó a tocar, con el brazo bien estirado, el hueco. Continuó trepando hasta llegar finalmente a una posición en que, agarrándose de éste, pudo hacer fuerza con sus brazos y subir hasta poder ingresar al mismo de cabeza. Allí les gritó a los demás:

- De acá parece haber otra habitación al final. Traten algunos de ustedes de ir por afuera en esa dirección a ver si nos encontramos. Yo voy a seguir.

Los presentes obedecieron, y un pequeño grupo, junto con las dos jóvenes, realizaron lo indicado. Mauro acabó de ingresar y boca abajo se fue deslizando. Algunos minutos después, a los que iban por afuera de la habitación se les terminó el camino con una pared. Sin embargo, antes de llegar a ésta había una puerta en el costado que supuestamente daba al hueco. Uno de ellos, mientras intentaba abrirla sin éxito, les dijo a las jóvenes:

- Ésta ya intentamos abrirla pero está trabada.

Vieron ahí volver a flaquear sus esperanzas, aunque decidieron quedarse a esperar. Unos minutos después, el picaporte empezó a moverse y automáticamente la puerta se abrió. Era Mauro. Uno de los oficiales le preguntó:

- ¿Y? ¿Qué encontraste?

- Esto – Respondió él haciéndolos pasar.

Los oficiales ingresaron a ver el lugar. Se trataba solo de un estrecho pasillo que terminaba a pocos metros y que dividía la pared con el hueco por donde se había deslizado Mauro de otra pared con otro hueco un poco más chico y a más baja estatura.

- Es como si ese hueco continuara el camino que acaba de hacer él – Analizó la menor de las jóvenes.

- Sí, - Respondió el oficial – pero al mismo tiempo este pasillo tiene que ser la división con las casas de acá a la vuelta. Ustedes quédense acá – Les dijo a los tres jóvenes – Nosotros vamos a la vuelta a ver si encontramos la entrada.

El grupo de oficiales regresó hasta la entrada de la casa. Allí fueron hasta la esquina opuesta a donde estaba el gentío y doblaron sin desacelerar su paso. Llegaron nuevamente a la esquina y volvieron a doblar para llegar a estar justo a la vuelta de la entrada principal. Mientras, Mauro le dijo a sus dos acompañantes que iba a tratar de meterse por el hueco para continuar con el camino. Debido a que la estatura era mucho más baja, pudo meter la cabeza y deslizarse hasta quedar con las piernas suspendidas boca abajo. Las jóvenes miraban invadidas por la curiosidad. Veían cómo intentaba acomodarse para poder empezar a deslizarse, lo que les causaba algo de gracia. Cuando finalmente pareció haberlo logrado, se escuchó un ruido fuerte y seco, al mismo tiempo que las piernas de Mauro temblaron y quedaron inmóviles. Las jóvenes se sobresaltaron mirándose entre ellas. Luego, la mayor le preguntó:

- ¿Estás bien?

Pero Mauro parecía decirle a otra persona:

- No, pará, pará, estoy con la policía, venimos a sacarte.

Se produjo un corto silencio y volvió a repetir:

- Venimos a sacarte.

El silencio continuó, y segundos después, Mauro siguió avanzando. Las dos jóvenes volvieron a mirarse dejando salir el aire a modo de alivio. Cuando finalmente Mauro logró entrar a la habitación, las miró por el hueco y les dijo:

- Ya está, todo bien.

- Buenísimo – Respondió la mayor – Nosotras le vamos a avisar a la policía.

Las dos salieron y realizaron el mismo camino que los oficiales. Para cuando llegaron, vieron salir de la puerta principal de otra casa a Mauro con una chica. Los oficiales corrieron hasta ellos, Mauro y la chica se dieron vuelta y él les gritó:

- Ya está, la encontré.

La chica estaba en un estado de pánico enorme, con solo una remera, un pantalón corto y unas zapatillas. Los oficiales le preguntaron si estaba bien, a lo que ella respondió que sí. Entre ellos parecía que la alegría les había vuelto al rostro. Trataron de calmarla diciéndole que ya todo había terminado y le explicaron que la iban a llevar a la comisaría, donde estaría a salvo. En ese momento, uno de los oficiales tomó su celular y llamó a uno de sus compañeros que se habían quedado en la habitación, para avisarles. Éste les avisó a los otros, que no pudieron evitar festejar. Salieron de la casa llevando la noticia a todo el gentío que explotó en un grito de alegría. Los otros oficiales volvieron caminando lentamente desde la entrada de aquella casa con Mauro, las dos jóvenes y la chica. A ésta, dos de los oficiales la escoltaban delante del grupo. Cuando llegaron al lugar, todo el gentío comenzó a aplaudir fervientemente. Fue una escena muy emotiva porque esta vez el grito de desahogo se había podido concretar. Uno de los oficiales que la escoltaba le informó al gentío de su traslado a la comisaría, ya que la chica aún estaba en estado de pánico y bajo un intenso estrés, y así dejaron que el proceso continuara. En ese momento, el oficial que había agarrado las zapatillas de Mauro, se le acercó a éste para dárselas. Mauro también se le acercó, pero justo antes Romina se le adelantó al oficial, le corrió la mano donde tenía las zapatillas, lo agarró a Mauro de las mejillas y le dio un largo e intenso beso por el que las mujeres del gentío expresaron gusto con un tono sensual. Cuando terminó, Mauro se había puesto colorado, por lo que todas empezaron a reírse.

Finalmente, cuando la joven rescatada llegó a la comisaría, ya estaba más calmada y vuelta en sí. Dos oficiales la llevaron a una de las oficinas y dejaron que intentara recordar cómo había sido todo. Pero no podía recordar para nada las caras de los hombres que la habían secuestrado. Sin embargo, en un instante pareció acordarse de algo y atinó a preguntar:

- ¿Dónde está Elsa?

Los oficiales sorprendidos le preguntaron:

- ¿Elsa?

- Mi compañera.

Fue entonces que los oficiales se miraron comprendiendo la situación, luego la miraron nuevamente tratando de buscar la forma de hacérselo saber sin decírselo. La joven no pudo evitar entrar en llanto. Uno de los oficiales le dijo:

- Encontraron el cuerpo tratando de abrir la habitación donde estaba.

La joven continuó llorando, negando con la cabeza. Finalmente tomó fuerzas y dijo:

- No lo puedo entender. Había siempre dos tipos vigilándonos a nosotras. El que estaba conmigo me dijo que los habían descubierto y que se iban a ir. Me dijo que me quedara tranquila, que nos iban a dejar a las dos ahí, pero que ni se me ocurriera escapar y avisarle a la policía, que esperáramos a que llegara. Yo le dije que no había problema, que las dos nos íbamos a quedar ahí. A los dos segundos que el tipo salió de la habitación se escuchó un disparo. Yo no entendía nada. Era demasiado rápido como para que hubiera sido él. Enseguida pensé lo peor, que era toda mentira, que la habían matado a Elsa y que me iban a venir a matar a mí. Pero no... nunca más volvieron. Me quedé ahí. Habré estado unas dos horas... y ahí llegaron ustedes.

Se dio un pequeño silencio en la oficina. Uno de los oficiales dijo:

- Creemos que la idea era realmente dejarlas vivas a las dos. Nosotros llegamos a la casa diez minutos después de que la mataran a Elsa y los tipos ya se nos habían escapado. A Elsa la encontramos primero porque estaba en una de las dos habitaciones que tenía la casa. Es probable que en algún momento hubiera llegado a visualizar la salida, y dada la situación que se había presentado...

- A vos te tenían en la habitación de otra casa que estaba conectada con la primera por un hueco de aire, - Agregó el otro oficial - por ese hueco entró el chico que te sacó.

La joven asintió. Durante el resto de la charla, los oficiales le contaron el proceso de investigación que estaban realizando para desbaratar a la banda. Ella accedió a aportar todo lo que se necesitara para la captura de los dos hombres que las habían vigilado.

Por su parte, Romina y su equipo de trabajo, más allá de saber que no habían podido lograr lo que buscaban, pudieron sentir que todo el trabajo y el esfuerzo que habían realizado no había sido en vano. Habían logrado salvar la vida de una joven, y eso les daba la satisfacción de saber que todo había valido la pena.

LOS QUE INCENDIARON EL CIRCO SIGUEN AHÍ

¡En efecto! Ese es el gran efecto que se busca. Así es como lo voy a empezar describiendo. Gonzalo, de veintitrés años, dialogaba con Candela, su prima, un par de años mayor, en el sector de zapatillas de una importante casa deportiva del barrio de Núñez. Él estaba sentado, sobre uno de los sillones, con lo que parecía ser la camiseta de un club, un bermudas y unas zapatillas, mientras que ella estaba parada frente a él, también con ropa casual pero no deportiva. Segundos después, llegó la vendedora con la caja de zapatillas, Gonzalo se las calzó, caminó unos metros para probar su andar pero no se sintió cómodo, por lo que le preguntó si no tenía el mismo modelo en un número más, la vendedora le dijo que sí, se llevó el par que había traído y fue a buscar lo solicitado. Gonzalo, sin ponerse de nuevo sus zapatillas, se sentó en el sillón poniendo su pierna derecha a noventa grados, encima de la otra, con el pie hacia la entrada del local, el lado opuesto por el cual había ingresado y salido la vendedora. De esa forma continuó hablando con su prima. A los pocos segundos, ingresó al local Lucila, una amiga de Candela, la saludó a ella, luego a él y se sentó en el sillón disponible junto al que estaba Gonzalo, del lado de la entrada. Candela les preguntó a los dos:

- Ustedes ya se conocían, ¿no?
- Sí. – Respondieron ambos – Ella es la que estudia medicina forense – Continuó Gonzalo.
- Así es – Confirmó Lucila.

- No puedo creer que te hagan ir a la residencia un sábado a la mañana – Exclamó Candela.

- Sí, la verdad que yo tampoco. Es agotador.

- ¿Tuviste que ver algún muerto hoy? – Preguntó Gonzalo.

- No, hoy por suerte, no.

- Nosotros ya casi terminamos, - Explicó Candela – nos demoramos un poco porque recién le trajeron unas, pero eran chicas y ahora le traen un número más.

- Sí, no hay problema.

- Eso es lo bueno de comprar acá, - Le comentó Gonzalo a Candela – que tienen variedad de números en cada modelo. En otros lados, los mejores modelos están en un número solo, si no te van, tenés que llevarte otro.

Mientras decía esto, a Lucila le llamó la atención un pequeño lunar que Gonzalo tenía abajo del arco de la planta del pie. Por su parte, la vendedora regresó con el nuevo par, Gonzalo se las calzó y volvió a caminar unos metros sintiendo esa vez la comodidad buscada. En ese momento, el televisor que había en el sector mostraba un noticiero que comenzó a hablar del próximo partido que debía jugar, en el torneo de Vicente López, el equipo de futbol de playa del club Caziolus, donde nombraron a cada integrante del equipo, incluyendo a Gonzalo. Éste, que justo estaba atrás del sillón de Lucila, hizo un festejo con risas y alzando los brazos que luego apoyó en los hombros de ella para terminar de escuchar. Lucila no podía evitar sonreír sin involucrarse en el tema. En el final mencionaron que Caziolus había ganado los dos últimos encuentros amistosos que había disputado por siete a cinco, y seis a tres, y que de mantener su forma de juego, podía ser un firme candidato. Cuando la noticia acabó, fueron a realizar la transacción correspondiente y salieron del sector. Mientras caminaban por el resto de la casa deportiva, vieron a un joven de unos veintipico de años saludando a muchas personas que se le acercaban. Candela lo vio y le preguntó a Gonzalo:

- ¿Ese no es un jugador del equipo de once?

- Sí, Fraga, es el cinco titular del equipo profesional. Esperá que lo voy a ir a saludar.

Las chicas se detuvieron y Gonzalo se acercó al joven, esperó tener un hueco y le estrechó la mano dándose luego un corto abrazo con las manos que tenían libres. Tras eso, regresó con las chicas retomando la salida, mientras les decía:

- Es un capo, lo conozco hace bocha.

Ya afuera de la casa deportiva, Candela le preguntó a Gonzalo:

- Bueno, ¿vos ahora tenés que ir a ver a tu compañero?

- Sí, primero paso por casa a dejar las zapatillas y a sacar el auto.

- ¿Dónde era me dijiste?

- En Pilar.

- (A Lucila) A Pilar se va, dice que tiene que hablar sobre algo que va a ser groso, con un compañero del equipo. No me quiere contar nada, se hace el misterioso.

- Te dije que tengas paciencia, vos porque no sabés esperar. Nunca fue tu fuerte.

- Bueno, paciente, nos hablamos.

De esa forma, se saludaron, luego él lo hizo con Lucila. Las dos mujeres se fueron para un lado, mientras que él lo hizo para el otro.

En la situación siguiente, se lo veía a Gonzalo manejando por la autopista Panamericana, ya con una chomba roja, pantalón largo y zapatillas blancas. Cuando llegó a destino, estacionó el auto y tocó el timbre de una bella casa del lugar. Le abrió la puerta su amigo Juan Ignacio, se saludaron con un abrazo y éste lo invitó a pasar. Ya sentados los dos en el jardín de la casa, esto es algo de lo que se comentaron:

- Vengo de comprarme unas zapatillas, y en el local estaba prendido el televisor en un noticiero, y justo empezaron a hablar del próximo torneo de futbol de playa.

- ¡No me digas!

- Sí, y dieron los equipos, nos nombraron a todos.

- ¡Qué grande!

Transcurrieron unos segundos de silencio y luego Gonzalo reanudó:

- Escuchame, lo que me contaste hace quince días no me lo pude sacar más de la cabeza.

Juan Ignacio sonrió y dijo:

- Es imposible que alguien se lo pueda sacar de la cabeza.

- Es que aparte no me imaginaba que eso se pudiera dar en esta disciplina.

- En todas las disciplinas se da, hasta en el futsal.

- Me tenés que comentar más, porque necesito saber todo. Sería muy buena guita.

- Bueno, yo los conozco a los tipos, porque por más que se haga en todas las disciplinas, los que manejan todo son un grupito de tipos y es a los que hay que rendirle cuentas, darles un porcentaje. Funciona exactamente como una mafia, y como buena mafia que es, si te hacés el loco, te la pueden hacer ver negra.

- No, obvio, yo no tengo ninguna intención de hacerme el loco, mi idea es participar para hacer mi negocio también.

- Bueno, primero hacete la idea de que funciona como cualquier sistema de apuestas. No es solamente que apostás a que tal equipo gana o tal equipo pierde. Podés apostar a que tal equipo hace más de cinco goles, o que al otro no le van a hacer más de cinco, que tal jugador va a hacer un gol en el segundo tiempo o que otro va a hacer un gol de pelota parada.

- OK.

- Lo que yo te comenté aquella vez es dónde está la avivada. Vos, si tenés un contacto que los conoce, podés hacer negocios con ellos. Al ser jugador de un equipo, tenés la desventaja de que no podés apostar, pero corrés con la ventaja que no tiene alguien que es espectador, porque lo podés manejar desde adentro, vos jugás en función a la apuesta que les hiciste hacer.

- Me tenés que decir cómo llevo a estos tipos.

- Tranquilo, antes hay que asegurar bien todo, tenés que pensar bien qué cosa es seguro que podés hacer que pase en el partido, y hacerles apostar por ese lado, porque ya te digo, son una mafia y

me he enterado de cosas pesadas, hubo jugadores que les hicieron apostar cosas que después no pasaron y terminaron con los ligamentos rotos, o con fractura de tibia y peroné...

- No, seguro.

- Y si por esas cosas te llega a salir mal, no irse a la mierda, dejarlos que hagan lo que quieran hacer, porque si se enteran que te quisiste ir a la mierda, ahí sí que ya no sé hasta dónde pueden llegar. Los tipos incendian el circo y siguen ahí porque así funciona el sistema.

- Está bien.

- Bueno... El negocio está en hacerles apostar algo en contra tuya. Algo que sepas que vas a poder manejar.

Esa noche, Gonzalo fue a cenar a un restaurante de Núñez con Maite, su novia, un año menor que él. En determinado momento, ella le comentó:

- Tu prima fue la me dijo que no se lo querés decir, que te hacés el misterioso.

- Porque sé cómo es, sé que si lo hago se lo va a terminar diciendo a todo el mundo y lo va a terminar arruinando. Y a vos no te lo puedo decir, porque dejaría de ser una sorpresa.

- Ay pero a mí también me mata la curiosidad.

- Ya falta poco, lo único que te puedo decir es que es algo que venimos soñando hace mucho.

- Ay, ahora me dejás peor.

- Vas a tener que esperar – Dijo él acercándose un poco.

Se dieron un beso y luego él volvió a acomodarse. Después de unos segundos de silencio, ella le dijo:

- Hoy hablaron del equipo de once en la televisión, le están dando con todo a un tal Enríquez, por varios errores que tuvo en los últimos partidos.

- Sí, a mí nunca me gustó.

- ¿Tienen vínculo?

- Me lo encontré pocas veces, nunca tuve relación con él. Pero bueno... por lo pronto, el finde que viene tenés que estar ahí presente en Vicente López.

- Sí, ya te dije que voy a estar. No te desesperes vos también.

Durante la semana siguiente, Gonzalo volvió a viajar a Pilar para hablar otra vez con Juan Ignacio. Nuevamente sentados en el jardín, esto se registró:

- Ya hablé con los tipos y les comenté que los vas a ir a ver. Estos nunca manejan apuestas chicas, tiene que haber un mínimo de guita y eso se consigue apostando al menos por dos cosas.

- Ah, qué cagada – Exclamó Gonzalo.

- No, a ver, vos apostá algo que puedas manejar vos y de última agregá algo de mí. Obviamente lo mío no puede ser en contra porque me estoy jugando el puesto, hay dos arqueros suplentes en este momento que están esperando cualquier tropezón mío.

- ¿Sí? ¿Vos me harías el aguante ahí?

- Obvio.

- OK, yo ya pensé de mi lado, no voy a hacer más de dos goles.

- Bárbaro.

- Y del tuyo no sé qué podríamos hacer.

- Yo me tengo fe, no me van a hacer más de cuatro goles.

- ¿Estás seguro?

- Sí, yo los conozco bien a los del club Ferri, no son contundentes a la hora de atacar, estoy seguro que más de tres, cuatro goles no van a hacer. De última, como vos ya sabés que vas a tener que hacer pocos goles, tratá de pasar más tiempo abajo defendiendo.

Gonzalo sonrió.

- Hecho.

Tras esto, se estrecharon la mano cómplicemente.

El sábado siguiente fue el día del partido. Bastante era la gente que rodeaba aquella pequeña cancha de arena a metros del río y que tenía a cuatro jugadores y un arquero de cada lado. Entre los presentes estaban Maite, Candela y Lucila. Los jugadores vestían solamente la camiseta y el pantalón corto. La camiseta del club Caziolus era blanca con una raya azul horizontal en el medio y el

pantalón era negro, la de Ferri era azul y el pantalón blanco. El árbitro dio comienzo a los treinta minutos iniciales. El partido se desarrolló bastante parejo, Gonzalo parecía estar tranquilo en la cancha. De entrada, y para sorpresa de varios, uno de los delanteros de Ferri hizo un tiro potente y esquinado que dejó a Juan Ignacio sin poder hacer nada. Minutos después empató Caziolus, con gol del delantero que acompañaba a Gonzalo, y algunos minutos más tarde, Ferri, haciendo una buena jugada con pases de un lado al otro, llegó al segundo gol. Para ese momento, Gonzalo empezó a jugar a su ritmo de siempre y Caziolus empezó a dominar el partido, intentó algunas jugadas sin suerte hasta que acercándose el final del primer tiempo, logró empatar el partido. Desde ahí volvió a bajar nuevamente el ritmo hasta la conclusión de los treinta minutos iniciales. En el entretiempo, el vestuario no se veía muy tenso, parecía que las situaciones iban a poder sobrellevarse. Tras la reanudación del partido, Ferri volvió a realizar una jugada con pases, avanzando y retrocediendo según se lo presionaba, hasta que pudieron hallar un hueco, Juan Ignacio salió mal a marcar al delantero, éste lo pudo burlar y acabó metiendo el tercer gol. Gonzalo, ya sin poder disimular la preocupación, se le acercó preguntándole en voz baja:

- ¿Estás bien, chabón?

- No, estoy teniendo como un ataque de pánico. No me imaginé que me podía llegar a agarrar.

- ¿Querés que pida el cambio?

- No, no, yo lo manejo.

Gonzalo volvió a su ritmo de siempre y la cancha volvió a inclinarse a favor de ellos. Luego de algunos intentos fallidos, su compañero volvió a marcar, pero esta vez Gonzalo continuó dando lo mejor de sí, Ferri llegó a tener alguna que otra oportunidad aunque sin llegar a concretar. Finalmente, tras una buena jugada de Caziolus, Gonzalo marcó el cuarto gol para su equipo. Acto seguido, el partido empezó a hacerse más parejo, los defensores de Caziolus marcaban bien y empezaban a darle buenos pases de gol a Gonzalo, pero éste parecía no querer hacerlo, o se la

quitaban de manera sencilla o pateaba por arriba el travesaño. Poco después, bajó a defender él también. Ferri notó esto y probó tiros de larga distancia, uno de ellos, que debía haber sido pelota fácil de Juan Ignacio, logró introducirse en el arco. El partido estaba cuatro a cuatro. Gonzalo empezó a buscar gente en la tribuna con una expresión que rozaba el pánico. El partido se hizo cada vez más cerrado y así transcurrió sus minutos finales. Caziolus inició un ataque que parecía poder acabar bien, volvieron a darle un pase de gol a Gonzalo, pero éste buscó quién estaba más cerca de él, encontró a uno de los defensores y se la pasó, éste pateó al arco y el arquero, con una buena volada, mandó la pelota al tiro de esquina. Ya se jugaba tiempo de descuento, Gonzalo fue a patear. Los defensores fueron al área buscando el cabezazo y Juan Ignacio se adelantó hasta la mitad de la cancha. Gonzalo hizo el tiro y salió corriendo hacia su propio arco, uno de los defensores de Caziolus llegó a cabecear pero el arquero atrapó la pelota y sacó a toda velocidad para producir el contraataque. Uno de los delanteros de Ferri quedó más adelantado que los defensores de Caziolus, por lo que Juan Ignacio salió a su marca, pero éste logró burlarlo, instantáneamente, Gonzalo salió también a su marca, pero éste, de una forma impensada, logró pasarle la pelota por entre las piernas y pasar él por al lado suyo, yéndosele la pelota un poco larga hacia un costado de la cancha, Gonzalo se dio vuelta y comenzó a seguirlo corriendo como no había corrido en toda su vida. Cuando el delantero se acercó lo suficiente y se disponía a patear, Gonzalo llegó al arco para intentar taparlo, el delantero pateó hacia el lado por donde había llegado Gonzalo, ya que el cuerpo de éste aún era llevado por la inercia hacia el lado opuesto, casi cayéndose intentó estirar la pierna tratando de desviar la pelota con la punta del pie, pero ésta finalmente acabó metiéndose. Acto seguido, el árbitro dio el silbatazo final. Gonzalo se tomó la cabeza sin poder creer lo que estaba sucediendo y fue el primero en irse al vestuario. Maite, Candela y Lucila se miraron sorprendidas por esto, pero no lo vieron como algo grave y lo fueron a esperar a la salida de los jugadores. Todo el equipo salió a excepción de él. Las

tres se acercaron a hablar con sus compañeros y estos les explicaron que Gonzalo se había bañado rápido y se había ido antes que el resto. Esta actitud sorprendió a las tres, aunque Maite les dijo a Candela y a Lucila que no se preocuparan, que ella iba a hablar con él. Fue allí donde cada una tomó su propio rumbo y Maite comenzó a llamarlo, el celular figuraba apagado, por lo que decidió dejarle un mensaje de voz y esperar a que él se comunicara. De esa forma pasaron las horas, la noche llegó y la respuesta no apareció. Maite volvió a llamarlo y el celular continuaba apagado. Ya preocupada, decidió ir a su casa. Allí tocó el timbre y no obtuvo respuesta. Hacía poco habían intercambiado las llaves de sus casas, por lo que abrió la puerta e ingresó. No parecía haber nadie, ella lo llamaba pero no obtenía respuesta, fue prendiendo las luces de los distintos lugares a los que entraba, y al no encontrar a nadie, tuvo la idea de abrir los muebles donde guardaba su ropa. Fue ahí donde vio que prácticamente no había nada y lo poco que había estaba desacomodado. Sorprendida y desentendida, volvió al comedor donde sabía que Gonzalo guardaba su valija en un mueble. Cuando lo abrió, la misma tampoco estaba. Sin encontrar ninguna explicación lógica para lo que estaba pasando, llamó a Candela y le comunicó todo. Candela, ante esto, intentó llamar también a Gonzalo y dejarle mensajes de voz, pero los resultados fueron los mismos y tomó la decisión de llamar a la familia. Ésta se encargó de llamar a la policía explicando la situación y comunicándose posteriormente a Maite y a Candela, quedando en mantenerse todos contactados ante cualquier cosa que surgiera. Al día siguiente, Lucila llamó a Candela para preguntarle qué había pasado con Gonzalo, y allí fue cuando se enteró también de la situación. La búsqueda ya estaba en proceso y todo su entorno pendiente de cualquier información, aunque esa información no iba a aparecer. Sin embargo, Lucila recibió una llamada de la facultad para otra práctica de su residencia al día siguiente de que Candela le contara lo que pasaba. Era en la localidad de San Martín, allí había ocurrido un crimen y no habían reconocido el cuerpo ya que éste no tenía pertenencias ni documentos, y su cara

estaba prácticamente desfigurada por los golpes recibidos. Lucila acudió y, junto a otros residentes, en el lugar del hecho se encontró con la escena. La víctima parecía tratarse de un hombre joven, bastante sangre seca cubría su cara desfigurada. Vestía una remera, un bermudas y tenía puesta solo una zapatilla, la otra estaba tirada por el suelo. Estaba sentado en una silla caída con el respaldo en el suelo, tenía las manos atadas atrás y la pierna derecha, con el pie que estaba descalzo, totalmente estirada hacia arriba, sosteniéndose con el borde de una alta mesa frente a él. El detalle más importante era que dicho pie tenía la uña del dedo gordo arrancada casi en su totalidad de la carne habiendo algo de sangre seca allí también, así como podía verse la uña del dedo siguiente en un estado similar sin llegar al extremo de la otra. Uno de los residentes a su lado, le dijo:

- Parecería tratarse de un caso de tortura que fue interrumpida, pero no para salvarlo sino para terminar matándolo más rápido.

Era imposible saber de quién se trataba. Sin embargo, Lucila logró ver bajo el arco de la planta del pie de la víctima aquel pequeño lunar que en otra oportunidad le había llamado la atención. Esto le hizo cerrar los ojos unos segundos dándose cuenta de la situación que se había hecho presente ante ella.

En ese preciso momento, Juan Ignacio se encontraba hablando en una casa con dos hombres de unos treinta años, con aspecto de barras bravas. Un tercero apareció con una bolsa que le terminó entregando. Juan Ignacio le agradeció y el hombre le dijo:

- Nuestra estrategia iba a ir por ahí, el tipo era diestro, y con ese castigo iba a tener unos cuantos meses fuera de la cancha, pero... cuando nos dijeron, fuimos enseguida para allá y cambiamos los planes. Si nosotros permitimos que la gente pueda evadir lo que le corresponde, a nosotros ya nos hubieran comido vivos.

- Yo le dije qué era lo que tenía que hacer si la cosa no le salía bien.

- Bueno, por lo pronto, con vos salió bien, él no hizo más de dos goles y a vos te terminaron haciendo más de cuatro, así que... un placer hacer negocios con vos.

Juan Ignacio y el hombre se estrecharon la mano cómplicemente.

Abertura

Esc. 1 Int. Noche. Empresa.

Nos ubicamos en el interior de una amplia y ordenada oficina. Se ve un reloj de pared que marca las doce y cinco. A continuación se ve un escritorio lleno de papeles, carpetas y una computadora encendida junto a un almanaque en forma de libro, abierto en el día quince de mayo. Al lado de este hay un celular encendido. Sentada frente al escritorio está LAURA, una joven de dieciocho años, vestida formalmente y buscando datos en una carpeta. Apoya la misma sobre el escritorio, toma una lapicera y comienza a hacer algunas marcas.

Unos segundos después, suena el celular, LAURA lo toma, se fija el número de donde proviene la llamada y atiende.

LAURA

Hola. ¿Qué haces Juli?... No, todavía estoy en la oficina. Estoy con lo último, me falta pasar unos datos que estoy buscando, es un rato pero... y sí, se complicó todo, fue algo de último momento, hoy tendría que haber salido temprano yo... Pero a mí me queda de paso la casa, cuando termino acá te llamo para ver si todavía están y paso un rato. Bueno... sí, sí, ok, un beso, nos vemos.

LAURA corta la comunicación.

Esc. 2 Int. Noche. Casa particular.

Nos ubicamos en el interior de un amplio comedor. JULIETA, una joven de dieciocho años, está parada junto a una mesa, usando su celular. Cuando termina lo deja sobre esta y camina hasta el grupo de cuatro jóvenes, de aproximadamente su edad, que están sentados en el suelo formando media ronda. Se sienta frente a ellos. En el grupo están RUBÉN, SANTIAGO, SARA y MARCOS. Visten

informalmente y, a excepción de JULIETA, todos están descalzos.

JULIETA

No, parece que tiene para un rato más y ya son más de las doce, hay que empezar.

SARA

Además se tiene que venir desde Belgrano.

SANTIAGO

Pero a esta hora no hay nadie en la calle. Llega en un toque.

JULIETA

Ella dijo que va a venir igual un rato, más tarde, porque le queda de paso.

RUBÉN

Sí, se va a aparecer después. No quiere venir a la reunión, es todo una excusa.

MARCOS

No, pero ya le pasó otras veces en ese trabajo, una vez no sé qué tenía que terminar y llegó a estar como hasta la una de la mañana.

SARA

Sí, es verdad.

JULIETA (*A todos*)

Bueno, entonces empecemos.

JULIETA toma un libro del suelo que está al lado suyo y se lo muestra al resto.

JULIETA

Acá tengo Abertura, una de las mejores novelas que se escribieron, una obra maestra. Es la ópera póstuma del gran escritor Carlos Serrioni.

Cuenta la leyenda que terminó de escribirla en su casa de San Telmo, solo, la madrugada del dieciséis de mayo de mil ochocientos setenta y siete. Horas después fue brutalmente asesinado por un loco que entró a la casa. Nadie, nunca supo la razón. Sus conocidos se encargaron de juntar los borradores y publicar la novela meses más tarde. Desde entonces se fue corriendo el rumor de una maldición que ronda por Buenos Aires.

Se dice que todo aquel que terminó de leer la novela un dieciséis de mayo, solo y en una casa, horas después fue asesinado brutalmente por un loco que entró a la casa y nadie, nunca... supo la razón.

Los cinco leímos la novela entera a excepción del último capítulo. Quien sea elegido va a tener que pasar la noche, solo, en esta casa, leyendo el capítulo final. Quien no quiera seguir adelante con la experiencia, este es el momento para decirlo. ¿Todos quieren continuar?

Todos reafirman sus posturas.

JULIETA

Muy bien.

MARCOS

¿Cómo vamos a hacer para decidir quién se queda?

JULIETA

Tengo el sistema perfecto, que saqué de otra novela de Serrioni.

Hay una parte en la que tienen que elegir a alguien de un grupo para una tarea. Hacen un ritual basado en el lenguaje de las cartas.

SANTIAGO

¿El lenguaje de las cartas?

JULIETA

Las cartas conocidas como negras, el rey, el caballo y la sota son los únicos valores que hay mayores al valor más alto de los números: el nueve, motivo por el que jamás van a ser compatibles. El ritual es ir repartiendo cartas de una a la vez, si a alguien le toca una figura negra se lo considera encadenado, eso significa que si en las rondas que siguen llega a sumar nueve con el resto de los números, se convierte en el elegido, y el ritual termina aunque no se haya completado la ronda. Si antes de eso, saca otra figura negra o supera el valor de nueve con los números, se deshace la cadena.

Y si el mazo se repartió completo y no pasó nada, se vuelve a mezclar y a repetir el procedimiento hasta que pase. ¿Están de acuerdo?

Todos reafirman sus posturas.

JULIETA

¿Quién mezcla?

MARCOS hace una seña ofreciéndose y JULIETA le pasa el mazo. Este realiza el trabajo y se lo devuelve a JULIETA que corta.

JULIETA

La primera carta que nos voy a repartir va a ser boca abajo y la vamos a ir dando vuelta de a uno.

JULIETA le reparte la primera carta a MARCOS, la segunda a SARA, la tercera a SANTIAGO, la cuarta a RUBÉN y la quinta a ella. Tras esto, levanta la mirada hacia MARCOS, cosa que enseguida hacen todos. MARCOS da vuelta la carta dejando ver el rey de copa. Este realiza una expresión de bronca y el ambiente empieza a ponerse más intenso, metiéndose de lleno en el ritual.

JULIETA

Bueno, las negras se mostraron bastante rápido.

Luego van las miradas a SARA que da vuelta su carta mostrando el tres de basto. Realiza una expresión de respiro. El mismo proceso continúa con SANTIAGO que da vuelta su carta, mostrando así el seis de espada. Llega el turno de RUBÉN que al dar vuelta su carta se ve el ocho de copa. Finalmente JULIETA da vuelta la suya y se ve el siete de espada.

JULIETA

Bueno, hasta ahora el más comprometido es Marcos. Ahora ya voy a repartir las cartas boca arriba.

A partir de aquí van a comenzar a verse momentos del ritual con algunas elipsis, ya con las cartas repartidas boca arriba. Va a terminarse el primer maso sin que pase nada y va a ocurrir lo mismo con el segundo. A partir del tercero, volverá a mostrarse todo completo. Aquí el ambiente ya está menos intenso, expresando menos las emociones.

JULIETA le reparte la primera carta a MARCOS, nuevamente boca abajo, la segunda a SARA, la tercera a SANTIAGO, la cuarta a RUBÉN y la quinta a ella.

MARCOS da vuelta la carta dejando ver el rey de basto. SARA da vuelta su carta mostrando el siete de copa. El mismo proceso continúa con SANTIAGO que da vuelta su carta, mostrando así el ocho de espada. Llega el turno de RUBÉN que al dar vuelta su carta se ve el nueve de copa. Finalmente JULIETA da vuelta la suya y se ve el siete de oro.

JULIETA

Segunda ronda.

Le reparte la primera a MARCOS dándola vuelta dejándose ver el cuatro de copa. Ahora puede verse en el rostro de él algo de nerviosismo. JULIETA le reparte la segunda carta a SARA dándola vuelta, viéndose un ocho de oro. Se repite el procedimiento con SANTIAGO mostrándose el rey de oro.

JULIETA

Segunda figura negra.

En el turno de RUBÉN se ve el as de basto y finalmente en el turno de JULIETA se ve el seis de espada.

JULIETA

Bueno, tercera ronda, ahora los comprometidos son Marcos y Santiago.

Le reparte la primera carta a MARCOS y es el as de copa. MARCOS se toma la cabeza. Le reparte la carta a SARA y es el cinco de copa. Se repite el procedimiento con SANTIAGO viéndose el tres de oro. Ahora es SANTIAGO quien se muestra algo nervioso. En el turno de RUBÉN se ve el cinco de espada y finalmente en el de JULIETA se ve el nueve de oro.

JULIETA

Cuarta ronda. Siguen comprometidos Marcos y Santiago.

Le reparte la carta a MARCOS y sale el caballo de basto. MARCOS respira eufórico y sonriente.

JULIETA

Se cancela la cadena de Marcos.

Le da la segunda a SARA y se ve el tres de espada. En el turno de SANTIAGO sale el cuatro de basto. Este no puede evitar mostrarse preocupado. En el de RUBÉN sale el seis de basto y finalmente en el de JULIETA sale el caballo de oro. Realiza una sonrisa irónica.

JULIETA

Quinta ronda. Los comprometidos somos Santiago y yo. *Le da la primera carta a MARCOS y sale la sota de basto. MARCOS se muestra listo para afrontar otra preocupación. La segunda carta a SARA es la sota de espada. Aquí SARA se muestra comprendiendo que debía pasar en algún momento. La tercera carta a SANTIAGO es el dos de espada. SANTIAGO se deja ver no contento por el resultado pero trata de aceptarlo normalmente. El ambiente vuelve a exaltarse.*

JULIETA

Bueno, acá se terminó el ritual. Santiago es quien se va a pasar la noche, solo, acá, leyendo el capítulo final de Abertura. *Muchos se relajan recostándose, otros se levantan, beben algo y acomodan algunas cosas. Algunos minutos después, suena el timbre. JULIETA abre la puerta y LAURA es la que se deja ver sonriendo y sin disimular su cansancio. Se saludan abrazándose. JULIETA cierra la puerta y LAURA saluda de igual forma al resto, primero a SARA, luego a SANTIAGO, luego a MARCOS y luego a RUBÉN.*

LAURA

¿Y? ¿Quién salió al final?

Todos señalan a SANTIAGO.

LAURA

¿Vos saliste?

SANTIAGO asiente sonriendo.

SANTIAGO

Tengo que quedarme toda la noche.

JULIETA

Recién en el tercer maso se decidió.

LAURA

Ah, tardó un poco entonces.

MARCOS

¿Vos lo conocías el ritual?

LAURA

Sí, Juli me lo había comentado hace un tiempo y el otro día con Rubén nos pusimos a leer la parte de esa novela donde lo usan.

RUBÉN

Yo me imaginé al toque que íbamos a usarlo, pero me hice el reboludo.

Todos se ríen tras esto último, aunque SANTIAGO lo hace con cierta sorpresa en su rostro.

SARA

Vos tendrías que haber estado eh.

LAURA

Ay no me hagas acordar, que ya con este trabajo...

RUBÉN

¿Al menos te van a pagar horas extras?

LAURA

Sí, eso es lo único que me hizo hacerlo. Pero por suerte pude pasar un rato aunque sea, quería saber qué había pasado.

SANTIAGO

Todos estuvieron a punto de salir.

JULIETA

No creo que en ningún momento alguien no haya pensado: ya está, salgo yo.

Todos se ríen del comentario. JULIETA empieza a juntar las cartas y otras cosas del piso, RUBÉN y SARA la ayudan.

JULIETA

Fue rápido el viaje ¿no? No había nadie en la calle.

LAURA

No, por suerte. Se hizo enseguida.

JULIETA

Sí, y eso que es lejos.

Algunos siguen hablando entre ellos. SANTIAGO se acerca a LAURA.

SANTIAGO

Este sábado abren el bar que te había dicho.

LAURA intenta recordar.

LAURA

¿El de las bandas?

SANTIAGO

Sí.

LAURA

Al fin. ¿Qué pasó que se demoraron tanto?

SANTIAGO (*Riéndose*)

De todo.

RUBÉN mira de reojo, y sin dejar de acomodar, a SANTIAGO y a LAURA.

LAURA

¿Sí? Hace unos meses me habían dicho que estaban a punto de abrir y después quedó todo en la nada.

SANTIAGO

Tuvieron setecientos quilombos. Yo le comenté al flaco que había mucha gente que quiere conocerlo porque le cabe la onda. Yo soy uno. Ahora le dije que le iba a avisar a los demás.

LAURA

Sí, a mí me encantaría ir.

SANTIAGO

Bárbaro, yo te anoto, y después a los que figuran en mi lista, los hacen entrar gratis.

LAURA

Ah ¿en serio?

SANTIAGO

Te tengo que dar igual una tarjeta, me las van a dar mañana cuando les dé la lista.

LAURA

Sí, buenísimo, decime cuando la puedo pasar a buscar.

SANTIAGO

Y... ¿vos mañana tenés que estar por Belgrano?

LAURA

Sí, antes del mediodía tengo que ir de vuelta.

SANTIAGO

Listo, yo a la mañana cuando salgo de acá tengo que ir a llevarle la lista al bar. Está a diez cuadras de donde trabajás vos.

LAURA

Ah claro. Arreglemos un horario y me tomo un receso.

SANTIAGO

Dale, yo pienso que para las doce voy a tener todo.

LAURA

Perfecto ¿querés que nos veamos en el bar Doyle? En alguna de las mesas de afuera.

SANTIAGO

Ok, nos vemos mañana a las doce entonces.

RUBÉN se acerca a ellos en ese momento.

RUBÉN (A LAURA)

No, que no te haga el verso con lo de las entradas, ¿sabés cuántas quedaron pagando?

LAURA y SANTIAGO se ríen tras el comentario.

SANTIAGO

A las que le hizo el verso él, ya no pueden entrar más a ningún lado.

Ahora LAURA se ríe con RUBÉN del comentario.

JULIETA vuelve a acercarse.

JULIETA

Bueno, nosotros nos vamos. Está todo listo.

RUBÉN (A SANTIAGO)

Loco, qué va a ser... hay que pasar la noche.

Todos se ríen.

SANTIAGO (*Poniendo su mano en el hombro de RUBÉN*)
Vos sos el que más cerca estuviste de salir. Tuviste un culo terrible.

RUBÉN

Y sí. Parecía que no se terminaba más. Que íbamos a estar hasta mañana.

LAURA
Sí, tres mazos la verdad que es un montón.

RUBÉN
Tres mazos.

JULIETA
Estamos desechos todos.

JULIETA saluda a LAURA, RUBÉN se saluda con SANTIAGO y todos se van despidiendo.

Esc. 3 Int. Noche. Casa particular.

Dentro del comedor, se ve el plano detalle de un reloj, colgado en la pared, que marca las dos y cincuenta y cinco. SANTIAGO está sentado frente a la mesa leyendo el libro, se ve un marcador al costado y una taza de café casi terminada. Da vuelta la última hoja y comienza a leer la carilla final. Cuando termina, cierra el libro, se estira un poco y luego se levanta tomando la taza, saliendo con ella del comedor.

Esc. 4 Int. Noche. Casa particular.

Dentro de la cocina, se ve el plano detalle de un reloj, colgado de la pared, que marca las cuatro y media. SANTIAGO está sentado viendo televisión y comiendo unos snacks. En un momento se escucha un ruido proveniente de la puerta principal. SANTIAGO gira la cabeza hacia allí intentando afinar su audición, enseguida el ruido se repite aunque más suave. SANTIAGO se levanta, apaga el televisor y lentamente sale de la cocina.

Esc. 5 Int. Noche. Casa particular.

SANTIAGO ingresa al comedor, se ve que por debajo de la puerta principal está entrando mucho humo. Comienza a acercarse hasta esta lentamente. El humo lo ciega un poco,

intenta ver por la mirilla, pero no consigue visualizar nada. Vuelve a afinar su audición, pero tampoco le sirve. Toma la perilla y abre la puerta. Automáticamente se ve que empieza a caminar despacio hacia atrás, y enseguida se puede ver a un hombre tomándolo del pelo con una mano y poniéndole un arma en la boca con la otra. Este lo hace entrar cada vez más en el comedor hasta que ambos salen de campo.

Esc. 6 Ext. Día. Vía pública.

LAURA está sentada en una de las mesas con sombrilla pertenecientes al bar que está junto. Por un costado se ve a RUBÉN caminando tranquilo hacia allí. Cuando se acerca, LAURA lo ve y se levanta alegre de verlo.

LAURA

¡Rubén ¿cómo estás?!

Se abrazan.

RUBÉN

Todo bien, ¿vos?

LAURA

Bien, todo bien. Estoy esperando a Santiago. Hoy teníamos que hablar por un tema.

RUBÉN

Ah, no me comentó nada.

LAURA

Sí, hace (*Mira su reloj pulsera*) veinticinco minutos que tendría que estar acá. Todavía no pedí nada.

RUBÉN

Parecería que no es un hombre de palabra.

LAURA mueve los ojos no sabiendo qué pensar.

RUBÉN

O la maldición se cumplió.

Ahora LAURA se ríe como si se tratara de un chiste de humor negro.

RUBÉN

Yo recién terminé con unos trámites, ya que estamos acá te puedo invitar un café.

LAURA

Ok.

Ambos se sientan y comienzan a charlar. Más tarde se acerca el mozo a tomarles la orden. De a poco la cámara se va alejando del lugar con un lento zoom out.

Ala este

Dentro de la cocina comedor, que no era muy amplia pero que estaba bien organizada, se encontraba Carolina, una joven de veintisiete años, preparando dos cafés sobre la mesada, y Rodrigo, un joven de veinticinco, sentado en la mesa. Ambos vestían de manera informal. En determinado momento de la charla, Carolina le dijo:

- Fue una situación complicada para mi familia. Yo me acuerdo. La pasamos mal.

- No era fácil para nadie. – Respondió Rodrigo – La situación del país en general era complicada.

- Sí, pero a nosotros nos había pegado más. Cada uno de nosotros estaba en el campo de la producción, y ese fue el campo que se vio más afectado. La empresa de tu familia, al estar en el campo de los servicios, no sintió tanto el golpe.

- Sí, eso sí.

- Yo no me voy a olvidar nunca de la mano que ustedes nos dieron esos días. Fue gracias a eso que salimos a flote, si no, te soy sincera, no sé qué hubiera pasado.

- Pero mi familia ni lo tuvo que pensar, ¿cuánto llevábamos siendo vecinos?

Para ese momento, Carolina llevó los cafés a la mesa e intentó recordar. Luego dijo:

- Y, mirá... Esto fue hace... tres años, y nosotros nos mudamos a aquel edificio hace... (Vuelve a intentar recordar) siete, si no me equivocó... sí, siete años.

Tras decir esto, se sentó frente a Rodrigo que continuó diciendo:

- Por eso, ya llevábamos cuatro años como vecinos. Imaginate.

- Tal cual, por eso a mí me dio muchísima bronca lo que hizo mi familia el año siguiente. Porque volvimos a cometer los mismos errores y volvimos a la misma situación de crisis. Pero fuimos nosotros los que cometimos los mismos errores. No sé, mis viejos se pensaban que cualquier cosa, ustedes nos podían volver a ayudar.

- Yo lo que escuchaba en ese momento era que mis viejos querían volverlos a ayudar, pero realmente la situación nuestra también estaba un poco complicada y esa vez se nos hacía imposible.

- Pero obvio, era una cuestión obvia. Mis viejos tenían que aceptar que habíamos hecho las cosas mal, y que si nos tuvimos que mudar a un lugar más chico, fue por culpa nuestra. Pero no, tenían tanta bronca que los culpaban a ustedes por la situación. A mí cuando mi vieja me dijo que no les iban a hablar más, tuve una discusión re fuerte con ella. “Son nuestros amigos desde hace años”, le decía yo, “y nos ayudaron cuando lo necesitamos, pero ellos también tienen sus problemas, no podemos depender de la ayuda de ellos para siempre”, te juro que se lo decía, pero bueno... qué sé yo, no lo querían entender.

- Sí, a mis viejos les dolió, pero bueno... también entendían que estaban en una situación delicada. Cada uno la maneja como puede.

- No, pero yo me re calenté, aparte, mi vieja es una boluda, la llamo para que me ayude con el nene y la mitad de las veces nunca puede. Si ella quiere puede salir más temprano del laburo, no tiene ningún problema. Yo no siempre puedo. Cuando puedo lo hago yo, perfecto, pero los días que no puedo, ella sí puede salir más temprano y hacerlo, pero no te lo hace ¿viste? Entonces que se mate.

- Y bueno, yo en la empresa de mi viejo, ¿cómo te pensás que estoy? Es una cagada, hay gente del personal que se piensa que puede decirte lo que quiera, y cada vez que le paro el carro a alguno, mi viejo se pone del lado del empleado. Todos los meses

tenemos la misma discusión, pero bueno, llega un momento en que decís: “esto va a ser igual siempre, lo hago y listo”. Nunca tuvimos buena relación, pero desde que empecé a trabajar ahí, terminó de quedar en claro. Y encima llegó un momento en que las peleas del trabajo se habían trasladado a la casa y hubo peleas pesadas, pesadas mal. Por suerte se dio de ir a vivir a la casa que era de mi abuela, ahí se descomprimió la situación. Si no, no sé qué hubiera pasado. Hubo un momento en que pensé en conseguir alguna droga, para poder sobrellevarlo mejor.

- ¿Y ahora cómo está la cosa?

- Ahora las peleas volvieron a ser solamente en la empresa.

- ¿Pero se ven fuera de la empresa?

- No, no nos estamos viendo. Yo, en ese sentido, trato de no tener tanto vínculo con mi familia, sé cómo son, y para que las cosas estén lo más tranquilas posible, el vínculo tiene ser lo justo y necesario.

- Las familias son un tema siempre. Yo también cuando tuve a mi hijo fue cuando empecé a alquilar acá porque, también, seguir ahí hubiera sido un quilombo tras otro. ¿Vos te pensás que me apoyaron cuando tuve a mi hijo? Mi vieja me vive juzgando, y siempre termino discutiendo. Pero es como vos decís, lo tenés que hacer y listo.

Para mediados de la semana siguiente, se la vio a Carolina caminar por los pasillos de un edificio. Allí se detuvo frente a una puerta y tocó el timbre. Una mujer de unos cincuenta años le abrió, se trataba de Adela, su madre, que la hizo pasar.

- ¿Y? ¿Cómo anda? – Preguntó enseguida Carolina.

- Bien, se portó bien, a pesar del lío que tenemos.

En ese momento, ingresó a la sala un hombre de unos cincuenta y pico de años, se trataba de Roberto, su padre, que estaba con un nene de dos años caminando de la mano, éste se trataba de Paulo, su hijo, que al verla fue corriendo hacia ella. Carolina lo saludó abrazándolo y luego lo levantó.

- La humedad empeoró, - Continuó Adela – hace un rato vino el encargado para ver y dijo que es un caso típico en este edificio,

que hubo casos de paredes que hasta llegaron a pudrirse, y es lo que está pasando acá.

- Me estás jodiendo.

- No. – Intervino Roberto – Lo que dijo también es que no está tan avanzado, que tenemos tiempo de evitarlo. Yo me puse a llamar a empresas de humedad de cimientos y hasta ahora todas te sacan la cabeza.

- No sé cómo vamos a hacer. Mirá qué ironía que hoy vengamos a necesitar el servicio de la empresa de los Edelli – Agregó Adela.

Carolina se mostró pensativa y finalmente dijo:

- Llamálos.

- ¿Estás loca vos?

- No, el domingo pasado justo me vi de nuevo con Rodrigo. Según me contó él, los padres siempre quisieron ayudarnos, la última vez no lo hicieron porque realmente no pudieron. Llamálos, vas a ver que nos van a dar el servicio a un precio que nos sea accesible.

- ¿Y si no lo hacen?

- Lo van a hacer, no nos van a dejar solos en ésta. Hay un vínculo de muchos años, había... antes de que pasara lo que pasó.

- No sé, a mí no me da confianza – Volvió a intervenir Roberto.

- A mí tampoco – Agregó Adela.

- Bueno, hagan lo que quieran. Pero a mí otra solución no se me ocurre. ¿A ustedes sí?

Roberto y Adela se miraron mutuamente con expresión de preocupación.

De esa forma pasaron algunos días. Rodrigo y Carolina no se habían vuelto a contactar para entonces y se lo podía ver a él dentro de la habitación usando su computadora. En medio del uso, sonó el teléfono. Se levantó y atendió. Del otro lado, le dijeron:

- Hola, Rodrigo, habla Carolina.

- Hola, ¿cómo va?

- Escuchame una cosa, tu viejo es un reverendo hijo de puta,

disculpame que te diga pero es un reverendo hijo de puta. ¿Vos le decís a tu viejo cómo te ayudo yo psicológicamente? ¿Cómo estabas cuando me llamaste y me viniste a ver, que no soportabas laburar con tu viejo? ¿Qué te estabas volviendo loco, que te querías drogar?

- Pero pará, ¿qué pasó?

- ¿Vos se lo decís todo eso? ¿Lo sabe?

- Pará, calmate un poquito.

- No, no me calmo nada porque mi vieja lo llamó a tu viejo y él la cagó a puteadas y la dejó en banda con el tema de la humedad, mi vieja confió en tu viejo y él la dejó en banda, ahora tiene toda la casa destruida. Son una mierda, vos también porque sos igual que él, son unos pelotudos y yo con pelotudos no me junto.

- ¿Pero me querés decir qué hizo mi viejo? ¿Qué hizo mi viejo?

Para entonces, Carolina había colgado el teléfono. Rodrigo, pareciendo aún no entender lo sucedido, colgó también. Enseguida intentó volver a comunicarse, pero nadie contestó. Acto seguido, caminó hacia la computadora y volvió a sentarse frente a ella. Todavía desentendido, vio a un costado su celular, lo agarró, buscó el número de Carolina y llamó desde ahí. Al no obtener respuesta, mandó un mensaje de texto que decía:

“NO SÉ QUÉ CARAJA ACABA DE PASAR, NO SÉ QUÉ
HIZO MI VIEJO NI QUÉ TENGO QUE VER YO, ¿ME LO
PODRÍAS EXPLICAR?”

La respuesta jamás llegó. Durante los días siguientes, se lo vio a Rodrigo caminando con unas carpetas por los pasillos de la empresa familiar. Ingresó a una oficina, abrió el cajón del escritorio y las guardó en su interior. Acto seguido, salió y regresó por donde venía, ingresó a su oficina, se sentó en el escritorio y agarró el celular. Allí buscó la sección de mensajes recibidos, viendo que no había ninguno de Carolina, por lo que dejó el celular donde estaba, suspirando con fastidio. Quiso seguir adelante con sus cosas e intentó usar la computadora, pero parecía no poder concentrarse,

quedándose pensativo otra vez. Enseguida volvió a usarla como si intentara dejar atrás lo que lo perturbaba. Al principio pareció poder, pero luego dejó nuevamente. En ese momento, agarró el celular, volvió a buscar el número de Carolina y mandó un mensaje de texto que decía:

“SOS BLANCA DE PIEL PERO SOS UNA NEGRA DE MIERDA, POR ESO TE HICIERON EL BOMBO Y TE PATEARON A LA MIERDA”

Dejó el celular donde estaba y miró el monitor de la computadora, pensativo y con expresión seria. Segundos después, pareció volver en sí, por lo que se levantó, juntó los papeles que quedaban sobre el escritorio, los acomodó dentro de una carpeta y salió de la oficina. No pasaron más de cinco minutos cuando su celular empezó a sonar. Al instante, Rodrigo ingresó nuevamente a la oficina, agarró el celular y vio que se trataba de Carolina, realizó una sonrisa macabra y dejó el celular donde estaba. Casi enseguida en que dejó de sonar, volvió a hacerlo, y poco después de terminar lo hizo por tercera vez. Una vez que pasó esto, Rodrigo finalmente se sentó, levantó el teléfono de línea, marcó un número y esperó a que lo atendieran. Fue entonces que dijo:

- Hola, Doris, disculpame, ¿podrías venir un segundito?

Colgó el teléfono y se quedó esperando. Tan solo segundos después, golpearon la puerta. Rodrigo dijo:

- Sí, pasá.

La puerta se abrió y se dejó ver una mujer de unos cincuenta años, se trataba de Doris, una empleada de la empresa, que se quedó bajo el marco. Rodrigo le dijo:

- Doris, necesito que me hagas un favor.

- Sí, decime.

- Necesito que cuando puedas me busques los números telefónicos de las empresas de humedad de cimientos más accesibles que haya en Buenos Aires y Gran Buenos Aires y me los traigas.

- De Buenos Aires y Gran Buenos Aires, perfecto. Ahí los busco y te los traigo.

- Gracias.

Doris cerró la puerta y Rodrigo sonrió.

De esa forma, pasaron algunos días más. Para entonces, se la volvió a ver a Carolina caminando por el pasillo de aquel edificio. Se detuvo frente a la misma puerta, tocó el timbre y Adela le abrió, haciéndola pasar. Dentro de la sala también estaba Roberto. Carolina comenzó diciendo:

- ¿Se puede saber qué es tan importante?

- Nos vamos a quedar en la calle – Exclamó Adela.

- ¿Qué?

- Que nos vamos a quedar en la calle.

- ¿Por qué se van a quedar en la calle? ¿Qué estás diciendo?

- Estuvimos tratando de comunicarnos con las empresas más accesibles para arreglar la casa. – Explicó Roberto – Al principio todo bien, pero tienen a la familia Usía en la lista de clientes no deseados.

- ¿Qué? ¿Por qué?

- Alguien con poder les pidió que nos pongan en esa lista – Respondió Adela.

Carolina no pudo evitar cierta sorpresa, aunque enseguida cambió a una expresión de bronca.

- Cuando vimos que pasaba eso con las empresas de la zona, buscamos más lejos y pasa exactamente lo mismo. No tenemos salida, nos vamos a quedar en la calle. ¿Viste qué bien que nos fue siguiendo tu idea? ¿Viste cómo nos ayudaron los Edelli? ¿Alguna otra idea tenés?

Carolina seguía sin poder salir del asombro.

Un mes después.

Rodrigo estaba trabajando en su oficina, pasando unos datos de una carpeta a la computadora. En el medio de eso, sonó su celular. Dejó lo que hacía y lo agarró viendo que el emisor se

trataba de Carolina. Abrió aún más los ojos como sorprendiéndose, pero conservando su firmeza volvió a dejarlo. Sin embargo, al poco tiempo que dejó de sonar, se escuchó el sonido que indicaba haber recibido un mensaje de voz. Rodrigo volvió a sorprenderse, agarró otra vez el celular, ingresó a su casilla de mensajes y puso para escuchar el último en altavoz. Efectivamente se trataba de Carolina que, en un tono de mucha tristeza, decía:

- Hola Rodrigo, soy Carolina. Quiero decirte que estoy hecha mierda. Todavía no puedo superar lo que pasó hace un mes. No lo puedo superar ni lo puedo entender. No puedo creer que ante la desesperación que me invadió por el problema de mis viejos te haya dicho lo que te dije, cuando vos no tenías nada que ver. Todavía me siento para la mierda por lo que hice. Te juro que me siento para la mierda. No sé... realmente no sé qué me pasó. Pero es algo que me tiene así. Solamente te llamaba para decirte esto. No llamo para cambiar nada, ni para pedir nada. Lo único que quiero decirte es que estoy totalmente arrepentida de lo que te dije, que estoy hecha mierda y que te pido perdón. Sé que hice una idiotez y te pido perdón. Te mando un beso.

Rodrigo no hizo gesto alguno, aunque pareció no poder continuar con su trabajo. Más allá de eso, decidió no responder el mensaje y dejar las cosas tal cual estaban. Sin embargo, días después, Carolina, desde el comedor de un nuevo departamento, volvió a llamar a Rodrigo. Esta vez, él estaba en el living de su casa viendo televisión. Agarró el celular, vio que el emisor se trataba de ella, y no pudo evitar volver a sorprenderse. Parecía querer pensar rápidamente en algo. El sonido del teléfono pasaba y seguía metido en esa situación. Finalmente, antes de que dejara de sonar, atendió. Del otro lado, respondieron el “hola” con una fuerte tristeza, y de esa forma, se produjo un silencio de unos segundos que Carolina rompió diciendo:

- Quise volver a llamarte para ver si me atendías y podía decirte a vos todo lo que me pasa y no a una máquina.

- Está bien, Caro. Ya fue, olvidate.

- No, no fue. Porque me siento para la mierda. Me pasó lo mismo que te contaba siempre. Mis viejos me volvieron loca, me metieron el quilombo en la cabeza hasta que terminé explotando y terminé explotando con vos que no tenías nada que ver.

- Bueno, pero ya está, no sé puede hacer nada. Fue un momento complicado para los dos y se nos fue de las manos. Ya está. No tiene sentido estar mal.

- Ya lo sé, pero para poder superar lo que pasó yo necesito pedirte perdón.

- Bueno, ya está, olvidate.

Se produjo otro silencio de unos segundos que Carolina volvió a romper, ahora diciendo:

- Rodrigo, yo quiero decirte algo aparte. Porque es probable que con lo que pasó no quieras verme más y lo entiendo perfectamente. Pero ya que eso va a pasar no me voy a callar lo que tuve que callar años.

- No te entiendo.

- Estuve analizando mucho lo que pasó, y uno de los motivos por los que pasó fue por tener adentro sentimientos que llega un momento ya no podés tener adentro más.

Volvió a producirse un silencio de unos segundos y Carolina continuó:

- Los mantuve adentro para no perder el vínculo, pero de todas formas se perdió, por no querer enfrentar eso es que nuestra amistad se estropea y eso es lo que me llena de impotencia. Quiero que sepas que siempre me pasaron cosas con vos. Que jamás quise decir nada por miedo a que la amistad se estropeará porque es algo que siempre supe que me haría mierda.

- Pero yo...

- Por eso te lo digo, porque tenía que sacármelo de encima porque nunca iba a poder superar el problema si me lo seguía guardando.

El silencio volvió a invadir la conversación. Esta vez, Rodrigo lo rompió diciendo:

- La verdad que no sé qué decirte. No creo que por teléfono sea el ámbito adecuado para hablar eso, me parece que tenemos que hablarlo en persona.

- No sé, yo no quiero molestarte.

- Me parece que es lo más lógico. ¿A vos te molestaría?

- Yo no tengo ningún problema.

- Bueno... ¿En qué momento te queda mejor a vos?

- Yo ahora en la semana estoy trabajando hasta la noche. Los fines de semana estoy con tiempo.

- ¿Estás en tu casa ahora?

- No, ahora estoy en la casa de una amiga que se fue de viaje y me pidió que fuera en algún momento, es en Parque Chas. Me iba a quedar un rato más acá.

- ¿Vos no tenés problema que vaya allá?

- No, para nada. ¿A qué hora podés venir?

- Yo ahora estoy libre, mándame la dirección por mensaje de texto y voy.

- OK, yo ahora te mando. Nos vemos.

- Nos vemos.

Carolina cortó la comunicación y se mantuvo con expresión pensativa.

En ese momento, en un salón de la empresa, Doris se encontraba hablando con un hombre de su edad. Ambos estaban sentados de forma distendida. El hombre le dijo en un momento:

- Tengo que admitir que sí, me gustan las analogías futbolísticas. Creo que en este país se usan bastante además.

- Sí, se usan bastante. – Respondió Doris – Bueno, si lo llevamos a ese ámbito... es como estar mirando un partido donde se hacen gol tras gol, nadie se saca ventaja y estás atornillado a la silla.

- OK, me gusta.

- Está complicada la cosa. Ella llamó un montón de veces preguntando por él y yo tenía que decirle siempre que no estaba. Para las últimas veces, se sentía la tensión. Se la notaba con un enojo... importante.

- Qué bárbaro.

- Después fue reduciendo la frecuencia y empezó a llamar una tal Ana. Para mí era ella cambiando el nombre, porque la voz era la misma.

- Claro.

- Son las cosas que te van llegando. Y otras simplemente las sabés, como cuando él me pidió los teléfonos de las empresas más accesibles del rubro.

- ¿Ah sí?

- Ahora hace bastante que se calmó todo. Pareciera que el tema quedó atrás. Está bien... llega un momento en que, sea lo que sea que estás haciendo, ya no se puede hacer mucho más.

Mientras tanto, Carolina estaba acomodando los almohadones del sofá en el comedor. A los pocos segundos, sonó el timbre. Terminó de acomodarlos y fue a abrir la puerta. Era Rodrigo el que se dejó ver apoyado de costado en la pared del pasillo. Se miraron seriamente unos segundos hasta que Carolina lo hizo pasar. Éste ingresó y ella cerró la puerta. Luego le dijo:

- Te agradezco mucho por venir.

- No, todo bien. No me parecía hablar por teléfono lo que estábamos hablando.

- No, la verdad que no. ¿Te querés sentar?

- Bueno.

Rodrigo se sentó en el sofá y ella se sentó al lado, donde comenzó a decir algo desentendida:

- Es muy loco todo lo que pasó. Yo la verdad es que ya no sé nada.

- ¿En qué sentido?

- En todo el lío que tengo en la cabeza, en cómo manejarlo. Pero me imagino que les debe pasar a todos. Cuando quieren evitar una cosa para no perder algo importante, hacen que aparezcan otras cosas que hacen que igual se termine perdiendo. Por eso quise decirte finalmente lo que me pasaba, porque me di cuenta que las cosas no se pueden evitar. ¿Vos qué pensás?

- Que a mí también me pasa. Mi situación no es muy diferente.

- ¿Por qué lo decís?

En ese momento, Rodrigo acercó su boca a la de Carolina, ella acercó la suya a la de él y se dieron un beso. Para entonces, Rodrigo puso sus brazos sobre ella e intensificó la situación, y Carolina se dejó llevar por ésta. Poco después, interrumpió la escena, se levantó del sofá agarrándole una mano, él se levantó también y ella lo llevó hasta la habitación. Allí él la tomó de atrás y comenzó a besarla en el costado del cuello. Carolina dejó llevarse unos segundos aunque no parecía agraderle, por lo que se dio vuelta y volvieron a besarse. Sin dejar de hacerlo, fueron hasta delante de la cama de dos plazas. Carolina volvió a detenerse y empujó a Rodrigo haciéndolo caer en ésta. Luego lo miró con una sonrisa seductora. Se agachó y pasó las manos por sus piernas hasta meter ambas debajo de su bermudas. Rodrigo no pudo evitar una expresión de fuerte placer. Luego llevó las manos a su pecho y las bajó lentamente hasta volver a sus piernas cerca de su parte íntima. Rodrigo volvió a manifestar placer. Continuó bajando las manos, le agarró los pies y se levantó, le sacó primero un zapato, luego el otro y los arrojó hacia atrás. Ante esto, fue hacia una pequeña mesa cerca de la puerta, donde había una cartera, y de ésta sacó dos juegos de esposas. Volvió a acercarse mostrándoselos. Rodrigo pareció sorprenderse gratamente y ella le preguntó:

- ¿Te gusta esto?

Rodrigo asintió con la cabeza. Carolina miró hacia abajo sin poder evitar una pequeña risa. Caminó hacia un costado de la cama. Rodrigo se corrió hacia atrás para acostarse plenamente en ésta. Allí, ella le agarró una mano y la esposó a un barrote de la cabecera. Acto seguido, se dirigió al otro costado e hizo lo mismo con la otra mano. Tras esto, le desabrochó toda la camisa y se puso otra vez delante de la cama diciéndole:

- ¿Sabés? En la guerra y en el amor... vale todo.

Volvió a agacharse y a pasar sus manos cerca de su parte íntima hasta que finalmente le bajó lentamente el bermudas, se lo sacó y lo arrojó hacia atrás. Luego de hacer esto pareció cambiar su actitud a una de gran indiferencia, y de esa forma le dijo:

- Bueno, nos vemos.

Rodrigo se quedó mirándola sin terminar de entender. Carolina agarró la cartera de arriba la mesa, lo miró y lo saludó moviendo la mano provocativamente. Finalmente se retiró. Rodrigo empezó a desesperarse y a decir:

- No, pará. No, Carolina, pará, por favor.

Al no obtener respuesta, continuó diciendo:

- Por favor, Carolina vení, por favor.

Algunos días después, Doris se encontraba hablando con el mismo hombre de hacía unos días, en el mismo salón de la empresa. Ambos estaban sentados de forma distendida. En un determinado momento, ella dijo:

- Es como cuando te interesa mucho un partido de futbol. Pero no podés verlo porque tenés que trabajar. Sin embargo, en el trabajo hay una oficina con un televisor donde lo están mostrando, y justo tenés que pasar por esa oficina, entonces asomás la cabeza para ver el resultado arriba chiquito, y terminás viendo que aunque todavía falta para que termine, un equipo va goleando al otro.

- La verdad que es un buen ejemplo. – Respondió él – Pero en ese caso, ¿vos tenés algún favorito?

- No, pero sorprende porque son dos equipos que no suelen perder por goleada y mucho menos cuando todavía falta un tramo importante de partido.

- Es así. Cualquiera podría entender esa sensación.

- Bueno, de hecho, en el barrio ese caso lo llamaron el partido del ala este.

- ¿Por qué del ala este?

- Porque cuando se conocieron, de hecho cuando las dos familias se conocieron, eran vecinos del ala este del edificio.

- Hay algo sin embargo que no me termina de cerrar. A Rodrigo lo encontraron con dos tiros en el pecho, esposado en la cama, en el departamento del ex jefe de Carolina, que también es el padre de su hijo.

- Sí, es así.

- Eso es lo más loco de todo. ¿Qué hacía Rodrigo en la casa del padre del hijo de Carolina?

- Estaba teniendo un amorío con la mujer. Esa fue la causa por la que cuando el marido llegó y lo vio a Rodrigo esposado en la cama le metió dos tiros. Dicen que la mujer llegó un toque más tarde y no podía parar de decir que no sabía quién era ni qué estaba haciendo ahí, que ella no había estado en toda la tarde, que no entendía lo que estaba pasando.

- Sí, justo – Dijo él en tono irónico.

Ambos dejaron salir la risa y él continuó:

- ¿Y en qué quedó eso?

- A él le dieron no sé cuántos años. Se divorció, obviamente. Lo que sí, la justicia lo obliga a seguir pasando la manutención al hijo de Carolina. Igual que a sus otros hijos.

- Qué bárbaro. A Carolina le vino bien de todos lados. Si lo hubiera planificado no le hubiera quedado tan bien.

- La verdad que no. A veces hay que... simplemente dejarle el trabajo al universo.

El periodismo independiente y el monopolio

Era viernes a la noche. María Laura, una mujer de casi treinta años, había asistido al cumpleaños de su amiga Gisella. Ésta había organizado una comida informal y tranquila en su casa. Junto a ellas, también estaba Sabrina, David, Mariano y Fernando, todos prácticamente de la misma edad. Durante la misma, hubo un tema que acaparó la atención de todos cuando la cumpleañera comentó:

- En el trabajo siempre se habla del tema de moda o que está teniendo más vigencia. Hoy hablaban del caso del chico asesinado el mes pasado.

- Y sí, porque parece que agarraron a los culpables – Explicó María Laura.

- Ese caso particular captó la atención de los medios, y por eso se movió cielo y tierra para encontrar a los culpables – Acotó David.

- Sí, es así. A una a veces le da bronca ver a los medios de comunicación copando todo el día con un caso en particular – Retomó Gisella.

- Tiene un lado positivo, - Intervino Mariano – que los tipos marcan la agenda de los jueces, y con esos casos no solo se van a mover en serio, sino que los van a terminar resolviendo.

- Y la agenda de los políticos también la marcan, lamentablemente – Agregó María Laura.

- Bueno, pero yo me acuerdo que en el diario donde vos estás, cubrían por igual todos los casos que había en ese momento – Dijo Gisella.

- Desde ya, por eso quise entrar a trabajar ahí. Siempre tuvieron ese objetivo.

- Los de ese momento y los de otros momentos distintos desde que existe ese diario – Agregó Fernando.

- Obvio, digo de ese momento para compararlo con este caso – Aclaró Gisella.

- Para mí, igual es positivo, de esa forma sienten que alguien los está vigilando – Exclamó Mariano.

- ¿Y para qué los tienen que vigilar? – Preguntó David.

- ¿Vos creés en la justicia?

- Está bien, ¿pero es positivo a qué costo? – Intervino Sabrina – Cada vez que pasa eso, todos los otros casos tardan una eternidad y hay varios que ni siquiera se resuelven.

- Si no estuvieran ellos directamente no se resolvería ninguno.

- Yo prefiero basarme en las agrupaciones sociales que hay hoy en día. Ahí es donde uno saca la mayor información de lo que pasa el día a día en los lugares más carenciados. De hecho ahí me enteré que ese mismo día, otro chico de la misma edad había muerto a causa del consumo de paco durante años – Dijo David.

- Bueno, en el diario son de contactar a las agrupaciones sociales – Intentó confirmar Sabrina.

- Siempre. Olvidate. La fuente principal es esa – Respondió María Laura.

- El evento que organizó ahora una de esas agrupaciones va a estar bueno – Volvió a intervenir Fernando.

- ¿El de las murgas? – Preguntó David.

- Sí.

- Sí, va a estar bueno, porque aparte hay miembros de algunas murgas que eran, justamente, amigos de Alejo.

- ¿Alejo? – Preguntó confundida Gisella.

- Eh..., perdón, Fabián.

- ¿Sabés quién era Alejo? – Preguntó irónicamente Mariano – El chico del caso que copó los medios.

- No me acordaba.

- ¿Qué no te acordabas? Fue justamente que te quedó ese nombre en la cabeza.

- Bueno, ahí está, – Aseguró Gisella – tanto te lo meten los medios que te terminás confundiendo.

- Bueno, pero eso te dice que él también consume los medios porque terminó diciendo el nombre de otro.

- No, no te dice nada eso – Afirmó David.

- Sí, te dice, porque te quedó más un nombre que otro, si te pasó eso hacete cargo, boludo.

- En primer lugar, yo siempre me hago cargo de lo que hago, y en segundo lugar, no me vuelvas a decir boludo porque de la piña que te voy a poner vas a terminar la noche comiendo con pajita. ¿Te quedó claro?

Mariano le trató de sacar un poco de tensión a la situación, haciendo, a la vez, una sonrisa que no llegó a mostrarse natural y que no terminó de ocultar del todo la expresión de haberse asustado.

- Bueno, igual a ese evento debe estar re bueno ir. – Acotó Sabrina – No solo por las agrupaciones, también por la gente que participa.

- Tal cual, - Agregó María Laura – y si te gustan las murgas...

- A mí me encantan – Dijo Fernando.

- Y es algo super interesante para que el diario cubra.

- Sí, eso desde ya – Agregó Gisella.

En ese momento, sonó el celular de María Laura. Lo sacó de su bolsillo y lo vio, diciendo:

- Al fin apareció este tipo.

- ¿Quién?

- Alguien del diario que desaparece a cada rato y cuando se lo necesita.

María Laura se levantó y atendió. El resto del grupo también se fue levantando de a poco y dispersándose.

“Despacio... despacio vamos a ir haciendo esto, tranquilo... a ver qué sale”. Esto fue lo que Damián le estaba diciendo a Carolina en una de las oficinas del diario, el lunes siguiente a la mañana. Luego continuó diciendo:

- Los mejores trabajos son aquellos que empezaste a hacer sin tener ningún objetivo. Sin la necesidad de que tuvieran que salir bien.

En ese momento ingresó caminando tranquilamente María Laura. Al ver la charla que se le presentó, sonrió levemente mostrando al mismo tiempo cansancio. Por lo que enseguida dijo:

- Damián, ya podés seguir trabajando.

Damián obedeció mostrándose satisfecho por la explicación que recientemente había dado y se retiró de la oficina. Carolina miró con una sonrisa cómplice a María Laura y luego le preguntó:

- ¿Qué es ese interés que te agarró por el evento que van a hacer en plaza Dorrego con las murgas?

- El viernes estuve en el cumpleaños de una amiga y me comentaron que hay miembros de esa murga que eran amigos de este chico, Fabián. Vos sos testigo del trabajo que venimos haciendo en silencio hace meses para desbaratar esa banda. Ya fuimos por todos los lados por donde podíamos ir. Tenemos que buscar alguna alternativa.

- La verdad que sí.

- No está de más que vayamos. ¿Qué decís?

- Sí, contá conmigo.

El fin de semana fue el evento, María Laura acudió con Carolina y se encontró con los que habían estado presentes el día del cumpleaños, excepto con Mariano. Cuando llegó el momento de la murga, ella le preguntó a gente del lugar si conocían el espectáculo y alguien le contestó que sí. Cuando ella le preguntó en qué consistía, la misma persona le explicó:

- Las agrupaciones se interesaron mucho en este grupo. Eran conocidos de un chico que murió a causa del paco.

- Sí, me acuerdo de ese caso.

- Este grupo se formó después de eso.

En ese momento ingresaron varios jóvenes. Tanto el más grande como el más chico del grupo eran varones, el primero tenía poco menos de veinticinco años, y el segundo tenía aproximadamente trece. Algunos salieron con los bombos y los

silbatos, pero lo llamativo fue que nadie llevaba trajes coloridos y elaborados, sino que vestían remeras de mangas cortas algunos y otros sin mangas, bermudas algunos y otros pantalones tres cuartos, zapatillas algunos y otros descalzos. Todos los espectadores sentados en el suelo habían formado un óvalo que los encerraba. El hombre continuó diciendo:

- Es por eso que luchan por la libertad.

- ¿Por la libertad?

- Claro, perder la libertad no es solamente estar en una cárcel.

Cuando no se tienen las condiciones mínimas e indispensables para vivir también se pierde. La falta de todas esas cosas imposibilita de vivir a una persona de la misma forma que lo hace la cárcel. Este sistema quiere la cárcel para chicos inocentes que no hicieron nada malo. Porque la condición en la que viven muchos de los chicos como Fabián es el mismo nivel de injusticia que llevar a alguien inocente a la cárcel. Y alguien que va inocente a la cárcel se tiene que defender como puede aún si eso implica violencia. Ningún pibe nace chorro, tienen que defenderse, como pueden, de lo que les han hecho.

María Laura fue convenciéndose de que debía ir a fondo con el caso, escuchando las palabras de aquel espectador y observando detenidamente cada instancia. Llevando de a poco su atención al más chico de los integrantes, al que tenía trece años, no podía dejar de ver la concentración en sus ojos y la seriedad en su cara. La forma en que daba la patada y levantaba la pierna con todas sus fuerzas. Se había convertido en una nueva inspiración. Algo nuevo para ella iba a empezar que expresaba lo que no había podido hacer. Ni un pibe menos. El hambre es un crimen.

Días después, María Laura estaba frente a la mesada de la cocina, concentrada en la comida que estaba preparando. Llevaba su pelo castaño oscuro suelto, y así llegaba a pasar un poco los hombros. Por la cocina ingresó Oscar, un hombre de más o menos su misma edad. Vestía informalmente como ella pero estaba descalzo. Se le acercó despacio y le puso las manos en los brazos.

María Laura giró la cabeza sonriéndole y continuó lo que hacía. Oscar puso su brazo derecho a lo largo del pecho de ella, le corrió el pelo y comenzó a besarla en el costado del cuello desplazándose luego hasta el hombro. De a poco María Laura perdía concentración en lo que hacía hasta que apoyó lo que tenía en la mano, se dio vuelta y se besaron. La escena se intensificó haciendo que ambos salieran de la cocina y fueran hasta el dormitorio. Sentados en la cama, ella se fue desvistiendo, comenzó sacándose la parte de abajo. Eran aproximadamente las siete y media de la tarde y el radio reloj se encendió. Ante esto, María Laura dijo:

- Tengo que comprar uno nuevo, desde que empezó a andar mal no hay forma de hacer que no se prenda a la misma hora a la tarde.

La radio transmitía una noticia que mostraba una seria crítica al que era el grupo periodístico más poderoso del país. Oscar se levantó y lo apagó. Había esbozado una sonrisa por lo que había escuchado y exclamó:

- Ya es cómico esto, no saben con qué más pegarle, están haciendo una campaña en contra.

Luego de decir esto, volvió a subir a la cama por adelante y gateando se acercó a María Laura, comenzando a besarla en la mejilla, pero el rostro de María Laura mostraba cierta sorpresa por lo que había dicho Oscar, junto con un gran deseo de contestarlo. Por lo que le dijo:

- No me parece que no sepan con qué más pegarle. Muchas de esas cosas que se dicen las comparto.

Oscar se detuvo sentándose y le preguntó:

- ¿Compartís lo que dicen esos tipos?

- Muchas cosas sí, por si no sabías, oposición a ese grupo hay de muchos sectores y no todos están haciendo una campaña en contra.

- No, pero todos hacen ver que ese grupo es terrible, que es la causa de todos los males.

- Ese grupo hace lo mismo con todos los gobiernos que no defienden los intereses económicos que ellos tienen. Y aparte muy

equivocado no debemos estar porque cada vez más gente se está dando cuenta.

- Pero eso no es porque tengan razón, es porque todos se confabularon, incluso ustedes ¿o me vas a decir que no?

- Por supuesto que no. – Respondió ella comenzando a enojarse - ¿Qué estás diciendo que hacemos nosotros?

- Es parte de todo el folclore.

- No, no es parte de ningún folclore. ¿Así ves lo que hago yo? ¿Pensás que me estoy dedicando a eso?

- Yo no dije eso. Pero me imagino que tenés que lidiar con un montón de cosas además de con la investigación.

- Sí, pero no voy a dejar que se interponga. No puedo creer lo que decís.

- No estoy diciendo nada.

- Sí, estás diciendo, nosotros no tenemos ninguna intención de confabularnos con nadie, ni de hacer ninguna campaña contra nadie, hacemos lo que tenemos que hacer nosotros.

- Yo no veo que sea así.

- Es así, es un momento muy complicado para el diario, estaría bueno escucharte decir algo positivo, en vez de defender a los principales opositores.

- No defiendo a los principales opositores, pero hay cosas que se dicen que ya no tienen sentido. Lo de recién por ejemplo.

- Sí que tiene sentido, esa noticia la publicamos nosotros también.

- Y bueno, eso para mí no tiene sentido, no voy a decir que lo tiene porque lo hicieron ustedes.

- Pero no perdés la oportunidad, ¿no podés mostrarme un poco de apoyo una vez en tu vida?

- Si le hacen una crítica al diario y ya sentís que no lo están apoyando. Si quieren salir del mal momento tendrían que empezar por aceptar las críticas.

- Tus críticas están todo el tiempo, aunque se hagan las cosas bien, vas a hacer siempre lo mismo.

- Es cualquier cosa lo que estás diciendo.

- No, lo que estás diciendo vos tiene toda la lógica.

Se produjo un silencio de unos segundos donde ambos mostraron expresión de enojo y al mismo tiempo de cansancio, ella fue quien lo rompió levantándose bruscamente de la cama y yéndose del dormitorio.

Pasaron algunos días y el trabajo de ella, más el de él, les dejaba poco tiempo para verse. En esos pocos momentos juntos, los diálogos eran los justos y necesarios y la tensión no era la más adecuada. La tarde siguiente ella esperaba de él que la ayudase con algunas cosas que estaba haciendo en la casa, pero necesitaba que saliera de él, entró al dormitorio para agarrar unas cosas, allí estaba él viendo televisión recostado en la cama relajadamente, vistiendo ropa de casa y descalzo, podía verse seriedad en su cara. María Laura agarró lo que debía y salió sin decir palabra. Era un tiempo de tensión que ella sabía que se debía pasar ya que esto representaba otro eslabón en una antigua cadena.

María Laura había armado un equipo y había empezado con éste un trabajo riguroso de investigación para poder seguir de cerca a esta banda. Las posibilidades se hacían cada vez más remotas. Cada integrante del equipo se había metido de lleno en la función que le correspondía y parecía exprimir todas las posibilidades que esa función podía llegar a ofrecerles. Es por eso que la frustración empezaba a aparecer. Fue un día en el diario que María Laura tuvo una idea e intentó llevarla a cabo, mandó a llamar a Damián y en la oficina le planteó lo que tenía en mente. Comenzó explicándole los pocos resultados que estaban consiguiendo y que necesitaban de su ayuda, a lo que Damián respondió entusiasmado. El plan consistía en infiltrarse. Ya conocían los lugares en donde esta banda se manejaba, por lo tanto necesitaban a alguien que se hiciera pasar por consumidor, se acercara y empezara a averiguar con la gente del lugar, con quién podía hablar para conseguir lo que buscaba, una vez logrado, realizar el intercambio, todo esto teniendo una cámara oculta.

Cuando María Laura acabó de explicar, se produjo un silencio de unos segundos, y el rostro de Damián, que se había

transformado gradualmente de entusiasmado a temeroso, acabó de transformarse.

- ¿Qué pasa? – Preguntó María Laura.

- Ah, yo pensé que era distinto.

- ¿Qué? ¿Qué pensabas? ¿Qué los ibas a agarrar desde tu casa, por Internet?

- No, pero..., no sé, no sé si estoy preparado para hacer eso.

- ¿No sabés si estás preparado? ¿Me estás hablando en serio?

- No, pero es como...

- Vos venís hace un montón de tiempo rompiendo las pelotas con querés que se te den oportunidades, finalmente te la doy y me decís que no estás preparado. No me hagas perder el tiempo Damián, ¿vos te pensás que estamos todos jugando acá?

- No...

- Vos no tenés idea la gravedad de lo que está pasando, – Comenzó a explicar María Laura levantando cada vez el volumen y la ira – la gente que trabaja en este diario tiene que estar dispuesta a dar todo para conseguir la verdad, todo, como lo estamos todos los que trabajamos acá, si vos no hacés lo mismo no podés estar acá, porque le estás sacando el lugar a un montón de gente que sí quiere hacerlo, que quiere hacer lo que vos no te animás a hacer.

- Yo me animo, pero de otra manera es como...

- ¿De otra manera? ¿Me estás diciendo que todos tenemos que adaptar los planes que hacemos a la manera en la que vos te sientas cómodo? ¿Me estás diciendo eso? Te lo voy a volver a repetir, Damián, no me hagas perder el tiempo, vos sos parte de este diario y tu trabajo es hacer lo que te acabo de decir y lo vas a hacer.

- No, no, por favor, por favor te lo pido, no puedo.

- Todos tenemos nuestra parte en esto y todo la vamos a hacer, vos tenés que hacer la tuya.

- No, no, por favor – Continuó diciendo Damián, ahora con ojos de súplica y con lágrimas alrededor de ellos.

María Laura se quedó mirándolo, realizó una expresión de cansancio de unos segundos y luego volvió a su expresión de ira,

agarrando unas carpetas de su escritorio y comenzándose a retirar de la oficina diciendo:

- La gente que trabaja en este diario tiene que estar dispuesta a conseguir la verdad, no puede haber cobardes.

Más allá de la frustración que generó no contar con Damián, el equipo debió continuar con sus funciones y comenzó a pensar en la idea de unirse con gente que también estaba en la misma investigación. De esa forma se realizaron algunas reuniones y parecía que con la ayuda de nueva gente, se podían llegar a intentar cosas nuevas. Se volvió a ver una productividad que motivaba más al equipo. Sin embargo, cuando menos se lo esperaban, un día normal de reunión, recibieron una llamada de un oficial de policía, que decía llamar desde una villa, era precisamente donde se quería enviar a Damián. La noticia justamente tenía que ver con él, habían encontrado su cuerpo sin vida, yaciendo boca abajo a orillas del río. El equipo partió inmediatamente hasta el lugar y allí vieron el cuerpo, tenía un disparo en la cabeza. El oficial que había realizado la llamada les mostró una pequeña cámara que Damián tenía oculta.

Este hecho volvió a llevar a María Laura al principio, le hizo ver que estaban equivocando la forma, no el fin pero sí los medios, le hizo ver que no estaban atacando la raíz del problema, por lo que en otro día normal, dio el anuncio ante el equipo y ante la gente que se había sumado, de haber tomado la decisión de cancelar todo lo que hasta ese momento se había planificado. Una decisión que tomó por sorpresa y que no acababan de comprender por completo. Ese mismo día le comentó solo a su equipo, lo que había pensado hacer y recibió una respuesta sumamente positiva, mostrándole su apoyo para cualquier cosa que se necesitara. María Laura decidió regresar a la villa en cuestión. En el lugar estaban reunidos hablando cinco chicos, su ropa estaba en terribles condiciones y algunos estaban descalzos. Uno de los chicos estaba con una bolsa aspirando poxirán. Todos la reconocieron y la saludaron. María Laura hizo un acercamiento hablándoles de temas triviales y preguntándoles por sus vidas, logró tanta atención en

ellos que acabaron sentados los cinco en el piso formando media ronda frente a ella que también se había sentado en el piso. En ese momento, María Laura aprovechó para llevar poco a poco la conversación al tema de las drogas, con preguntas como: por qué las consumen, cómo las consumen, qué les hacen sentir, y si hay momentos en que quisieran dejarlas. Los chicos contestaban cosas como el estar consumiendo por aburrimiento y que les hacían tener una sensación de tranquilidad en donde los problemas desaparecían. Acorde a esto, algunos chicos le mostraban con la bolsa que tenían la forma en que consumían, haciendo ver también sus intenciones de no dejar de hacerlo.

Tras tener estas respuestas, María Laura les habló sobre algo que ella había escuchado hacía poco tiempo. Les habló de los amigos de Fabián, les habló de lo que estaban haciendo, de lo que hacían con respecto a la muerte de Fabián y de la lucha que habían emprendido, la lucha por la libertad.

- ¿Por la libertad? – Preguntaron.

- Claro, - Respondió ella – perder la libertad no es solamente estar en una cárcel. Cuando no tienen las condiciones mínimas para vivir también la pierden. La falta de todo eso hace que no puedan tener una vida normal, de igual forma que si estuvieran en la cárcel. Este sistema quiere la cárcel para chicos inocentes que no hicieron nada malo. Porque la condición en la que viven muchos de los chicos como Fabián es igual de injusto que llevar a alguien inocente a la cárcel. Y alguien que va inocente a la cárcel se tiene que defender como puede, aunque sea con violencia. Ningún pibe nace chorro, tienen que defenderse, como pueden, de lo que les hicieron.

Los chicos se mostraban sorprendidos y María Laura agregó lo siguiente:

- Ellos solo tienen un arma para evitar que ustedes hagan algo al respecto. Y ustedes saben muy bien cuál es.

Pasaron quince días después de esto. Era un fin de semana totalmente soleado en la ciudad. María Laura caminaba por la plaza Dorrego con Oscar, él con el brazo sobre su hombro y ella con el

brazo en su espalda. Delante de ellos también caminaban integrantes de su equipo, también algunos con su pareja. Se acercaron a aquel tumulto de gente formando una gran ronda y allí se quedaron, siendo parte de ella, viendo lo que su interior presentaba. Aquella murga con algunos nuevos integrantes, entre los que se encontraban viejos conocidos de María Laura. Los veía concentrados y compenetrados en lo que hacían, habían emprendido la lucha. Era un comienzo, era un comienzo para ellos, era un comienzo para María Laura y su equipo, y era un comienzo para mucha gente. Todavía queda mucho por hacer para lograr ese objetivo. Ni un pibe menos. El hambre es un crimen.

El hada perspicaç

(Versión alternativa)

- **E**s como un bloqueo adolescente, – Dijo Gabriel, un joven de veintiséis años, hablando por su celular – como esa cosa que los paraliza. No te preocupes, voy a ver qué puedo hacer.

Eso fue lo último que dijo antes de cortar la comunicación, parado en ese bar de plaza Serrano. Apenas guardó su celular, hizo un paneo con la mirada y vio que, a lo lejos, una joven de su edad que sostenía un trago, parada junto a la barra, lo miraba, aunque cuando las miradas se encontraron ella desvió la suya para otro lado. Gabriel se acercó presentándose, la joven hizo lo propio y comenzaron una conversación. En la misma, él le preguntó:

- ¿A qué te dedicás?

- Soy actriz, hace tres años terminé la carrera. Hoy estoy haciendo una obra de teatro para adolescentes en el Auditorio de Palermo.

- ¡Qué bueno! Me encantaría ir a verla.

- Tenés que apurarte, esta semana que empieza es la última.

- OK.

- ¿Vos? ¿A qué te dedicás?

- Manejo un negocio que diseña páginas web. Hace un tiempo que viene funcionando bien, aunque uno de nuestros mejores diseñadores está con una especie de bloqueo hace unos días.

- Y, eso pasa. ¿Y hacen todo tipo de páginas?

- Sí, para empresas, clubes... y para artistas, que son las que más disfrutamos haciendo.

La joven sonrió y dijo:

- No me vendría mal una página web propia.

El viernes siguiente era el día de la última función de la obra en que trabajaba Fernanda, la joven de la escena anterior. Horas antes, Guido, un joven de veinticinco años, se terminaba de preparar, en el comedor de su casa, poniéndose una campera. Luego de eso, tomó su celular de arriba el escritorio y le mandó un mensaje de texto a Fernanda que decía:

HOLA, ¿CÓMO TE PREPARÁS PARA LA ÚLTIMA FUNCIÓN? ¿VAS A USAR ESA POLLERA FLOREADA QUE TE QUEDA TAN LINDA?

Cuando llegó la noche, varios minutos antes del inicio de la función, el auditorio ya tenía una buena cantidad de público. A medida que los minutos pasaban, más gente iba ingresando, y entre esa gente se encontraba Gabriel, que se sentó más o menos por la quinta fila. La obra se trataba de una joven de pueblo que quería ayudar a los adolescentes, quienes, según ella, eran los excluidos del allí. Finalmente la obra comenzó, las luces se apagaron y el telón se abrió. Apareció la joven interpretada por Fernanda. Estaba con una remera, un jean y unas zapatillas. Un look simple. Durante la obra, la joven se iba encontrando con adolescentes, los cuales le iban a pedir ayuda, ya que cada vez había más adolescentes que aparecían paralizados en el pueblo, porque allí había una creencia de que estos eran la fuente de toda rebeldía y por lo tanto del caos, y cada uno que tuviera ideas rebeldes debía ser paralizado a través de palabras que disminuyeran su autoestima. El grupo de adolescentes en escena guiaban a la joven a donde estos estaban. Cuando encontraban uno, ella se acercaba, ponía una especie de polvo mágico sobre la palma de su mano y se lo soplaba suavemente al adolescente, haciendo que volviera en sí y

podiera moverse. Éste le agradecía y se sumaba al grupo que seguía guiando a la joven hacia otros casos, repitiendo siempre el procedimiento. Después de eso, cuando la joven seguía caminando sola, encontraba a un adulto hablando con un adolescente, diciéndole que tenía que obedecer a todo lo que los adultos del pueblo le decían y que ni se le podía ocurrir tratar de cambiar nada, porque eso era maldad. Todo el mensaje era dado apelando a bajar su autoestima, y a medida que éste se producía, el adolescente parecía ir perdiendo movilidad poco a poco. La joven se acercaba por atrás del adulto, haciéndole la seña de silencio con el dedo al adolescente, sacaba el polvo mágico que ponía sobre la palma de su mano y se lo soplaba suavemente al adulto, paralizándolo a él. Luego le decía al adolescente que no debía creer esas cosas, que él debía ser libre y que no debía dejarse controlar por los adultos. Éste automáticamente recuperaba la movilidad y se iba contento. Para entonces, la joven volvía a sacar el polvo mágico con el fin de devolverle la movilidad al adulto. Éste volvía en sí, y al ver que el chico no estaba, miraba furiosa a la joven y comenzaba a perseguirla, ella corría sin que él pudiera alcanzarla, hasta que ella se escondía sobre un sector de la escenografía y él salía de escena con la intención de seguir buscándola por otro lado. En la escena final, aparecía un joven de pueblo, enojado, interpretado por Guido. Parecía estar separando algo de tierra con una pala para tirar algunas semillas. Estaba con una remera, un pantalón corto y descalzo. Ella lo veía y se le acercaba para preguntarle si estaba bien, a lo que él le contestaba que estaba harto de la actitud del pueblo hacia los adolescentes y que no se le ocurría qué podía hacer para cambiar las cosas, a lo que ella le respondía hablándole de sus polvos mágicos, compartiendo con él una porción de los mismos, lo que llevaba a un breve diálogo que los hacía enamorar. Luego de la escena final, los dos jóvenes llamaban a dos personas del público, un adolescente y un adulto para hacer un caso de forma improvisada, con la única condición de mantener las reglas de aquel universo de la obra. Guido buscó entre el público y llamó a una chica de diecisiete años, de las primeras filas. Fernanda

buscó entre el público y lo llamó a Gabriel. Ambos subieron al escenario. Guido le preguntó el nombre a la chica, y Fernanda hizo lo propio con Gabriel, quien no pudo evitar tentarse un poco, ya que por la forma en que se miraban, quedaba muy claro que ambos ya se conocían. Guido notó esto y no pudo evitar mirarlo con cierto repudio. Fernanda miró a la chica y le preguntó si quería iniciar el diálogo, ésta le respondió que no, que lo único que quería era que él le compartiera una parte de los polvos mágicos. Esto causó una reacción de risas en el público e hizo que Guido no pudiera evitar sorprenderse, lo que indicaba ser la primera vez que pasaba eso. Sin embargo, debió darle una parte del polvo que Fernanda le había dado. Cuando fue el turno de hablar de Gabriel, éste se puso en un personaje algo sobreactuado y dijo que eran ciertas las ideas que el pueblo tenía sobre la rebeldía de los adolescentes, y que estaba dispuesto a llevársela a ella del pueblo para que dejara de compartir esos polvos mágicos. Ante esto, Guido miró a la chica, haciéndole la seña de que debía paralizarlo, pero la chica se negó a hacerlo. Esto volvió a provocar la risa del público. Guido, que volvió a sorprenderse, sacó la parte que le quedaba del polvo, lo puso en la palma de su mano y se preparó para soplárselo a Gabriel, pero en ese momento, Gabriel agarró del brazo a Fernanda y se alejaron unos metros. Aquí el público dejó reflejar una carcajada. Guido, aumentando su expresión de asombro y enojo, se les acercó para repetir el procedimiento, pero Gabriel reaccionó de la misma forma, por lo que luego de eso, Guido se preparó para soplarle el polvo sin dejar de avanzar hacia ellos, que seguían retrocediendo, y que cuando llegaron al final del escenario comenzaron a subir por las escaleras que había, saliendo de escena. Fue aquí que se desató el aplauso del público. Sin embargo, el mismo se detuvo cuando Gabriel y Fernanda aparecieron corriendo, tomados de la mano, por los balcones internos de arriba, siendo perseguidos por Guido. La reacción de la gente ya era de sumo interés debido a lo real que parecía la obra. Guido los siguió por todos los rincones que podía y la gente giraba sus cuerpos para no perderse ningún detalle. Estando en el

extremo opuesto al escenario, pareció acorralarlos, pero el ruido de la pala cayéndosele al suelo a la chica, la cual había agarrado para ver, hizo que Guido y el público giraran la cabeza hacia el escenario y esto le diera a Gabriel y a Fernanda la posibilidad de volver a escaparse. Finalmente se acercaron a la escalera que los regresaba al escenario, se trataba de la escalera del extremo opuesto por el que habían subido. Los dos bajaron a toda velocidad en dirección a salir del escenario e irse por el pasillo central que dividía al público. La chica los dejó pasar. Cuando Guido terminó de bajar queriendo hacer lo mismo, vio a la chica ya casi a un paso de él, que le sopló el polvo haciendo que debiera paralizarse. Gabriel y Fernanda, al notar que los pasos de Guido habían cesado, se dieron vuelta y se detuvieron al verlo paralizado en pose de corredor. El público entonces estalló en el aplauso más fuerte de la noche. La chica se puso en el medio del escenario y comenzó a hacer reverencias agradeciendo, mientras que Gabriel y Fernanda se miraron sonriendo y continuaron su salida del auditorio a paso más tranquilo. La chica bajó del escenario y un chico de su edad subió para sacarse una foto junto a Guido que no debía moverse. Después de eso, bajó y otros quisieron acercarse también a sacarse una foto junto a Guido. Subieron alrededor de diez adolescentes, un chico de unos diecisiete años se sacó una foto pasando un brazo sobre sus hombros a modo de amistad. Uno de quince, se sacó una haciéndole unos cuernos por detrás de la cabeza. Luego, una chica de dieciséis se sacó una mirándolo con compasión algo sobradora. Otra, de dieciocho años, se sacó una apoyándole una mano en el hombro y levantando el otro brazo con una pose sensual y al mismo tiempo eufórica. Una de quince se sacó una con algo de timidez, acomodándose bien antes, tratando de no pisarlo accidentalmente. Luego, un chico de dieciocho se sacó una dándole unas palmaditas en la espalda con expresión arrogante que parecía decir: “otra vez será”, y una chica de diecisiete se sacó una simulando darle un beso en la mejilla.

La semana siguiente, en una oficina y frente a una computadora, se encontraban Gabriel y Fernanda, juntos miraban

el resultado de una página web que mostraba videos con escenas de la última función. Él la miró y le dijo:

- Listo, ya está hecho. No le digas a nadie, pero ésta va por cuenta de la casa.

Ella le sonrió y le dijo:

- No te preocupes, va a ser nuestro secreto.

Luego de eso, se besaron.

La comida de sus hijos

Había sido un día bastante pesado en la Universidad de Palermo, pero finalmente había terminado. Los integrantes del segundo año de la carrera de marketing se iban retirando de a poco. Algunos se quedaban hablando en grupos, pero con el correr de los minutos estos se iban desintegrando. El caso de Gastón era similar. Se retiró de la universidad, bajó los dos escalones de la entrada, mirando hacia la esquina y hacia ésta enfiló. Allí se quedó esperando un taxi. Detuvo un Peugeot quinientos cuatro. Ingresó y le dijo al chofer:

- ¿Qué tal? hasta Avenida San Martín y Camarones.

El chofer prendió el cuentakilómetros y arrancó. El tránsito parecía estar ligero lo que mostraba desde el principio que no iba a ser un viaje muy atascado. Sin embargo, ni Gastón ni el chofer cruzaban palabra. Gastón era un joven de veintiún años, estaba vestido con una remera de mangas cortas, bermudas y zapatillas. Transcurridos algunos minutos, el taxi ingresó a la avenida San Martín. Aquí el tránsito se aligeró aún más y algunas cuadras más adelante, Gastón le dijo:

- Bueno, en ésta no, en la otra está bien.

El taxi no redujo la velocidad y cuando llegó a la cuadra en cuestión, aceleró y subió un cambio. Gastón, confundido, le aclaró que era en la cuadra pasada, sin embargo, el chofer lo ignoró y continuó acelerando. Gastón no pudo evitar asustarse. Acto seguido, las trabas de las puertas se bajaron. Aquí Gastón entró en pánico. Llamaba al chofer una y otra vez pero no obtenía respuesta

y desesperadamente le suplicaba que lo dejara ir. El taxi siguió unas cuadras más por Avenida San Martín hasta la calle Melincué, allí dobló y comenzó un recorrido por calles vacías. Gastón se había rendido de pedir y miraba para distintos lados sin poder perder la expresión de desesperación. Las calles que el taxi iba agarrando eran cada vez más vacías y más precarias. Finalmente se detuvo en un barrio bastante marginal. El chofer abrió la guantera y sacó un arma con la que empezó a apuntarle. Acto seguido, le dijo:

- Dame toda la plata que tengas encima.

Gastón obedeció sin pensarlo y le dio la billetera.

- El celular también.

Gastón volvió a obedecer.

- Y dame las zapatillas.

Finalmente, Gastón se sacó las zapatillas y se las dio. El chofer se bajó del taxi, le abrió por fuera la puerta y lo sacó a la fuerza. Lo tomó de la remera por atrás y lo hizo entrar en una de las casas precarias que se veían allí. Luego se retiró y cerró la puerta. Gastón no podía parar de caminar ni perder la expresión de desesperación. En la habitación había una pequeña ventana que daba a la calle donde estaba estacionado el taxi. Gastón echó un vistazo hacia fuera y al no ver a nadie siguió caminando de un lado a otro. Unos minutos después, se abrió la puerta e ingresó el chofer con otro hombre. El último le dijo al primero:

- ¿Dejaste el taxi estacionado acá? ¿Te diste cuenta que se puede ver la chapa por la ventana? Ya te sacó la chapa.

Tras decir esto el hombre se retiró de la casa. El chofer cerró la pequeña ventana y lo miró a Gastón diciéndole:

- Nos sacaste la chapa.

- No, te juro que no la vi, te lo juro, no la vi – Respondió Gastón entrando en llanto.

- Sí, la viste, decime cuál es.

- No la vi, te lo juro por lo que más quieras, no la vi.

- Yo te creo, pero ¿viste cómo es mi amigo acá?

Tras decir esto, sacó su arma del bolsillo, se acercó a la entrada y le preguntó al otro hombre:

- ¿Vos le creés?

El hombre negó con la cabeza y el chofer ingresó nuevamente diciendo:

- Él no te cree.

Apuntó el arma hacia Gastón, y sin escuchar su grito y su desesperación, le disparó.

La siguiente parte del relato nos traslada un par de horas después al mismo lugar, algunos patrulleros ya se encontraban fuera de la casa, al igual que algunos vecinos del barrio. Finalmente llegó un auto de donde se bajó Laura con su asistente. Caminando a la casa la primera le dijo sonriendo al segundo.

- Es la primera vez que tardaste tanto, todos te tuvimos que esperar. ¿Qué pasó?

- Es una historia larga, anoche me terminé yendo tarde de la oficina...

- Pero no se te ve dormido. Por lo menos no en comparación con aquella vez...

- Esa vez fue terrible.

- No, estabas con la almohada pegada en la cabeza, todavía. Ya me pasaron los datos, Gastón Damini, veintiún años, estudiante de marketing en la universidad de Palermo.

Cuando llegaron al lugar, ingresaron y vieron la escena. Gastón estaba tirado boca arriba en el suelo con un disparo en la frente. Sus ojos estaban abiertos.

- Este lugar está totalmente inhabitado – Acotó el asistente.

Uno de los policías ingresó a la casa.

- ¿Alguna novedad? – Preguntó Laura.

- Por ahora ninguna.

- Pareciera tratarse de un secuestro – Insinuó el asistente.

- Un secuestro express en todo caso. – Agregó Laura – La ropa no está en mal estado.

- No, es imposible la teoría del secuestro. Según lo que nos dijeron en la universidad, hoy concurrió normalmente y se retiró hace poco más de una hora.

- ¿Vivía cerca de acá?

- Según el documento, en Avenida San Martín al dos mil quinientos. Los padres recién fueron retirados para recibir atención.

- Vamos a tener que hablar con ellos, es fundamental que se empiecen a sacar datos de ellos.

Los padres habían sido trasladados a la comisaría para recibir atención y dar su declaración. En ésta aseguraron que su hijo no tenía enemigos ni gente que quisiera hacerle daño. Por su parte, Laura y su asistente empezaron con tener pequeños diálogos con los transeúntes que se encontraban en la zona. Se rescataron algunos comentarios relevantes, por ejemplo, una mujer de cincuenta años dijo:

- Esta casa está abandonada hace años. Jamás entendimos por qué nunca fue habitada, la casa no está en las mejores condiciones, pero la dejaron de lado. Y el año pasado un grupo de vecinos fuimos a ver a los comuneros para preguntarles qué era lo que pasaba en esa casa y por qué desde hacía años estaba sin habitar.

- ¿Qué les dijeron? – Preguntó Laura.

- Que iban a averiguar y que cualquier información que tuvieran nos la iban a comunicar. Hace más de un año ya de esto, todavía estamos esperando que nos comuniquen. Ahora aparece un chico muerto.

- Es que ellos están metidos. – Intervino una vecina de algunos años menos – Ellos están metidos, los comuneros tienen algún arreglo. Esta casa se usa para depósito de muchísimas cosas, yo lo he visto, es un depósito de cosas ilegales, y los comuneros están metidos, por eso nunca más la volvieron a habitar y nunca nos dieron información.

- Aparte está bien ubicada para eso, está media escondida, está aislada del resto del barrio.

Otra mujer de cuarenta años comentó:

- Lo peor es que después pagamos los platos rotos los vecinos del barrio, porque piensan que todos son chorros y en el barrio es toda gente trabajadora, hay un par de manzanas podridas, pero la mayoría de la gente se gana la vida dignamente.

- Hay un caso de un vecino, – Agregó un hombre de esa edad – Alberto, que tiene antecedentes, hace poco salió libre, pero se puso las pilas, cambió el auto viejo y le dieron uno un poco más estable, que ahora lo está usando para trabajar de taxista, y le está yendo bien.

En la jornada siguiente, la investigación del caso comenzó con todos los pasos habituales, sabiendo que se había tratado de un tema de inseguridad y que eso llevaba la investigación un poco más lenta. Aproximadamente dos semanas después, Laura conoció la noticia de que la policía había detenido a un taxista en Capital por el viejo truco de encubrir la patente de su auto, la misma era:

BCI 430

Se hallaba alterada con cinta adhesiva blanca y negra, habiendo quedado en:

BGE 489

La noticia hubiera pasado desapercibida si no fuera porque la misma no terminaba ahí: el chofer del auto, el cual era un Peugeot quinientos cuatro, vivía a seis cuadras de la casa donde fue encontrado el cuerpo de Gastón. Por lo cual, pidieron los datos completos del mismo. Su nombre completo era Alberto Desagastizabal. Pidieron que se mantuviera demorado y en ese tiempo realizaron una visita a la universidad de Palermo para hablar con las autoridades. Allí, el rector les informó que Gastón acudía a la universidad los días lunes, miércoles, jueves y viernes en el turno de la tarde, y que al hablar con algunos de sus compañeros más cercanos, estos aseguraron que los viernes, el día en que más tarde terminaba la cursada, Gastón volvía a su casa en taxi, agregando que uno de esos compañeros pudo confirmar haber visto a Gastón tomarse un taxi el día de su muerte. Finalizada la visita, Laura y su asistente acudieron a donde estaba demorado Alberto para interrogarlo. Se mostró muy reacio a querer tener

algún tipo de interrogatorio, pero al mismo tiempo mostrando una valiente resignación, y sin dudar un minuto comentó lo siguiente:

- Realmente quise cambiar mi vida, pero en esta sociedad cada vez es más difícil. Cuando salí la última vez de la cárcel me junté con un amigo de hace años y me tiró la punta de cambiar el auto por uno que me permitiera usarlo como herramienta de trabajo. Lo hice... y por un tiempo parecían bien las cosas, pero no había caso..., en realidad ya se veía venir.

- ¿Qué se veía venir? – Preguntó Laura.

- Yo tengo seis hijos y no hay manera, allá afuera no te dan trabajo, a la gente de mi condición no le dan trabajo. Y yo tenía que darle de comer a mis hijos. Así que surgió esto y la cosa empezó a ir mejor. Lo de este chico no fue preparado, se nos había pasado el tema de la chapa... y por eso para que no volviera a pasar la alteramos.

- ¿Por qué usaste esa casa?

- Porque es una casa abandonada hace años. El año pasado fuimos con unos vecinos a ver al comunero por esa casa, dijo que se iba a encargar y no se encargó ni tres carajos. Ese es otro hijo de puta. En las elecciones lo único que prometió fue ayudar a los vecinos de menores recursos.

Durante algunos segundos, todos se mantuvieron sin hablar, hasta que Alberto aseguró:

- En esta sociedad de mierda si no te la rebuscas como podés, nadie te da una puta mano de nada. Ni siquiera al que está convencido de cambiar su vida. Como dije, yo tenía que darle de comer a mis hijos, y por darle de comer a mis hijos, a mí no me importa nada... eso es para que lo sepan ustedes, los policías, los jueces y todos los que quieras. Cuando se trata de la comida de mis hijos... no me importa nada y nunca me va a importar.

Después del yoga

Era lunes, seis y cuarto de la tarde. María Laura, una mujer de treinta y cuatro años, vestida con ropa de gimnasia ajustada, y descalza, estaba sentada en el suelo de un salón de su casa, junto a su hija de tres años, Micaela. Podía notarse la angustia en sus ojos. Miró la hora en el reloj de una de las paredes y luego la miró a Micaela que la estaba mirando a ella. Aquí María Laura pareció tomar coraje, cambió su expresión de angustia por una enorme sonrisa. Se levantó, caminó hacia Micaela y le dijo:

- Bueno, es momento de empezar de nuevo.

Tras esto, caminó hasta un banco ubicado junto a otra pared, tomó los papeles que estaban encima y le dijo a Micaela:

- ¿Me acompañas a repartir flyers?

La historia nos lleva ahora tres meses atrás. Se la podía ver a María Laura vestida de una forma similar a la escena anterior, dando clases de yoga en un salón bastante más amplio y sofisticado. El lugar pertenecía a una importante Fundación para la cual ella trabajaba hacía algunos años. Varios de los alumnos que tenía habían arrancado desde los inicios de ella en la Fundación. Si bien algunos optaron en algún momento por dejar, siempre acabaron por volver. Una de las cosas que hacía a María Laura alguien tan elegida era la confianza que los alumnos tomaban con ella, al punto en que se había hecho muy habitual que cuando, al final de la clase, ella se sentaba en una colchoneta a un costado del salón para hacer el informe, alguien se quedara hablando con ella, contándole cosas de su vida personal. Todos sentían que era como estar en terapia, dado que ella los escuchaba atentamente. En el último mes, esto se había dado en mayor nivel. La clase terminaba

y alguien, incluso antes de volver a calzarse, terminaba de elongar frente a ella comenzando una charla y sentándose en otra colchoneta; algunos, con menos flexibilidad, sobre una pequeña pila de colchonetas, para poder apoyar un pie en el suelo o en algún banco de aeróbicos que siempre andaba por ahí. Estos fueron algunos de los registros. Empezando por Patricia, una arquitecta de poco más de cuarenta años.

- Yo siento que a veces el trabajo me está consumiendo... la vida ¿entendés? Voy de acá para allá, de allá para acá y no tengo un momento de respiro. Cuando paro y pienso en eso... es muy frustrante realmente. Yo escucho a mucha gente que dice: “¿Probaste vivir más tranquila? ¿Con más calma? ¿Probaste parar un segundo y decir: voy a disfrutar el momento?” Y yo cuando escucho eso, me contesto a mí misma y todo es no, no, no.

- Mm.

- A veces lo quiero hacer, pero cuando lo intento surge algo, me meto de lleno en eso y chau, ya me olvidé de vivir el momento. Cuando no es la empresa son los chicos, cuando no son los chicos, es otra cosa, siempre hay algo. Yo tengo que hacerlo para que no les falte nada, mi marido también trabaja como loco. El tiempo se pasa volando y de eso parece que... no soy consciente. Yo quiero disfrutar ahora, vivir ahora.

Rodolfo, un empleado administrativo de cuarenta y cinco años.

- Ahí fue cuando me dieron el diagnóstico y lo supe, dijeron que tenía un desorden obsesivo compulsivo. Me sentí bien cuando me lo dijeron porque fue como... que el problema que tenía no lo tenía solo yo.

- Claro.

- Fue como entender de una vez todo lo que me pasaba, porque me sentía con setecientos problemas y ahí te das cuenta que todo está relacionado y que tiene un nombre.

- Ahora podías tratarlo.

- Exacto, ahora podía tratarlo. Lo hice durante mucho tiempo y en cierta forma me ayudó mucho, yo había llegado a un extremo jodido, donde el miedo y la obsesión por esa sensación de

equilibrio habían pasado el límite de lo normal, para ser algo de la mente, eran rituales permanentes que hacía y no me daba cuenta.

- ¿Cómo rituales? No entiendo.

- Claro, era como... me pasaba que si iba caminando y mi brazo izquierdo rozaba con la pared, automáticamente sentía esa sensación de desequilibrio y me agarraba ese pánico de saber que no iba a poder seguir con mi vida hasta satisfacer el ritual y volver a sentirme en equilibrio; entonces lo que tenía que hacer era darme vuelta, volver y rozar el otro brazo, exactamente la misma parte del brazo, exactamente en el mismo sector de la pared.

- Mm...

- Lo mismo con cualquier parte del cuerpo. Llegaba un momento que no podía salir a la calle.

- ¿Pero te pasaba de no poder resolver ese ritual alguna vez?

- Sí, me pasó varias veces y eso es lo que me producía la depresión. La depresión del obsesivo compulsivo es engañosa, no es una depresión que te deja tirado, te mantiene activo.

- Pero con el tiempo pasaba y te olvidabas.

- Depende el caso, si era todo por la zona, sí; ahora mi mayor miedo era ir a un lugar lejos de vacaciones, por ejemplo, y tener que volverme sin haber satisfecho el ritual. Eso me pasó y ahí caí en la peor depresión, que fue la que me llevó al tratamiento.

Liliana, una recepcionista de poco más de cincuenta años.

- A veces se lo digo, se lo planteo, que no hay romanticismo, mi marido se enoja, no se puede hablar con él. Cuántas veces le pedí que ambientáramos una cena romántica con velas. Que pusiéramos música, que... por ejemplo a mí me gusta Julio Iglesias, cuántas veces le dije que pusiéramos música, un ambiente romántico. Nunca fue romántico y yo se lo reproché toda la vida, lo quise cambiar siempre y nunca pude, nunca pude hacer que cambiara. Nunca tuve una cena romántica.

- ¿Y vos intentaste sorprenderlo cuando él llegara?

- No, si cuando le planteaba la idea no quería, él llegaba del trabajo, qué sé yo cómo lo puede tomar. Hubo veces que se me ocurrió, pero jamás me animé. Yo se lo empecé a reprochar más

cuando mi hijo se casó y se fue, pero pareciera que eso no lo comprometió más con la pareja.

Graciela, una cajera de banco de cincuenta y cinco años.

- Es un taller de solos y solas. Yo la verdad que la paso bien, se aprende mucho, son muy ricas las charlas. Se ven diferentes puntos de vista sobre cada tema. A veces se tocan temas fuertes y se levantan discusiones... fuertes justamente ¿no?

- ¿Cuánto hace que estás yendo?

- Y... empecé a mediados del año pasado, se tomaron enero y febrero, y en marzo empezaron de vuelta. La chica que lo maneja, aparte, es muy carismática, Lara se llama, sabe llevar al grupo muy bien, lo calma cuando se vuelve complicado.

- ¿Y conociste a alguien?

- A fines del año pasado, llegué a entablar algo con alguien, pero al final no se dio. Nos llegamos a ver fuera del taller un par de veces pero llegó un momento en que no parecía haber la química del principio.

- ¿Siguió yendo él al taller?

- Algunas veces más, este año se lo vio un par de veces. No es de los que Lara llama Institucionalizados.

Roberto, un médico de poco menos de cincuenta años.

- El paciente es muy malagradecido. O no se da cuenta que si uno se mejora es porque empezó a seguir un tratamiento y que para mantenerse bien hay seguir haciéndolo el tratamiento.

- Seguro.

- Pero no, la gente una vez que ya está bien, desaparece. Y me pasó de pacientes que volvieron tiempo después porque el problema había vuelto. Y yo les comenté, si hubieran seguido el tratamiento en vez de dejarlo cuando se sintieron bien, el problema no hubiera vuelto.

- ¿Tenés muchos pacientes ahora?

- Ahora está un poco más calmada la cosa, por eso aproveché y empecé esto que lo quería empezar hacia bastante, y por una cuestión de tiempo nunca lo concretaba.

- Y sí, eso pasa.

- De hecho, en uno de los consultorios me pidieron si podían cambiar los horarios de atención algunos días, porque no sé qué cambio tenían que hacer, pero dijeron que me lo iban a confirmar la semana que viene.

- Está bien, cualquier cosa avisame.

- Sí, yo te aviso. Hace un año en realidad también se había dado esto de más calma en el trabajo, pero justo fue cuando me estaba divorciando.

- Mm, claro, y ahí se complicaba. Sí, es un tema...

- ¿Vos pasaste también por eso?

- Sí, yo me separé hace poco más de un año del padre de mi hija. No fue divorcio pero igual fue complicado.

- ¿Conservan buena relación?

- La verdad que no.

- Sí, me pasa lo mismo. Eso pareciera ser igual para todos.

Darío, un vendedor de poco menos de treinta años.

- Yo cuando estaba con ese laburo era cuando más tranquilidad tenía con la guita. Entonces como que no me importaba que tenía que lidiar con algunas personas indeseables. Mientras lo económico venía bien, lo otro cuando salía del laburo lo olvidaba, pero eso no significaba que el problema se había ido. Es como cuando hay un mundial, la gente se olvida de todo lo que está pasando en el país porque está el mundial, pero en realidad sigue todo igual, los problemas siguen ahí. Cuando termina el mundial o cuando queda eliminada Argentina, vuelve todo. A mí me pasaba lo mismo, cuando la empresa empezó a decaer, la inflación se empezó a sentir, y el vínculo con esta gente también.

- Claro, ¿era gente complicada?

- No sé, algunos se creían no sé qué, y nunca me gustó la gente así, los que se creen mejores que los otros.

Viviana, una empleada administrativa de poco menos de treinta años.

- A mí siempre me había gustado, pero... era como que le faltaba saber algunas cosas. Había mucho de lo que no se daba cuenta. Un día yo me moría por salir y por más que yo le daba

señales, él no las agarraba, ese era el tema, no sabía agarrar las señales.

- ¿No te lo pidió siquiera?

- Sí, me lo pidió y yo le dije que no sabía, que tenía que ver, pero que no creía, y no me lo pidió más. Hoy por ahí no es tan así, pero cada tanto pasa ¿viste? Ahora estamos bastante bien. Aparte, la situación del país está bien. Hace unos meses sacamos el crédito en el banco para remodelar la casa, porque con los ahorros queremos viajar, hay algunos lugares que nos encantaría conocer.

Cada una de estas personas, pudo retomar sus conversaciones con María Laura algunas clases después. Esto fue lo que se registró:

Comenzando con Graciela, la cajera de banco.

- No sabés lo que fue la última reunión, hubo dos mujeres que casi se agarran.

- ¿Por qué? ¿Qué pasó?

- Y... una decía que en una relación una tiene que abrirle los ojos a la otra persona cuando hay algo que está haciendo mal. Y la otra decía que si cambiabas eso a cuando se conocieron era falsedad, entonces saltó la otra y se ofendió, le contestó mal, la otra le dijo que era una desubicada. Tuvo que aparecer Lara si no...

Roberto, el médico.

- La verdad que me distrae venir acá. Ya es un momento que me sirve de distracción.

- ¡Qué bueno eso!

- ¿A vos te pasa de necesitar también alguna distracción?

- Y sí, hay semanas y semanas, los problemas te afectan igual aunque hagas yoga. Eso lamentablemente no cambia.

- No, seguro. Me quedé pensando en lo que me contaste la semana pasada, sobre las relaciones con los ex, siempre son conflictivas, y me imagino en tu caso, teniendo un hijo.

- Sí, igual hace bastante que no hablamos. Ya cada uno está en la suya.

- ¿Él no se hace cargo?

- Al principio sí, ahora ya prácticamente está desaparecido.

- Mm.

- En su momento fue complicado, pero bueno...

- Y bueno, él se lo pierde, ¿o no?

Ella lo miró sonriendo, y él continuó:

- Y sí, él se lo pierde. Sos una mujer muy atractiva... en todo sentido.

- Bueno, muchas gracias.

- La verdad que me encantan las charlas así que tenemos. Esto también es una distracción.

Ella volvió a sonreír.

- ¿Te podría invitar a cenar algún fin de semana?

- No salgo con alumnos.

- Ah...

Se produjo un silencio incómodo que ella enseguida cortó preguntando:

- No me dijiste al final si te confirmaron lo del consultorio.

- Ah, al final todavía no lo pudieron concretar todavía. Porque dicen que si mueven algunas cosas se les complica por otro lado. Según me dijeron, tienen ocupado no sé cuántas horas a la semana.

Ella asentía con la cabeza.

- Igual tampoco me quisieron confirmar que no. Dicen que van a tratar de seguir acomodando para tener más disponibilidad de uso.

Liliana, la recepcionista.

- El otro día lo intenté cuando volvió del trabajo, no lo tomó mal.

- ¿Viste? ¿Qué te dije?

- Tampoco lo tomó bien, estuvo con una cara de aburrido toda la cena.

- ¿En serio?

- Sí, lo tomó como una cena normal más y de paso me daba el gusto a mí. Está bien, algo es algo. Pero bueno... es lo que hay. Venir acá me relaja dentro de todo.

- ¿Viste? De eso se trata.

- Claro, mientras tanto hay que llevarlo así. Algún día encontraré a mi príncipe azul.

Ambas se rieron del comentario.

Darío, el vendedor.

- Siempre había escuchado hablar del tema del yoga, pero sentía que era solo para personas tranquilas, que para las personas nerviosas era mejor algún deporte más agresivo donde uno pudiera descargar energía.

- Para nada, no se trata de descargar sino de administrarla.

- Eso fue lo que me dijo una compañera del trabajo, que hace yoga hace unos años, y antes de empezar acá le fui a preguntar.

- Ah, mirá vos.

- Además le fui a preguntar porque me re gusta.

- Ah OK. – Dijo sonriendo - ¿Y hay algo?

- Con esta cara – Dijo el joven señalándosela.

Ella no pudo evitar reírse. Luego le dijo:

- ¿Y nunca quisiste decirle nada?

- Y no... Si me llega a dar bola... Está totalmente fuera de mi alcance. Me acuerdo que la primera vez que le quise hablar me pasó como en una publicidad de cerveza, que se dio vuelta y después no sabía qué decirle. – Continuó riéndose – Es la historia de mi vida. Por eso me encantan las publicidades de cerveza, me siento re identificado. Están hechas para... mí.

- Bueno, pero hace un tiempo vi otra publicidad de cerveza en que el chico que pensaba que una mina no le iba a dar bola, tomó coraje, la encaró y se la ganó.

- Sí, es cierto.

- Esas también están buenas porque hacen que el que no levanta, sienta que puede ser también un winner.

Rodolfo, el empleado administrativo.

- Una vez que ya estaba curado me pasaba de tener regresiones, más que nada cuando sentía que las cosas se iban normalizando. Yo siempre fui hipocondríaco y a veces eso se mezclaba con el tema de los rituales, sentía que si no satisfacía ese ritual, me iba agarrar alguna enfermedad terrible, por ejemplo, si

me acordaba de eso, levantándome de una silla, tenía que volver a sentarme y levantarme evitando que mi mente pensara en eso.

- Mm.

- Había noches en que me levantaba de la silla para dormir porque tenía un sueño de locos y tenía que hacer tantas veces esto que cuando llegaba a la cama ya estaba con los ojos de par en par.

Patricia, la arquitecta.

- Es complicado, es muy difícil poder poner el freno en un momento y empezar a cambiar. Roma no se hizo en un día. Me di cuenta que poner un freno en el trabajo depende de mí. Porque yo soy la que me termino obsesionando y sin darme cuenta soy la que le da más importancia a todo de lo que realmente tiene. Pero bueno... no creas que lo dejé de intentar. Seguramente a vos también te debe pasar.

- A todos nos pasa, más en esta época. A mí cada vez se me está complicando más encontrar a alguien que se quede con la nena cuando vengo a trabajar. Ya no cayó para nada bien en la Fundación que llegara tarde varias veces, y en éste último mes se agarró un montón de cosas y no pude venir no sé cuántos días.

- ¿Pero vos decís que no les gusta eso?

- Y... mucho no. Hace un tiempo que ya no me miran bien, pero... ¿qué quieren que haga?

- Obvio.

Viviana, la empleada administrativa.

- La verdad que el crédito nos ayudó mucho. Fue todo un tema, al principio parecía que los tipos no querían saber nada. Se pusieron en burocráticos y la tuvimos que remar bastante. Pero yo no quise terminarla ahí, porque sabía que el crédito nos lo tenían que dar. Todos nuestros conocidos también pensaban eso. Y al final... tenía razón.

En ese momento, Viviana miró para el costado y vio a un hombre, más o menos de su edad que acababa de entrar al salón, por lo que le dijo a María Laura:

- Ahí vino. Nos vemos la próxima.

- Nos vemos.

Viviana se levantó y vio que el hombre miraba algunos afiches pegados donde se daban determinadas explicaciones sobre el yoga, y hacía una expresión exagerada de confusión, luego la miró a Viviana que lo veía sin poder evitar reírse, hasta que los dos se quedaron viendo, ignorando todo lo que había entre ellos, tanto a los compañeros que estaban en el suelo hablando, como al que estaba entre ellos sentado en un banco para hacer gimnasia, descansando con las piernas apoyadas en los rodillos.

Durante ese mes, dos personas que no habían tenido todavía alguna conversación con María Laura, lo empezaron a hacer. Una de ellas era Dalma, una veterinaria de poco menos de cuarenta años.

- Yo siempre cuando termino el primer turno, cuatro y media, le tiro ahí en la vereda comida a las palomas para que se acerquen. Nunca había tenido problema. Ahora hace un tiempo que pasa un boludo que les tira agua para poder pasar. El año pasado el mismo tipo ya me había pedido si podía no tapar toda la vereda, porque además yo estacionaba el auto subido a la vereda, yo le dije que iba a sacar el auto de ahí pero que no le iba a dejar de dar de comer a las palomas, que de última tratara de pasar en otro horario. Y ahora cuando pasa, les tira agua y me termina mojando toda la vereda, dejame de joder, si te molesta, cruzá la calle.

- ¿Pero él pasa todos los días por ahí?

- No, todos los días no. Tampoco pasa en el mismo horario, se ve que no tiene horario fijo, pero ¿viste? Y justo el otro día yo estaba en la puerta y le dije de todo, pero se hizo el boludo y siguió caminando. Te juro que me da una bronca...

- ¿Y volvió a pasar otra vez?

- Hace poco pasó de nuevo, estando yo en la puerta también, y volvió a hacer lo mismo. Ahí ya le dije: "Bah sí, matate y morite".

El otro era Pablo, un vendedor de treinta y cinco años.

- En las últimas sesiones le fui agarrando más la mano.

- Te soltaste un poco más. Al principio se te notaba muy tenso. Vas a ver que a medida que te vayas relajando cada vez más, lo vas a ir sintiendo más.

- Sí, la verdad que sí, además ya noto la diferencia cuando vengo. Salgo de otra manera. Las últimas veces me hizo bastante bien.

- Obvio, esa es la idea de todo esto.

- No te digo que me hace olvidar de los problemas, pero ayuda bastante. Yo vengo de atravesar un momento difícil.

- ¿Qué pasó?

- Hace dos meses me separé de mi novia.

- Ah, y sí, siempre es complicado.

- Sí, la verdad que sí.

- ¿Hacía mucho que estaban?

- Un año y medio. Pero los últimos meses se habían vuelto complicado, empezaron a notarse las diferencias. Por lo general, discutíamos, pero terminábamos dejándolo de lado y arreglándonos.

- Claro.

- Pero después las discusiones se hicieron cada vez más fuertes. Cada vez más subidas de tono.

- Y ahí ya no pudieron dejarlo de lado más.

- En realidad sí, el tema es que yo un día..., no sé, estaba... estaba mal, estaba con muchos quilombos en el laburo. Tuvimos una discusión fuerte, ella me sacó... y yo, no sé qué me pasó, y le pegué. Le pegué un cachetazo.

- Ah, y... ahí... - Le dijo ella cambiando a una leve expresión de bronca.

- Y ahí ella, como que cambió.

- Y sí, vos podés estar mal, pueden discutir, pero no podés pegarle.

- No, sí, ya sé, hoy me quiero... cortar las bolas. Aparte, fue la primera vez. Jamás antes le había levantado la mano. Ese día no sé qué me pasó. Y bueno... ahí hubo como una separación. Ella al principio no contestaba las llamadas ni respondía los mensajes. Yo le pedía por favor que me dejara hablar con ella, que me dejara decirle lo que le tenía que decir. Al final me dijo que sí, fui a la casa y... me quebré, le pedí que por favor me perdonara. Ella ahí me

dijo que tenía que pensarlo. Para mí me iba a perdonar, pero todas las amigas le decían que no, que no volviera conmigo, y... le terminó haciendo caso a las amigas.

- Y, es como te digo, no le podés pegar. Ahora tenés que bancártela y aprender la lección.

- Sí, hoy me doy cuenta que sí. De esto voy a aprender porque perdí a la mujer que amaba. Eso a lo que tanto le tenía miedo, al final me terminó pasando.

- Vos pensabas que ella te podía dejar.

- Lo empecé a pensar el último tiempo cuando a ella le empezó a ir muy bien en su laburo.

- Mm.

- Era un tema cuando ella tenía algún logro groso en el laburo, y ahí lo pensaba, y por lo general las discusiones se daban ahí. Los hombres somos medio inseguros. Cuando la conocí era una chica re simple. Era alguien como yo, y pegamos onda. Pero después...

Para la primera clase del mes siguiente, María Laura debió hacer algo totalmente distinto al final. No fue a hacer el informe, sino que cuando todos estaban todavía en el suelo relajándose, ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Disculpen. Antes que se vayan tengo que decirles algo importante. No quise decírselos al principio para que no los distrajera, pero hoy es el último día... que trabajo en esta Fundación.

Acá todos mostraron cara de sorpresa, algunos mirándose entre ellos.

- La Fundación tomó la decisión de rescindir el contrato. Como muchos saben, yo tengo una hija de tres años, que se llama Micaela, y que es lo más importante de mi vida. Estos últimos meses habrán notado que llegué tarde algunos días y otros ni pude venir. Bueno, eso es porque ella, desde hace un tiempo, está un poquito delicada con un problemita de salud, y eso me ha generado muchas complicaciones, complicaciones que me impidieron realizar mi trabajo con normalidad y que no fueron

aceptadas por la Fundación. Ese es el motivo por el que me rescindieron el contrato. No me estoy poniendo en el rol de víctima ni me estoy quejando de la Fundación. Lo que quiero decirles es que desde que me dieron la noticia, vengo preparando y remodelando mi casa para continuar dando ahí las clases, y les quería pedir a todos que me acompañen en esta nueva etapa, que sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Que todo va a ser igual, con la diferencia de que el lugar va a ser un poco más modesto, y que para poder sostenerme voy a tener que subirles un poco la cuota. De verdad les digo que busqué por todos los medios la forma de subir lo menos posible, pero me es imposible no hacerlo, dada la situación. Es una suba del treinta por ciento. Les pido que por favor me acompañen y que, como les dije, sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Sobre el banco están los flyers con la dirección. Si están de acuerdo, los espero a todos, como siempre, el lunes a las seis.

Final alternativo

Para la primera clase del mes siguiente, María Laura debió hacer algo totalmente distinto al final. No fue a hacer el informe, sino que cuando todos estaban todavía en el suelo relajándose, ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Disculpen. Antes que se vayan tengo que decirles algo importante. No quise decírselos al principio para que no los distrajera, pero hoy es el último día... que trabajo en esta Fundación.

Acá todos mostraron cara de sorpresa, algunos mirándose entre ellos.

- La Fundación tomó la decisión de rescindirme el contrato. Como muchos saben, yo tengo una hija de tres años, que se llama Micaela, y que es lo más importante de mi vida. Estos últimos meses habrán notado que llegué tarde algunos días y otros ni pude venir. Bueno, eso es porque ella, desde hace un tiempo, está un

poquito delicada con un problemita de salud, y eso me ha generado muchas complicaciones, complicaciones que me impidieron realizar mi trabajo con normalidad y que no fueron aceptadas por la Fundación. Ese es el motivo por el que me rescindieron el contrato. No me estoy poniendo en el rol de víctima ni me estoy quejando de la Fundación. Lo que quiero decirles es que desde que me dieron la noticia, vengo preparando y remodelando mi casa para continuar dando ahí las clases, y les quería pedir a todos que me acompañen en esta nueva etapa, que sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Que todo va a ser igual, con la diferencia de que el lugar va a ser un poco más modesto, nada más, el costo de las clases va a seguir siendo el mismo, es un esfuerzo grande el que voy a tener que hacer, pero estoy dispuesta para que lo que cambie sea lo menos posible. Les pido que por favor me acompañen y que, como les dije, sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Sobre el banco están los flyers con la dirección. Si están de acuerdo, los espero a todos, como siempre, el lunes a las seis.

Cuando María Laura dejó el salón, los integrantes de la clase se quedaron comentando, con el que tenían al lado, lo que había sucedido, al tiempo que terminaban de alargar. Apenas unos minutos después, ingresó otra mujer, más o menos de la edad de María Laura, que al igual que ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Hola, disculpen, los molesto un segundo a todos, mi nombre es Loreley, soy una de las coordinadoras de la Fundación. Les quiero comentar que a partir de la semana que viene, va a empezar a funcionar una promoción para aquellos que vienen desde hace más de tres meses. Es una promoción en donde, justamente el próximo trimestre, cada mes va a tener un descuento del treinta por ciento. Todos aquellos que estén interesados tienen que ir al salón que está después del pasillo a dejar sus datos. La inscripción ya empezó hace unas horas. Lo que sí, hay un pequeño problema,

y es que por algunas complicaciones económicas, la Fundación no puede cubrir todos los cursos de yoga, solamente puede cubrir a veinte personas en total, y esas veinte personas van a ser las primeras que se inscriban.

Al terminar de decir eso, trascurrieron tan solo dos segundos cuando todos los integrantes se pararon a toda velocidad y así empezaron a correr en dirección al salón que estaba después del pasillo. Automáticamente se desató un desorden no visto antes. Todos se chocaban entre sí e intentaban colarse para llegar primeros. La mayor tensión se desató cuando llegaron a la puerta para salir del salón, allí empezaron los empujones, los codazos, las agarradas y los insultos, hasta que finalmente todos pasaron del otro lado. En otra de las salidas del salón, otra de las coordinadoras se miraba a lo lejos con Loreley, ambas con una sonrisa de arrogancia.

Segundo final alternativo

En el interior de un consultorio, Silvana, una psicóloga de cuarenta años, atendía sentada en un sillón a Leonardo, un hombre de su misma edad, sentado en un sillón frente a ella. Esto decía:

- Hay una compañera en el trabajo que no entró hace mucho y que ya tiene todas las miradas en ella.

- ¿Sí? ¿Es linda?

- Muy linda, pero aparte tiene un carisma increíble. Cambia la atmósfera de trabajo.

- ¿Sí?

- Yo cuando llego allá tengo cara larga, y cuando la veo me alegra el día. Ella a veces, si la tratás bien, te regala una sonrisa para ayudarte cuando en el trabajo la cosa se empieza a poner complicada.

- Qué bueno eso.

- Yo el otro día salí atrás de ella del trabajo y en la calle seguía teniendo la mirada de todos, hombres, mujeres, chicos y perros.

- Ah, debe ser muy linda.

- Sí, la verdad que sí, y muy inteligente. Igual, no todos sinceran su admiración con ella. Están los que se ensañan con ella gratis y ni siquiera le piden perdón.

- Siempre pasan esas cosas.

- Y sí. Eso es porque ante esa belleza se sienten insignificantes y lo tienen que expresar de alguna manera. Se mueren de ganas de ser sus novios y saben que nunca va a pasar.

Silvana sonrió.

En la siguiente situación, Patricia, una mujer de cuarenta y pico de años, era la que estaba sentada en el sillón frente a Silvana:

- Yo sé que soy una luchadora. Me levanto temprano, y ya de temprano le pongo onda para el laburo. A veces la situación está complicada, pero yo sé que le pongo el pecho, y si hay gente a la que no le gusta, es problema de ella, yo no voy a perder el tiempo con gente que te saca energía. Yo le doy para adelante.

- Está perfecto.

- Obvio que está perfecto, yo le doy para adelante.

- Pero tenés que ver cuál es el objetivo.

- No sé, ir para adelante, ir siempre para adelante. Seguir luchando. Después, cuando llego a casa me relajo, eso sí. Por lo general suelo poner algo de Serrat y ahí sí, me desenchufo por completo del día.

En la siguiente sesión, Gaspar, un hombre de treinta años, decía:

- Ahora no hay tanto trabajo allá en la empresa. Ésta es la época del año en que no recibo tanto trabajo, y es cuando me pongo a buscar algún curso de algo. No sé si empezar algún idioma.

- Es lindo eso.

- Sí, pero no sé, no me termina de motivar. Me gustaría algo diferente, pero el tema es que nunca tuve ningún talento en particular.

- Por ahí no lo encontraste todavía.

- Qué sé yo. Tengo que buscar algún curso de esos de seis meses, porque no sé, la verdad no sé muy bien qué hacer con mi vida. He estado muy al pedo últimamente, por ahí ya es hora de tener un hijo.

- Y eso puede ser también, que ya sea tiempo.

- Y sí, yo lo vengo pensando también. ¿Qué otra cosa se puede hacer si no? Para eso está el hombre, para reproducirse y dejar descendencia. Además, el otro día lo pensaba y realmente hoy me sentiría preparado.

En la siguiente, Horacio, un hombre de treinta y pico de años, decía:

- A mucha gente le cuesta entender que el objetivo que yo tengo es diferente. Escribir es mi pasión. Muchos me dicen qué es lo que tengo que escribir para vender libros. Pero yo no escribo para vender libros, mi pasión es escribir aquellas historias que quiero contar y que necesito expresar, hacerlo siempre fiel a mi estilo y nunca condicionar eso. Obviamente que quiero llegarle a la mayor cantidad de gente posible, pero ¿cuál es el chiste de llegarle a la gente con algo que vos nunca quisiste contar, sino con aquello que la gente quiere consumir? Eso lo hace cualquiera. El mérito es llegarle a la gente con lo que vos querés contar y con aquello que hiciste sin pensar en llegar a la gente.

- Tal cual.

- Lamentablemente esa filosofía me ha costado varias relaciones amorosas.

Hubo solo silencio algunos segundos. Luego reanudó:

- Yo no soy muy futbolero que digamos, pero admiro mucho a Marcelo Bielsa porque tiene mi misma filosofía, aplicada al fútbol. Su prioridad no es ganar, su prioridad es hacer que su equipo juegue con el estilo que él quiere que juegue. Él siempre habla de jugar manteniendo la belleza del juego. Y no importa si pierde, jamás va a cambiar ese estilo, porque la victoria no está en ganar sino en ser fiel a si mismo.

Luego fue el turno de Beatriz, una mujer de sesenta años:

- Fue una muestra que se hizo en el Malba. La verdad que muy linda. Y yo le comenté a mi sobrino que mi sueño siempre había sido ser pintora y hacer exposiciones en galerías, pero que, bueno... después me casé y tuve hijos, y mi sueño quedó trunco. Hace unos años empecé con los trámites de la jubilación y por eso estoy volviendo a visitar muestras de cuadros, porque cuando me jubile voy a volver a pintar.

- Me parece muy bien eso.

- Sí, sí, ya se lo dije también el otro día a mi sobrino y le encantó la idea. Dijo que me quiere ayudar.

Luego fue el de Claudio, un hombre de treinta años.

- Sabía que me iba a costar trabajo llegar a ella, entablar una comunicación y que ella se llegara a sentir cómoda. Pero yo confiaba mucho en mí, sabía muy bien lo que quería y estaba dispuesto a hacerlo. Sabía que cualquier obstáculo que pudiera aparecerme era normal y que tenía que superarlo. Pero bueno... hace poco escuché una frase en televisión que decía: "Los obstáculos son esas cosas que ves cuando sacás los ojos de la meta". Me encantó.

- Está muy buena.

- Y bueno, finalmente la cosa fue prosperando, cada vez nos fuimos acercando más, y ahora viene el encuentro decisivo, este fin de semana.

- ¿Y cómo te sentís?

- Bien, aunque ansioso y nervioso.

- Es lógico.

- Es el partido de mi vida. De este encuentro depende si consigo a la mujer de mi vida o si todo queda en el camino. Pero yo ya vengo decidido desde el principio y sé que es un partido que voy a ganar.

Finalmente, fue el de María Laura, una mujer de treinta y pico de años:

- Para ese entonces mi hija tenía un problema de salud y eso me hacía llegar muchas veces tarde al trabajo y faltar muchas otras. Al principio la Fundación no me dijo nada, pero después empezó a

hacer ver que no le gustaba mucho. Yo les di todas las explicaciones habidas y por haber de lo que estaba pasando. Eso hizo que volvieran a no decir nada un tiempo hasta que finalmente optaron por rescindir el contrato. Cuando me dieron la noticia fue un golpe bajo, pero no quise dejarme caer, principalmente por mi hija. Enseguida remodelé un cuarto de mi casa para empezar a dar clases allá de manera independiente. Decidí no decirles nada a mis alumnos porque quería que lo de la remodelación se mantuviera en secreto. Y así fue, recién cuando terminé la última clase, les dije que antes de que se fueran quería decirles algo, y ahí les expliqué toda la situación.

- ¿Y qué pasó?

- Parecieron entender y parecieron querer continuar las clases conmigo. Yo les pasé los datos, les expliqué que los costos iban a seguir siendo los mismos, y la semana siguiente los esperé.

Durante unos segundos, solo hubo silencio. Luego reanudó:

- Pero no sé qué pasó. No vino nadie, pero ni uno, eh. Nunca supe a qué de debió. Ni uno. Fue un tiempo de sequía total. Yo decía: “Tantos hombres dispuestos a sacarse los zapatos en el living de mi casa, y para esto... no lo logro”.

- Pero no te rendiste.

- No, fue cuando también dije: “Si yo había tomado la decisión de no rendirme, esa decisión sigue adelante.” Y fue que agarré todos los flyers que me quedaban y salí a repartirlos por la calle. En general tuvo buena respuesta y de a poquito empezó a venir gente. Gente que me dijo que iba a hacer correr la voz, y ahí es cuando me di cuenta de que el boca en boca sirve muchísimo.

- ¿Y hoy cómo está todo?

- Bien, con el tiempo mi hija mejoró, por suerte, tiene que hacerse alguna revisión de tanto en tanto, pero está bien, y empecé a hacerme lectora de Cortazar. Vos dirás qué tiene que ver... en realidad fue por haber escuchado una frase de él.

- ¿Cuál?

- “Nada está perdido si se tiene el valor de reconocer que todo está perdido y volver a empezar”.

La fatídica noche de Claudia Diniesta

Esc. 1 Int. Noche. Edificio.

Nos ubicamos en lo que parece ser el hall de un edificio. Allí está MARICEL, una mujer de poco más de treinta años, y CARLOS, un hombre de más o menos esa edad. Ambos visten formalmente. Ella está contemplando los cuadros del hall. Él está hablando por su celular. Luego de algunos segundos, él corta la comunicación y se acerca a ella.

CARLOS

Bien, cuando quieras.

Una semana antes.

Esc. 2 Int. Día. Colegio.

MARCELA, una mujer de aproximadamente treinta años, ingresa al salón de profesores. El lugar parece estar vacío. Se fija si hay alguien en el otro sector del salón y allí ve a una mujer de más o menos su edad, de espaldas y leyendo una carpeta.

MARCELA

¿CLAUDIA?

La mujer se da vuelta, al ver a MARCELA sonríe y camina hacia ella.

CLAUDIA

¿Cómo estás?

Se saludan con un beso y se sientan en la mesa.

MARCELA

¿Cómo estás? ¿Te avisaron que cancelaron la reunión?

CLAUDIA

Sí, me avisaron hace un rato.

MARCELA

Sí, a mí también hace un rato. ¿Puede ser que la cancelen tan sobre la hora?

CLAUDIA

Y sí, tienen esas cosas.

MARCELA

Y ni siquiera me quisieron decir por qué. ¿A vos no te dijeron?

CLAUDIA

No, a mí tampoco. ¿Pero a vos te sorprende?

MARCELA

No, bah... qué sé yo. Me molesta.

CLAUDIA

No te hagas mala sangre porque son así ellos. No es la primera vez que lo hacen.

MARCELA

No, tenés razón. Yo voy a buscar un café, ¿querés que te traiga uno?

CLAUDIA

No, no, te agradezco. Quería hablar con Gustavo antes que se fuera porque estoy viendo el programa nuevo que llegó y hay algunas cosas que son para discutir. De paso le pregunto qué pasó con la reunión. (*Mira el reloj colgado de la pared*) Ya se debe estar por ir. Voy a ver si lo encuentro.

Ambas se levantan.

MARCELA

Dale, después contame.

CLAUDIA

Dale.

De esa forma, ambas se retiran del salón.

Esc. 3 Int. Noche. Edificio.

MARICEL y CARLOS enfilan hacia las escaleras y empiezan a subir. Llegan al primer piso, caminan por el pasillo y se detienen frente a una de las puertas entreabiertas. MARICEL es quien empuja la puerta e ingresa con CARLOS deteniéndose ante la imagen que se les presenta. A lo lejos, puede verse rodeada por una arcada, una silla de espaldas a ellos, en ella puede verse una mujer sentada con las manos atadas atrás. MARICEL y CARLOS caminan hacia la escena. Allí ven que la silla está un poco atrás de la arcada. La mujer sentada allí sin vida es CLAUDIA. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás y varios hematomas en ésta, junto con rastros de sangre. Está con una remera de mangas cortas, un pantalón corto y descalza. Sus piernas están a ambos costados de la silla, una más adelante y otra más atrás. CARLOS saca una hoja de su bolsillo.

CARLOS

Según los datos que pasaron, Claudia Diniesta. Treinta y dos años. Profesora de geografía. La encontró otro profesor del colegio donde trabajaba, preocupado porque no había ido a trabajar.

MARICEL

Parece un asunto personal.

CARLOS

Sí, la molieron a golpes.

MARICEL

¿Qué hablaron con el profesor?

CARLOS

Principal sospechoso, su pareja, Arturo Dozanni. Es profesor de historia y da clases en el mismo colegio. Aparentemente ella habría tenido una aventura con el director.

Tres días antes.

Esc. 4 Int. Día. Colegio.

Nos ubicamos en el interior del salón de profesores. Allí está sentado ARTURO, un hombre de treinta y pico de años, con expresión pensativa. Puede vérselo concentrado en un conflicto interno. Algunos segundos después, entra al salón GUSTAVO, un hombre de cincuenta años, vestido formalmente. Se detiene en la entrada y al ver a ARTURO, comienza a caminar despacio hacia él. Cuando llega se sienta a su lado.

GUSTAVO

Se te ve pensativo...

ARTURO no responde.

GUSTAVO

De verdad no quiero que haya resentimientos entre nosotros.

ARTURO

De mi parte no los hay.

GUSTAVO

¿En serio?

ARTURO

No valés la pena, Gustavo.

GUSTAVO sonríe.

GUSTAVO

¿Vos sí?... Hay algunos profesores que no sé qué se deben pensar que son. Francamente te lo digo. No son más que sádicos que disfrutan de destruir a los demás.

ARTURO levanta la cabeza y lo mira.

ARTURO

Puede ser algunos... pero no todos somos así. Al que acabás de describir es a vos mismo, Gustavo. Sé lo que hiciste hace cinco años cuando te nombraron director. ¿Realmente creés que tenés autoridad moral para decirme algo? Mataste a un tipo porque te caía mal, Gustavo. Sos la peor clase de bicho que existe en el mundo.

GUSTAVO

Ay vamos. ¿Eso no lo hace el mundo todos los días? No te engañes, Arturo. Hay muchas formas de matar a alguien. La

mentalidad asesina es parte de todos, pasa que algunos no matan de la forma tradicional.

Todos los días hay una persona que caga a otra, una que estafa a otra, una que engaña a otra, una que destruye psicológicamente a otra o le hace cualquier tipo de cosas sin tener la más mínima preocupación del estado en que la puede llegar a dejar, sin la más mínima preocupación de si esa persona lo va a poder manejar.

Pero por alguna razón, no son puestas en el nivel de un asesino.

Desprecian la vida de alguien por algún tipo de interés o simplemente... porque le cae mal, pero no son puestos al nivel de un asesino.

ARTURO

Está bien. Y vos te adaptaste mejor de lo esperado.

GUSTAVO

Deberías hacer lo mismo. ¿No creés que tu novia tuvo esa intención con vos cuando para castigarte se acostó conmigo?

ARTURO sonríe.

GUSTAVO (*Sarcástico*)

En este último tiempo estabas tan preocupado con los congresos tan importantes que tenías que no le diste más bola a tu relación.

ARTURO

Sabía que ibas a atacar por ese lado.

GUSTAVO

¿Ah sí? ¿Por qué?

ARTURO

A los hijos de puta no les gusta que les hagas ver que son hijos de puta.

Se quedan mirando en silencio, ambos con sonrisas macabras.

ARTURO

Puedo conseguir pruebas de que mataste a ese tipo... y te voy a destruir.

GUSTAVO

Buena suerte.

Se vuelven a quedar unos segundos mirándose hasta que GUSTAVO se levanta y vuelve a retirarse por donde había

venido. Antes de llegar a la puerta, gira la cabeza sonriendo hacia ARTURO, y acto seguido, sale del salón.

Esc. 5 Int. Noche. Edificio.

Dentro del departamento, MARICEL y CARLOS continúan analizando la escena.

MARICEL

Denota un odio muy grande el que hizo esto.

CARLOS

Sí, y dijeron que la cerradura no está forzada.

MARICEL

Ella conocía al asesino.

Una hora antes.

Esc. 6 Int. Anochecer. Edificio.

Nos ubicamos en el interior de una habitación. Allí hay una cama de dos plazas donde está CLAUDIA sentada en el borde, con una pierna encima de ésta y con la espalda apoyada en la pared. Está vestida de igual forma que en la escena 3 y tiene una notable expresión de bronca. Se la puede ver concentrada en un conflicto interno. Gradualmente puede verse que el enojo en su rostro se va incrementando de la misma forma que lo hace su respiración. Junto con el enojo, su rostro muestra rasgos de venganza y desafío. Su semblante se pone algo colorado. Cuando nota esto, se pasa la mano por el pelo a modo de intentar calmarse. No lo logra. Si bien trata de mantenerse, ya se ven rasgos de odio y, como con un resorte, se levanta de la cama y sale de su habitación caminando con pasos ligeros. Sale de su casa, camina por un pasillo y se detiene frente a una puerta la cual empieza a golpear violentamente.

CLAUDIA (*Furiosa y a los gritos*)

Ey abríme, abríme ya, Marcela.

La puerta se abre y se ve a MARCELA. Parece sorprendida.

MARCELA

¿Qué pasa?

CLAUDIA

No, no me preguntes qué pasa, no te hagas la boluda. Ya sé muy bien que fuiste vos la que le dijo a Arturo lo que pasó con

Gustavo.

MARCELA

Esperá ¿Te podés calmar un poquito?

CLAUDIA

No, no me puedo calmar nada. Sos una basura, Marcela. Vos ya te olvidaste cuando me viniste a pedir por favor si podía meterte en el colegio porque estabas sin trabajo.

MARCELA

Claudia ¿podés parar un poquito?

CLAUDIA

No, no puedo parar. No puedo parar. Sos una mierda, Marcela. Sos una reverenda mierda. En ese colegio no trabajo más, porque no quiero ver más a nadie, y decile a Gustavo cuando lo veas que yo sé muy bien lo que pasó hace cinco años cuando mataron a ese tipo, sé muy bien lo que pasó. Así que decile a ese viejo hijo de mil puta que no se la va a llevar de arriba.

En ese preciso instante, mira hacia el interior de la casa y su rostro cambia su expresión de furia por una de extrema sorpresa, su semblante vuelve a tornarse rojizo. Unos metros detrás de MARCELA, se asoma GUSTAVO mirándola a CLAUDIA con expresión seria. De esa forma camina lentamente hasta ponerse junto a MARCELA que realiza una expresión irónica de sorpresa.

Esc. 7 Int. Noche. Edificio.

Dentro del departamento, MARICEL y CARLOS continúan analizando la escena.

MARICEL

No me dijiste con quién hablabas abajo.

CARLOS

Con la gente encargada de ir a hablar con Arturo Dozanni.

MARICEL

¿Y?

CARLOS

No lo pueden ubicar por ningún lado. Ya fueron también a los otros colegios donde trabaja y nadie sabe nada.

MARICEL

OK, por lo visto va a haber que ordenar una búsqueda.
De esa forma, ambos se retiran por donde habían entrado.

Despedida de soltero

Transcurría una tarde de viernes. Dentro de una amplia oficina laboral, podían verse bastantes personas separadas en distintos grupos dialogando y tomándose un receso. La mayoría estaba parada, aunque había algunas pocas sillas que habían sido tomadas por el grupo más numeroso y éste, por ende, estaba sentado. Había hombres y mujeres de distintos rangos de edad, y aunque el sonido ambiente era alto, de repente comenzaron a escucharse gritos de festejo y aplausos provenientes de afuera de la oficina. Eso produjo que el sonido ambiente de ésta fuese disminuyendo. En cada grupo había personas que se miraban entre sí, algo sorprendidas, y algunas también sonriendo, para luego mirar hacia afuera como el resto. En determinado momento, los aplausos se fueron acercando hasta que finalmente ingresaron dos hombres empujando un carro de transporte sobre el que había un joven de unos veintipico de años sentado en el mismo, estaba con una remera vieja, un pantalón corto y descalzo, de frente a la gente, con la espalda apoyada en la parte de atrás y las piernas estiradas. Se detuvieron cerca de la entrada y uno de los dos hombres que empujaba el carro le dijo a los presentes:

- Señoras y señores, con mucho agrado venimos a anunciarles que aquí comienza la despedida de soltero de nuestro compañero Oscar, el mismo será retenido en este lugar para luego llevarlo a la calle donde sus amigos tomarán la posta y lo llevarán a dar un paseo por Buenos Aires en el baúl de un auto.

Ante esta presentación, los presentes comenzaron a aplaudir y a dar expresiones de festejo. Luego, el otro de los hombres que empujaba el carro continuó:

- Ahora, nuestro compañero va a decir unas palabras.

Oscar se sorprendió, exagerando la expresión de manera graciosa, lo que provocó la risa de los presentes. Luego dijo:

- Bueno, gracias a todos, y ahora no me queda otra que someterme a esta supuesta despedida de soltero que armaron mis amigos.

Muchos presentes volvieron a reírse, una mujer le dijo:

- ¿Cómo supuesta despedida de soltero? Cuánta confianza que les tenés a tus amigos.

- Ellos tienen buenas intenciones, pero a veces con las buenas intenciones no alcanza.

- Y bueno, eso lo hace más interesante – Exclamó un hombre.

- ¿Pero ya organizaron una alguna vez? – Preguntó otro hombre.

- La verdad... no me acuerdo.

- ¿Hay alguno casado? – Preguntó otra mujer.

- Uno, pero me acuerdo que no hizo una gran despedida, hizo una reunión tranqui.

- ¿Cuándo se casan? – Preguntó otra mujer.

- El mes que viene.

Tras esta respuesta, el hombre que hizo la presentación dijo:

- Ahora se preguntarán qué hacen esos dos paquetes de harina abiertos arriba de esa pequeña mesa.

La gente miró hacia allí.

- Es para que nuestro compañero salga a la calle como alguien digno de participar en una despedida de soltero. Así que pueden proceder.

Algunos fueron a tomar puñados de harina y se lo arrojaron a Oscar mientras éste se cubría con sus manos, otros solamente miraron sin poder evitar reírse. En el medio de eso, el otro hombre le preguntó:

- ¿Y? ¿Ya estás digno para una despedida de soltero?

- Totalmente. Faltaba eso.

- Muy bien, gente, llegó el momento de que nuestro compañero sea sometido.

Los dos comenzaron a retirar el carro de la oficina mientras todos los presentes volvieron a aplaudir y a dar expresiones de festejo.

Esa misma noche, a eso de las diez, varias personas podían verse en una cuadra del barrio de Devoto que tenía algunos bares. Captó la atención de todos, el sonido de bocinazos y gritos de festejo. Los sonidos cada vez se acercaron más, hasta que por la calle se vio pasar un auto a poca velocidad con el baúl abierto y a Oscar sentado en éste saludando a todos. El auto pasó escoltado por otros, de los cuales provenían las bocinas. Algunas de las personas también se unían a las expresiones de festejo. Una vez que pasaron, el sonido se fue alejando y la gente continuó con lo que hacía.

Era particularmente el mes de agosto. Un mes que había adelantado el calor y que parecía prometer un pequeño verano hasta la llegada de Santa Rosa.

Nuestros detectives, Dolores y Alfredo, habían sido convocados por Manera para la delegación de un caso de homicidio en la comisaría número cuarenta y cinco de Devoto. Debieron ir a la mañana temprano. Ingresaron escoltados por policías y llegaron a la escena del crimen situada en una de las celdas. La víctima se trataba de Oscar, yaciendo de costado con la misma ropa. Dolores y Alfredo se acercaron. Se veía algo de sangre en esa área del piso y al haberse acercado, ambos pudieron ver los ligeros rasgos de hematomas que la víctima tenía en el rostro. Para ese momento, Raúl ingresó a la comisaría, saludó a los detectives y dejó los datos obtenidos:

- Oscar Baldacci, veintiséis años. Primera noche acá, fue detenido por agredir a un policía. Aparentemente, se trató de una pelea entre detenidos.

- ¿La primera noche? – Preguntó sorprendido Alfredo – Pareciera alguien con tendencia a pelearse.

- Sí, no tuvo una buena noche, - Acotó irónicamente Raúl – pero... no tiene antecedentes.

- Es muy extraño. – Acotó Dolores - ¿Está acá el policía que lo detuvo?

- Sí. Vengan conmigo.

Raúl los guió al sector donde había varios policías uniformados hablando. Cuando los tres detectives entraron, uno de ellos giró la cabeza y se alejó del grupo, saliendo con ellos del sector.

- Somos del departamento de policía de Buenos Aires. Nos informaron que usted detuvo anoche a la víctima por haberlo agredido – Inició la charla Dolores.

- Así es. Ocurrió aproximadamente a las once de la noche. El individuo caminaba por la calle así como estaba y una especie de sombrero... para los carnavales.

- ¿En estado de ebriedad? - Interrumpió preguntando Alfredo.

- Es lo que había pensado pero cuando hablé con él no lo parecía, por lo menos en gran nivel.

- ¿Y qué habló con él? – Preguntó ahora Dolores.

- Le ofrecí llevarlo a casa en el patrullero, él ya estaba incómodo de hablar conmigo y me decía que no lo jodiera que estaba en su despedida de soltero, que tenía que dar así la vuelta a la manzana y que doblando la esquina lo estaban esperando en el auto. Le dije que no podía dejarlo seguir así, y me insistió con que tenía que hacer eso y terminar el recorrido, que ningún policía tenía que intervenir. Volví a decirle que no se lo podía permitir y traté de que no siguiera, ahí el individuo se tornó violento y comenzó a agredirme físicamente. No tuve más remedio que esposarlo y llevarlo detenido.

- ¿Y qué sabe de lo que pasó en la celda?

- Desconozco por completo lo que ocurrió. Una vez que llevé al agresor, continué con mi servicio y hace poco más de una hora me llamaron para informarme. El supuesto asesino fue trasladado a la comisaría cuarenta y siete.

- Le agradecemos.

- No tienen por qué.

Los tres detectives salieron del sector con muchas preguntas invadiéndolos. Sin embargo estaban de acuerdo en lo que debía

seguir. Solicitaron las pertenencias que le fueron retenidas a la víctima al momento de ser detenido. Entre éstas estaba su celular. Chequearon la agenda y comenzaron a llamar a aquellos usuarios en los que figuraba solo el nombre, sin apellido y sin razón social. Después de varios intentos dieron con uno que aparentemente se encontraba presente en la despedida de soltero. El joven se escuchaba alterado haciendo saber que no había dormido en toda la noche, que hacía un rato había llegado a su casa y que con el resto del grupo habían estado buscando a Oscar. Los detectives le informaron de lo sucedido pidiéndole que se comunicara con el resto de los que habían estado presentes y que fueran a dar declaración de lo ocurrido al departamento de policía en Barrio Norte.

Durante la mañana de ese día, se le tomó declaración, una por una, a los cinco jóvenes que se presentaron. En la primera entrevista, esto se registró:

- La tarea era... nosotros primero lo llevábamos a dar una vuelta por Devoto en el baúl del auto de uno de los chicos. Eso estuvo bárbaro, nos cagamos de risa, la gente que lo veía nos gritaba algo, sobre todo cuando parábamos en algún semáforo. Había chicas que le sacaban fotos con el celular, otros autos nos tocaban bocina. Y bueno... habremos estado un rato largo, hasta que paramos... y había que empezar la segunda parte de la tarea. Estacionamos en Asunción, tenía que ponerse el gorro del carnaval carioca y darse la vuelta a la manzana caminando. Elegimos esas calles porque eran un término medio, no eran avenidas muy pobladas y tampoco eran calles por donde no pasaba nadie.

- ¿Sin que lo acompañara nadie? – Preguntó Dolores.

- No. Lo tenía que acompañar uno de nosotros, pero yendo a cincuenta metros de él. Para así ver que no pasara nada y al mismo tiempo la gente no los viera juntos.

- ¿Quién fue el que lo acompañó?

- Guillermo, pero el boludo lo perdió de vista.

El joven que declaraba se retiró de la oficina y tan pronto como lo hizo, entró Guillermo. Ambos detectives decidieron que

contara desde el principio la historia para ver si coincidía con la declaración de su amigo, lo cual efectivamente sucedió. Cuando llegó a la parte que sería nueva, se registró lo siguiente:

- Quedamos en que lo acompañara yo. Y bueno... esperé en la esquina a que llegara a mitad de cuadra y ahí empecé a caminar. Todo parecía tranquilo, había gente que pasaba y lo miraba pero nadie hacía nada. Dobló en la primera esquina y cuando llegué yo ahí... me encontré justo con una vieja amiga que no veía hacía meses y era una chica que me había gustado siempre... y... bueno... no sé, justo nos pusimos a hablar mientras miraba a Oscar que iba por la mitad de cuadra, cuando llegó a la esquina, le iba a decir que me tenía que ir, pero justo ella me pidió de ir a tomar algo. Y yo... no le podía decir que no. Ése es un código de hombres, primero lo primero. Íbamos a ir, pero justo apareció la amiga de ella que le dijo que se sentía mal y que se quería ir. Entonces me miró y me dijo que esa noche no iba a poder ser, pero que me daba su teléfono para que yo la llamara un día de estos. Cuando se fueron salí corriendo para ver si lo alcanzaba a Oscar, recorrí toda la manzana y no lo encontré, fui al auto a ver si había llegado y me dijeron que no. Ahí me empezaron a decir de todo, que cómo lo había perdido, que era un boludo y bueno... salimos todos a buscarlo, pero no sé... se lo había tragado la tierra. Pensamos en un momento que nos podía estar haciendo él una joda a nosotros, entonces fuimos de nuevo al auto a esperarlo.

- ¿Y qué hicieron cuando vieron que no volvía?

- Y... cuando vimos que no volvía, volvimos a salir a buscarlo, pero por todos lados, empezamos a preguntarle a la gente que pasaba, pero nada...

- ¿A qué hora fue todo esto aproximadamente?

- Y... eran cerca de las once de la noche. Lo peor fue que se cruzara con un policía, porque no les tenía mucha simpatía.

El grupo restante continuó pasando a dar su declaración coincidiendo plenamente con la de Guillermo, cada uno desde su respectivo lugar.

Dolores y Alfredo habían quedado satisfechos en cuanto a la información de cómo la víctima había llegado a la comisaría, pero no tenía explicación su tan violenta muerte, y no la iba a tener a menos que acudieran a la comisaría cuarenta y siete. Allí, fueron guiados por uno de los oficiales, que los hizo entrar a la celda donde estaba el supuesto asesino. Se trataba de un hombre de unos treinta y pico de años, que parecía estar como perdido. Luego de la presentación, Dolores comenzó preguntándole:

- ¿Por qué estabas detenido en la comisaría cuarenta y cinco?

- Porque fui a buscar explicaciones al local de radio-taxi de Devoto. Mi mujer estaba volviendo del trabajo y tuvo un choque con una unidad de ahí. Se pusieron a discutir, la cosa pasó a mayores y el taxista la agredió físicamente. Cuando llegó a casa y me lo contó, fui directo al local a pedir explicaciones. Es una empresa que tanto mi mujer como yo hemos usado en varias ocasiones. Quería que me explicaran cómo tenían a un hombre así trabajando con ellos. Nadie me tomó en serio, me tomaron de loco y me empezaron a patotear. Eso fue lo que terminó de sacarme de mis cabales. Sin embargo, cuando conté la historia en la comisaría me dijeron que iban a averiguar el caso y que el agresor de mi mujer también iba a ser detenido. Algunas horas después, se me acercó un oficial y me avisó que lo acababan de traer a la comisaría. Al poco tiempo lo puso en la celda conmigo. Se ve que era un chofer nuevo porque no lo había visto nunca. Me llamó la atención que estaba con ropa vieja y descalzo. Lo metieron ahí, el tipo se sentó enojado viendo para afuera, sin darme bola. Yo me quedé mirándolo y en un momento le pregunté: “¿No me vas a decir nada?”. Ahí me miró medio raro y volvió a ver para fuera. Lo seguí mirando y le pregunté: “¿Hacía falta que reaccionaras así?”. Y ahí fastidiado me dijo: “No me rompas las pelotas, flaco”. Te juro que no lo podía creer. No, no me pude contener. Les juro que no me pude contener.

Dolores esperó a que dijera algo más, y al no hacerlo le dijo:

- Ese hombre no fue el agresor de tu mujer y no era taxista.

- Sí que fue, lo dijo el policía.

Dolores y Alfredo se le quedaron mirando.

- ¿No fue?

Tras no obtener respuesta a esa pregunta, pareció perderse todavía más. Así estuvo unos segundos hasta que preguntó:

- ¿Y por qué el policía dijo que sí?

- Es lo que vamos a averiguar.

Sin perder la seriedad, en la comisaría cuarenta y cinco, el oficial de policía esperó a que completaran la pregunta que tenían para hacerle y respondió:

- Jamás le dije eso al detenido. Es imposible. Acepto que el fallecido no era de mi agrado, el tipo iba a caminando por la calle de manera incorrecta, y encima cuando lo detuve se resistió y me agredió física y verbalmente, diciéndome que no lo tocara, que era un inútil de mierda como todos los policías y que tenía que ir a buscar a los chorros. La verdad es que no lo lamento, pero jamás le dije eso al detenido.

Se produjo un corto silencio y continuó diciendo:

- No tengo otra explicación para darles. Se ve que algunas veces... el universo se termina encargando de todo.

El mago

(Versión alternativa)

Ya eran pasadas las doce de la noche del sábado, pero el encuentro organizado por Yanina parecía tener para rato. Se trataba de un grupo de amigos que, por razones laborales y de estudio, no se juntaban en alguna casa desde hacía tiempo. En los últimos meses se habían realizado algunos encuentros esporádicos que no incluían más de dos o tres personas. En el grupo había cinco, tres varones y dos mujeres, que rondaban entre los veinticinco años. Yanina, por ejemplo, tenía veinticuatro. Una mujer muy llamativa, esbelta y medianamente alta. Su cabello castaño oscuro era lacio y lo usaba apenas hasta por debajo de los hombros. Sus ojos marrones mostraban una actitud de seguridad en sí misma. En determinado momento de la reunión se encontraba hablando con Marcelo, un joven un año mayor. Ella estaba sentada en un sillón individual y él en la punta del sofá largo más cercana al sillón. Llevaban conversando un rato largo para cuando él se levantó y se dirigió a la cocina. Pocos segundos después, ingresó Hugo, otro de los varones, se le acercó preguntándole cómo estaba; tras la respuesta de Yanina, Hugo se sentó en el lugar que estaba Marcelo y de esa forma se inició otra charla. Para cuando la misma se había afianzado, Marcelo salió de la cocina sosteniendo dos vasos que contenían alguna bebida alcohólica, e ingresando en el comedor, vio a Hugo conversando con Yanina. Sin hacer nada, continuó su camino y al estar junto a ellos, dijo:

- Bueno, me sacaron el lugar.

- Ah, no sabía que estabas – Dijo Hugo comenzando a levantarse.

- No, no hay problema, quedate.

Marcelo le dio uno de los vasos a Yanina y acercó uno de los sillones individuales que quedaban vacíos, sentándose allí. La charla que comenzó a partir de ese momento no tenía nada que ver con las llevadas a cabo anteriormente, ya que tocaba un tema más neutral como podían ser las últimas reuniones del grupo. A todo eso, no iba a pasar mucho tiempo cuando apareció Juan Ignacio, otro de los varones, y llamó a Marcelo para mostrarle un video que estaban pasando en la televisión, el cual los dos estaban esperando. Éste, no teniendo opción debido a la incesante insistencia, acudió quedando nuevamente Hugo solo con Yanina, motivo por el que éste volvió a retomar la charla que llevaban. La misma derivó por parte de Yanina en pedirle que le hiciera uno de esos trucos de magia que él sabía hacer. Hugo le concedió el pedido, sacó un pañuelo, lo metió dentro del puño, sopló, hizo un par de movimientos extraños juntando las manos y finalmente abrió el puño sacando una rosa. Yanina sonrió complacida tomando el regalo. Acto seguido, Hugo le dijo:

- Ese acto se usa para casos muy específicos.

- ¿Ah sí?

- Claro, porque hay toda una tradición atrás, cuando el mago lo hace tiene que invitar a salir a la chica.

Yanina dejó salir una risa algo tímida y dijo:

- OK. ¿Me vas a invitar a salir entonces?

- Es la tradición. No sé qué te parecería ir a cenar el sábado que viene.

- Podría ser.

Para entonces, Ludmila, otra joven del grupo, ingresó al comedor con una mujer mayor, y les dijo a todos los presentes:

- Chicos, ella es Fiorella, es la vidente que les comenté.

Todos miraron a la mujer presentada, que hizo un ligero saludo con la cabeza.

- ¿Ella es la que lee las manos? – Preguntó Juan Ignacio.

- Sí, ella.

- ¿Y podés ver el futuro? – Preguntó Yanina.

- En ocasiones sí, depende de muchas circunstancias. Mi especialidad es la lectura de manos.

- Ay, yo quiero que me las leas.

Ludmila y Fiorella dejaron salir la risa. Acto seguido, la primera fue junto a Juan Ignacio y se dieron un beso, mientras que la segunda ubicó el sillón libre frente a Yanina y se sentó. Yanina se acomodó y le dio la mano, Fiorella comenzó a analizarla. Después de unos segundos, le dijo:

- En tu trabajo vas a tener una racha de productividad, por lo menos durante este año.

Los presentes dejaron salir comentarios positivos y de felicitaciones mientras Yanina sonreía interesada. Fiorella continuó analizando su mano, y segundos después, acotó:

- En el amor, hay situaciones que parecen estar muy cerca, pero... hay algunos hombres que no van a dar el paso por miedo. Tenés que elegir a alguien que se la juegue y que no tenga miedo de dar el paso. Que elija hacer eso por sobre otras adversidades que le vayan a aparecer.

Yanina asintió intrigada hasta que los presentes volvieron a hacer comentarios positivos, a excepción de Hugo. Luego de eso, Ludmila dijo:

- Ahora a mí, a mí me tenés que leer.

Ludmila se sentó en la otra punta del sofá largo. Fiorella se levantó y se sentó junto a ella. Ludmila le dio la mano, Fiorella la analizó unos segundos y dijo:

- En tu trabajo va a ser un año intenso, hay muchos aspectos en los que vas a tener que remarla un poco.

- ¿Remarla en dulce de leche?

Fiorella sonrió y dijo:

- En algunos aspectos sí.

Continuó con el análisis unos segundos más hasta que dijo:

- En el amor, vienen momentos positivos. Vos estás en pareja.

- Sí.

- Son momentos que hay que disfrutar estos, están las condiciones dadas.

- Qué bueno...

Los presentes aplaudieron riéndose, contagiando a Ludmila. Luego de eso, Marcelo dijo:

- Ahora a Hugo, que quiere vender el departamento.

- ¿Querés vender tu departamento? – Le preguntó Fiorella.

- Estoy en eso hace un tiempo, pero es complicado el asunto.

Fiorella se corrió un poco hasta estar al lado de él. Hugo le dio la mano, ella comenzó a analizarla, y segundos después dijo:

- En tu trabajo va a ser un año más neutral, va a ver cosas positivas durante el año, pero van a ser más tranquilas y van a llevar más trabajo.

Hugo asintió más excéntrico, y los presentes dejaron salir comentarios de aliento. Fiorella continuó analizando su mano, y segundos después, acotó:

- En el amor, se ve algo cercano pero está involucrado con una traba personal. Por alguna razón están entrelazados. Esa traba debe ser seguramente lo del departamento.

- ¿Cómo es que están entrelazados?

- Sí, pareciera que una bloquea la otra, si se ve desde la perspectiva del amor, la traba personal sigue y pueden surgir cosas que agraven esa traba. Si se ve desde la otra perspectiva, se pierde el amor. Hay como mucha incertidumbre.

Hugo se quedó mirándola sin decir nada. Los presentes volvieron a hacer comentarios de aliento.

- Bueno, – Dijo Fiorella cansada – voy a descansar un poco.

- Sí, te hicimos trabajar el fin de semana – Agregó Juan Ignacio.

Los presentes no pudieron evitar reírse. Luego de eso, Marcelo le dijo a Hugo:

- Che, nosotros no conocemos tu departamento, podríamos arreglar un día en la semana para ir. Yo conozco algunas personas que están buscando un monoambiente y les puede interesar.

- Sí, nosotros también conocemos algunas personas – Aclaró Juan Ignacio mirando a Ludmila.

- Sí, estaría bueno, el viernes a la tarde les queda bien a ustedes, ¿no? – Sugirió Hugo.

- Sí – Dijeron Marcelo, Juan Ignacio y Ludmila.

- Bárbaro, en la semana vamos arreglando entonces.

La tarde del viernes siguiente, en su departamento, Hugo ingresó al comedor desde un pequeño lavadero, sosteniendo una banqueta la cual colocó bajo la arcada que lo separaba de la cocina. Estaba con una remera, un bermudas y descalzo. Volvió a retirarse, y segundos después, sonó el timbre. Hugo entró nuevamente al comedor con una pequeña caja, la colocó sobre la banqueta y fue a abrir la puerta. Se dejó ver todo el resto del grupo. Los saludó a todos y los hizo pasar. Enseguida les dijo con tono humorístico:

- Hubo una complicación.

Señaló la cocina y allí todos vieron una enorme mancha de humedad que invadía la pared justo arriba de la mesada.

- ¿Qué pasó? – Preguntó Ludmila.

- Se rompió un caño de agua.

Todos parecieron sorprenderse.

- En un rato viene el encargado con un plomero.

- Uh, pero entonces la vidente la pegó – Dijo Marcelo riéndose.

Todos se rieron del comentario aunque Yanina y Hugo lo hicieron más por cortesía, luego el segundo dijo:

- Sí, pareciera un chiste, esto complica todo mucho más.

- No, no pasa nada. – Exclamó Juan Ignacio – Eso se arregla y listo, a lo sumo demora un poco. Aparte, se ve bueno el lugar.

- Sí, está piola – Agregó Ludmila.

Juan Ignacio, Ludmila y Marcelo comenzaron a ver los distintos sectores del departamento. Mientras, Yanina se le acercó a Hugo y le preguntó en voz baja:

- ¿Todavía querés seguir con lo de mañana?

- Sí, ¿por qué?

- No, qué sé yo. Por ahí la vidente la pegó.

- Y... parece un chiste, es creer o reventar.
- Por eso, mirá si empiezan a surgir otras complicaciones.
- No, bueno... no me importa.
- Si querés pensarlo...
- No, no lo quiero pensar. Además, tengo un lugar reservado para mañana.

- ¿Ah sí?
- Sí, conozco a los dueños, son amigos míos. Hay una mesa ubicada en un lugar increíble, que si se las pido me la dejan exclusivamente.

- Ah, bueno... OK.

En ese momento, Marcelo le puso la mano en el hombro a Hugo diciéndole:

- Bueno, che, vas a tener que ponerte con esto.
- Sí, lamentablemente...
- ¿Te van a pasar el presupuesto ahora?
- En teoría.
- Bueno, ahí vamos a ver realmente si la pegó la vidente.
- Está bueno el monoambiente, eh... – Exclamó Juan Ignacio
– Ahora que lo conocemos podemos hablar con estas personas.
- Buenísimo.
- Pero bueno, la mancha hay que arreglarla – Agregó Ludmila.
- Sí, eso desde ya.
- Pero está bueno, es cómodo, es amplio...

En ese momento, sonó el timbre. Hugo fue a abrir la puerta. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años. Hugo lo saludó y lo hizo pasar. Enseguida le dijo al grupo:

- Él es el encargado del edificio.
- Qué tal – Saludó él.
El grupo regresó el saludo y el hombre agregó:
- El plomero ya está en camino. Recién me mandó mensaje.
- Bueno. – Exclamó Juan Ignacio – Los dejamos tranquilos, cualquier cosa que arregle te aviso entonces.
- Dale, bárbaro – Respondió Hugo.

Todos se prepararon para irse. Hugo los despidió y salieron del departamento. Allí, Marcelo les dijo:

- Yo voy a ir un toque a visitar a un amigo mío que vive en este edificio, en el piso de arriba.

- ¿Posta? ¿Tenés un amigo que vive acá? – Preguntó Yanina.

- Sí, justo arriba. Ya lo había visitado este edificio. Lo conozco como si viviera yo.

La tarde siguiente, Hugo estaba recostado en su sofá cama, leyendo su celular. Parecía ir poniéndose al día con los mensajes que no había leído. Una vez terminado eso, buscó el contacto del encargado y fue a la opción de escribirle un mensaje. Allí se detuvo pensativo. En ese preciso instante, se empezó a escuchar un ruido fuerte y seco desde arriba, como si alguien estuviera golpeando con algún objeto contundente el techo. Hugo realizó una expresión de fastidio como si ya conociera la situación. Después de unos segundos, el ruido se detuvo, Hugo continuó pensando, pero cuando parecía haberse olvidado de aquella molestia, la misma regresó. Decidió ignorarla aunque esa vez fue más prolongada. Para cuando volvió el silencio, aún no parecía haber resuelto lo que pensaba con respecto al mensaje que quería mandar, le llevó un rato más hacerlo hasta que finalmente empezó a escribir. Por momentos se detenía y volvía a pensar. Fue durante otro momento de escritura que el ruido molesto regresó. Aunque no quería pensar en eso, la expresión de su rostro se veía afectada, continuó escribiendo un poco más apurado. El ruido no cesaba y cada vez parecía hacerse más intenso. Decidió parar, descansar un poco. Allí el ruido se detuvo nuevamente. Poco después, pareció encontrar lo que buscaba escribir, aunque por momentos debía volver a detenerse y pensar. Era difícil que no surgieran pausas. Sin embargo, en otro momento de escritura, el ruido volvió con la alta intensidad a la que había llegado un rato atrás. Quiso volver a ignorarlo y seguir escribiendo, pero esta vez éste se prolongó todavía más que antes y eso lo hizo detenerse una vez más. Con la expresión de su rostro ya deformada por la bronca, esperó unos segundos más, y al no cambiar la situación, se levantó como con

un resorte del sofá cama, y así como estaba, abrió la puerta y salió del departamento. Comenzó a subir la escalera sin detener su ritmo, llegó al piso de arriba, allí se detuvo frente a la puerta de otro departamento golpeándola intensamente. Abrió la puerta un chico de doce años que lo miró sin decirle nada. Hugo le preguntó:

- ¿Están tus viejos?

- No.

- ¿Hay alguien con el que pueda hablar?

- No, ahora estoy solo.

- ¿Estás solo? ¿Y vos solo estás haciendo semejante ruido?

- ¿Qué ruido?

- ¿Qué ruido? ¿Me estás jodiendo, pendejo? Me estás por tirar el techo abajo.

- Yo no estoy haciendo ningún ruido.

- Dale, pendejo, decile a alguien que venga.

- Yo no vivo acá, lo estoy visitando a mi hermano y ahora salió, cuando venga le diré.

- Si estás solo, dejá de golpear el piso, porque me vas a tirar el techo abajo y lo va a tener que pagar tu hermano.

- Yo no estoy golpeando nada.

- Es lo único que te digo, no golpees más el piso.

- ¿Qué, me estás amenazando?

- Te estoy advirtiendo, ya hace bastante tiempo que vienen haciendo ese ruido desde acá arriba, que me rompe terriblemente las pelotas. A cada rato están golpeando como unos boludos.

- Y bueno, yo tengo que ver tu cara de boludo ahora y no te digo nada.

Hugo se desenchajó aún más con lo que el chico le había dicho y le dio un golpe en la cabeza con la mano abierta. El chico se agarró el lugar donde le había pegado y lo miró con bronca. Tras esto, Hugo se retiró y regresó a su casa.

Dos horas después, se lo veía caminar por la vía pública, vistiendo una camisa, un pantalón chupín y zapatos. Miró la hora en un momento del camino y allí comenzó a acelerar un poco su paso. De esa manera hizo algunas cuadras más. Atravesando una

de estas llegó a visualizar a Yanina esperándolo en la cuadra siguiente. Fue entonces que pareció entusiasmarse y prepararse sin dejar de caminar. Para cuando pasó por al lado de un terreno en construcción, salió de entre dos bloques un joven de su edad que enseguida le dijo enojado:

- Flaco, la próxima vez que tengas que quejarte de algo, quejate conmigo. ¿Te quedó claro?

Hugo se detuvo y lo miró algo confundido. Luego le preguntó:

- ¿Me estás hablando a mí?

- Sí, te estoy hablando a vos. Por si no sabés quién soy, vivo en tu mismo edificio, arriba de tu departamento.

- Ya me parecías conocido – Dijo recordando – Y disculpame pero yo me fui a quejar con vos, si hubieras estado ahí, hubiera hablado con vos.

- Bueno, estoy acá ahora. Decime lo que tengas que decirme.

- Ahora estoy llegando tarde a un lugar, pero hablamos cuando quieras y donde quieras.

- Bueno, yo quiero ahora – Le dijo agarrándolo del brazo violentamente y tironeándolo de una manera tan fuerte que lo hizo caer hacia adelante. Luego de eso, lo arrastró hasta dentro del terreno, y atrás de los bloques comenzó a golpearlo intensamente. Hugo intentó defenderse por lo que comenzó un intenso forcejeo. Sin embargo, el joven siempre tuvo ventaja sobre él ya que no le permitió nunca estabilizarse luego de la caída. Finalmente, el joven pudo volver a golpearlo intensamente hasta que Hugo quedó seminconsciente. Allí se detuvo y se puso de pie mirándolo. Se agachó, le metió la mano en el bolsillo y le sacó el celular, lo guardó en su bolsillo y seguidamente le sacó los zapatos, los cuales llevó hasta una mochila que estaba a unos metros, poniéndolos allí. Se la calzó, salió del terreno mirando a ambos lados y se fue en dirección opuesta por donde había venido Hugo. Mientras tanto, Yanina continuaba esperando. Minutos después, sacó su celular y llamó a Hugo. El celular figuraba prendido pero nadie atendía. Envío un mensaje y continuó esperando. Minutos después, volvió a llamar pero el resultado fue el mismo. Pasados ya varios minutos

más, por detrás de ella apareció Marcelo que la llamó. Ella se dio vuelta, y al verlo se sorprendió gratamente. Se saludaron y él le preguntó:

- ¿Cómo va?

- Y... más o menos, me dejaron plantada.

- ¿En serio?

- Sí, en realidad... te lo digo a vos pero no se lo digas a nadie.

- Sí, decime.

- Hugo me había invitado a salir, quedamos en juntarnos acá hace más de media hora. Lo estoy llamando y no me contesta el teléfono.

- La verdad que me llama muchísimo la atención. Igual, conociéndolo lo pudo haber afectado lo del caño del departamento después de lo que le dijo la vidente.

- Bueno, yo le pregunté eso el día que fuimos a verlo, me dijo que igual quería seguir adelante con todo.

- ¿Pero no notaste que haya dudado en algún momento?

- La verdad... sí.

- Bueno, ya fue entonces. Acordate de lo que te dijo a vos la vidente. Necesitás estar con alguien que se la juegue por vos.

Yanina sonrió y Marcelo continuó diciendo:

- Ya que estamos acá, ¿por qué no vamos al bar de la esquina y te invito a tomar algo?

- Podríamos ¿no?

Marcelo sonrió también y ambos se fueron caminando juntos.

La ganadora del día (Segundo caso)

Había algo de tráfico en la ciudad pero el colectivo por donde iba Sabrina no se veía tan afectado. Ésta era una joven de veintipico de años que iba sentada manteniendo una conversación por celular con su amiga Carola, un par de años más grande. Esto es algo de lo que decía:

- Sí, por acá todo bien, bah... más o menos en realidad. Hace unos días que vengo de un lado para el otro.

- ¿Qué pasó?

- En el trabajo cambiaron las autoridades y están haciendo un control de todo, entonces nos están haciendo llenar una pila de formularios.

- Uh, qué garrón.

- Igual el problema no es ese, el problema es que para conseguir esos formularios hay que hacer doscientos trámites previos. Todo una cosa burocrática enorme.

- Pero vos sabés que no sos la primera que escuchó que está con el tema ese de los formularios, se está haciendo en varios lados. ¿Son los formularios de antigüedad y aporte?

- Esos. Sí, exactamente.

- Pero no hace falta que hagas todos esos trámites previos. Yo conozco a un flaco, que es amigo de una amiga mía, que tiene contacto con los que dan esos formularios. Dice que no es necesario hacer los trámites. A él le están dando un montón para que pueda repartir entre sus conocidos.

- ¿En serio?

- Sí, olvidate. Mirá... el tipo hace reuniones a veces en su casa los fines de semana, yo lo conozco de ahí porque fui un par de veces, y el otro día me dijo mi amiga que va a estar haciendo una en quince días. Venite y le pedís que te dé uno.

- ¿Sí? ¿Aunque no me conozca?

- Sí, no pasa nada. Yo cuando tenga los datos te aviso bien y te venís.

- OK, espero tu aviso entonces.

- Dale, te mando un beso.

- Beso, nos vemos.

Sabrina cortó la comunicación. Algunas paradas después, se levantó para bajar por la puerta del medio. Allí en los asientos más cercanos, en el de la ventanilla, el otro se hallaba vacío, había una joven de su edad, vestida con remera, un pantalón chupín y unas zapatillas All Star que hacían juego con la remera. Parecía algo enojada y tenía los dos pies apoyados en el borde de la pequeña protección que había adelante. Sabrina no le llevó mucho el apunte, pero cuando giró la cabeza y la vio, ésta estaba mirándola fijamente aunque enseguida corrió la mirada. Finalmente se bajó.

Quince días después, Sabrina iba caminando por una avenida del barrio porteño de Almagro. Cerca de la esquina, un joven de su edad ya estaba colocando la reja en el kiosco. Fue cuando ella estaba a algunos metros, que él, de costado, llegó a visualizarla y no pudo disimular su cara de asombro por lo bella que le pareció. Enseguida trató de ocultarla y continuar con su tarea. Sabrina, que lo había visto, continuó caminando, y al pasarlo pudo sentir nuevamente su mirada sobre ella, no pudiendo evitar que le causara gracia.

Dos cuadras más adelante, al llegar a otra esquina, se detuvo al ver que un taxi se aproximaba y levantó la mano. Algunos metros delante de ella había un joven que también la estaba levantando apurado, pero el taxi lo pasó y se detuvo donde estaba ella. Ya dentro del mismo, se puso a chequear su celular. El taxi hizo un recorrido corto hasta llegar a un edificio. Sabrina se bajó y tocó el

portero eléctrico. Ante el saludo de una voz femenina, ella dijo su nombre. Automáticamente abrió la puerta e ingresó.

Al llegar al piso en cuestión, ya se escuchaba la música que era un estilo ska, y antes de llegar a la puerta, ésta se abrió intensificando el sonido de la música. Apareció Carola, que estaba con una remera, un pantalón corto y descalza. Se reconocieron al instante, se saludaron abrazándose, ingresaron y la puerta se volvió a cerrar. El departamento era bastante grande, tres ambientes que estaban algo distanciados pero unidos por distintos pasillos. Carola fue guiando a Sabrina por las distintas habitaciones. Cuando iban rumbo a la primera, dos jóvenes, un hombre y una mujer, de poco más de unos veinticinco años, pasaron por al lado de ellas dirigiéndose también al mismo lugar. Cuando ellas llegaron, Carola le mostró la habitación. En su interior estaba la pareja recién entrante con otra de la misma edad bailando. Todos con ropa informal y veraniega. Luego venía el living, donde había una pequeña barra con algunos tragos. Un joven estaba en la misma sirviéndose algo. A un costado, había otro joven que era el dueño de la casa, estaba con una remera, un bermudas y descalzo, sentado en un sillón, aunque se trataba de un sillón bastante moderno, el mismo tenía un pequeño espacio por debajo del asiento, donde se podían guardar cosas, y una pequeña palanca al costado con los distintos niveles en que podía reclinarse el respaldo, más un nivel extra que inclinaba el asiento completo hacia atrás con el fin de acceder al espacio de abajo. Cuando el joven la vio a Sabrina, no llegó a disimular enteramente la atracción que ella le produjo, más allá de su intento por hacerlo. Carola los presentó mutuamente y se saludaron. Luego, pasando la barra, dos mujeres y un hombre también bailaban. Todos tenían aproximadamente la misma edad que el resto de los presentes y estaban con una vestimenta similar. Carola era muy amiga de la que estaba bailando descalza, pareja del hombre que bailaba con ellas, y al verla, supo que la canción que sonaba era de las favoritas de ambas, por lo que le hizo una seña a Sabrina de que la aguardase y corrió hasta ella, ambas se sonrieron de manera cómplice y comenzaron a bailar juntas. Allí Carola le

comentó que estaba mostrándole la casa a la amiga que necesitaba los formularios, y que faltaba mostrarle la habitación junto al living. Ambas miraron hacia ella, Sabrina se fue acercando de a poco. La joven le hizo un gesto con el dedo de que se acercara y junto con Carola pasaron a dicho lugar sin dejar de bailar. Sabrina continuó acercándose, y al llegar a la entrada vio que había otro pequeño grupo de gente de la misma edad bailando además de Carola y su amiga, que con sus respectivos brazos en los hombros de la otra, saltaban al ritmo de la canción, gritando su letra y dejando todo pudor de lado. Sabrina no pudo evitar ingresar. Por su parte, al joven dueño de la casa se lo veía merodear la barra, y eventualmente solía acercarse a algún grupo para integrarse en alguna charla. De esa forma fueron pasando los minutos, los momentos de baile se intensificaban de a ratos. Poco más de media hora después, Sabrina, fue a la barra a servirse algo y se quedó allí tomando su trago. En ese instante, el joven dueño de la casa fue a sentarse nuevamente al sillón. Por su parte, Carola había ido a la habitación donde había dejado sus zapatillas, para volver a ponérselas. Cuando regresó, la vio a Sabrina y se le acercó diciéndole:

- ¿Y? ¿Cómo va todo?

- Bien.

Ambas salieron del comedor y caminaron lentamente por uno de los pasillos. Carola continuó:

- Es bastante linda la casa ¿viste?

- Sí, está buena.

- ¿Y el trago? ¿Está bueno?

- Sí, ¿quierés probar?

- No, gracias.

Sabrina levantó el vaso para volver a tomar, Carola se lo detuvo y acercó su boca a la de ella. Sabrina se corrió y le dijo:

- No, Caro, ya lo hablamos esto.

- Siempre me vas a decir lo mismo.

- Sí, además conocí a un chico el otro día, estamos saliendo.

- ¿Pero qué? ¿Es algo serio?

- No sé, qué sé yo, recién nos conocimos. Además, ya no me puedo quedar más.

- ¿Qué, te levantás temprano mañana?

- En realidad los sábados no entro tan temprano, pasa que quiero levantarme antes para llenar tranquila los formularios y ya poder entregarlos mañana.

- OK, vamos a pedírselos.

- Vos no sabés dónde los puede tener ¿no?

- No, ¿por qué?

- No sé, hace rato que el tipo está sentado ahí al lado de la barra, y por momentos me pareció que me miraba de reojo, pero como enojado.

- Y si no lo miraste en toda la noche. Vamos, no importa.

Las dos se acercaron al joven y Sabrina le dijo:

- Hola, disculpame, me dijo Carola que vos tenías copias de los formularios nuevos.

- Sí, efectivamente, pero los tengo acá abajo, en el espacio de abajo del sillón. Ahora estoy un poco cansado, me acabo de sentar, en un rato me fijo bien y te los doy.

- ¿No te jode si lo hacemos ahora? Mañana trabajo temprano y ya me tengo que ir.

- Sí, me jode. – Respondió el joven dejando ver algo de enojo y con expresión un tanto provocativa – Hace unos minutos que me senté. Antes el sillón estuvo libre como una hora más o menos y ni se te ocurrió pasar. Venís ahora que me siento.

- En realidad lo dejé para antes de irme.

- Bueno, tuviste un montón de tiempo para venir y estuviste allá haciendo la tuya, yo ahora no me voy a levantar porque se te ocurrió venir ahora. Lo lamento, pero esta es mi casa y éste es mi sillón, si no te gusta... ahí está la puerta.

En ese preciso instante, se escuchó un golpe seco. De repente, el asiento completo se inclinó bruscamente hacia atrás, por lo que el joven quedó con la espalda cerca del suelo y los pies hacia arriba, mientras que los papeles del espacio de abajo quedaron descubiertos. Sabrina realizó una expresión de sorpresa y

enseguida miró a Carola que, con expresión de serenidad, estaba agachada llevando su mano de la palanca del costado a los papeles del espacio de abajo, al tiempo que el joven intentaba moverse lo que podía. Sabrina no pudo evitar dejar salir una pequeña risa. Carola enseguida encontró los formularios y se los mostró preguntándole:

- ¿Son estos?

Sabrina los observó bien y contestó que sí. Acto seguido, las dos se dirigieron hacia la puerta. Sabrina seguía sin poder evitar la pequeña risa. Finalmente, Carola abrió y se retiraron juntas. Ya estaba, la competencia ya estaba terminada. Esa risa final suele ser aquella que declara al ganador... o la ganadora del día.

La verdadera obra oculta

Día 1

En el comedor de aquella casa de dos ambientes, en el barrio de Almagro, estaban reunidos los nueve, el coordinador y los ocho visitantes. El coordinador se llamaba Eduardo y tenía cincuenta y dos años. El grupo de visitantes estaba compuesto por Lidia, de cincuenta y cinco años; Omar, de cincuenta y dos; Pablo, de veintiséis; Gabriela, de veintinueve; Dalmiro, de cuarenta y dos; Lorena, de veinticinco; Mauro, de veintiocho, y Analía, de cuarenta y cuatro. Todos estaban de pie con una copa de vino en la mano, mientras Eduardo les comentaba:

- Bueno, ante todo les quiero agradecer, ustedes son las ocho personas de la feria que aceptaron la invitación para venir a degustar los productos de nuestra empresa. Como ven, éste es el pequeño lugar que usamos, ya que nuestra empresa es muy humilde y es el único recurso que tenemos, comentarle esto a gente que visita las ferias grandes para juntar un grupo reducido que nos pueda dar una mano. Así que nuevamente les agradezco. Acá en la mesa están los productos, tenemos vinos, quesos y chocolates. Los voy a dejar acá para que vayan haciendo la degustación, y a la vuelta se les hará las preguntas correspondientes.

Todos asintieron satisfactoriamente. De esa forma, Eduardo se retiró del departamento. Gabriela fue la que rompió el silencio diciendo:

- Ah, mirá qué bien, nos usan como conejillos de indias.

- Sí, totalmente – Confirmó Lidia.

- Bueno, a todos se les preguntó y todos accedimos, ¿no? – Intervino Mauro.

- Bueno, disfrutemos de esto que tiene una pinta bárbara – Acotó Analía.

De esa forma se produjo un acercamiento cordial entre todos y comenzaron a degustar los productos. El grupo se separó en tres partes, Lidia hablaba con Gabriela y Pablo, Mauro hablaba con Omar, y Lorena hablaba con Analía y Dalmiro. Así se fueron conociendo. La noción del tiempo ya había quedado a un lado, la comida y la bebida empezaban a reducirse considerablemente, algunos iban pasando al baño, y a la vuelta, se metían en otro grupo, y otros se sentaban a disfrutar el producto en soledad. Lo cierto es que después de una hora y media, se empezó a escuchar que golpeaban la puerta, el ambiente se fue callando hasta el silencio total. Se escuchó la voz de Eduardo diciendo:

- Hola, ¿me escuchan?

- Sí – Dijeron algunos.

- Les quería comentar que hubo un pequeño percance. Me acaban de asaltar en la calle, me robaron casi todo.

Algunos presentes realizaron sonidos a modo de consuelo.

- Sí, un garrón, me sacaron la billetera, el celular y la llave del departamento.

- Me imagino que no cerraste con llave – Exclamó Dalmiro.

- Eso es lo que les vengo a decir, siempre se cierra con llave por una cuestión de seguridad.

- ¿Me estás jodiendo? – Intervino Gabriela - ¿Cómo nos vas a dejar encerrados con llave?

- Es una cuestión de seguridad. Ya nos ha pasado en las degustaciones anteriores de gente que robó cosas y se fue, o se dejó la puerta abierta y entraron a robar, esto era lo más seguro, lo que menos nos imaginábamos era que me iban a asaltar en la calle.

- ¿Eso era lo que menos te imaginabas? ¿Qué te podían asaltar en la calle? No salís mucho vos, ¿no?

- Bueno, si me permitís hablar les digo lo que podemos hacer.
¿Podrá alguno llamar por teléfono al número que les voy a pasar?

Todos sacan sus celulares pero ninguno tiene señal, lo cual van anunciando uno tras otro.

- ¿Tenés wi fi acá? – Preguntó Pablo.

- No, no tenemos.

- ¿Y un teléfono de línea? – Preguntó Lidia.

- No, ya no se usa más teléfono de línea – Adelantó Pablo.

- ¿Y ahora qué hacemos? – Preguntó Lorena.

- Anoten este número, – Dijo Eduardo – es el número del dueño de la empresa, él sabe a quién tiene que llamar. Anoten... quince, tres, seis, uno, dos, seis, uno, nueve, ocho. Cuando alguno tenga señal, llamen ahí, Julio se llama.

Todos fueron anotando el teléfono en sus celulares.

- Quince, tres, seis, uno, dos, seis, uno, nueve, ocho – Repitió en voz alta Analía.

- Sí, ese.

- Perdón, ¿otro juego de llaves no tiene nadie? – Preguntó ahora Omar.

- Del departamento no, solamente del edificio.

- No lo puedo creer, te juro que no lo puedo creer – Protestó Gabriela.

- Yo ya vengo.

Eduardo volvió a retirarse y todos se miraron.

- No lo puedo creer. – Dijo Lidia – Mirá si nos tenemos que quedar a dormir acá.

- Yo me imagino que algo van a hacer – Continuó Omar.

- No, es que encima... no sé el celular de ustedes, el mío está muerto, no hay nada de señal acá – Comentó Lorena viendo su celular.

Todos volvieron a ver el suyo y fueron anunciando lo mismo uno tras otro. Algunos se fueron a sentar resignados a esperar.

- Bueno, hagamos algo – Propuso Gabriela.

- ¿Qué querés hacer? No se puede hacer nada – Respondió Mauro.

- Bueno, no sé, algo se tiene que poder hacer, no nos vamos a quedar encerrados acá toda la noche.

- No, cuando alguien tenga señal que avise y llamamos – Intervino Dalmiro.

- Encima es un departamento cerrado, no tiene balcón, ni siquiera contrafrente – Dijo Omar observando el lugar.

- No, esta ventana no tiene conexión con ningún lugar – Agregó Analía viendo la ventana.

- Yo no puedo creer que te cierren con llave – Acotó Gabriela.

- Igual, si es cierto lo que contó, lo que pasó en degustaciones anteriores... es entendible – Planteó Omar.

- Ay, dejate de joder, a mí qué me importa lo que les pasó antes, hice la degustación en otro lado, tomá otras medidas, no sé, lo que sea, pero cómo vas a dejar encerrada a la gente.

- Claro, aparte mirá si a alguno le pasaba algo y tenía que irse antes de tiempo – Agregó Lidia.

- Obvio.

De esa forma se volvió a perder la noción del tiempo. De vez en cuando alguien intentaba proponer algo pero enseguida se demostraba lo inviable que era. En otros momentos volvían a aparecer quejas, sin embargo, nunca dejaron de ver sus celulares, incluso yendo al dormitorio. También de vez en cuando seguían tomando algún bocado que quedaba en la mesa. Poco más de una hora después, se volvió a escuchar que golpeaban la puerta.

- ¿Me escuchan? – Dijo Eduardo.

Todos se acercaron a la puerta, dando la confirmación.

- ¿Pudieron comunicarse?

- No, están todos los celulares muertos, – Dijo Dalmiro - ¿Vos pudiste hacer algo?

- Sí, conseguí prestado el celular de alguien, lo llamé pero lo tiene apagado. Me acabo de avivar que hoy es viernes, los fines de semana el tipo se va afuera y apaga el celular hasta el lunes a la mañana.

Todos dejaron salir su expresión de queja.

- Pero hay otra persona de la empresa a la que se puede llamar, que puede llegar a hacer algo, es uno que tiene contactos. Lo llamé también pero no contesta, ahora voy a ver si consigo prestado otro celular así vuelvo a intentar, les paso el número a ustedes por si les vuelve la señal.

Nuevamente dejaron salir la expresión de queja. Gabriela dijo enojada:

- ¿Me estás jodiendo, flaco? Sacános de acá ya.

- Bueno, ¿qué quieren que haga?

- Bueno, dale, pasános – Dijo Dalmiro.

- Quince, cinco, tres, dos tres, siete, cuatro, cinco, cero, también Eduardo se llama. Voy a ver si consigo otro celular.

Todos anotaron también este número en sus celulares. Eduardo volvió a retirarse.

- Hijo de puta, la denuncia que le voy a hacer – Acotó Dalmiro.

- No puedo creer, cómo pueden ser tan irresponsables, loco – Exclamó Gabriela.

- Te juro que esto es inaudito, en mi vida me pasó algo similar – Contó Analía.

- A nadie le pasó algo similar – Agregó Mauro.

- La puta madre, yo no quería venir, estuve a punto de no venir, a mi amiga le surgió algo, mi mamá se había puesto pesada, y al final dije: “No, después pasa mucho tiempo hasta la próxima feria, andá que va a estar bueno” – Se lamentó Lorena.

- Yo también casi no vengo. – Agregó Pablo – Pero no podía rechazar vino gratis.

Algunos se rieron, y segundos después se fueron sentando otra vez. Muchos se sacaron las camperas y los sacos. La escena se mantuvo como antes, esta vez Pablo y Dalmiro fueron al dormitorio a ver la señal de sus celulares, pero como demoraban, se sumaron Lorena y Omar. Allí vieron que, por momentos, el celular dejaba de estar muerto y conseguía algo, pero no lo suficiente para ser usado. Mientras, en el comedor, Lidia acotó:

- La verdad que sí, no recuerdo que me pasara algo semejante.

- Es inaudito, aparte parecía un tipo medianamente con algunas luces – Acotó Gabriela.

- Igual, los hombres son básicos – Agregó Analía.

Lidia y Gabriela hicieron una estrecha risa. Mauro miró a Analía, desenchajado. Ella notó esto, pero lo ignoró.

- Me imagino que no tardará mucho en volver – Continuó Lidia.

- Ya, la verdad, no sé qué pensar – Exclamó Gabriela.

Para entonces, volvieron los que estaban en el dormitorio, nuevamente resignados. Esta vez la noción del tiempo se recuperaba con mayor frecuencia. En determinado momento, Analía comentó:

- Menos mal que hoy a mis hijos no les tocaba estar conmigo.

- Yo más que nada lo lamento por mis perros, no les dejé suficiente comida para mucho tiempo – Continuó Lidia.

- Ay, pobrecitos – Exclamó Gabriela.

- Tendrían que haber previsto esto y dejarnos un poco más de vino que del resto de las cosas – Dijo Pablo.

- Sí, la verdad... – Confirmó Lorena.

Pasó menos tiempo esta vez cuando regresó Eduardo, todos volvieron a acercarse a la puerta. Éste les dijo:

- No, no hay caso, tiene el teléfono prendido pero no contesta. No sé qué carajo le pasa.

- ¿Y qué estás queriendo decir? – Preguntó Dalmiro.

- No te estoy queriendo decir nada, por ahora no puedo darles ninguna solución.

- ¿Y qué vas a hacer? – Preguntó Analía.

- Nada, lo lamento pero ya hice todo lo que pude, si en la empresa nadie se calienta para solucionar el problema, yo tampoco me voy a quedar acá hasta que a ellos se les ocurra atender los teléfonos.

- ¿Qué, te vas a ir? – Preguntó indignada Gabriela.

- Ya no puedo hacer más nada, ya les dejé los teléfonos de las personas responsables.

- A mí qué me importa, sacáños de acá de alguna forma porque te vas a comer una denuncia de acá a la China – Dijo Dalmiro.

- ¿Qué, me estás amenazando?

Todos dejaron salir su expresión de queja e indignación.

- Sacáños de acá, flaco, hacé algo – Insistió Gabriela.

- Yo ya hice todo lo que estaba a mi alcance, esta empresa de mierda hace lo que se le canta el culo y le hace poner la cara a los demás. Ya tienen los teléfonos, llamen y hablen con ellos. Yo voy a seguir llamando también y cuando consiga algo vuelvo, pero por ahora no puedo hacer más nada.

Todos empezaron a hacer el mismo pedido hasta que se dieron cuenta que ya no había nadie del otro lado de la puerta. Se miraron resignados, sabiendo que deberían pasar allí la noche. Nuevamente intentaron repasar entre todos las posibles soluciones, pero otra vez todas resultaron inviables. Algunos volvieron al dormitorio a chequear la señal, los demás se sentaron, Lidia y Lorena se sacaron los zapatos. Cuando regresaron los que habían ido a la habitación, comenzaron a planificar la forma de pasar la noche. Solo había una cama de dos plazas en el dormitorio. Luego de diferentes planteos, todos acordaron que Lidia y Lorena fueran las dos que la usaran. A la vez, Omar fue a dormir a un costado de la cama, con unas frazadas en el piso, las cuales había encontrado allí, y el resto se acomodaron en los sillones del comedor.

Día 2

Durante la mañana siguiente, se fueron levantando en diferentes horarios, iban pasando al baño e iban tomando algo de lo poco que quedaba en la mesa. Luego se sentaban a insistir con el apagado y prendido de los celulares. Luego se fueron armando nuevamente grupos de charlas donde cada uno empezaba a presentarse un poco más, comentando sus profesiones, Lidia era directora de escuela jubilada; Omar, arquitecto; Pablo, despachante de aduanas; Gabriela, empleada administrativa; Dalmiro, dueño de

una remisería; Lorena, empleada en un locutorio; Mauro, empleado administrativo, y Analía, empleada administrativa.

Durante la tarde, las divisiones en los grupos de charlas parecían ir desapareciendo y todos escuchaban lo que hablaban otros. Algunos estaban sentados, otros parados o caminando por la casa, ya todos estaban sin camperas ni sacos, y casi todos estaban descalzos. Fue entonces que Lidia comentó:

- Ya mis perros deben estar hambrientos.

- Qué increíble cómo por culpa de los humanos terminan sufriendo los animales – Comentó Analía.

- ¿Los animales sufren nada más? ¿Son los únicos que te importan? – Preguntó enojado Mauro.

- Sí, porque ellos no hicieron absolutamente nada.

- ¿Y nosotros sí hicimos algo?

- No sé, es problema tuyo lo que hiciste. No te la agarres conmigo.

- Yo no me la agarro con vos, soy hombre, y según lo que dijiste ayer, los hombres somos básicos.

Analía sonrió y luego dijo:

- ¿Te molestó el comentario?

- No, el comentario no me molestó tanto. Lo que más me molestó es que esperaste a hacerlo cuando el resto de los hombres se habían ido a la habitación y había quedado yo solo con ustedes. Te aseguraste de decirlo cuando todos los hombres se fueran, pero no te importó que estuviera yo.

- La verdad que no me fijé quién se había ido y quién se había quedado.

- No, seguro – Dijo sarcásticamente Mauro.

- Bueno, no importa lo que se dijo, – Intervino Lidia – esta es una situación que nos agarró por sorpresa a todos.

- Claro, pero los únicos que sufren son los animales.

- Son los que no hacen nada para tener que sufrir. Todos tenemos que aprender ellos, en especial de los perros – Respondió Analía.

- Claro – Afirmó Lidia.

- La lealtad, el estar en las buenas y en las malas, el desinterés, que no les importe la situación económica de los demás,... yo no sé cómo hacen, la verdad es que son superiores a nosotros.

- Hablá por vos. – Respondió otra vez enojado Mauro – Estás generalizando a los seres humanos. Existen seres humanos que están en las buenas y en las malas, y que no se fijan en la situación económica del otro, que vos no los hayas encontrado no quiere decir que no existan. Así que hablá por vos, si vos solamente podés estar con una persona en las buenas, y en las malas te vas, es problema tuyo, si vos no podés estar con alguien con una situación económica inferior a la que tenés vos, es problema tuyo. Entonces decí que los perros son superiores a vos. Pero yo cuando estuve con alguien estuve en las buenas y en las malas, y jamás estuve con alguien por su situación económica. Que vos seas así no significa que todos los seres humanos seamos así.

- Pero los perros tienen una lealtad que no encontrás en ningún ser humano – Intervino Omar.

- Porque lo que la gente que tiene perros busca no es lealtad. Es interesante entender la mente de una persona que tiene adoración por los perros. Son lo más parecido a un esclavista que hay.

- No, ¿por qué?

- Quieren tener encerrado a alguien en su casa todo el día, mientras ellos van a trabajar o a cualquier otro lugar, o alguien que los siga a todos lados. Alguien que sepan siempre dónde está. Alguien que no tenga vida, sino que viva para estar con ellos.

- No, es estar con alguien que no tiene maldad – Agregó Gabriela.

- Los perros no tienen conciencia, no tienen maldad y no tienen bondad tampoco.

- Tienen inocencia – Agregó ahora Lidia.

- ¿Qué inocencia tienen? Decime, ¿qué inocencia tienen? Son seres salvajes como todos los animales. El otro día, cerca de mi casa, un perro se puso a perseguir a otro, lo mordió del cuello y lo revoleó no sé cuánto tiempo. Se comen otros animales mientras

están vivos, ¿sabías que solo se los comen si están vivos? Porque lo que les gusta es el sabor de la sangre, si ya están muertos no les interesa, son animales, son salvajes. Yo no entiendo cómo la gente puede tratar con tanto amor y ternura a un ser salvaje. Lo cuidan y lo protegen como si fuera alguien vulnerable y de vulnerable no tiene nada. Es una provocación permanente.

- ¿Qué es una provocación permanente? – Preguntó Analía.

- Ver cómo una mujer le da amor a un perro. Está repleto de hombres que están necesitados de amor y ellas les dan amor a los perros. Voy por la calle y hay mujeres que me ven y enseguida se muestran dándole amor al perro.

- Y bueno, los perros son lindos, vos no – Acotó Pablo.

Todos dejaron salir la carcajada. Mauro miró a Pablo, desencajado, y le dijo:

- Ah, bárbaro.

- Tranquilo, capo, no te pongas nervioso. Tomaste poco vino, ¿por qué no tomás un poco más?

- No me gusta el alcohol, vine por la degustación de la comida.

- Eso explica todo.

- ¿Qué? ¿Qué es lo que explica?

- Bueno, gente, por favor, ¿podemos tranquilizarnos todos? – Intentó calmar Lidia – Acá el tema es que todos estamos metidos en esta situación, y tenemos que ser pacientes.

Eventualmente los grupos volvieron a dividirse, la situación se mantenía incómoda, especialmente cuando alguien debía pasar por al lado de otro que estaba sentado de mal humor. Más cerca de la noche, después de distintos planteos, decidieron dormir de la misma manera que lo habían hecho la noche anterior.

Día 3

Nuevamente el comienzo del día se fue desarrollando de una forma similar al anterior, aunque hubo algunos que aprovecharon para quedarse un rato más, como era el caso de Omar que se quedó un rato sentado en el borde de sus frazadas. Ya era muy

poco lo que quedaba de comida, solo alguno que otro agarraba todavía algo, la mayoría solo tomaba otro poco de vino. Para entonces, ya todos estaban descalzos. De a poco comenzaron a darse nuevas charlas con grupos divididos, y también de a poco las divisiones volvieron a desaparecer. En un momento, Lidia comentó:

- Era muy obvio que este hombre no iba a venir el fin de semana.

- Sí... lo que parece hecho a propósito es que ningún celular tenga señal en toda la casa – Dijo Gabriela.

- Pero hay que ver el lado positivo de eso, se descansa la cabeza – Agregó Dalmiro.

- Sí, la verdad que sí.

- En la calle está todo el mundo caminando con la vista pegada ahí, todo el tiempo, como locos.

- Todo el mundo no, - Saltó Omar – yo no ando caminando todo el tiempo con eso.

- Bueno, perdón, vos no.

- No, bueno, pareciera que me conocés de algún lado.

- No, que yo sepa, no, capo. ¿Por qué lo decís?

- No, qué sé yo, pareciera haber gente que te mete en la misma bolsa que el resto. Es una tendencia de mucha gente hoy en día.

- Nadie mete en la misma bolsa a nadie – Intervino Lidia.

- Yo solamente mencionaba que es un descanso no usar el celular, nada más – Explicó Dalmiro.

- Sí, pero gracias a que la gente tiene celular en la calle, es que el tipo pudo intentar llamar a alguien – Continuó Omar.

- Sí, sirvió de muchísimo – Dijo sarcásticamente ahora Dalmiro.

- No importa, eso ya no fue por culpa de los celulares. Es más, si los encargados lo hubieran tenido prendido, seguramente ya nos hubieran sacado.

- Bueno, hasta ahora los celulares parecen más útiles que nosotros – Acotó Pablo.

- Bueno, pero hoy todo eso se hizo parte de la forma de vida de todos – Explicó Lorena.

- Olvidate.

- A algunos de nosotros seguro nos afecta también pasar tanto tiempo sin entrar en las redes sociales.

- Sí, a mí.

- A mí también. – Dijo Analía – Parece que no, pero se siente.

- Sí, la verdad que sí. – Intervino Dalmiro – Yo en el último tiempo empecé a usar bastante, ahora cuesta estar tanto tiempo sin usar.

- ¿Tanto tiempo? – Preguntó Mauro.

- Bueno, qué sé yo, si ves la frecuencia con que se usa, ya pasó mucho tiempo.

- Obvio, yo generalmente renuevo mis fotos, pero en esta situación está claro que no puedo – Explicó Lorena.

- Bueno, eso es bueno, tus contactos van a saber que algo malo está pasando – Acotó Gabriela.

- Sí, tal cual.

- Ay, nena, pero no tenés que usar eso para andar exponiéndote tanto, es muy peligroso – Acotó ahora Lidia.

- Bueno, cada uno lo usa para lo que quiere.

- Ah, sí, a mí me armaron uno, pero no lo uso de tanto que escucho en los noticieros casos de acoso y no sé qué otras cosas.

- Es como todo, es según el uso que se le dé. Las redes están buenas, pero como en todo va a haber gente que lo use para cosas buenas y gente que lo use para hacer daño – Explicó Dalmiro.

- No hay que ver tanto noticiero – Afirmó Pablo.

- No, pero esas cosas pasan – Comentó Lidia.

- Bueno, cada uno lo usa para lo que quiere – Repitió Lorena.

- No, está bien, querida, yo solamente te lo digo porque podrías ser mi hija.

- Bueno, te agradezco. Ya tengo bastante con mi mamá.

- La juventud es un poco más inconsciente – Intervino Omar.

- No, inconsciente no, yo me sé cuidar muy bien – Respondió ya enojada Lorena.

- No, digo porque se ve mucho en las redes chicas de tu edad subiendo fotos medias zarpadas.

- Y bueno, ¿qué querés que haga?

- No, nada. ¿Vos subís también?

- ¿A vos qué te importa?

- Bueno, disculpá, no te pongas así.

- Bueno, no hagas preguntas personales.

Después de eso, las charlas se fueron reduciendo, y las horas pasando muy lentamente para la perspectiva de todos. Con la tarde más afianzada, empezó a haber un poco de actividad otra vez. Para cuando el sonido ambiente del departamento parecía estar en su punto más alto, comenzó a escucharse el ruido de una llave ingresando a la puerta. Instantáneamente, el sonido se redujo de manera considerable, y en menos de dos segundos, desapareció. Todos miraban hacia la puerta, la llave dio una vuelta y la puerta se abrió. Dos hombres, de unos veintipico de años, ingresaron y volvieron a cerrar. Todos los presentes los miraron ansiosos de que empezaran a hablar. Uno de ellos dijo:

- ¿Ustedes son los que vinieron por la degustación?

- Sí – Dijeron algunos.

- Bueno, nosotros somos los que asaltamos al coordinador.

Un murmullo de miedo empezó a detectarse.

- Tranquilícense. El asunto no es con ustedes. El coordinador cometió el error de ir a hacer la denuncia, y como tenemos sus datos y la llave de su departamento, hay una situación que vamos a arreglar con él. ¿Dónde está?

- No pudo entrar, está tratando de comunicarse con unas personas que pueden venir a sacarnos – Explicó Gabriela.

- Bien, entonces si no les molesta lo vamos a esperar acá. ¿Tienen alguna idea de cuándo puede llegar a volver?

- No, dijo que en cuanto se comunicara.

- Bueno, no va a tardar mucho entonces.

- ¿No nos pueden dejar ir y ustedes arreglar con ellos lo que tengan que arreglar? – Preguntó Lorena.

- Y, lamentablemente no.

- Nosotros no vamos a decir nada – Aclaro Dalmiro.

Esto fue afirmado por varios del grupo.

- No, lo lamento pero no – Dijo el hombre sacando un arma.

Nuevamente el murmullo de miedo volvió a detectarse con mayor intensidad.

- Para nosotros es una sorpresa encontrar gente acá, pero ya que están vamos a aprovechar la situación.

El hombre sacó de su mochila una bolsa de residuo, la abrió, se acercó a la mesa y la puso arriba de ésta, luego continuó:

- Van a ir pasando de a uno y van a ir dejando el celular, la billetera, los relojes, los anillos, collares, pulseras, etc.

Los presentes obedecieron y de a uno fueron haciendo lo solicitado de una forma más que ordenada. Una vez que pasó el último y ya estaban todos nuevamente sentados, el hombre les dijo:

- Les recomiendo ahora que se porten bien, y que todos esperemos tranquilos a que el coordinador vuelva. A todos ustedes les conviene que vuelva porque si no los tendremos que usar a ustedes de alguna manera para hacerlo volver.

- Pero no sabemos si va a volver – Reprochó Lorena.

- Es problema de ustedes.

- ¿Pero por qué nos hacen quedar acá si ya no nos necesitan para nada?

- Te lo acabo de decir, tal vez los tengamos que usar a ustedes, aparte no podemos arriesgarnos a que algo pueda llegar a evitar que el coordinador venga.

Mientras el hombre decía esto, Mauro visualizó una de las bandejas de vidrio que estaban vacías arriba de la mesa, y sin dejar pasar segundo, la agarró a toda velocidad e intentó rompérsela en la cabeza, sin embargo, antes de lograr esto, el hombre lo vio, y de forma instintiva se cubrió con ambas manos, cuando hizo esto, el arma se disparó accidentalmente contra la bandeja, haciéndola estallar en pedazos, los cuales algunos se clavaron en la cara y en los ojos de Mauro. Instantáneamente, comenzó a gritar con las manos en la cara y con chorros de sangre saliendo de cada lugar

afectado. Los presentes estallaron en un ataque de espanto mientras que Mauro empezó a correr desesperado por todos lados del departamento. Cuando parecía que iba para el lado del dormitorio, el hombre le apuntó desde atrás y le disparó en la parte superior de la espalda, haciendo que cayera al suelo boca abajo, sin vida. Allí, los presentes dejaron salir un grito de terror. El hombre intentó calmarlos, al principio no pareció poder, por lo que intentó otra vez en un tono mucho más elevado, allí debieron volver a la normalidad. A partir de ahí, la conducta del grupo se modificó completamente. Esto se mantuvo solo unos diez minutos, ya que para entonces, otra vez se empezó a escuchar el ruido de llaves que ingresaban a la cerradura. Todos volvieron a poner el foco allí, la llave dio una vuelta y la puerta se abrió, era Eduardo. Parecía tener una expresión de buenas noticias hasta que vio al hombre, que comenzó a apuntarle con el arma. Aquí su expresión cambió a una de miedo y desentendimiento. Éste lo hizo entrar y cerró la puerta, luego le dijo:

- Bueno, qué gusto que estés acá.

Luego les dijo a todos:

- Ustedes ya pueden irse.

Todos agarraron rápidamente sus zapatos, sus camperas y sacos, sus carteras y salieron del lugar. Omar, que fue el último en salir, antes de dejar el pasillo para bajar la escalera, giró la cabeza y vio a los tres hombres juntos. Seguido de eso, vio la puerta del departamento cerrarse.

El día del juicio

“ATO LAZOS, TE TRAIGO A TU AMOR DE VUELTA, UN HECHIZO QUE EN SOLO HORAS LO HARÁ TIRARSE A TUS PIES”

Ése era el cartel que estaba colgado, bajo el nombre de “Mistical”, en la puerta de entrada, la cual estaba entornada. Dolores, junto a Alfredo, la abrió del todo e ingresaron a la oficina. Se trataba de un lugar amplio, con un piso de mármol, y en el centro del mismo, había varias velas puestas en el piso formando un amplio círculo. Más allá de que la luz estaba encendida, las velas también lo estaban. El cuerpo de la víctima estaba pasando este círculo, yaciendo boca arriba junto a una pequeña mesa con una silla a cada lado. La víctima era un joven de veintipico de años. Estaba con una remera de mangas cortas, un jogging y descalzo. De lejos podía verse que tenía algo en la boca, y al acercarse pudieron comprobar que se trataba de restos de vómito que llegaban a verse en su remera y en el piso a ambos costados. En ese momento, apareció, por la puerta ubicada enfrente a la entrada, una mujer de aproximadamente unos cincuenta años, de baja estatura y algo subida de peso, cabello apenas largo de color negro azabache y unas fuertes ojeras debajo de sus ojos que hacían juego con el cabello. Vestía una ropa cómoda, una especie de vestido suelto con unas cómodas chatitas. Se detuvo al ingresar y dijo:

- Buenas noches, ¿ustedes son del departamento de policía?
- Sí... - Respondió Dolores – usted es...
- Ofelia. Soy la dueña del lugar.
- Ofelia, ¿podría decirnos lo que pasó?

- Bueno... Gastón empezó a venir hace unas semanas acá. Estaba mal, muy deprimido porque la novia lo había dejado y él la seguía queriendo. Dijo que estaba dispuesto a hacer el ritual necesario para hacer que volviera. Bueno... la cosa se estaba demorando más de lo habitual y pasó de improviso sin avisar para ver qué pasaba. Yo justo estaba por empezar a comer, había preparado unos raviolos con tuco, y le dije que ahora no podía hacer nada. Pero él insistió, insistió y bueno... acepté, hicimos algo del ritual y como tenía que contarme cosas le pregunté si quería acompañarme con la comida. Aceptó y empezamos a comer. Al poco tiempo que terminamos, se empieza sentir mal, se empieza a sentir mareado, se agarraba la panza y la cabeza, y a los pocos minutos vomitó todo. Yo no entendía nada hasta que me dijeron que se le había cortado la digestión por haber comido descalzo y apoyando los pies en el piso de mármol que estaba helado, porque para los rituales, el que viene tiene que estar descalzo. Empieza a vomitar, parecía que en un momento iba a parar, pero no paraba, empezó a hacer arcadas y empezó como a asfixiarse, le preguntaba qué le pasaba, pero no me contestaba, se empezó a poner morado y se desesperó hasta que cayó al piso totalmente seco. Lo primero que hice fue llamar una ambulancia. Llegaron enseguida pero dijeron que ya había fallecido, que se había tragado el vómito.

- ¿Por qué se estaba demorando más de lo habitual el caso de Gastón?

- Son cosas que suelen pasar, la otra persona no está dispuesta afectivamente y genera cierta resistencia al ritual, eso estaba pasando en el caso de Gastón.

Después de tener la charla con la dueña del lugar, Dolores y Alfredo se quedaron hablando algunas cosas en privado y acto seguido salieron de la oficina. Allí, él llegó a ver la puerta entornada de la oficina ubicada junto a la que acababan de abandonar, y junto a ésta llegó a ver a un joven, aproximadamente de la edad de la víctima, que parecía estar espiando y que cuando miró en su dirección, cerró la puerta inmediatamente.

Días después, esperaban la realización de la autopsia de Gastón, y efectivamente había ocurrido lo que Ofelia describió. La víctima se había tragado el vómito producto de una indigestión que le había generado el conducto del frío. Sin embargo, apareció un detalle que había sido omitido. Segundos antes de morir, Gastón eyaculó. Nadie entendía este hecho y les resultaba ilógica la inclusión del mismo en el contexto en que se vio envuelta su muerte.

En el primer paso de la investigación, el departamento le propuso a Analía y a Marcelo que le solicitaran a Ofelia, una lista de la gente que había estado ese día en el lugar. Ofelia no tuvo problema en facilitárselos. No se trataba de una lista sino de una sola persona que había estado algunas horas antes de Gastón. Se llamaba Arturo y tenía aproximadamente su misma edad. Paso siguiente se lo convocó al departamento y Marcelo le realizó la entrevista correspondiente.

- Lamento decepcionarte pero nunca estuve ahí. Conozco el edificio porque ahí trabajaba un amigo y lo iba a ver de vez en cuando. Es por eso que me vieron.

- ¿A Ofelia la conocés?

- No, por ahí si la veo la conozco de vista pero no por ser un cliente.

- ¿Entonces cómo explicás que sepa tu nombre?

- No sé, lo habrá averiguado para tener algún nombre que pasar.

- Bueno, nosotros siempre usamos la tecnología así podemos cerrar los temas, por más que hay mucha gente que se queje la tecnología ayuda.

En ese momento, ingresó Analía al lugar. Marcelo continuó:

- Ya la cerramos la entrevista, pero tenemos que dejar la prueba de que lo que decís es cierto, y la tecnología es lo que nos ayuda para este tipo de casos. Te voy a pedir que te saques las zapatillas y las medias.

Arturo, sin decir nada, realizó lo que se le pidió.

- Y te voy a pedir que apoyes los pies en esta máquina – Dijo Marcelo señalando un pequeño aparato similar a una balanza de piso ubicada junto al escritorio.

Arturo volvió a realizar lo que se le pidió. Marcelo encendió el mismo y comenzó a pasar una especie de laser en la parte superior del mismo y debajo de las plantas de los pies de Arturo. Este proceso se repitió un par de veces hasta que Marcelo apagó el aparato.

- ¿Para qué es la prueba?

- En ese lugar para hacer los rituales, los que van tienen que estar descalzos, los forenses tomaron una muestra de las huellas del piso más recientes y para poder descartarte necesitamos probar que tus huellas no coincidan con las encontradas.

Arturo realizó un gesto que expresaba el sentirse acorralado.

- ¿Querés contarnos cómo llegaste ahí? – Solicitó Analía.

Respiró hondo y dijo fastidiado:

- Vi un cartel y fui. Y lo quería mantener en silencio.

- Tenemos que hacerlo esto, estuviste ahí el mismo día que alguien murió – Explicó Marcelo.

- No me gustó estar ahí. Desde que llegué no me gustó, estuve todo el tiempo esperando a que terminara. No me gustó para nada, fue la primera y la última. Nunca creí en esas cosas.

- ¿Por qué fuiste? – Preguntó Analía.

- Por curiosidad, ¿nunca tuviste curiosidad por algo? Quería ver qué era lo que decían o hacían.

- Ahá.

- Siempre supe que es una mentira eso, pero tenía curiosidad por la clase de rituales que hacían.

Analía sonreía incrédula.

- A ver... no es muy difícil. Juegan con la estadística de que el cincuenta por ciento de las parejas que se separan se pueden llegar a volver a unir.

Analía y Marcelo se miraron como habiendo concluido el trabajo y preparándose para retirarse. Arturo continuó:

- Si es una pareja que puede volver a unirse, con lo que hacen se van a volver a reunir y si no te van a hacer creer que sos parte de un porcentaje pequeño porque supuestamente el sistema no es perfecto.

- OK – Agregó Analía empezando a retirarse junto con Marcelo.

- Es una cuestión de sentido común – Agregó en ese momento.

Tras escuchar eso, Analía se detuvo y se dio vuelta, volviendo a ingresar. Marcelo también se detuvo viéndola. Analía miró desafiante a Arturo y le preguntó:

- ¿Cómo?

- Que es una cuestión de sentido común.

En ese momento, Analía miró el bolso de Arturo que estaba sobre la mesa del costado.

- ¿Sabés qué? Ahora que lo pienso no revisé tus cosas.

Arturo sonrió comprendiendo la situación y Analía comenzó a revisar el bolso. A los pocos segundos extrajo unas estampitas pertenecientes a los rituales de Mistical. Les echó un vistazo y mostrándolas con una sonrisa desafiante le preguntó:

- ¿Qué es esto?

Arturo la miraba ahora con una gran furia, sin contestarle.

- Llevar estas estampitas en el bolso te puede llegar a ligar con la organización. Disculpame pero te tengo que dejar demorado.

Finalmente Analía y Marcelo se retiraron de la sala.

Varios minutos después ingresó a la misma sala, un joven de la edad del interrogado, con cierto cuidado, pareciendo querer evitar que lo vieran. Arturo no sabía de quién se trataba y al ver la discreción del joven comenzó a preocuparse. Éste al ver que no venía nadie empezó a mirar a Arturo seriamente. Mientras tanto, Dolores hablaba con Alfredo en la oficina, cuando en el momento menos esperado se empezaron a escuchar gritos provenientes de la oficina donde se estaba interrogando, eran dos hombres discutiendo intensamente. Los detectives se miraron, momento en que se escucharon dos disparos. Salieron corriendo hacia allí, y al

ingresar se encontraron con Arturo sin vida y con dos tiros en la frente. Dolores y Alfredo no podían creer lo que veían y enseguida dieron parte al resto del departamento para que cerraran las puertas y no dejaran salir a nadie. Sin embargo, el asesino había sido más rápido de lo que habían sido en el departamento.

No habían pasado muchas horas del acontecimiento cuando se acercó al departamento aquel joven que Alfredo había visto en la oficina ubicada junto a la de Ofelia. Dolores y Alfredo dialogaron con él y esto fue lo que dijo:

- El día que ustedes estuvieron ahí no quise salir a decir nada, porque pensaba que se había tratado de una cagada de Ofelia, que en definitiva lo fue, pero cuando me enteré que mataron a aquel chico que entrevistaron el otro día, pensé enseguida que habían vuelto a aparecer los matones que la bancaban. Matones que andan atrás del negocio y que se encargan de que siga vigente. Yo no puedo decirles mucho de ellos pero sí que los he visto apretar gente en la calle que yo había visto en la oficina de Ofelia. Más que eso no les puedo decir. Estoy acá porque Ofelia se mandó una grossa, y no pienso pagar los platos rotos por ella. Yo la conozco de hace mucho tiempo, sé que es una mujer trabajadora, pero... en este último tiempo muchos clientes se fueron mal de ahí. Llegué a comentárselo porque sabía que en cualquier momento iba a pasar algo. Yo estuve ahí el día que Gastón murió. Escuché todo. Se escuchaba todo cuando alguien gritaba y si me acercaba más al fondo y había silencio podía llegar a escucharse aun cuando hablaban normalmente. Gastón llegó enojado, muy enojado, y le dijo: “Sos una mentirosa de mierda. Los rituales no sirven para nada. Hice todo lo que me dijiste y pasó todo lo contrario. Me robaste, te voy a denunciar, te juro que te voy a denunciar, te voy a hacer cerrar esta mierda y vas a terminar presa. Te lo juro”. Y Ofelia trataba de calmarlo, le decía: “Esperá, ¿me podés decir qué fue lo que pasó?, contame qué pasó”. Y Gastón le dijo: “Hice todo lo que había que hacer, todo. Y ella no hizo absolutamente nada de lo que dijiste que iba a hacer. Me dijo que la dejara de joder, que estaba organizando las vacaciones con su novio, que me fuera, que

la terminara y que me comprara una vida”. Y Ofelia seguía tratando de calmarlo, y le decía: “No puede ser, faltó algo entonces. No puede ser, si te calmás lo analizamos, sentate que lo analizamos”. Y “no” le decía él, “te voy a denunciar, sos una estafadora, te juro que te voy a denunciar”. Después de tanto insistirle, lo terminó calmando. Para cuando se calmó la cosa, yo puse todo en silencio y me acerqué a la puerta a escuchar, y ella le dijo que estaba por comer, que si quería acompañarla con la comida mientras le contaba en detalle lo que había pasado para entender qué faltaba. Él ya más calmado aceptó.

- Eran pastas ¿no? – Preguntó Alfredo.

- Sí, creo que ravioles. Yo ahí no estaba tan compenetrado porque comían y no hablaban mucho, él le contó la historia un poco más detallada. Empecé a concentrarme otra vez cuando se empezaron a escuchar algunos... eh... sonidos... provenientes de él pareciendo estar disfrutando algo. Y a los pocos minutos se escucha que vomitan.

- ¿Se escuchaba a Ofelia tratando de ayudarlo? – Preguntó Dolores.

- Eso es lo que me llamó la atención. Parecía tratarlo como un bebé, le decía: “Bueno, ya está, ya va a pasar, tranquilo”. Hasta en un momento él pareciera que eructa y ella como que se ríe y le dice: “Ay, qué chancho, no se hace eso”. Y siguió tratándolo así como un bebé. Hasta que un momento se calló todo, y hubo silencio absoluto, se acabaron las arcadas, los eructos y los vómitos.

Tras decir esto último, hubo un silencio de algunos segundos, y continuó diciendo:

- Lo siguiente que escuché... fue a Ofelia pidiendo una ambulancia.

Al final de la entrevista el joven agradeció a los detectives por haberlo escuchado y dejarlo dar su testimonio. Ellos solo dijeron:

“Eso es lo que hacemos, nos aferramos a algo que brinda seguridad para pensar no querer caer nunca en el mundo que nos

otorga la experiencia, más allá de que inconscientemente se vive y lo sobrellevamos como podemos”.

Grand finale

La situación transcurre en un amplio y moderno auditorio. Allí todas las luces estaban prendidas y el lugar se mantenía bastante iluminado. El escenario estaba cubierto por las dos elegantes cortinas negras que formaban el telón. En las sillas ubicadas más cerca de dicho escenario había un grupo de diez personas reunidas, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, manteniendo un diálogo. En un momento las luces parecieron bajarse y ese diálogo empezó a reducirse. Todos empezaron a observarlas y efectivamente confirmaron esto. Las luces continuaron bajándose hasta dejar el lugar bastante oscuro. Para cuando eso sucedió, comenzó a sonar una música a todo volumen, una música imponente y que indicaba la presentación de algo, junto con ésta se encendieron algunos reflectores que empezaron a mover sus reflejos sobre el telón. Todos los presentes se miraron entre ellos sorprendidos, algunos sonriendo por la inusual situación. Aproximadamente un minuto después, el telón se empezó a abrir lentamente, intensificando la atención de la gente así como su visión a lo que se iba viendo en el escenario. Este proceso duró algunos segundos y precisamente cuando el telón se terminó de abrir, la música concluyó con un final aún más imponente. La gente, sin poder sacar la mirada de lo que se le había presentado, aún parecía no saber de qué se trataba lo que estaba pasando. Volvieron a mirarse entre ellos, pero todos vieron a los demás en su misma situación. Algunas personas se levantaron, se acercaron lentamente y pudieron percibir todo un poco mejor. Ante esto, una mujer dejó salir un grito de terror.

Una hora antes.

Nos ubicamos en el depósito de una imprenta. Si bien el lugar era amplio, su superficie estaba bastante reducida por el almacenamiento de trabajos de impresión. Algunos estaban apoyados contra las paredes, otros estaban desparramados por el suelo. Gustavo, un joven de veinticinco años, se encontraba allí terminando de enrollar, empaquetar y acomodar los trabajos. Estaba con una remera, un pantalón chupín algo levantado y descalzo, pasando con cautela de un lado al otro del salón evitando pisar los trabajos desparramados por el suelo. En determinado momento, salió del depósito, caminó por un ancho pasillo en forma de ele, el cual tenía una gran arcada sobre un costado que daba a la recepción, y subió unas escaleras por donde llegó a un salón que contenía algunos trabajos más. Mientras estaba agarrando algunos, Federico, un joven de su edad, también ingresó. Éste lo miró disimuladamente y comentó con tono irónico:

- Qué coincidencia, vengo a la empresa donde trabajaba hasta hace quince días y me encuentro con el tipo por el que me echaron.

Gustavo se dio vuelta, al ver de quien se trataba, dejó los trabajos que había agarrado y le contestó:

- Estás equivocado, no te echaron por mi culpa, a mí me pusieron porque el puesto ya estaba libre.

Federico realizó una sonrisa irónica y Gustavo continuó con lo que hacía. Poco después el primero continuó diciendo:

- Seguro, vengo trabajando hace casi un año acá, de repente tu amigo, el de los contactos, le hace una visita al dueño pidiéndole trabajo para un amigo, y al otro día me echan sin motivo aparente.

- Si realmente te echaron sin motivo aparente, ¿qué esperarás para hacerles la denuncia?

- Uf, todo es una pérdida de tiempo y de plata. No se les puede ganar.

- Y bueno... ¿necesitás decirme otra cosa? Porque tengo que terminar con esto.

Federico volvió a hacer una sonrisa irónica y le dijo:

- Hay alguien en la recepción preguntando por vos.

- ¿Quién es?

- Un tal Hernán.

Gustavo no pudo evitar una expresión de susto, volvió a dejar los trabajos que había agarrado y le preguntó:

- ¿Hernán?

- Sí. Hernán.

- ¿Qué le dijiste?

- Que esperara, que te iba a llamar.

- No, decile que no estoy.

- No, ya le dije que estabas, no le puedo decir ahora que no estás.

Gustavo intentó pensar rápidamente en algo sin poder disimular el miedo. Federico no dejaba de observarlo y finalmente le preguntó:

- ¿Está todo bien? ¿Pasó algo con el tipo?

- No es asunto tuyo.

- OK, bueno,... lo voy a seguir esperando al dueño. Tengo una reunión con él. Nos vemos.

Tras decir esto, bajó la escalera. Cerca de lo que parecía ser la oficina principal, se cruzó con Noelia, una joven también de su edad. Ambos se reconocieron y se saludaron:

- Noelia, ¿cómo estás?

- Hola, ¿cómo estás? ¿Todo bien?

- Bien, todo bien por suerte. Me tengo que ver con el dueño, hablé por teléfono el otro día para ver el tema de la reincorporación.

- Ay, no me digas – Exclamó ella entusiasmada.

- Sí, vamos a ver qué pasa.

- Ay, ojalá se pueda hacer algo.

- Ojalá. Después te cuento.

- Dale, nos vemos.

Cada uno siguió su camino.

Estimados lectores, a continuación vamos a hacer un pequeño paréntesis para remontar la historia a tres meses atrás, más precisamente en el pequeño depósito de otra imprenta, hecho aún más pequeño por trabajos terminados de impresión que abarcaban tres de las cuatro paredes. Allí se encontraba hablando Gustavo con Marisa, una joven de aproximadamente su edad. En la pared libre podían verse dos pequeñas arcadas a distintos sectores de la imprenta. En el de la derecha del salón había una mujer de treinta y pico de años, y un hombre, de algunos años más, trabajando en la computadora. Gustavo le contaba a Marisa:

- Me mira y me dice: “Vos también salí con ellos”. Ahí me quedo mirándolo y le digo: “No, flaco, me parece que te estás equivocando. Primero no te hagás el loco, y segundo yo no tengo por qué ir con ellos, ellos se mandaron la cagada, los que tienen que ir son ellos”, y ahí tiró el caballo para atrás. “Bueno” me dice “pero vos también sos conocido de ellos...” “¿Y a mí qué carajo me importa que soy conocido de ellos? Yo no estuve y nadie me va a venir a obligar a hacer algo que no quiero” Y ahí se quedó ¿viste?, no me dijo nada más, salió con el resto y se las tomó sin decir ni ay.

En ese momento, por la arcada de la izquierda del salón, ingresó Hernán, un joven de la edad de Gustavo, caminó lentamente concentrado en unos papeles que tenía, pareciendo enfilarse hacia la otra arcada. Sin embargo, al levantar la mirada por un segundo, vio quiénes eran los que estaban, por lo que se detuvo mirando a Gustavo y diciéndole:

- Flaco, la próxima vez que te vengán a encargar un trabajo, prestá atención a lo que te dicen, porque después por tus boludeces terminamos pagando todos.

Tras decir esto, continuó su camino. Gustavo se le quedó viendo unos segundos y le preguntó:

- ¿Qué me querés decir?

- Vos sabés muy bien lo que te quiero decir – Le contestó sin dejar de caminar.

Gustavo fue caminando bruscamente hacia él, mientras le volvió a preguntar con gran furia:

- No, ¿qué me querés decir? La concha de tu madre.

Cuando se acercó lo suficiente, empujó a Hernán desde atrás, éste se dio vuelta, agarró a Gustavo por detrás de la cabeza y se la estrelló contra la pared, alejándolo luego con un empujón en el que Gustavo terminó chocando contra el otro extremo del salón y algunos de los trabajos terminados. Marisa se tapó la boca del asombro. Gustavo se mantuvo en pie y consciente aunque hacía gestos de no querer seguir peleando, por lo que Hernán siguió caminando. El hombre y la mujer que trabajaban en la computadora se levantaron para ayudar a Gustavo, y una chica, de aproximadamente la edad de él y de Hernán, que también estaba trabajando se asomó por la arcada del costado izquierdo para ver lo que estaba pasando.

Al día siguiente, en una amplia oficina perteneciente a la imprenta, había un hombre de treinta y pico de años, cerca de los cuarenta, de un lado del escritorio; del otro estaban sentados Hernán y Gustavo, este último con la frente un poco hinchada, y detrás de ambos, estaba sentada la mujer de treinta y pico de años. Hernán estaba con una sutil expresión de arrogancia. La mujer, al verlo, no pudo evitar sonreír aunque trató de disimularlo enseguida. El hombre dijo lo siguiente:

- A ver..., se entiende que estén acelerados porque son momentos de mucho trabajo y de mucha tensión, pero los dos van a tener que bajar un cambio. Primero porque, aunque ustedes piensen que es imposible, algunos clientes que conozco de otros lados y con los que tengo cierta amistad, me han comentado del malestar que sienten cuando vienen, producto del maltrato que tienen entre ustedes. Sí, exactamente, se van desconformes de ver que hay maltrato entre ustedes. El cliente lo siente y no le da una sensación de comodidad, sino de querer apurarse e irse lo antes posible de acá. Bueh... esto se tiene que terminar, acá lo importante es que la imprenta funcione bien. Y los dos son importantes para la imprenta, los dos hacen un muy buen laburo,

así que quiero que sigan estando los dos y haciendo los laburos como los saben hacer.

Los días siguientes en la imprenta se mantuvo una movilización que pareció productiva. Podía vérselo a Hernán trayendo del depósito un trabajo que le terminó entregando a un cliente. Podía verse a Marisa que, mientras tanto, atendía a otro que acababa de llegar. Gustavo ingresó al depósito con un trabajo y lo dejó con otros acomodando todo a continuación, tenía una expresión de mucha seriedad. En ese momento ingresó la chica que se había asomado por la arcada en el momento del incidente, cuando Gustavo terminó de acomodar todo y se retiró, ella sin dejar de hacer sus cosas, lo miró disimuladamente. En el pasillo se cruzó con Hernán que le dijo:

- El banner de la semana pasada se lo acaban de llevar.

- Listo – Respondió con buena predisposición Gustavo - ¿Te dijo por qué tardó tanto en pasar?

- Se le complicó no sé por qué quilombo.

- OK.

Tras esto, ambos siguieron su camino.

Días después, Gustavo estaba usando la computadora ubicada en el salón al costado del depósito. Sonó el teléfono, por lo que dejó lo que estaba haciendo y atendió.

- Hola...

Del otro lado, respondió una voz masculina:

- Gustavo, ya hablé con el tipo que te había comentado.

- ¿Qué te dijo?

- Que está necesitando a alguien para el auditorio del centro, que se encargue de los efectos cada vez que haya una presentación. Yo le comenté que vos la tenías clara con todo eso y me dijo que no había problema.

- Buenísimo.

- Dijo que dentro de poco hay una presentación y me pidió que sea lo antes posible, así que te diría que ya vayas renunciando ahí antes de que se ocupe.

- No te hagas problema, hoy es mi último día.

Algunas semanas después, al término de otra normal jornada de trabajo, Gustavo estaba sentado en el sofá de su casa mirando televisión, en su rostro aún se mantenía la seriedad. Junto a él tenía una agenda, la tomó y la abrió en la letra H. Allí, entre números, figuraba el de línea de Hernán, su celular y un teléfono alternativo. Se quedó mirando este número bastante tiempo, su respiración empezó a exaltarse, intentó seguir mirando la televisión, pero no podía dejar de mirar el número en la agenda. Se mantuvo así unos segundos hasta que finalmente respiró hondo, tomó el control remoto, puso el televisor en silencio y se dirigió al teléfono ubicado a algunos metros, levantó el tubo y marcó el número alternativo. Lo atendió una mujer mayor. Gustavo dijo:

- Hola, ¿está Hernán?

- ¿Hernán?, no, acá no vive Hernán.

- Ehh...

- Yo soy la madre.

- ¿Ahí no vive?

- No, no, él vive en otro lado...

- No se haga la boluda y pásame con Hernán ahora.

- ¿Cómo? – Preguntó la mujer descolocada.

- ¿Usted se piensa que su hijo puede hacer lo que quiera con la gente y que no le pase nada? – Le preguntó agresivamente Gustavo.

- ¿Qué está diciendo? ¿Quién habla?

- Gustavo Paredes soy, dígame al hijo de puta de su hijo que arregle lo que tiene que arreglar conmigo porque lo voy a hacer mierda a él y a toda la familia. ¿Entendió?

- ¿Pero qué está diciendo?

Tras decir esto, Gustavo colgó el teléfono. La mujer pareció descomponerse y empezó a apoyarse en el suelo con mucha dificultad para respirar.

Luego de este paréntesis, retomaremos la historia donde había sido dejada. Federico y Noelia volvieron a encontrarse en otro sector de los pasillos, y ella le preguntó intrigada:

- ¿Y? ¿Te dijeron algo?
- No, todavía no llegó el dueño.
- ¿Todavía no llegó?
- No, me había dicho que para esta hora siempre está, pero hoy... encima lo estoy tratando de ubicar y no contesta.
- A veces pasa. Hay días que viene más tarde. Igual no creo que tarde mucho más.
- No, yo tampoco, igual voy a intentar llamarlo una vez más.

Federico sacó su celular del bolsillo, marcó un número y giró la cabeza mirando hacia otro sector, sin apretar todavía el botón de llamada. Mientras tanto, en el sector del pasillo que daba a la arcada, se lo veía caminando a Gustavo lentamente, asustado y haciendo el menor ruido posible. Cuando llegó a la misma, asomó cuidadosamente la cabeza y pudo ver sentado allí, casi de espaldas a él, a Hernán. Sin perder su expresión, continuó caminando por el pasillo para pasar la arcada. Sin embargo, justo cuando estaba por el medio de la misma, le sonó su celular. Gustavo se desesperó y se paralizó donde estaba. Hernán se dio vuelta y lo miró seriamente apenas con cierto aire de bronca. Se levantó. No se dijeron nada. Unos pocos segundos después, empezó a caminar hacia él. Gustavo se asustó aún más y empezó a retroceder lentamente diciendo:

- No, por favor, pará.

La siguiente situación nos lleva media hora después a un amplio y moderno auditorio. Allí todas las luces estaban prendidas y el lugar se mantenía bastante iluminado. El escenario estaba cubierto por las dos elegantes cortinas negras que formaban el telón. En las sillas ubicadas más cerca de dicho escenario había un grupo de diez personas reunidas, hombres y mujeres, mayores y jóvenes, entre ellos Noelia, manteniendo un diálogo. En un momento las luces parecieron bajarse y ese diálogo empezó a reducirse. Todos empezaron a observarlas y efectivamente confirmaron esto. Las luces continuaron bajándose hasta dejar el lugar bastante oscuro. Para cuando eso sucedió, comenzó a sonar una música a todo volumen, una música imponente y que indicaba

la presentación de algo, junto con ésta se encendieron algunos reflectores que empezaron a mover sus reflejos sobre el telón. Todos los presentes se miraron entre ellos sorprendidos, algunos sonriendo por la inusual situación. Aproximadamente un minuto después, el telón se empezó a abrir lentamente, intensificando la atención de la gente así como su visión a lo que se iba viendo en el escenario. Con la apertura del mismo, empezaba a verse en el centro del escenario una especie de plataforma no muy alta, que avanzaba lentamente, con un alto respaldo, un nombre en la parte superior que decía: Enrico Bardelli, y dos pequeñas barras a los costados. Sobre dicha plataforma estaba sentado un joven de veintipico de años. Uno de los reflectores se detuvo en él. Precisamente cuando el telón se terminó de abrir se pudo ver la escena completa. El joven se trataba de Gustavo que estaba con la espalda apoyada en el respaldo, los brazos encima de las barras de los costados, las piernas estiradas y los ojos abiertos, sin vida. En ese instante, la música concluyó con un final aún más imponente, momento en que la plataforma se detuvo con la víctima señalada enteramente por el reflector, aunque tapando el inicio y el final del nombre que había en el respaldo.

Listado

Cortometraje garboso	07
Arquitectura	13
Ocultos y dominantes	25
La reforma	41
El escudo de aerosol	55
Arquitectura II	61
Circo	69
Crónica posmodernista (o Un conflicto más a causa de los perros)	79
El mensaje del retrato en la casa de Jazmín (Segunda versión alternativa)	87
A flor de piel	95
La ganadora del día (Primer caso)	105
El estado de disipación	109
Los que incendiaron el circo siguen ahí	125
Abertura	137
Ala este	149
El periodismo independiente y el monopolio	163
El hada perspicaz (Versión alternativa)	175
La comida de sus hijos	181
Después del yoga	187
La fatídica noche de Claudia Diniesta	207
Despedida de soltero	215
El mago (Versión alternativa)	223
La ganadora del día (Segundo caso)	233
La verdadera obra oculta	239
El día del juicio	255
Grand finale	263

Maximiliano Orioli (15 de septiembre de 1982, Buenos Aires)
Conocido como el escritor de formación cinematográfica por sus estudios en el CIEVYC y en la Fundación TEBA.
Pertenece a un grupo de escritores que cree en el valor de la autogestión por encima de todo, y es el autor de numerosos relatos, cuentos, crónicas y guiones para cine. Durante los últimos años se publicaron las recopilaciones de sus obras en los siguientes libros:

“Restos de dictadura” y “El día que la vida me ponga de rodillas” (Recopilaciones de sus guiones para cine)
“Inanedrama” y “Defiendan la ley de la dictadura como sea (y otros relatos)” (Recopilaciones de sus relatos y cuentos)
“La lista negra de San La Muerte” (Recopilación de sus crónicas policiales, antes conocida como "Escándalo nacional")
“Los participantes. Un reality show no televisado (y otras historias) (libro 1 y 2)” (Recopilaciones de sus obras más contemporáneas, en todos los formatos)
"Las obras ocultas" (Recopilación de sus obras que permanecieron ocultas)

Los mismos han sido presentados en lugares como la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso Nacional y la Biblioteca de la Legislatura Porteña, de las cuales hoy forman parte, así como de otras bibliotecas de Buenos Aires, el interior y Estados Unidos. Además, han sido parte de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, la Feria del Libro Infantil y Juvenil realizada en Tecnópolis y en el Centro Cultural Kirchner, distintas ferias del interior y la Feria del Libro Teatral realizada en el Teatro Nacional Cervantes. Recientemente se hizo una edición para Alemania del libro "Los participantes. Un reality show no televisado (y otras

historias) 2" que incluye cuatro de sus obras traducidas al alemán.

Realizó el proyecto: "Maximiliano Orioli. El fotolibro", donde se publicó una selección de fotografías, hechas a lo largo de siete años, que representan los momentos más significativos de algunas de sus obras. También, el proyecto: "Artistas leen a Maximiliano Orioli", compuesto de varios videos en los que artistas de diferentes ramas leen obras de su autoría. Además, realizó dos largometrajes: "Así se dieron las cosas" y "El día que la vida me ponga de rodillas", basados en obras de su autoría, el último protagonizado por el actor Gastón Pauls.

Este libro, en formato electrónico, se terminó de hacer en el mes
de febrero de 2022, en Buenos Aires, Argentina

Esta colección contiene dos libros. En el primero se publicaron las obras más representativas de Maximiliano Orioli, las cuales pertenecen a sus ocho libros publicados. Fueron incluidos los distintos géneros trabajados, así como los distintos formatos (narrativa y guión para cine). En el segundo se publicaron sus obras inéditas.

La selección del primer libro fue hecha en ocasión del proyecto documental “Artistas sobre la obra de Maximiliano Orioli”, que se propone descifrar la compleja identidad y estilo de una obra creada bajo el valor de la autogestión y con el fin de trascender.

Editorial
MCMXLI

